PREGUNTAS 100 ESENCIALES

VICENTE CABALLERO DE LA TORRE

LA PSICOLOGÍA

EN 100 PREGUNTAS



TODO LO IMPRESCINDIBLE EXPLICADO CON RIGOR

www.100Preguntas.com

nowtilus saber

La psicología
en 100 preguntas

La psicología
en 100 preguntas

Vicente Caballero de la Torre

nowtilus

Colección: 100 preguntas esenciales
www.100Preguntas.com
www.nowtilus.com

Título: *La psicología en 100 preguntas*
Autor: © Vicente Caballero de la Torre
Director de la colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2018 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Digital: 978-84-9967-909-9
Fecha de publicación: enero 2018

Depósito legal: M-34384-2017

A Antonio Rodríguez Álvez, por el consejo que me
llevó a la psicología de este peculiar modo.

Con afecto.

Índice

Prólogo

I. Introducción a la psicología científica
- 1. ¿Sabías que la psicología debe su nombre a una historia de amor?
- 2. ¿Hay prehistoria de la psicología?
- 3. ¿Locos o iluminados?
- 4. ¿Lo raro es el tema normal de la psicología?
- 5. ¿Qué hace un psicólogo que no trabaja como psicólogo?
- 6. ¿Son los psicólogos los nuevos videntes, adivinos o lectores de la mente?

II. Sentir y percibir. Los límites de la percepción
- 7. ¿Sensaciones que no se sienten?
- 8. ¿Podré percibir todo lo que me rodea?
- 9. ¿Un mundo invisible e inaudible en torno a mí?
- 10. ¿Cuál es el auténtico sexto sentido?
- 11. ¿Es la mente el ordenador del caos?
- 12. ¿Por qué en Europa vemos como ventanas lo que en África son cajas?
- 13. ¿Hay un detector psíquico de razas?

III. La memoria y el recuerdo
- 14. ¿Son falsos casi todos los recuerdos?
- 15. ¿Puede rebosar la memoria?
- 16. ¿Por qué soy bueno para las caras y malo para los nombres (o al revés)?
- 17. ¿Funciona la memoria humana como la de un ordenador?
- 18. ¿Recuerdo imágenes, historias o ninguna de las dos?
- 19. ¿Por qué olvido siempre las llaves, el nombre de mi cuñada y

nunca el teléfono?
20. ¿Por qué Newton y Einstein eran tan geniales como desastrosamente descuidados (y despistados)?
21. ¿Cómo puede ayudar la psicología cuando la memoria amenaza con irse?

IV. La inteligencia y las inteligencias
22. ¿Cómo interpretar inteligentemente un test de inteligencia?
23. ¿Sé si mi bebé será alguien inteligente?
24. ¿Soy menos del cien por cien de mí?
25. ¿Desaprovechamos nuestro cerebro?
26. ¿Es posible una inteligencia ignorante o una cultura estúpida?
27. ¿Pueden los psicólogos inducir a las fobias culturales?
28. ¿Tú sí que vales?

V. Aprendizaje voluntario e involuntario
29. ¿Qué emoción hay en la inteligencia?
30. ¿Inteligencias múltiples o múltiples talentos?
31. ¿Seguimos pensando que los animales no tienen inteligencia?
32. ¿Aprenden las bacterias?
33. ¿Neurosis más allá del ser humano?
34. ¿Si un gato negro se cruza con un humano también es superstición?
35. ¿Cómo empecé a cerrar y abrir las puertas o a lavarme las manos compulsivamente?
36. ¿Despedirme de mis fobias?
37. ¿Cómo pueden los perros detectar la droga o a los desaparecidos en un desastre?
38. ¿Tengo que estudiar técnicas de estudio?
39. ¿Es «Aprender a aprender» el lema de una nueva ideología?

VI. La motivación en la vida humana (y animal)
40. ¿Sexo o amor en el sentido de la vida?
41. ¿Es la generosidad egoísmo encubierto?
42. ¿Reprimirse sin frustrarse?
43. ¿Vivir con un vacío o existir como una nada?
44. ¿Puede tener sentido mi vida sin que lo tenga lo que hago cada día?
45. ¿Nadie entiende la depresión sin sufrirla?

46. ¿Qué nos enseñaron los nazis sobre la motivación de los seres humanos?

VII. La personalidad: la última frontera psicológica
47. ¿Debo influir en mis hijos?
48. ¿Ver la verdadera personalidad tras la máscara social?
49. ¿Se pueden soportar las personas que no se aburren nunca?
50. ¿Por qué Woody Allen se siente culpable por todo?
51. ¿Y por qué el doctor House no se siente culpable por nada?
52. ¿Es mi cuerpo la causa de mi carácter?
53. ¿Cabe fingir con éxito en una entrevista de trabajo?
54. ¿Sería la misma persona si hubiera nacido con el sexo contrario?

VIII. Cuestiones diversas y recurrentes en psicología
55. ¿Psicoanalista o sacerdote posmoderno?
56. ¿Psicoanálisis, ciencia o (mala) literatura?
57. ¿Amor de madre o secuestro emocional de por vida?
58. ¿Es el psicoanálisis la secta elitista más extendida en el mundo?
59. ¿Crea la publicidad la realidad que anuncia?
60. ¿Cómo saben lo que me pasa sin decir palabra?
61. ¿Percibir lo que ya no existe?
62. ¿Es la contabilidad empresarial una ilusión?
63. ¿Nos autoengañamos para gastar dinero?
64. ¿Son las emociones un dispositivo supercomputador útil para la vida?
65. ¿Puede alguien con el cerebro extirpado tener aún valor para matar al médico que se lo extirpó?
66. ¿Por qué últimamente hay psicólogos por todas partes?
67. ¿Fármacos o terapia?
68. ¿Es el psicoanálisis el último grito del machismo?
69. ¿Sabías que se acusa a los psicoanalistas de inventar y crear los trastornos que diagnostican?
70. ¿Neurociencia sin conciencia?
71. ¿Se portará bien alguna vez?
72. ¿Vivir para siempre con una persona difícil y no morir en el intento?
73. ¿Piensan ya las máquinas?
74. ¿Son mis hemisferios cerebrales dos «personas» diferentes?

75. ¿Puedo resultar irresistible?
76. ¿Deseo secretamente una palmadita más que una subida de sueldo?
77. ¿Otros pueden hacerme ver lo que no hay?
78. ¿Sabías que los psicólogos nos pueden implantar falsos recuerdos?
79. ¿Fue el psicoanálisis una ocurrencia de Freud para no quedarse sin trabajo?
80. ¿Devolveremos la inocencia a los niños?
81. ¿Hipnótico teatro o teatro hipnotizado?
82. ¿Habría clínicas psicológicas sin mujeres socialmente anuladas?
83. ¿Fue casualidad aprender a adiestrar a las mascotas?
84. ¿Es la inteligencia un microprocesador hecho con células?
85. ¿Son los tiranos un mal necesario?
86. ¿Sabías que para el psicoanálisis los mitos antiguos no son historias inventadas, sino lo más verdadero de nosotros mismos?
87. ¿Chantaje emocional o acoso moral?
88. ¿Feliz o conformista?
89. ¿Es la enfermedad psicosomática realmente somatopsíquica?
90. ¿Sabías que el déficit de atención y la hiperactividad podrían ser un (mal) negocio?
91. ¿Psiquiatras a muerte contra psicólogos y filósofos?
92. ¿Es una metáfora decir que hay transmisión cerebral?
93. ¿Tiene sexo el cerebro?
94. ¿Obseso o desadaptado?
95. ¿Debí quedarme en el pasado?
96. ¿Convivo con un verdadero psicópata?
97. ¿Psicóticos o psicópatas?
98. ¿Se preocupa por los demás o los atosiga?
99. ¿Es el crecimiento personal una mercancía más?
100. ¿*Coaching* o *counseling*, estafa o psicología exprés?

Bibliografía recomendada

Bibliografía consultada

PRÓLOGO

La psicología es de suyo una disciplina anfibia cuyo campo es flotante y está atravesado por el desarraigo, un campo cuyos términos no están determinados y sus operaciones, por lo mismo, no pueden ser acotadas sino que reverberan unas en otras sin alternativa o relación que las reabsorba para dar lugar a un teorema. La animalidad, humana o no, de sus sujetos experimentales, al igual que en el caso de la sociología o la etología, desborda operatoriamente la posibilidad de conducirnos a una red de teoremas que sostengan una verdadera ciencia —aquí no presuponemos que la verdad científica agote la idea de verdad, ni tampoco que el reduccionismo o el cientificismo permitan transfigurar a una tecnología o técnica en ciencia—.

La epistemología de la psicología ha procurado orillar lo anterior y dar por sentado el carácter científico-experimental de la disciplina psicológica —aplicación del método hipotético deductivo—, así y en ausencia de teoremas se ha acudido a una cierta lógica literaria que dotase de un padre fundador a la psicología científica, en la mayoría de los casos, W. Wundt, y que al mismo tiempo admitiera discriminar con supuesta claridad y distinción las diferentes corrientes que la historiografía psicológica hubiese arrojado desde el último tercio del siglo XIX: psicología de la conciencia, del inconsciente y de la adaptación —conductismo—, unidas al conexionismo, las psicologías cognoscitivas y ya en los últimos tiempos la neuropsicología, y por extenso las neurociencias, que parecen delimitar el devenir del objeto psicológico, que no de su campo, concepto este que escapa a la lógica epistemológico-literaria. Sin embargo, la supuesta claridad historiográfica se oscurece al encontrar, vaya por caso, neurocientíficos como Antonio Damasio que pretenden asimilar su trabajo con estructuras de carácter freudiano. Se viene a afirmar que la neuropsicología está enlazada al psicoanálisis en virtud de factores puramente externos: ambas disciplinas tratan con procesos inconscientes.

El autor de este texto, el doctor Vicente Caballero, ha sido capaz a través de esta obra de que los lectores sean competentes para entender y hacerse cargo de cuestiones aparentemente tan enmarañadas como la mencionada. Desde su brillante actividad como filósofo, tanto como docente e investigador de la Universidad Complutense de Madrid, ha ejercitado una técnica compositiva y crítica que permite relacionar los fenómenos psicológicos aparentemente sencillos con el carácter problemático que conllevan tales fenómenos. Es su lucidez en la articulación selectiva de lo sencillo lo que habilita al autor a ofrecer en el presente libro una composición crítica de lo complejo.

Dr. Francisco José Robles Rodríguez
Profesor del Departamento
de Psicología Básica II (Procesos Cognitivos)
Facultad de Filosofía
Universidad Complutense de Madrid



INTRODUCCIÓN A LA PSICOLOGÍA CIENTÍFICA

1

¿SABÍAS QUE LA PSICOLOGÍA DEBE SU NOMBRE A UNA HISTORIA DE AMOR?

Como es sabido, la palabra *psicología* es el resultado de la composición de la terminación -*logía* que viene de *logos* —en griego: razón de algo, discurso que explica— y de la palabra *psyqué*. El significado de esta última palabra fue cambiando a lo largo del transcurrir de la Antigua Grecia, pero parece que en origen denotó al insecto conocido como mariposa para connotar algo así como leve brisa de aire, movimiento invisible pero perceptible.

Psyqué es el nombre de un personaje mitológico que está indisolublemente unido a Eros (Cupido en la mitología romana), el dios del amor. Su historia revela de algún modo las pretensiones que animan esta controvertida e interesantísima ciencia. Afrodita, diosa del amor y la sensualidad, no podía soportar el abandono al culto de su persona debido a la enorme admiración que suscitaba la belleza de una mortal: Psique. De todas

partes del mundo venían personas a comprobar si era verdad que su belleza superaba a la de la mismísima diosa. Los celos consumían a Afrodita y la llevaron a tomar la peor de las decisiones: instrumentalizar a su hijo Eros, pidiéndole que hiriese de amor a Psique cuando esta entrase en contacto visual con el más horrible de los seres. Eros, obviamente, cayó enamorado y rendido a los pies de la hermosura de Psique y no la hirió a ella con sus flechas, sino que él mismo quedó subyugado. Psique no había sido objeto de enamoramiento hasta ese instante sino de adoración. Su belleza era sublime, ponía el entendimiento y la sensibilidad humanos en un plano de inclinación vertical en el que el deseo no tiene lugar. Un error de apreciación fundamental de Afrodita que convirtió a su hijo en la primera víctima del amor por Psique puesto que su carácter divino (Eros es un dios) los ponía en el mismo plano. Los padres, preocupados porque su hija no conseguía esposo, acudieron al oráculo de Delfos. Allí se desveló el terrible destino de la muchacha: sería desposada por un ser sobrenatural, con más poder que un dios, al cual encontraría en la cumbre de una colina. Esperando ella sola en aquel lugar sintió una brisa, un suave y fresco movimiento sutil del aire: era la manifestación de Eros. El aire la levantó y la transportó, levitando, hacia un lugar perfecto: un prado en las inmediaciones de una fortaleza donde agradables baños y manjares la esperaban. Su marido se dejaba escuchar pero no ver y le pidió que nunca volviera a tratar con sus hermanas y que no se empeñara en verlo o todo se echaría a perder. Psique aceptó la segunda condición pero no la primera, por lo cual el mismo viento que la transportó llevó a las hermanas a reunirse con ella en un momento en que aquellas lloraban su ausencia en la colina.



Eros y Psique. La mitología grecorromana ofrecerá a la psicología no solo el nombre de la disciplina, sino además, como se explica en otros apartados de este libro, una gran variedad de tópicos que incluso se han convertido en lugar común (como el complejo de Edipo) en el lenguaje de capas sociales mínimamente instruidas.

Las hermanas, ciegas por la envidia tras conocer el nuevo hogar de Psique, envenenaron sutilmente el corazón de esta con el fin de enemistarla con su esposo y destruir su matrimonio. La sutileza consistió en este argumento: «¿Por qué tu marido no se deja ver si no es porque, con seguridad, se trata de un ser horrible?». Hasta tal punto la insistencia de este pensamiento llegó a calar en la joven que esta se dispuso a desenmascarar a su marido, aunque para ello tuviera que usar la fuerza. Eros fue descubierto en su belleza indescriptible y la enorme alegría de Psique se tornó en la peor de las tristezas cuando Eros la repudió, porque ninguna relación, argumentó Eros, puede construirse sin confianza. Una vez que el dios del amor abandonó el hogar conyugal y que Psique, desolada, pidió auxilio a unos dioses que nunca se lo proporcionarían por temor a las reacciones de

Afrodita, no quedó más solución que exponerse a la ira de la diosa y pedirle clemencia. Afrodita condicionó su perdón a la realización de una serie de tareas tan absurdas como aparentemente imposibles que, sin embargo, Psique pudo resolver. No obstante, en la última de ellas, al abrir la caja que supuestamente Perséfone le había entregado con una porción de su propia belleza, cayó en la trampa y sucumbió a un sueño que amenazaba con ser eterno… Eros apareció justo a tiempo para arrancar el sueño de los ojos de su amada y guardarlo en la caja de nuevo. Tras el incidente, Eros pidió a Zeus su consentimiento para restaurar su relación matrimonial. Psique ascendió al Olimpo con la ayuda de Hermes, el mensajero alado de los dioses. Amor y alma quedaron unidos en los cielos para siempre, mientras que Afrodita saboreaba la victoria de haber despejado la faz de la tierra de la única competidora posible.

En el siglo XX el psicoanálisis recuperó la figura de Eros (ya utilizada también por Platón, en la Antigüedad, con fines expositivos en su diálogo *El banquete*) para referirse al conjunto de las pulsiones de vida (sexuales y de autoconservación) en cuanto opuestas a las pulsiones tanáticas (pulsiones de muerte). ¿Qué se entiende por pulsión? Se trata de un empuje de origen orgánico, corporal, que se presenta a la psique humana como algo que se le impone. Es un factor motivador de primer orden, conduce a la acción a los sujetos. En toda pulsión encontramos una fuente, una meta y la descarga de energía mediante un objeto (que puede ser, claro está, otro sujeto, como es el caso de la sexualidad). Pulsiones de Eros y pulsiones del reino de la muerte (donde baja la Psique de la mitología para conseguir esa caja llena de belleza que no es más que sueño eterno) se encuentran en la psique humana. Las pulsiones de Eros tratan de crear vínculos que cuando son demasiado cercanos —como les ocurre a Eros y Psique cuando esta descubre el verdadero rostro de su amado— se rompen con facilidad y dejan cicatrices emocionales difíciles de reparar (véase la dificultad de los retos afrontados por Psique, el personaje del mito, para tener el perdón de Afrodita y recuperar así a Eros). Psique, la heroína mítica, para encontrar su dicha tuvo que encontrar una suerte de salida a la encrucijada entre su deseo de amor (Eros), la pulsión seductora de la muerte (Perséfone) y una conciencia de orden

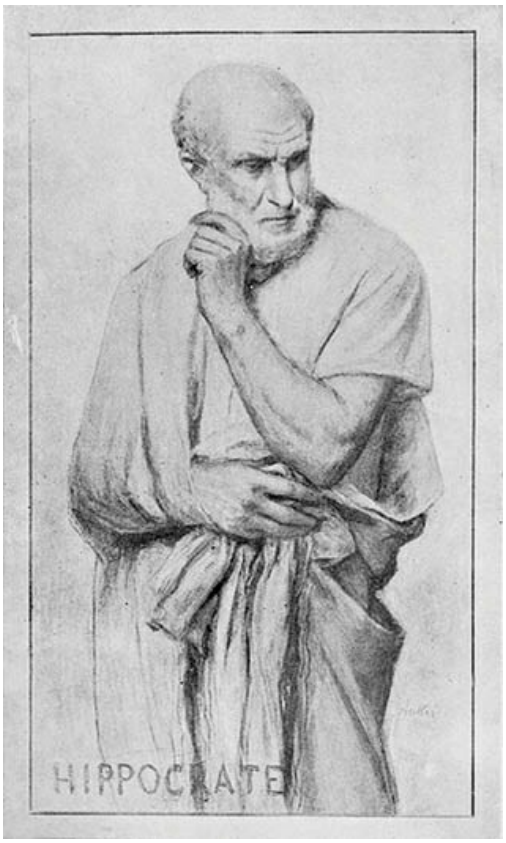
superior (Afrodita) que se le impone como algo que no se puede ignorar. De algún modo, en esta historia de amor están contenidos ya muchos de los temas de la psicología.

2

¿HAY PREHISTORIA DE LA PSICOLOGÍA?

La prehistoria psicológica comienza con Hipócrates (460-370 a. C.) y acaba con la crítica que Kant (1724-1804) hizo a la psicología racional de Christian Wolff (1679-1754). Durante su prehistoria, la psicología no se deja apenas entrever como lo que es hoy porque, muy probablemente, pudo perfectamente no existir como ciencia. Han sido una suerte de coyunturas históricas y de ciertas formas de ajustar la mirada clínica dentro de esas coyunturas las que han dado lugar a este peculiar saber. En primer lugar, Hipócrates habla ya en sus tratados de la enfermedad sagrada, es decir, de la epilepsia. Escribe, precisamente, para desacralizarla:

> Acerca de la enfermedad que llaman sagrada sucede lo siguiente. En nada me parece que sea algo más divino ni más sagrado que las otras, sino que tiene su naturaleza propia, como las demás enfermedades y ahí se origina. Pero su fundamento y causa natural lo consideraron los hombres como una cosa divina por su inexperiencia y asombro, ya que en nada se asemeja a las demás. Pero si por su incapacidad de comprenderla le conservan este carácter divino, por la banalidad del método de curación con el que la tratan vienen a negarlo. Porque la tratan por medio de purificaciones y conjuros. […] Veo a personas que enloquecen y deliran sin ningún motivo evidente y que realizan muchos actos sin sentido; y sé de muchos que sollozan y gritan en sueños, de otros que hasta se ahogan […] Pero el caso es que la causa de esta dolencia está en el cerebro, lo mismo que la de las demás enfermedades de mayor gravedad. […] El cerebro humano es doble, como también el de los otros animales. Una sutil membrana lo divide por la mitad […].
>
> *Tratados I*



Hipócrates de Cos. La medicina griega no era separable de la filosofía. Por supuesto, la psicología como disciplina separada de cualquiera de las dos no era algo que fuera concebible en la Antigüedad. No obstante, las cuestiones relacionadas con el comportamiento patológico sí fueron del interés de estos primeros especialistas en el arte de curar sin apelar a magia ni milagros.

Para Hipócrates, contra la creencia mayoritaria de las personas instruidas (e incultas) que lo rodeaban, en el cerebro está la raíz de las emociones. Los estoicos, en esta misma época, subrayan cómo lo que hace que las personas vivan intensamente ciertas emociones que las perjudican no tiene tanto que ver con los hechos mismos sino con el modo en que los interpretan. Aristóteles (384-322 a. C.) escribirá, algunas décadas después de la muerte de Hipócrates, su *Tratado sobre el alma* (*Peri psiqué*). Allí clarifica el asunto (la definición de *psique*) desvinculándolo también del espiritualismo de magos, curanderos y sacerdotes:

Si el ojo fuera un animal, su alma sería la vista. Esta es, desde luego, la entidad

definitoria del ojo. El ojo, por su parte, es la materia de la vista, de manera que, quitada esta, aquel no sería en absoluto un ojo a no ser de palabra, como es el caso de un ojo esculpido en piedra o pintado. […] Y así como el ojo es la pupila y la vista, en el otro caso —y paralelamente— el animal es el alma y el cuerpo.

Aristóteles distinguió tres tipos de alma: vegetativa, sensitiva y racional. La primera está presente en todos los seres vivos, la segunda junto a la primera en todos los animales y, finalmente, la racional estaría presente solo en los animales políticos y racionales (es decir, en nuestra especie). Estas tres funciones anímicas tienen una cierta independencia, aunque están montadas la una sobre la otra desde el punto de vista de la supervivencia del individuo (sin las funciones vegetativas como la respiración, la digestión, etc., difícilmente podremos pensar racionalmente). Varios siglos después, Galeno (130-210 d. C.) en uno de sus *Tratados filosóficos y autobiográficos*, dice, en relación con el enfoque racional, que el médico debe dar a todo asunto que tenga que ver con el arte de la sanación:

Cuando un médico que ha aprendido de forma adecuada la medicina predice que un enfermo va a padecer delirio, escalofríos febriles, depresión, hemorragias nasales, inflamaciones en el oído o abscesos de otro tipo en cualquier otra parte, vómitos, sudores, molestias estomacales, desfallecimientos o cualquier cosa semejante, a las gentes sencillas les parece algo extraño y portentoso por la falta de costumbre, y el que lo ha predicho está tan lejos de ganarse su respeto que se contentaría con no ser considerado una especie de brujo.

Durante la Edad Media las cuestiones psicológicas son vistas desde la óptica de la moral religiosa imperante:

La Edad Media había colocado la locura en la jerarquía de los vicios. Desde el siglo XIII es corriente verla figurar entre los malos soldados de la Psicomaquia. Forma parte, tanto en París como en Amiens, de las tropas malvadas y de las doce dualidades que se reparten la soberanía del alma humana: Fe e Idolatría, Esperanza y Desesperación, Caridad y Avaricia, Castidad y Lujuria, Prudencia y Locura, Paciencia y Cólera, Dulzura y Dureza, Concordia y Discordia, Obediencia y Rebelión, Perseverancia e Inconstancia.

Historia de la locura en la época clásica.

Michel Foucault



Extracción de la piedra de la locura, de El Bosco. La consideración de los locos desde un punto de vista caritativo o como objetos de la beneficencia es más reciente de lo que pensamos. Los locos fueron considerados (en épocas que catalogamos a veces muy rápido con la etiqueta de la barbarie) sujetos de su propia vida, aunque, eso sí, unos sujetos muy especiales.

En el caso de la epilepsia (lo que Hipócrates y sus contemporáneos llamaban «enfermedad sagrada») llama la atención el tratamiento en forma de placebo que consistía en una cirugía impostada según la cual se hacía creer al paciente y a los familiares que se le había extraído del cráneo una suerte de piedra de la locura.

> Entre las fuentes medievales deberíamos señalar en primer lugar los escritos de Rhazes, médico persa (c. 854-925/935) que habría denunciado «a los charlatanes que pretendían curar la epilepsia haciendo una incisión en la frente y aparentando extraer algo que llevaban escondido en la mano». Lo que estaba describiendo Rhazes es una cirugía placebo, es decir, una operación que no era tal, pero que resultaba totalmente inocua y hacía creer al enfermo, y a sus familiares, que este había mejorado de una dolencia mental. En definitiva, una simulación de trepanación que consolaba a aquellos que ya habían probado sin éxito distintos remedios para curarse de una disfunción psíquica […]. La trepanación se ha realizado en distintas culturas y áreas geográficas, desde épocas prehistóricas, unas veces para combatir dolencias mentales (cefalea, epilepsia, cáncer, convulsiones, parálisis, etc.), otras para hacer frente a

fracturas craneales (facilitando la retirada de restos óseos o el drenaje de hematomas).

«La piedra de la locura», *Revista digital de Iconografía medieval*

Irene González Hernando

3

¿LOCOS O ILUMINADOS?

El Renacimiento implica un cambio de actitud, la óptica comienza a ser distinta (es conocido el *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam). Escribe Michel Foucault en la obra antes citada:

> En el Renacimiento, la Locura abandona ese sitio modesto y pasa a ocupar el primero. Mientras que, en la obra de Hugues de Saint-Victor, el árbol genealógico de los Vicios, el del Viejo Adán, tenía por raíz el orgullo, ahora es la Locura la que conduce el alegre coro de las debilidades humanas. [...] Mientras que Bosco, Brueghel y Durero eran espectadores terriblemente terrestres, implicados en aquella locura que veían manar alrededor de ellos, Erasmo la percibe desde bastante lejos, está fuera de peligro; la observa desde lo alto de su Olimpo, y si canta sus alabanzas es porque puede reír con la risa inextinguible de los dioses.

Para entender lo que pasó en el transcurso del Renacimiento a la plena Edad Moderna (la que culturalmente se inauguraría con el Barroco) es necesario que distingamos perfectamente entre el espíritu de la caridad cristiana y lo que luego se conoció como movimiento institucional filantrópico, tal y como veremos en la respuesta a la pregunta 4 (en relación con lo raro); filántropos y reformadores harán una transformación en clave humanitaria de los tipos de control social. Este texto ejemplifica perfectamente este paso mediante la diferencia entre la nave de los locos y el confinamiento de los mismos:



La nave de los locos o *Stultifera Navis*, El Bosco. Hay un homenaje a esta extraña práctica medieval en la novela y la adaptación cinematográfica *Alguien voló sobre el nido del cuco.* Los locos se embarcan en un viaje —en la película— tomando el mando de la nave en una de las mejores y más afectuosas escenas del cine que se hayan rodado en relación con las personas con problemas psiquiátricos.

La Stultifera Navis, la Nave de los Locos, es un objeto nuevo que aparece en el mundo del Renacimiento: un barco que navega por los ríos de Renania y los canales flamencos. Los locos vagan en él a la deriva, expulsados de las ciudades. Son distribuidos en el espacio azaroso del agua (símbolo de purificación). La figura del loco es importante en el siglo XV: es amenazador y ridículo, muestra la sinrazón del mundo y la pequeñez humana, recuerda el tema de la muerte, muestra a los humanos una alegoría de su final seguro. La demencia es una señal de que el final del mundo está cerca.

[…] Poco a poco cambia el antiguo panorama amenazador del loco, su fluir en la barca incontrolada. El espacio del Hospital es crucial en este cambio; el loco es ya retenido entre las cosas y el mundo, y encerrado, a comienzos del siglo XVII. […] En el siglo XVII se crean grandes internados. En ellos se mezclan locos, pobres, desocupados, mozos de correccional [...]. Instituciones de encierro proliferan por toda Europa en esta época, la práctica del encierro se generaliza, animada por la condenación de la ociosidad (no por criterios de curación), por imperativos de trabajo. [...] En la ley del trabajo hay una trascendencia ética; los locos son identificados con la ociosidad, con la inutilidad social. Pero sobre todo es el criterio moral el que anima esta condena: el taller de trabajo forzado es una institución moral, encargada de castigar una ausencia ética. El criterio de productividad desaparece a lo largo del siglo XVII para dejar al

descubierto el carácter represivo de estas instituciones de encierro: la moral es aquí administrada, como en otros sitios el comercio o la economía.

«Internamiento psiquiátrico», *Diccionario crítico de ciencias sociales*

Javier Sáez

Mientras tanto la filosofía va soltando lastre metafísico y empieza a comprender la subjetividad humana desde otra óptica. El momento crucial está en la refutación que el filósofo Immanuel Kant (1724-1804), autor de la *Crítica de la razón pura*, arroja por la borda lo que se conocía como psicología racional. Wolff distinguió entre psicología experimental y psicología racional. Según esta última, el cuerpo y la mente se conocen por la acción y la idea (pensamiento), respectivamente. Acción e idea son procesos paralelos e independientes. De este modo Wolff descarta la solución que quiso dar Descartes para explicar cómo el pensamiento interactúa con el cuerpo (hablando de unos conectores entre mente y cuerpo a los que llamó «espíritus animales», los cuales darían lugar al encuentro entre el pensamiento y la materia en la glándula pineal del cerebro). Wolff llama «racional» a la segunda de las psicologías que propone pues trató de deducir en ella, sin necesidad de recurrir a la experiencia, todo aquello que podría manifestarse de la vida anímica en la experiencia. La psicología experimental o empírica sería, en contraste, la ciencia que establece a través de la experiencia los principios explicativos del alma humana. Sin embargo, siendo la experiencia limitada y considerando en su momento que la razón es casi omnipotente, prefiere el camino racional al camino empírico. Kant mostrará que el camino puramente racional, en lo relativo a estos asuntos, conduce a un callejón sin salida. Uno de los pasajes más demoledores es aquel en el que discute el alma como persona, es decir, el alma como objeto de una verdadera ciencia psicológica. Según la psicología racional de Wolff se hace el siguiente razonamiento: aquello que es consciente de la identidad numérica de sí mismo en diferentes tiempos es una persona; el alma es consciente de dicha identidad numérica; en conclusión, el alma es la persona. Pero, siguiendo a Kant, un asunto es la identidad lógica consistente en poder decir que lo que sucede, me sucede a mí —donde *a mí* significa que soy yo (y no otro) quien lo está viviendo—, y otro asunto muy distinto es atreverse a

afirmar la identidad del sujeto como objeto estable y perfectamente observable por un ojo clínico externo. Relegar el alma al ámbito de la fe y pensar el yo en términos de subjetividad fue el desplazamiento conceptual fundamental, acometido por Kant —paralelo en el tiempo al gran encierro histórico de los locos— para que el pensamiento psicológico tomase los derroteros que lo han conducido al estado en el que se encuentra en nuestros días. Lo desarrollamos a continuación.

4

¿LO RARO ES EL TEMA NORMAL DE LA PSICOLOGÍA?

La psicología es una ciencia problemática en muchos aspectos. En primer lugar, ya por su aparición histórica. Surgió como resultado de anomalías, de disfunciones. Ejemplos: Cuando Pavlov quiso estudiar la digestión de los animales se encontró que había algo que perturbaba la medida de la misma y ese algo era, en efecto, el condicionamiento clásico que le valió la fama. Freud intentó hipnotizar sin éxito a sus pacientes y, casi casualmente, descubrió que conseguía lo mismo permitiendo que se relajasen sobre un diván o un sillón y permitiéndoles hablar libremente.

Para orientar debidamente la respuesta a una pregunta como esta seguiremos la línea de pensamiento expuesta por Michel Foucault en su *Historia de la locura*, autor y obra que ya hemos citado anteriormente. Según Michel Foucault, el confinamiento de los sujetos para su supervisión, estudio y reforma de su conducta es un producto de la época moderna y contemporánea (desde el siglo XVII hasta el nacimiento de la psicología y la psiquiatría como disciplinas autónomas) cuyas raíces no pueden entenderse al margen del contexto económico, social y cultural surgido a partir de las reformas y contrarreformas religiosas:

> En algunos años, una red cubre Europa. Howard, a fines del siglo XVIII, intentará recorrerla; a través de Inglaterra, Holanda, Alemania, Francia, Italia y España, hará su peregrinación visitando todos los lugares importantes de confinamiento —hospitales, prisiones, casas de fuerza— y su filantropía se indignará ante el hecho de que se hayan podido relegar entre los mismos muros a condenados de derecho común, a muchachos jóvenes que turbaban la tranquilidad de su familia dilapidando los bienes, a vagabundos y a insensatos [...]. ¿Cuál era, pues, la realidad que se perseguía en toda esa población de la sociedad que, casi de un día para otro, es recluida y excluida con mayor severidad que los mismos leprosos? […]. Antes de tener el sentido medicinal que le atribuimos, o que al menos queremos concederle, el confinamiento ha sido una exigencia de algo muy distinto de la preocupación de la curación. Lo que lo ha hecho necesario, ha sido un imperativo de trabajo. Donde nuestra filantropía quisiera reconocer señales de benevolencia hacia la enfermedad, solo encontramos la condenación de la ociosidad.

Como resume magníficamente Juan Pastor en su artículo «Relevancia de Foucault para la psicología», publicado en 2009 en la revista *Psicothema*:

> Hasta 1656 (fundación del Hospital General de París, que aún no es una institución médica sino un espacio jurídicopolicial) la locura está presente en la vida cotidiana, conviviendo con otras formas de experiencia. Pero al desaparecer la lepra en Europa, los leprosarios, más de veinte mil en la Europa cristiana, se transforman en centros de internamiento donde recluir indiscriminadamente a todo aquel que no pueda justificar su modo de ganarse la vida. 1794 (Pinel funda el primer hospital psiquiátrico) es la fecha elegida para dar paso a la tercera etapa de su viaje: la reforma psiquiátrica desarrollada por Pinel en Francia y Tuke en Inglaterra. Los internados son sustituidos por los hospitales psiquiátricos (el psiquiatra sustituye a jueces, policías y carceleros), donde la difusa experiencia de la locura se medicaliza, transformándose en *enfermedad mental*, con lo que la anormalidad se convierte en patología y el desorden moral en desorden natural.

El estudio de la anormalidad que no trabaja ni se integra fue el primer método de la psicología, desde un punto de vista genealógico. Evidentemente, la psicología académica del siglo XX ha ido escribiendo su propia historia, haciendo figurar como el padre, el lugar y la fecha de nacimiento de la ciencia psicológica a Wilhelm Wundt en la Universidad de Leipzig durante 1879, respectivamente. Pero esto, que debe ser contado y que no es falso, es un mero relato interno; no una genealogía sino un episodio de la historia de la familia. De la familia psicológica académica y profesional, queremos decir. Un relato familiar en el sentido de que es la historia que se cuenta dentro del ámbito propio de la disciplina psicológica. Pero la psicología (así como la psiquiatría) fue posible en la medida en que buena

parte de sus temas (no todo, es de justicia decir) estaba ya bien acotada por la observación y el estudio de casos clínicos que venía haciéndose desde lo que Foucault llamó *El gran encierro* europeo de los locos.

El estudio de casos clínicos es un método cualitativo de análisis individual de sujetos. La observación y el estudio de casos son dos de los múltiples métodos de la psicología (y, por supuesto, de la psiquiatría). La disparidad metodológica que presenta esta disciplina está conectada con la diversidad de perspectivas o enfoques, es decir, con el problema que tiene la psicología para cerrar definitivamente la nómina de los términos que constituyen su campo científico y la relación entre todos ellos. Los métodos de la psicología son cinco: hipotético-deductivo, observación, las encuestas, los estudios de casos y la correlación (que es más un modo de medir que una metodología). El primero es el método de la ciencia natural, ensayado con éxito desde Galileo, y pasaremos de momento de puntillas sobre él pues queda lejos del asunto que ahora estamos abordando (se volverá a él más adelante, pues también ha habido casos de aplicación de este método a la investigación psicológica). La observación de conducta (en el hogar, en escuelas infantiles y primarias, en lugares de trabajo…) permite asignar numéricamente mediante gráficas y recopilación de datos unos valores a ciertos parámetros pero no deja concluir una relación de causa-efecto. Esto último sucede igualmente con las encuestas, cuestionarios y entrevistas. Por muy fiables (duraderas en sus resultados) y válidas (con capacidad de medir lo que deben medir) que sean las encuestas no permiten establecer relaciones de causalidad fuertes (sí es posible una cierta causalidad estadística que proporciona cierta certeza predictiva). No sucede lo mismo con el estudio de casos, el cual sí puede llevarnos a un conocimiento en sentido fuerte de una relación causa-efecto, aunque suele tratarse, precisamente, de cuestiones raras, que producen una gran extrañeza o perplejidad. Es obligado mencionar aquí al recientemente fallecido neurólogo Oliver Sacks; sus obras de casos clínicos de extrema rareza (*El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* es la más célebre) no dejan indiferente a nadie, si bien se trata de casos neurológicos, no de psicología.

El estudio de casos se realiza mediante la minuciosa elaboración de informes acerca de una persona (o un grupo pequeño). La información compilada es muy detallada y resulta extremadamente útil para elaborar una

hipótesis (del mismo modo que en la observación y las encuestas). Sin embargo, insistimos, las relaciones causa-efecto que pueden conocerse gracias al estudio de casos no hablan del sujeto normal sino de la anormalidad, de la excepcionalidad. Si estudiamos, por ejemplo, un caso de secuestro y abuso reiterado sobre una menor por parte de su padre, la cual, en la edad adulta y ya liberada de su opresor ingresa voluntariamente en una institución psiquiátrica, quizá podamos, haciendo el seguimiento de sus pautas de conducta en las relaciones personales y sociales dentro de un entorno controlado, llegar a una conclusión fuerte, significativa, donde se nos aparece una relación de causa-efecto con auténtico interés, no obstante, solo podrá ser aplicada en un caso tan desafortunadamente anómalo como este. Por poner un ejemplo de cierta celebridad, aludiremos al supuesto síndrome de Estocolmo de Patty Hearst, la heredera de un imperio mediático estadounidense, la cual no solo abrazó la causa de sus secuestradores sino que participó activamente en algunas de sus acciones posteriores. En el juicio alegó ser víctima de dicho síndrome. Sin embargo, no hay relación causal. Se entiende por síndrome de Estocolmo el trastorno mental transitorio que provoca una reacción psicológica empática y de complicidad con el agresor o secuestrador, pero el estudio de casos solo permite entender cierta conducta como el efecto de una cierta causa cuando los sujetos y los contextos son, *mutatis mutandis*, idénticos. Por supuesto, la autoridad judicial no aceptó el alegato de Hearst.

Esto nos lleva a la cuestión crucial sobre la validez de la metodología en la psicología:

> ¿Por qué habrían de ocuparse de metodología los psicólogos? Porque ellos, tal vez más que nadie, se encuentran con graves problemas metodológicos en el curso de su investigación o práctica […]. Un método es una receta para hacer algo, que puede formularse de una manera explícita. Es una regla, o conjunto de reglas, para actuar según un cierto orden y en dirección a una meta […]. Una técnica es un método para llevar a cabo algo muy especial, sea de orden cognitivo o de valor práctico. Estipularemos que una técnica, o método especial, es científica siempre que sea compatible con un cuerpo de conocimientos científicos. Para decirlo con más precisión, una técnica se considerará científica si, y solo si: a) apunta a una meta alcanzable; b) es razonablemente eficaz; c) es intersubjetiva (es decir, arroja aproximadamente los mismos resultados para todos los usuarios competentes); d) puede ser controlada o comprobada mediante métodos alternativos y e) existen hipótesis bien confirmadas o teorías que expliquen cómo y por qué es operativa. Un

método que cumple únicamente con las tres primeras de las condiciones precedentes se definirá como semicientífico, y uno que no satisfaga ninguna de ellas, como no científico. Se puede alentar cierta esperanza en los métodos semicientíficos, pero ninguna en los no científicos.

Filosofía de la Psicología

Mario Bunge

Cabe concluir que el estudio de casos raros en psicología no es una metodología con entidad propia, sino que constituye una estrategia de diseño de la investigación que permite acotar lo que ha de ser estudiado, a ser posible, con un método riguroso que cumpla con los cinco requisitos enumerados y enunciados por Bunge.

5

¿QUÉ HACE UN PSICÓLOGO QUE NO TRABAJA COMO PSICÓLOGO?

La imagen del profesional de la psicología que escucha a su paciente/cliente en su consulta o la del investigador que en su laboratorio universitario hace extraños experimentos con animales o personas es una pequeña muestra de lo que realmente es el espectro laboral, amplio y variado, al que puede aspirar un graduado o graduada en psicología. Se puede ser psicólogo sin trabajar como psicólogo en el sentido de que su labor no ha de ser la propia de quien evalúa, diagnostica, experimenta, etc., en primera persona.

El egresado en Psicología ha, necesariamente, de continuar su formación si aspira a formar parte del mundo de la empresa, de la educación o de la sanidad. Esta formación suele tener el formato de la maestría, es decir, de lo que casi todo el mundo conoce como máster.

Una de las maestrías que permiten el ejercicio de la psicología en la empresa es aquella orientada a los recursos humanos y las organizaciones. El origen de esta salida laboral hay que buscarlo en la crisis del modelo fordista de comprender la relación entre organizaciones, trabajadores y productividad, a la par que en la aparición del modelo de control total de calidad, más conocido como modelo de empresa a la Japonesa o toyotismo. El paso del modelo taylorista al toyotismo supuso una nueva relación, más incierta, entre trabajador y sindicato, ya que se dio una «reforma de la actividad sindical de modo que los nuevos operarios del sector servicios tuvieran cabida y protección: la forma en que esto se produjo tuvo como médula espinal no a los macroproyectos de las grandes centrales —a los cuales deberían plegarse los trabajadores—, sino al operario mismo, ante cuyas nuevas necesidades debía reestructurarse no solo la actividad, sino el mismo organigrama de los grandes sindicatos horizontales» (Vicente Caballero: «Postfordismo y mentalismo», en *El Catoblepas*, 2003).

El profesional de la psicología especialista en organizaciones ha de funcionar al servicio de la idea de que cada cual es el responsable de su propio futuro laboral a la par que el futuro de los miembros de las empresas pasa por el de su equipo, entendiendo que su labor se orienta a poner en marcha los resortes perceptivos, de conducta y motivacionales que hagan posible cambiar la percepción de la empresa por parte del trabajador —y de sí mismo dentro de ella— de modo tal que la nueva percepción sugiera una suerte de participación en los planes y objetivos de la misma por parte de aquel, predisponiendo el aprendizaje de nuevas habilidades y fomentando su identificación con valores de empresa. La trabajadora o trabajador de la psicología organizacional habrá de acometer un análisis crítico de las conductas propias de la gerencia, como, por ejemplo, de la supervisión imperante en la organización, eliminando elementos residuales aprendidos, por imitación o condicionamiento, propios de la visión gerencial sustentada en el autoritarismo y el paternalismo de la empresa taylorista o tradicional; otra de sus labores será fomentar y canalizar adecuadamente la expresión de las emociones surgidas en las relaciones laborales, dejándolas aflorar siempre y cuando se puedan poner al servicio del aumento de la productividad, la

revalorización del producto y, por supuesto, contribuyan al bienestar psíquico de la plantilla (véase nuestra obra *Psicoeconomía: estudio gnoseológico y ontología del presente*).



Los departamentos de recursos humanos han sido durante décadas una de las salidas laborales más comunes de los licenciados o graduados en Psicología. En estos departamentos se organizan la selección del candidato, la entrevista laboral y, en ciertas empresas, la búsqueda de talentos (*headhunting*).

Otra maestría que puede proporcionar una salida laboral a los egresados en Psicología es aquella que se encamina a especializarlos en la psicología de la educación y la psicopedagogía. Con respecto a esta última hubo una fuerte polémica durante los años noventa del pasado siglo que merece la pena ser conocida, ya que da una semblanza perfecta de lo compleja que es la definición del campo psicológico también cuando se trata no solo del corpus teórico, sino de las aplicaciones prácticas:

> Hay varios errores que yo considero que no han beneficiado a la profesión del psicólogo, sobre todo educativo […]. Primero, establecer una disputa profesional

> sobre el espacio común con los pedagogos, la escuela. La disputa ha sido un inveterado ejercicio nacional y personalmente no he considerado razonable ni práctica la política de confrontación […]. Y ya en el terreno de la psicología de la educación, me parece reprochable la atención exclusivista que esta especialización ha dirigido hacia la escuela. El efecto directo es el abandono de otros campos, con progresivo interés en la sociedad, que actualmente podrían ser objeto de estudio, diseño de modelos de intervención y formación. Entre ellos se cuenta uno cuyas implicaciones voy a desarrollar más ampliamente por ser el objeto de esta ponencia. Me estoy refiriendo al problema educativo de la familia a cuya naturaleza hemos prestado muy poca atención los psicólogos educativos en el pasado. En el presente comienza a aparecer un frente de trabajos y actuaciones acuciados por la demanda desde la escuela, en el que otros profesionales educativos llevan mucha ventaja. Aun así, persiste la tendencia a ver el problema desde la escuela y para la escuela, quizás porque el problema se detecta allí pero, a mi juicio, tiene origen en otro contexto y realidad diferentes.
>
> *La psicología como profesión: enfoques actuales*
>
> Manuel Esteban Albert

La psicología evolutiva capacita, supuestamente, para llevar a cabo en las escuelas, colegios y centros de educación secundaria funciones evaluadoras como la detección de ciertas disfunciones personales (poco frecuente) así como otros problemas más comunes tales como falta de motivación en los alumnos o problemas de convivencia; funciones como asesor para padres, madres, docentes y alumnado y, finalmente, funciones de intervención psico-socio-educativa con carácter rehabilitador o correctivo.

La tercera opción laboral que se sale de lo que convencionalmente se espera de un psicólogo o una psicóloga es la práctica de la psicología deportiva. La psicología del deporte siempre ha existido —como la de la educación— en aquellos que de un modo intuitivo han sabido detectar lo que no funciona y han sabido dinamizar la vida deportiva y extraer lo mejor de los suyos. Sin embargo, en las últimas décadas hay un interés por adquirir estas habilidades de un modo formal para poder, a su vez, transmitirlas a aquellos que carecen de ellas aunque tengan un gran bagaje técnico en su haber. Richard H. Cox lo explica perfectamente en *Psicología del deporte: conceptos y sus aplicaciones*:

> Actualmente muchos jóvenes buscan ganarse la vida ofreciendo sus servicios como

> psicólogos del deporte a equipos profesionales a los deportistas que entrenan para los Juegos Olímpicos y aun a los equipos deportivos pertenecientes a las universidades. Cabe esperar que estos jóvenes adquieran el conocimiento, la experiencia y la certificación o autorización que les permita realizar sus sueños […]. El objetivo de ofrecer un servicio de psicología del deporte a cada entrenador y a cada deportista no es realista. Un objetivo mejor sería instruir a entrenadores y deportistas para que actúen como sus propios consejeros y se entrenaran entre sí.

Ansiedad, relajación, estrés… son el tipo de términos recurrentes en los trabajos fin de máster (prácticum) en Psicología Deportiva. Algunos de estos trabajos llegan a tocar temas muy concretos, como la diferencia entre la intensidad y duración en la que pueden darse ciertas variables psicológicas y el nivel de glucosa en sangre o la diferencia entre las habilidades psicológicas entre jugadores de un mismo deporte en función de si son profesionales o aficionados. También hay quien se fija en cuestiones más filosóficas, vinculando la cuestión de los valores y el rendimiento.

Por último, hablaremos de la psicología forense. Es, desde luego, de las más interesantes entre las salidas laborales que presenta la psicología como ciencia. Sin embargo, suele ser complementaria a otra actividad y rara vez se da el caso de que alguien pueda dedicarse profesionalmente a ser solo perito forense. ¿Qué diferencia, además de la naturaleza de los pagadores del acto clínico, el ejercicio de la psicología clínica convencional y el de la psicología forense? En el contexto clínico se busca el diagnóstico y el ajuste del posible tratamiento desde la perspectiva y visión del mundo del sujeto evaluado, el cual, generalmente, ha entrado en relación con el profesional voluntariamente y a quien se mantiene al tanto (al menos, parcialmente) de los objetivos y procedimientos de evaluación, cuadrando agendas mutuamente. En el contexto clínico la evaluación se toma su tiempo y se basa en una relación donde se procura crear una alianza terapéutica. En cambio, en el contexto forense, las necesidades del tratamiento ocupan un lugar secundario, la credibilidad de la información ha de ser corroborada por fuentes laterales y el procedimiento es iniciado por una autoridad judicial, de modo que los objetivos de la evaluación restringen la autonomía del individuo o presuponen dicha restricción, lo cual conduce a una distorsión de la validez diagnóstica que ha de ser corregida por el punto de vista de otros peritos forenses que bien pueden ser de otras disciplinas (como la psiquiatría). La

posición del evaluador es más distante e, incluso, enfrentada en algún caso (ejerce un poder de policía indirecto, por decirlo así) con un acceso al evaluado limitado en tiempo y recursos.

6

¿SON LOS PSICÓLOGOS LOS NUEVOS VIDENTES, ADIVINOS O LECTORES DE LA MENTE?

No, no lo son. La respuesta está fundamentada científicamente en la base fisiológica que soporta el psiquismo y el estudio científico sobre ella, conocido por todos como biología y, en concreto, por la fisiología del sistema nervioso y de los órganos perceptivos. El marco general de la biología es la teoría de la evolución de las especies de Charles Darwin en combinación con los descubrimientos de la genética.

¿Qué tiene que ver esto con nuestra respuesta categóricamente negativa a la pregunta que nos hacemos? Todo. Pero para que los lectores puedan seguirnos, los invitamos antes a leer los contenidos de un artículo sobre un caso de supuesta videncia o arte adivinatorio que se vivió en España y fuera de las fronteras de este país, que llegó a involucrar al mismísimo mago Houdini; Annette Mülberger y Mònica Balltondre, en la revista *Dynamis*:

> El ocho de marzo de 1923 se levantó acta notarial de la certificación por parte de varios testigos de un prodigio visual en Madrid, que iba a captar durante algunos años la atención del público, alimentando especulaciones acerca de las posibilidades de la mente y de la materia. Un joven podía ver con los ojos vendados lo que había dentro de cajas metálicas totalmente cerradas, podía leer fragmentos de textos depositados en su interior y conocer la hora marcada al azar en relojes cerrados con tapa. El joven con la supuesta visión prodigiosa era Joaquín María Argamasilla […]. La reina María Cristina había pedido a Santiago Ramón y Cajal que presidiera una comisión de expertos para examinar el caso. Aunque se formó tal comisión, parece que no llegó a

examinar al joven porque este comunicó un día antes que había perdido la facultad. Sin embargo, hubo una serie de comprobaciones organizadas por el padre en la mansión de los marqueses. Allí, Joaquín mostró su visión prodigiosa ante expertos, entre los que se encontraban miembros de la Real Academia de Ciencias como el físico Blas Cabrera (1878-1945), el médico y político conde Amalio Gimeno y Cabañas (1852-1936), el ingeniero y matemático Leonardo Torres Quevedo (1852-1936) y el naturalista José María Castellarnau (1848-1943), que certificaron la autenticidad del fenómeno [...]. Pero hay otra versión muy distinta de los hechos. En el momento en que Argamasilla fue estudiado por la Boston Society, el famoso mago e ilusionista Harry Houdini (1874-1926) colaboraba con la Sociedad. Enfrascado en una lucha personal contra los médiums, su papel era intentar detectar posibles trucos. Según las publicaciones del propio ilusionista, este consiguió desacreditar a Argamasilla. En los medios de comunicación estadounidenses se refiere al aristócrata español, primero, como *Spaniard with X-Ray Eyes* y luego, en un folleto publicado por él, lo descalificaba por ser un estafador (*phenomenal mystifier*), explicando sus supuestos trucos […] Manuel Márquez, catedrático de Oftalmología de la Universidad de Madrid, afirmaba a título personal que la sesión a la que había asistido distaba mucho de ofrecer las garantías científicas necesarias […]. Bajo el prisma de las teorías de la evolución, planteaban la posibilidad de que esa capacidad fuera, en realidad, un vestigio de una capacidad perceptiva primitiva, que la humanidad, en el curso de la evolución, habría perdido. Para Menéndez Ormaza, una prueba histórica de ello serían las pinturas rupestres. Dado que, indudablemente habían sido pintadas en la oscuridad de las cuevas antes de que se descubriera el fuego, ello probaba que estos hombres habían tenido una gran capacidad visual en la oscuridad que, con la civilización, presumiblemente se habría atrofiado. Por la misma fe en la ley evolutiva, entendida de forma lamarckiana, el ingeniero estaba convencido que dicha facultad visual se podía volver a recuperar a través del esfuerzo personal y el entrenamiento.

«En el umbral de lo desconocido: Un caso de visión extraordinaria en la España de Primo de Rivera»


HOUDINI
Exposes the tricks used by the
Boston Medium "Margery"
to win the $2500 prize offered by the Scientific American.
Also a complete exposure of
ARGAMASILLA
The famous Spaniard who baffled noted Scientists of Europe and America, with his claim to
X-RAY VISION
PRICE, ONE DOLLAR
ADAMS PRESS PUBLISHERS, 278 West 113th Street, New York City

En el cartel, se anuncia una función de Houdini en Nueva York desenmascarando Argamasilla. El primer tercio del siglo XX en Europa vivió una fascinación por los psíquicos, como ha puesto de manifiesto Gervasio Posadas en su novela *El mentalista de Hitler*.

Dejando a un lado que nada tiene que ver poder ver en la oscuridad con ver a través de objetos opacos, hay que decir que considerar que en un pasado más o menos remoto los seres humanos tuvieron una facultad sensorial propia de la especie —en cuanto capacidad vinculada al uso de sus órganos— que algunos de ellos han podido recuperar por acción de un esfuerzo es una afirmación descartada completamente desde la biología y la fisiología. El lamarckismo está refutado definitivamente por la síntesis entre genética y teoría evolutiva. Del mismo modo que, de cara al futuro de los miembros de un linaje, no se heredan las capacidades adquiridas por el esfuerzo, tampoco retrospectivamente cabe recobrar las que la especie perdió en un momento dado en virtud de la evolución. Esto hace de la hipótesis de la visión

privilegiada de nuestros antepasados una hipótesis ridícula. La pregunta que ahora debemos hacernos es: ¿si no creemos que nadie pueda ver a través de los objetos opacos, por qué consideramos que alguien pueda leer la mente, siendo notablemente más difícil? En efecto, ver consiste simplemente en eso, en ver, pero leer la mente consiste en interpretar lo que alguien supuestamente ve dentro de otro sujeto. Evidentemente, tenemos que rechazar esta capacidad. A no ser que lo que se vea no esté dentro de nadie, ni en ninguna mente sino que se pueda leer a partir de los gestos externos y de la observación de la conducta. Lo que hace en un momento un psicólogo o una psicóloga y que puede, en efecto, impresionarnos es bastante semejante a lo que hacían en los teatros los mentalistas, telépatas o clarividentes que triunfaron en el siglo XX (aún quedan algunos). La diferencia estriba básicamente en que, por un lado, ellos conocen una serie de técnicas que no vienen avaladas por un saber teórico y académico que puede adquirirse en estudios universitarios reglados y, por otro, en que aquellos viejos mentalistas jamás negaban tener capacidades extrasensoriales o poderes paranormales.

Son conocidos los trucos de los mentalistas o clarividentes. Las tres técnicas más utilizadas por el mentalismo, clarividencia o telepatía son: a) la lectura en frío, consistente en la interpretación del lenguaje corporal, la vestimenta (estilo y combinación de colores), el peinado, signos externos de la confesión o tradición religiosa, prejuicios raciales que se le pueden suponer, rol de género que se le presume, gestos, uso del idioma (jerga, acento, riqueza del vocabulario, etc.). Esto lo hacen estos profesionales del espectáculo por sí mismos o mediante los ayudantes que tienen infiltrados entre el público, antes de que este tome asiento o incluso durante la función (los ayudantes avisan al artista de un modo discreto a quién debe sacar al escenario o con quién debe establecer comunicación); b) *shotgunning*, o exposición al público en un corto período de tiempo a una gran cantidad de información de carácter general y que puede ser relacionada por el mentalista con cierta facilidad —al estilo de los monólogos humorístico— con la casuística del sujeto en un momento de su vida emocionalmente delicado y c) signos y señales de aspectos relativos al momento puntual en el que viven los sujetos (uñas mordidas, ojeras, pelo despeinado o revuelto, calzado descuidado, etc.).

Es obvio que si lo primero que le espetamos a un psicólogo o una psicóloga nada más nos lo han presentado es una frase del tipo «¿me va usted a leer la mente?», esta persona ya sabe algo de nosotros y, en efecto, aunque no nos esté leyendo la mente (porque eso es física y metafísicamente imposible), puede parecerlo. ¿Qué es lo que sabe? Que tenemos una actitud más bien hostil y pasiva (reactiva) ante él o ella («todos los filósofos y los psicólogos están locos», «no me psicoanalice», «yo no creo en eso», etc.) y que nos sentimos cómodos en los prejuicios desde los cuales ordenamos nuestro trato con los desconocidos. Esto, unido a los gestos, la forma de hablar y la vestimenta ya es un buen comienzo para sacar alguna que otra conclusión, ¿verdad?



Simon Baker protagonizó durante años la serie *El mentalista*. Allí se mostraba cómo funcionan los trucos de estos sujetos para impresionar a su auditorio. El personaje interpretado por Baker abomina de los que venden que su capacidad es la de leer la mente de la gente y cuando topa con alguno de ellos lo ridiculiza.



SENTIR Y PERCIBIR. LOS LÍMITES DE LA PERCEPCIÓN

7

¿SENSACIONES QUE NO SE SIENTEN?

Es muy habitual que el sentido común nos lleve a identificar sentir con percibir. Pero esto no es exactamente así. La percepción, de la que se dará debida cuenta en la respuesta a preguntas posteriores, es una construcción organizada que usa ciertas sensaciones (no todas) como sus materiales, por decirlo con una metáfora.

¿Qué es la sensación para la psicología? La sensación es el modo más inmediato de relación individuo-medio. Los sistemas sensoriales traducen manifestaciones de la energía física (ondas de diferentes longitudes, presión...) y reacciones químicas (como las que se producen en las papilas gustativas y en la pituitaria) en una energía electroquímica (la que es

conducida por los nervios y por los axones y dendritas de las neuronas). La función integradora-constructiva comienza ya en el órgano (no es patrimonio exclusivo de los sistemas nerviosos) y culmina en el cerebro.

Sentimos muchas más cosas de las que sabemos que sentimos. En los años cincuenta del pasado siglo se le puso nombre a este fenómeno de filtro sensorial, en relación con el oído pero generalizable a otros sentidos: *cocktail party effect*. El *cocktail party effect* (efecto de la fiesta de cóctel) es especialmente interesante no solo para los psicólogos sino también para los expertos en problemas acústicos. Se trata de una situación paradigmática entre todas aquellas que requieren una escucha direccional selectiva en un ambiente donde hay múltiples hablantes. Como explica Barry Arons, del MIT, en «A review of the cocktail party effect» en *Journal of the American Voice I/O Society*, este efecto puede ser analizado centrando la atención en dos problemas relacionados, pero separables. El problema primario es el del reconocimiento, es decir, abordar la cuestión acerca de cómo los humanos somos capaces de separar de modo diferenciado (segregando, por decirlo así) sonidos procedentes del habla y si sería posible construir un artefacto que pudiera hacer lo mismo. ¿Qué pistas o entradillas de la señal de entrada son las relevantes para los humanos a la hora de de separar una voz de otras en las conversaciones y del ruido de fondo? ¿Serían las mismas para un artefacto que intentase emular este efecto? Tal y como recapitula Arons, a finales de los años cincuenta se pudo establecer que la probabilidad de que quien escucha oiga correctamente una palabra en dicho contexto varía con la probabilidad de aparición de la palabra en el contexto particular de la conversación. Si se ha escuchado la palabra *pan* es más probable la aparición de la palabra *mantequilla* o *cuchillo* que *borrador* o *carburador*. Años antes ya se mostró que una palabra es menos probable que sea escuchada correctamente si quien escucha conoce que la misma es una entre muchas alternativas en comparación con un número pequeño. El rendimiento de la escucha selectiva varía con la información —en sintonía con las tesis de la teoría de la comunicación— más bien que con la cantidad de estimulación física que afecta a nuestros órganos sensoriales. Ciertos experimentos mostraban cómo se puede tratar simultáneamente con los mensajes que contienen poca información mientras que esto no es posible con aquellos que tienen una fuerte carga informativa. Eso que se dice habitualmente de «no es

posible hacer dos cosas a la vez» depende de lo que se entienda por *cosa* (tarea). La separación espacial es de gran ayuda en situaciones que son similares para la tarea de quien escucha ignorando un canal y respondiendo a otro; el efecto espacial es menos importante cuando quien escucha está tratando con dos canales simultáneamente. El tiempo que lleva desplazar la atención se incrementa cuando dos mensajes vienen de direcciones distintas, lo cual puede anular la ventaja que debería habernos proporcionado la separación espacial. En conclusión: algunos factores del sistema nervioso central, más que los factores sensoriales, están implicados en la selección de mensajes; los efectos varían con el contenido de información de los mismos; cuando la información debe ser descartada, no se descarta aleatoriamente. Si alguna información es irrelevante es mejor que proceda de un lugar distinto, que esté a un volumen también distinto, con características de frecuencia diferentes o que sea presentada al ojo en lugar de al oído.

¿Qué ocurre con el otro gran sentido que nos abre las puertas del mundo: la vista? En los años noventa varios experimentos fueron realizados por Shapiro, Caldwell y otros al respecto. Se centraron en lo que se denomina parpadeo atencional. En dos de los experimentos se les pidió a tres grupos de participantes que identificaran un sustantivo o un nombre para, después, identificar la presencia o ausencia de un segundo objetivo, el cual era su propio nombre, otro nombre o un sustantivo específico de entre una sucesión de sustantivos (en el primer experimento) o de entre una sucesión de nombres (segundo experimento). Las conclusiones fueron que los sujetos no sufren un parpadeo atencional para sus propios nombres pero sí para otros nombres o sustantivos. Como comenta Isabel Arend («Dividiendo la atención entre dos objetivos», en *Aletheia*), la constatación por aquellos investigadores de la drástica reducción de nuestra capacidad para constatar el segundo de dos estímulos visuales que son de nuestro interés cuando entre ellos media un intervalo de tiempo de entre cien y cuatrocientas milésimas de segundo ha llevado a la producción de decenas de publicaciones que intentan explicar los mecanismos que subyacen a este fenómeno conocido como parpadeo atencional. Destacan dos modelos explicativos:

> […] El modelo de interferencia […]. Los autores propusieron que si el parpadeo (AB) atencional era el resultado de una interferencia entre los ítems, debería ser sensible al número de ítems que compiten por ser informados y al grado de similitud entre ellos.

> Los estímulos utilizados en este estudio fueron letras y fuentes similares a las letras que eran utilizadas como máscaras. El resultado importante de este estudio fue que el AB cambiaba en función del número de competidores categóricamente similares.
>
> […] El modelo de las dos fases […]. Una de las ideas fundamentales de este modelo es la de que la dificultad asociada al primer objetivo hace que este necesite más tiempo para ser procesado. Es decir, cuanto más tiempo el O1 permanezca en la segunda etapa de procesamiento, más tiempo el objetivo 2 tendrá que «esperar» para ser procesado y, por lo tanto, será más susceptible al decaimiento o al enmascaramiento.
>
> […] Podríamos establecer un paralelismo entre el modelo de la interferencia y el modelo de las dos fases. Las similitudes entre los dos modelos son las siguientes: (1) todos los ítems son procesados en algún grado, y (2) existe un momento en el procesamiento en el que los dos objetivos compiten por recursos. Sin embargo, el modelo de la interferencia plantea que el primer objetivo es procesado con éxito en la mayor parte de los ensayos y que, por lo tanto, la dificultad del objetivo 1 no desempeña ningún papel en la magnitud del efecto.

¿Qué conclusiones de tipo epistemológico debemos sacar de estas cuestiones concernientes a la relación entre la atención y la desaparición de los estímulos sensoriales auditivos y visuales? Compartimos aquí las conclusiones de Rafael Hernández en su artículo «Argumentos para una epistemología del dato visual», publicado en la revista *Cinta de Moebio* de la Universidad de Chile:

> El fenómeno del denominado *cocktail party effect* contradice la teoría ingenua sobre el estímulo, según la cual las percepciones son orientadas por las condiciones del ambiente, ya que un sujeto está en perfectas condiciones de dirigir la atención hacia un objeto situado en el borde del campo visual, sin quitar la mirada del objeto que tenemos enfrente.

8

¿PODRÉ PERCIBIR TODO LO QUE ME RODEA?

La percepción pone al sujeto frente al objeto, suele decirse. Pero ¿cómo? Lo hace dando forma. El principio general de este dar forma es la ley de figura y fondo. Afecta a todas las percepciones, no solo a la vista. Por ejemplo, un dolor intenso no nos permite percibir una molestia leve. No podemos percibir todas las partes al mismo tiempo con la misma preponderancia. Los seres humanos podemos llegar a saber qué sucede cuando nos vemos expuestos ante situaciones perceptivas en las que se dan ambigüedades sobre el fondo y la figura (podemos saber que hay una cara y dos copas pero no podemos percibirlas simultáneamente). Saber que se da el fenómeno no es percibir.

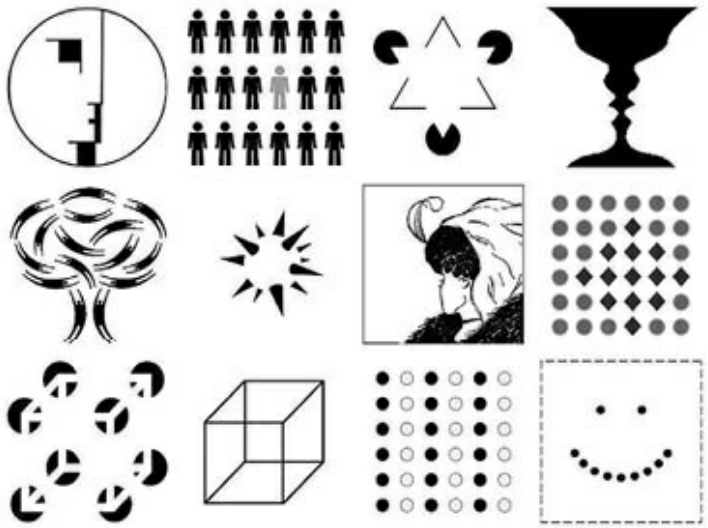
Otras formas de ley en la percepción son la constancia —aunque la información sensible sea variable, la percibimos como constante; esto ocurre, por ejemplo, con el tamaño relativo de dos personas aunque una esté más cerca que otra en mi perspectiva— y el agrupamiento de objetos. Dentro de la ley de agrupamiento de objetos, encontramos diferentes principios subalternos a esta ley: agrupamiento por proximidad, por similitud (domina sobre el anterior), por simetría, por contigüidad y por cierre de la figura.



Copa y caras, del psicólogo danés Edgar Rubin. Esta imagen muestra con gran claridad el principio general o ley fundamental de la Gestalt: fondo y figura. Funciona para todos los sentidos, incluidos los sentidos relativos a la percepción del propio cuerpo.

Inicialmente, los gestaltistas tenían escaso o nulo conocimiento sobre los mecanismos

neuronales subyacentes responsables de estos procesos sensitivos y perceptivos. Los trabajos posteriores de Hartline (1940), Jung (1952), Hubel y Wiesel (1959) y de otros investigadores condujeron a revelar conceptos como el de campos receptivos de neuronas sensoriales, canales para la percepción del brillo y la oscuridad y la selectividad orientativa. Más aún, la teoría del campo eléctrico propuesta por Köhler, según la cual se pensaba que ciertos campos eléctricos se propagan a lo largo de la superficie del córtex formando el percepto gestáltico, fue desechada por investigadores americanos como Lashley.



Distintas leyes y principios de la Gestalt (Figura) representados. *By Impronta* - Own work, CC BY-SA 3.0

Sin embargo, si bien la escuela de la Gestalt consiguió dar con la clave del funcionamiento de la percepción desde el punto de vista de su funcionamiento para nosotros como sujetos de la misma, anduvo bastante despistada —como casi siempre que los psicólogos se encharcan en el asunto del cerebro— a la hora de intentar apuntalar sus hallazgos desde un punto de vista neurofisiológico; Adam Geremek, Mark Greenlee y otros en *Perception Beyond Gestalt: Progress in Vision Research* (Percepción más allá de la Gestalt: progresos en investigación sobre la visión).

Conviene detenerse en la cuestión de la constancia perceptiva. Como expone José Luis Pinillos en su clásica obra *Principios de psicología*, este fenómeno contraviene la hipótesis de la constancia, según la cual se

consideraba que las percepciones se corresponden uno-a-uno con los estímulos físicos elementales que suponemos que las provocan, de modo que cuando un mismo estímulo afecta al mismo sentido se produce la misma reacción. El dato sensorial que es condición de un percepto no se vería afectado por dicho percepto (objeto de la percepción), aunque este sea de orden superior y totalizador. Sin embargo, el mundo en el que nos desenvolvemos, los objetos que se nos presentan a nosotros en cuanto sujetos de la percepción, presentan una estabilidad manifiesta en su color, brillo, forma, tamaño:

> Si una persona que se encuentra a un metro de distancia de nosotros da un paso atrás y se sitúa a dos metros de la imagen que proyecta en nuestra retina disminuye en ½ de su primitivo tamaño. Sin embargo continuamos viéndola aproximadamente como antes y no a la mitad de su tamaño. Algo similar acontece con la forma de las cosas. […] Los psicólogos de la Gestalt se ocuparon con gran interés de este problema, que para ellos constituía una de las claves de la refutación de la hipótesis asociacionista de la constancia. Los asociacionistas, sin embargo, intentaron a su vez conciliar ambas cosas, el fenómeno y la hipótesis de la constancia, apelando a la teoría de la inferencia consciente; los datos sensoriales efectivamente variarían con los cambios estimulares, pero los perceptos no, debido a nuestro conocimiento de lo que las cosas son en realidad.
>
> […] Sin excluir, por supuesto, el efecto del conocimiento sobre la percepción, parece que la estabilidad de esta está sostenida por mecanismos integrativos profundamente impresos en el sistema nervioso como legado de la evolución. No solo para el hombre, sino para cualquier organismo, sería sumamente arduo sobrevivir en un mundo donde los objetos fueran tan variables como de hecho lo son los estímulos que los representan.

No hay percepción sin atención y atender es seleccionar en función de lo que está en el foco del interés, de lo que nos arrebata emocionalmente, lo que nos da placer, nos asusta, etc. No hay forma de percibir todo porque decir «percibir todo» es un oxímoron, una expresión que encierra una contradicción entre los términos que la forman. En lo concerniente a la percepción visual, ciertos estudios sobre la detección, localización y reconocimiento de objetos en el campo visual, sugieren que es plausible una teoría de la percepción humana en dos etapas. La primera etapa sería el modo preatencional, en el cual los rasgos simples son captados rápidamente en paralelo sobre la totalidad del campo visual. En la segunda, el modo atencional o focalización de la atención, la atención se dirige a localizaciones

particulares del campo visual. La cuestión es que mediante redes neuronales artificiales (cuyo funcionamiento se da en paralelo) que pretenden emular el reconocimiento visual (también conocidas tales redes como perceptrones) es posible ensayar algoritmos para emular la segunda etapa con éxito pero no así para conseguirlo con la primera. No pueden computarse las ausencias, por decirlo así, que son configuradas perceptivamente como totalidades en esa primera etapa. De modo que a la pregunta que nos hacíamos al comienzo («¿Podré percibir todo lo que me rodea?») podríamos responder ya categóricamente diciendo que no puede percibirse todo lo que mediante estímulos nos bombardea, supuestamente, desde el exterior de nuestros sentidos pero que, en relación con lo que es objeto de nuestra atención, se percibe más de lo que está efectivamente presente. Como aclara Francisco J. Robles:

> Afirmaremos que todo fenómeno, por definición intencional, presenta una estructura psíquica entretejida a la intencionalidad que consiste en presentarse fenoménicamente como inminente. Entendiendo, en este orden de cosas, por «inminencia» la simultaneidad de la presencia y la ausencia. […] Así, toda percepción, en tanto que presencia particular, por así decirlo, de una cosa «material», se caracteriza por la experiencia referencial hacia otros aspectos de la cosa que no están efectivamente «presentes». Si consideramos, vaya por caso, la percepción de la fachada de un edificio, la cual podemos tomar aquí como presencia particular de un objeto «material», se detecta que en dicha experiencia perceptiva se halla implicada la referencia a la parte posterior del edificio en cuestión, lo cual supone que en la experiencia perceptiva se «experimenta» una suerte de «ausencia».
>
> *Para aprehender la psicología*

9

¿UN MUNDO INVISIBLE E INAUDIBLE EN TORNO A MÍ?

Lo que hay en el mundo que nos rodea, desde un punto de vista físico-químico, es mucho más de lo que nuestros sentidos pueden captar. No nos referimos solamente al hecho de que no todo lo que los sentidos captan es percibido —a lo que nos hemos referido en la respuesta a la pregunta anterior —, sino al hecho, que ya no es psíquico, sino fisiológico, de que no todo puede ser captado. Sabemos que los seres humanos hemos sido capaces de fabricar instrumentos sofisticados como las gafas de visión nocturna que nos permiten ensanchar los límites de la percepción, pero, obviamente, esto es posible gracias a que dichos artefactos traducen desde lo que no es susceptible de ser captado a una gama del espectro que sí lo es.

Hay que remontarse a la filosofía moderna para contextualizar correctamente la respuesta. En efecto, durante los siglos XVI y XVII la filosofía se centró en una rama de la misma, conocida entre los especialistas como teoría del conocimiento. Las razones de este giro hacia la cuestión del conocimiento —hasta entonces la filosofía se había centrado, fundamentalmente, en cuestiones relativas a la estructura y composición de la realidad— tienen que ver, sin duda, con el hecho de que los logros que con mucha dificultad estaba llevando a cabo la ciencia moderna se basaban en hipótesis acerca de la realidad que presuponían la desconfianza ante las supuestas certezas que nos presentan los sentidos. Certezas tales como que la Tierra no se mueve, como que los colores están en las cosas mismas como parte de ellos, certezas tales como que la composición de un objeto debe influir en la velocidad a la que cae cuando se lo lanza al vacío, etc. La nueva imagen del mundo se construyó sobre un nuevo juicio sobre el mundo que con el tiempo se convertirá en el prejuicio del mundo de la época moderna y que alcanzará a la contemporánea. Este prejuicio es un prejuicio y no un juicio porque supone un salto desde algo que es razonable a una posición que no tiene por qué aceptarse: el salto que va desde decir «entre las facetas que se perciben de la realidad y otras que no se perciben hay un nuevo tipo de relación que desconocíamos, ingenuamente» a afirmar «lo que percibimos es una pseudorealidad y la verdadera realidad es aquella que hay detrás de ella, la cual solo puede ser comprendida en términos físico-químicos».

Sea como fuere, estaba claro que si algo pasa entre los sentidos externos y la percepción que nosotros tenemos ni la filosofía ni las ciencias podrían permitirse más el lujo de ignorar esta intermediación. Había que hacerse

cargo del asunto. Los racionalistas llegaron al extremo de suponer que solo aquello que la razón, por sí misma, sin ayuda de la información de los sentidos, pudiera deducir sería la auténtica realidad más allá de los engaños de nuestros sentidos. Los empiristas se resignaron a considerar que la única fuente de conocimiento posible son los sentidos y que los engaños a los que unos sentidos nos someten son desenmascarados, precisamente, por otros. Un racionalista, con respecto al método hipotético-deductivo, pondría el énfasis en el momento de lanzar la hipótesis y extraer conclusiones lógico-matemáticas de la misma mientras que un empirista lo haría en el diseño experimental que nos permite tener una experiencia controlada (libre de cualquier margen de error interpretativo) y sin la cual, dirían, todo lo demás no vale nada.

Con el criticismo de Kant, se da una síntesis entre la tendencia racionalista y la empirista. Kant viene a decir que aunque todo conocimiento posible para el ser humano ha de provenir de la experiencia que del mundo y de sí mismo tiene, no todo lo que hay en ese conocimiento tiene su raíz en la experiencia. Lo que Kant quiere decir es que hay unas estructuras previas que hacen que la experiencia que nosotros tengamos y podamos tener se dispongan en un cierto orden.

Usaremos una comparación que ha sido una de las líneas de investigación más populares en psicología: la metáfora informática (inteligencia artificial). Imagine que su computadora tuviera conciencia de sí misma pero fuese completamente ignorante acerca de que existe lo que no se ajusta a lo que puede captar a través de sus periféricos (el ratón, el teclado, la cámara, el micrófono, etc.) y puede ser traducido a sus códigos. Alrededor de la computadora están pasando miles de eventos, olores, texturas, pero ella considera que solo existen las realidades y propiedades que puede captar. La computadora, además, ignora que es por el propio sistema operativo que ella lleva instalado y los programas que el sistema soporta por lo que puede, en efecto, distinguir entre realidades y propiedades, entre antes y después y todo lo que le permite construir algún conocimiento del mundo que la rodea. Considera, ingenuamente, que eso está en las cosas tal y como son en sí mismas. Pues bien, este estado de ignorancia de sus propios límites constitutivos y de las condiciones que hacen posible su conocimiento de sí y de lo que puede conocer de entre todo lo que la rodea es el estado de

ignorancia en el que han estado los pensadores durante toda la historia de la filosofía y de las ciencias en Occidente hasta la revolución científica moderna de los siglos XVII y XVIII. La computadora representa todas esas generaciones de pensadores y científicos hasta la revolución científica moderna, con la única excepción del atomismo de Demócrito y Leucipo, quienes subrayaron que solo existían real y verdaderamente átomos moviéndose en el vacío.

Como muy bien ha expuesto —y diseccionado en toda su complejidad— Francisco J. Robles (*Para aprehender la psicología*) el prejuicio del mundo está presente en buena parte de las escuelas psicológicas. En psicología el prejuicio del mundo tiene un sesgo fuertemente kantiano: el espacio y el tiempo —al margen de su probable existencia física, en términos newtonianos o einsteinianos, *per se*— son condiciones estructurales que el sujeto de conocimiento pone de su parte para tener conocimiento externo de la realidad. Fuera del espacio y del tiempo no hay conocimiento posible porque el formato de todo conocimiento es espacio-temporal. Esta forma kantiana de prejuicio del mundo ha presidido la investigación acerca de lo que se denomina proceso psicofisiológico de la sensación-percepción, cuya orientación fundamental es dar respuesta a cómo se organiza con un sentido de realidad y una jerarquía de importancia el caos de sensaciones al que nuestros sentidos están sometidos constantemente.

Un ejemplo de cómo al ordenar el caos queda fuera buena parte de lo que es el mundo físico-químico que nos rodea lo tenemos en el funcionamiento del sentido del olfato. Se sabe que cuando un animal o una persona inhalan un olor, las moléculas que transportan la fragancia son capturadas por solo unas pocas de las innumerables neuronas receptoras de las fosas nasales. Estos receptores están especializados en aquella clase de olores a los que responden. Las células que llegan a excitarse desencadenan potenciales de acción que se propagan a través de los axones de la neurona a una parte de la corteza cerebral (córtex) conocida como el bulbo olfatorio (cuyas neuronas primordiales son las células mitrales). Cuanto mayor es el número de receptores activados, mayor es la intensidad del estímulo y su localización en la nariz comunica la esencia de la fragancia, de modo que cada fragancia estaría expresada mediante un patrón espacial de actividad receptora que pasa al bulbo. El bulbo analizaría los patrones de entrada y sintetizaría su propio mensaje, transmitido mediante los axones a otra parte del sistema olfativo: el

córtex olfatorio. Este manda señales a varias partes del cerebro, alguna de ellas encargada de combinar estas entradas con las de otros sistemas sensoriales:

> El resultado es una percepción cargada de significado, una Gestalt, que es única para cada individuo. Para un perro, el reconocimiento de la fragancia de un zorro puede conllevar el recuerdo del alimento y la expectativa de una ingesta. Para un conejo, la misma fragancia puede despertar recuerdos de persecución y miedo a un ataque.
>
> «The Physiology of Perception», *Scientific American*
>
> Walter Freeman

10

¿CUÁL ES EL AUTÉNTICO SEXTO SENTIDO?

En el año 1833, Charles Bell publicó *La mano*. Allí habla del sentido de la posición y el movimiento al que llamó *sixth sense* (sexto sentido). Este sería denominado posteriormente propiocepción. Si usted cierra los ojos y mueve un brazo puede tocar la yema de los dedos de ese brazo con el otro, sabiendo exactamente dónde está. No lo sabe por la vista ni por el tacto. Lo sabe porque hay un sentido que le permite conocer la posición y movimiento de su cuerpo sin necesidad de referencias entregadas por los sentidos externos. La única fuente de conocimiento que permite algo así solo podría ser, para Bell, un sentido del grado de ejercicio en el encuadre muscular del individuo. Los músculos, razonó, tienen dos clases de nervios, los que tienen que ver con su contracción y los que tienen que ver con la sensación, de modo que ha de haber un círculo nervioso que conecte los músculos con el cerebro permitiendo así la regulación de la acción muscular. Cuando estamos obligados por una situación determinada a mantener la posición corporal durante una hora nos incorporaremos rígidos y sin poder caminar. La

sensibilidad nos ha ido guiando para que cambiemos de postura, evitando la muerte de esa parte del cuerpo. Cuando un paciente, constató Bell, tiene paralizada la parte inferior del cuerpo hay que dar instrucciones especiales y precisas a los enfermeros o enfermeras que lo atienden con el fin de que cambien la posición de sus extremidades cada no mucho tiempo, sitúen las almohadas bajo sus costados y sus muslos para que puedan ser desplazados con facilidad. De no ser así, la inflamación de las partes que presionan el lecho tendrá nefastas consecuencias. Cuando corremos se produce un intercambio de fuerzas entre el resorte del pie —que absorbe y recoge de modo elástico esas fuerzas— y el suelo, de donde proceden en su contacto con la planta. Esto también es constatado por el *sexto sentido*. También pudo describir lo que hoy se conoce como tacto activo, es decir, el modo en el que el tacto está no solo vinculado a las sensaciones de la piel sino también a un conocimiento de los movimientos exploratorios que ocurren mientras manipulamos un objeto con la mano. Para el sistema nervioso, podría afirmarse que la variedad y el contraste son necesarios. En efecto, si se da la continuación de la misma impresión, sin ningún contraste, se produce una fatiga sensorial por muy sofisticado que sea ese órgano (como puede ser el ojo). Más aún en el *sexto sentido*, el cual es más básico, por decirlo de algún modo.

Con respecto a la cuestión de la propiocepción específica del movimiento, un siglo después de la publicación de *La mano*, Hughlings Jackson introdujo el concepto de que los movimientos podían ser gradados en una escala que iría de más automático a menos automático, con la implicación de que este último dependería de un uso muy delicado de de las entradas y salidas (que implicaría a áreas corticales del cerebro como la sensorial, la motora y otras). La percepción de señales aferentes (de fuera a dentro) producidas durante y antes del movimiento no son un requisito necesario y algunas hipótesis sobre el control del movimiento la descartan. No obstante, aunque no sea necesaria desde un punto de vista teórico para el control del movimiento, el acceso perceptivo a la información propioceptiva de los receptores de la piel, los ligamentos y los músculos debería proporcionar, supuestamente, al sistema nervioso central una mayor flexibilidad en el control especialmente cuando se trata de pequeños movimientos lentos y contracciones isométricas (como las que se producen al coger la raqueta de tenis: el músculo se activa pero

permanece con la misma longitud) y también al comienzo y final de movimientos rápidos así como en las fases de transición en una secuencia de movimientos. Parece de sentido común que tal acceso a la percepción de señales aferentes debe ser absolutamente decisiva para aprender una nueva habilidad (por ejemplo, bailar).

Nos hemos referido a la posición y al movimiento. Pero no hemos dicho nada de otras de las sensaciones vinculadas al *sexto sentido*. Nos referimos a la sensación de fuerza y a la de equilibrio. La sensación de fuerza muscular o de pesadez de un objeto con el que cargamos deriva de muchas fuentes, como sucede con la sensación integral de posición y movimiento. En el caso de la fuerza es un hecho relevante que se sobreponderan las fuerzas que se perciben como debilitadoras del músculo, con indiferencia de que la sensación se produzca bajo ciertas condiciones u otras (a saber: por efecto del músculo, de las neuronas motoras o por las vías motoras descendientes). Con respecto al equilibrio, la tensión refleja muscular nos conduce a un rápido e irreflexivo desplazamiento a la zona estable en situaciones en las cuales consideramos que lo perdemos. Una forma de mejorar el equilibrio es confiar en la propiocepción de la situación y el movimiento, contrarrestando esa tendencia a buscar el refugio estable sobre el que apoyar nuestros pies. Esto es entrenable: es lo que hace un funámbulo.

11

¿ES LA MENTE EL ORDENADOR DEL CAOS?

A mediados de los años noventa hubo una propuesta (el positivismo neurológico) que intentó explicar o, al menos, contextualizar la relación mente-cuerpo dentro de la teoría del caos y la termodinámica física. El positivismo neurológico fue una nueva forma de positivismo que se retrata

como una epistemología (teoría del conocimiento científico) evolutivo-dinámica y como una epistemología inspirada, asimismo, en teoría de sistemas. Además de este doble enfoque se nutre de lo que le proporcionan la filosofía, la neurociencia, la teoría holonómica del cerebro y, por supuesto, la psicología. La conciencia, según esta propuesta, se describe como una plantilla o molde espacio-temporal de patrones de energía autorreferenciales que se estarían generando continuamente. La energía en la relación mente-cerebro está en cambio desde siempre, un cambio que respondería a una flecha del tiempo termodinámica que constituye la evolución de la cultura. Esta evolución lleva la dirección hacia unas exteriorizaciones de la organización algorítmica del cerebro cada vez más progresivas y eficientes (tal sería el caso de los sistemas que computan emulando redes neuronales artificialmente o de los sistemas de realidad virtual).

Las matemáticas de la teoría del caos encajan perfectamente, para el positivismo neurológico, con los patrones más generales del complejo orden dinámico subyacente a la naturaleza. El positivismo neurológico considera que la organización cerebral es algorítmica. Como es sabido, se entiende por algoritmo un conjunto ordenado y finito de operaciones que permite hallar la solución de un problema. Para el positivismo neurológico, a los flujos de los ríos, las jerarquías energéticas en los ecosistemas o a las características del flujo de conciencia psíquica subyacen los mismos patrones organizacionales. Tales sistemas dinámicos responden a estas características propias de los sistemas dinámicos según la teoría del caos: a) el despliegue dinámico de fenómenos que parecen caóticos, totalmente desorganizados o desvinculados en la experiencia cotidiana contienen un orden determinista; b) patrones similares se repiten *ad infinitum* y la similitud entre ellos surge de su patrón preexistente (autorreferencialidad); c) hay saltos o bifurcaciones periódicamente en los sistemas caóticos que se despliegan; d) efecto mariposa: un error de cálculo en las condiciones iniciales conduce a condiciones impredecibles que responden a un despliegue no lineal del sistema.

Dentro del marco del positivismo neurológico, la organización neuronal del cerebro humano se describe como el logro evolutivo de máximo poderío que ha dado la dinámica de la selección dentro de la evolución natural. El cerebro opera en un espacio y un tiempo y gradualmente llega a ser

encapsulado, es decir, situado en un contenedor protector que es el cráneo y el resto del sistema nervioso. A esta organización algorítmica del espacio y el tiempo se le suma la dinámica autorganizativa y autorreferencial de una evolución llevada al máximo de su desarrollo en forma de subsistemas cerebrales interconectados en los cuales la energía fluye.

La evolución cultural —un proceso igualmente comprensible en términos energéticos, según el positivismo neurológico— da lugar a eso que llamamos «mente». Dentro de nuestros cráneos, el cuerpo sería una proyección que aparenta estar ahí fuera, mientras que las ideaciones mentales se proyectan como siendo originadas aquí dentro (dentro de nuestras cabezas). De este modo se produce la ilusión de la separación mente-cuerpo, la cual se erige sobre la ilusión entorno-cuerpo. Esto ya es una forma de ordenación fundamental, según el positivismo neurológico. La eficiencia algorítmica de las ideaciones/modelos mentales ha ido rezagada tras la propia de las matrices neuronales que cartografían el cuerpo y los proyectan como una exterioridad. La ventaja de los segundos algoritmos sobre los primeros fue grande en tiempos de nuestros ancestros homínidos pero estaría recortándose notablemente en la medida en que las ciencias y las tecnologías actuales estarían externalizando las ideaciones/modelos mentales mediante las nuevas formas de inteligencia artificial. Sea como fuere, la distancia, en el caso de los humanos de carne y hueso, entre la eficiencia algorítmica (de procesamiento, al fin y al cabo) entre la mente y el cuerpo constituye la identidad inestable —en términos de estado energético centralizado— entre mente y cuerpo, cuya relación tantos quebraderos da a las y los profesionales de la filosofía, la psicología, las neurociencias, etc. Este es el rasgo identificativo o identidad mente-cuerpo. Una identidad que no es mismidad, sino similitud con lo que se ha sido y autorreferencia; Larry R. Vandervert, en «Chaos Theory and the Evolution of Consciousness and Mind: A Thermodynamic-Holographic Resolution to the Mind-Body Problem» (*New Ideas in Psychology*, 1995):

> Podemos ahora ver que el impulso hacia la modelización de, por ejemplo, los sistemas computacionales de realidad virtual y las teorías del todo en física son resultados completamente naturales del proceso autocatalítico. […] Una auténtica o «estable» identidad de estado de energía central solo podría conseguirse con una completa exteriorización de las matrices neuronales de la conciencia en forma de modelos de la mente. Quizás esto conllevaría la forma de un sistema cableado, computacional y

consciente. Solo el tiempo lo dirá. Parece que la relación mente-cuerpo *en sí misma*, como cualquier otra cosa en el universo que podamos conocer, está sometida al cambio constante.

Dejamos a nuestros lectores que sopesen por su cuenta cuánta credibilidad consideran que puede darse a estas construcciones teóricas que las ciencias «blandas» montan sobre las teorías más llamativas de las ciencias «duras» con el fin de pergeñar una hipótesis que parezca respetable al rebufo de la moda.

12

¿Por qué en Europa vemos como ventanas lo que en África son cajas?

Seguiremos al artista visual Anthony Waichulis para responder a esta cuestión. Lo que vamos a tratar es, fundamentalmente, los condicionamientos culturales que afectan, sin ninguna duda, a la percepción de la realidad y las representaciones que en la misma —y de la misma— nos encontramos. Como explica Waichulis, gracias a los exploradores, antropólogos y misioneros disponemos de informes acerca de la dificultad manifestada para la percepción pictórica en las tribus a las que conocieron.



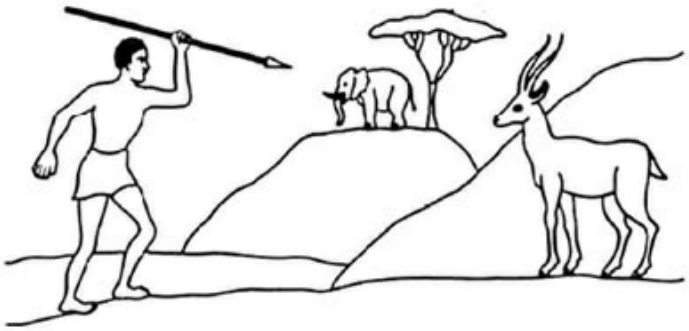
¿Qué representa esta imagen para usted? Está claro que la percepción también va quedando configurada, a lo largo de nuestro crecimiento y hasta alcanzar la edad adulta, por factores sociales y culturales que nos influyen decisivamente en el modo en que otorgamos una comprensión a lo que percibimos.

El caso más célebre de informe respecto a este asunto es el de Robert Laws, un misionero escocés en lo que ahora conocemos como Malawi, durante finales del siglo XIX. Laws constató que los nativos no podían ver una fotografía en blanco y negro, aunque se les especificara previamente lo que aparecía en la imagen y aun en el caso de que lo que aparecía les fuera familiar. Finalmente, indicando las partes de los objetos representados son capaces de reconocer la imagen, indicando ellos mismos —sin que se les diga previamente— el resto de las partes. Donald Fraser, en los años veinte del pasado siglo, tuvo experiencias semejantes. Nos cuenta el caso de una mujer que con mucho esfuerzo descubrió que una imagen contiene el perfil de la cabeza de una persona. Según dice Fraser, ella iba viendo la nariz, el ojo, la boca, etc., pero se preguntaba dónde estaban las otras partes del rostro y cuando se le explicaba, en vivo y en directo, mediante el giro de cabeza del propio Fraser, que esas partes desaparecían, por decirlo así, del plano de quien contempla, no era capaz de entenderlo ni percibirlo pues, al fin y al cabo, están ahí (simultáneamente presentes y ausentes). Esto supone una

confirmación del principio general de psicología de la Gestalt (el todo es anterior a las partes y las dota de sentido) y de la filosofía fenomenológica en la que se sustenta. No obstante, es cierto que supone un mazazo para aquellos que consideran que hay un cierto apriorismo perceptivo del detalle, es decir, que la ley del cierre por la cual todos deberíamos percibir ciertas figuras geométricas aunque no estén conclusas —y otras leyes semejantes, como la de continuidad— probablemente no sean universales sino solo válidas para los occidentales (aunque pueden ser universales *a posteriori* si las adaptamos a cada contexto cultural: unos grupos humanos cerrarían la figura perceptivamente de una manera y otros de otra). Nosotros, occidentales, vemos figuras geométricas en unas líneas que no cierran como tales mientras que otros quizá verán objetos que forman parte de la cotidianidad de su vida, especialmente si son objetos útiles entre los cuales su conducta se está remitiendo constantemente. Nativos a los que se les había pedido que se sentaran y a los que se les proyectó la imagen de un elefante acabaron saltando y huyendo por temor a que estuviera vivo (el jefe tribal fue detrás de la pantalla para comprobar si el animal tenía un cuerpo y cuando constató que no era así emitió un gran rugido que destruyó la calma nocturna).

Otra cuestión perceptiva interesante en relación con la cultura es la relativa a la profundidad. Si se les pregunta a los miembros de una tribu africana cuál está más cerca (antílope o elefante) y qué está haciendo el hombre de la imagen, los resultados indican que tanto los adultos como los niños no captan la profundidad en la imagen como lo hacemos nosotros. Los estudios transculturales parecen indicar, pues, que la historia y la cultura desempeñan una parte importante en cómo percibimos el entorno que nos rodea. La configuración perceptiva está en dependencia de la naturaleza activa —nunca pasiva— de los procesos perceptivos. El concepto de imagen icónica dista, pues, de ser universal. Henri Breuil, sacerdote católico francés y arqueólogo por afición, narraba como un oficial turco no podía reconocer el dibujo de un caballo porque no había modo de que él, el oficial, pudiera moverse alrededor de él. Su educación musulmana iconoclasta lo había mantenido alejado durante toda su vida de las imágenes representativas y su percepción de la realidad animal era la propia de aquellos que se mueven entre los animales como una originaria remisión entre útiles. Está claro que evocar o extraer un significado de un significante icónico de dos dimensiones

no es, en absoluto, algo innato (que venga de nacimiento) ni *a priori* (aprendido o no, no para todo sujeto estructura necesariamente toda experiencia posible de las realidades bidimensionales). Datos extraídos de estudios con tribus ugandesas apuntan a que las destrezas perceptivas en relación con imágenes icónicas están relacionadas significativamente con la cantidad de exposición a la cultura occidental. Tanto los occidentales más urbanitas como aquellos más rurales y con un escaso bagaje cultural en imágenes hacen identificaciones más correctas y son más consistentes en el uso de las pistas o entradillas que se les proporcionan que aquellas tribus de Uganda.



¿Cuál está más cerca? ¿El antílope o el elefante? Algo que para nosotros es sencillo, como la comprensión de una perspectiva tridimensional en un formato bidimensional no lo es en absoluto para un ojo que no ha sido entrenado en el aprendizaje de tal interpretación. Pues lo que hacemos no es simplemente ver sino interpretar lo que vemos.

Podemos concluir y responder así a la pregunta diciendo que, si bien es cierto que las imágenes icónicas no son nunca completamente arbitrarias, desde luego son convencionales y todo el bagaje de lo aprendido influye en su interpretación. Esto, no obstante, no significa —aunque la experiencia module siempre nuestra percepción— que no haya una capacidad de reconocimiento previa de lo que nos es familiar, de aquello entre lo cual

nuestra conducta se da como una originaria remisión entre útiles. Pero esa capacidad no es un paquete de información preinstalado en el sistema nervioso, como si se tratase de parte del sistema operativo de un ordenador. La cuestión es que crecer, criarse, pasar de ser bebé a ser un niño, es algo que requiere de operaciones concretas entre objetos que son para nosotros «seres-a-la-mano», *pragmata*, útiles que remiten a otros útiles. Y ahí se produce la configuración, ahora sí, de un esquematismo que puede trascender más allá de la percepción de los objetos tridimensionales y ser reconocido en sus representaciones bidimensionales. En este sentido es conocida la experiencia realizada con un bebé de diecinueve meses al que se había criado en un ambiente desprovisto de imágenes. El pequeño era capaz de nombrar sin problemas imágenes (incluso esbozos) de los objetos familiares cuyos nombres había aprendido anteriormente. Como dicen Julian Hochberg y Virginia Brooks *(American Journal of Psychology,* 1962), se responde a características dadas en las líneas sobre el papel del mismo modo que como se ha aprendido a hacerlo ante las mismas características cuando son los límites o extremos de las superficies tridimensionales con las que se topa el niño.

13

¿HAY UN DETECTOR PSÍQUICO DE RAZAS?

Contestaremos a esta cuestión de la mano de Allport, el cual estudió el tema del prejuicio a mediados del siglo XX. Pero antes es necesario hacer un repaso a cómo se ha abordado la cuestión de la discriminación a lo largo de la breve historia de la disciplina psicológica. Siguiendo el artículo «Psychology and Prejudice. A Historical Analysis and Integrative Framework», de John Duckitt (en *American Psychologist*), podemos reconocer, al menos, seis etapas en el decurso de los estudios psicológicos acerca de la cuestión racial y

de la discriminación en general. La primera etapa corresponde desde los orígenes de la disciplina hasta los años veinte del pasado siglo. Ya en el siglo diecinueve casi todo el pensamiento científico tanto en Europa como en América daba por hecho la inferioridad racial de las otras razas con respecto a la raza blanca, en virtud del atraso de aquellas tal y como era percibido en plena era colonial. El atraso en concreto de los negros se explicaba en términos como el del atraso evolutivo, la capacidad intelectual limitada y un exceso de impulsividad sexual. La aparición de los test de inteligencia fue el modo específico en que la psicología se unió a esta empresa de justificación de la inferioridad intelectual y moral de las razas no blancas (negros e indios nativos americanos). Una de las conclusiones que se pretendió defender iba en la línea de que la inteligencia aumentaba en las estirpes no blancas a medida que se mezclaban con caucásicos. Como explica Duckitt, un artículo de 1925, de Thomas Garth, en el *Psychological Bulletin*, concluía que la revisión de setenta y tres estudios indicaba sin duda la superioridad mental de la raza blanca.

Entre los años veinte y treinta, la cuestión cambió completamente hasta el punto de que el interés no fue justificar la discriminación sino investigar su origen como prejuicio irracional. Una serie de procesos históricos provocaron este rápido desplazamiento en la posición de científicos sociales e intelectuales. El ostracismo sufrido por los negros solo podría ser explicado si la mirada clínica se posaba sobre los blancos. La anormalidad psicológica en relación con esto estaba en los blancos, no en la inteligencia de los no blancos. La teoría psicodinámica hizo una aportación peculiar y significativa al entender el racismo como un mecanismo de defensa que funciona inconscientemente, canalizando tensiones y problemas, vengan del fondo del sujeto, de la presión ambiental que influye en el mismo en un momento dado, de las frustraciones de sus expectativas, de lo que percibe como una amenaza, etc. Esto último (frustración, sentimiento de amenaza), si hay un discurso lo bastante poderoso como para influir sobre los sujetos decisivamente, lleva a estos a percibir lo que en un principio era considerado un extraño como un enemigo:

> La peculiaridad del concepto «extraño» surge porque es un concepto sin un contraconcepto. Los extraños están, por lo tanto, determinados no tan solo por el hecho de estar delimitados por los otros; están determinados mucho más por el hecho

de que minan y revientan por dentro todas las categorías polares del orden social. Los extraños no son ni enemigos ni amigos; ni nativos ni extranjeros; son cerca y no cerca, lejos, pero aquí; son vecinos aislados por los vecinos, como no-vecinos, como extraños. La rareza de los extraños se muestra sobrecogedora y tentadora. […] Prejuicios y estereotipos del extraño producidos culturalmente (disponibles) se usan para la construcción y el reforzamiento del poder estatal y del aparato militar. Las imágenes del enemigo —a diferencia de los estereotipos del extraño y los prejuicios raciales— hacen posible una reevaluación de los valores.

«Cómo los vecinos se convierten en judíos. La construcción política del extraño en una era de modernidad reflexiva», *Papers. Revista de sociología*

Ulrich Beck

El hecho de que según la teoría psicoanalítica estos mecanismos de defensa sean (presuntamente) universales vendría a explicar la ubicuidad del prejuicio en todos los lugares donde hay presencia de la raza blanca. ¿Qué mecanismos de defensa estarían actuando en los prejuicios racistas y antisemitas? La proyección, el chivo expiatorio y el desplazamiento de los sentimientos hostiles hacia otros. Como pasa habitualmente con el psicoanálisis, en el momento en que intentamos poner a prueba sus hipótesis mediante experiencias controladas y estudios de casos clínicos nos encontramos con una gran pobreza de resultados que contrasta, sin embargo, con ese deslumbramiento (como si se desvelara algo hasta ese momento oculto y esencial) que producen la primera vez que uno se encuentra con ellas. Es cierto que cuesta pensar que no hubiese frustración, busca del chivo expiatorio y proyección de las propias miserias humanas en los linchamientos de negros en el sur de Estados Unidos o en el proceso en varias fases que condujo a la Solución final en el Tercer Reich. Sin embargo, el estudio de los casos y el ensamblaje de la hipótesis para que pueda ser sometida al método hipotético-deductivo no arroja resultados concluyentes. No es tanto que la hipótesis no quede verificada, es que no se puede falsar. Sucedería, de algún modo, lo que Popper achacaba a la filosofía de la historia marxista (no puede decirse lo mismo de su teoría económica del valor, dicho sea de paso): no es que sea verdadera ni falsa, es inverificable. Pero el discurso deslumbra tanto cuando se toma contacto con él por primera vez que parece una verdad revelada. Es interesante hacer una alusión aquí al estudio que hizo Hannah

Arendt sobre el caso Eichmann para darse cuenta de que el mayor perpetrador de crímenes del Holocausto no tenía rencor, envidia, resentimiento, ni nada similar hacia los judíos (*Eichmann en Jerusalén*). Durante los años cincuenta se comenzó a estudiar el asunto desde teorías de la personalidad alternativas a la psicodinámica. Destaca aquí la contribución de Adorno con su obra *La personalidad autoritaria,* a la que dedicamos casi íntegramente la respuesta a la pregunta 85.

A partir de los años cincuenta, a pesar de la permanencia del paradigma psicodinámico e introspectivo, surge una nueva perspectiva según la cual el prejuicio es el patrón de salida conductual de unas particulares estructuras de la personalidad que dan asiento a ciertas actitudes. Efectivamente, como quizá esté ya pensando la lectora o lector, la cuestión del nazismo fue crucial para este cambio de punto de vista. ¿Cómo explicar de un modo satisfactorio lo ocurrido en términos de procesos psíquicos universales? (De hecho lo escandaloso del enfoque de Arendt acerca de esta cuestión fue que por mucho que quisiera verse el asunto como una patología, como un ataque de locura colectiva, la cosa es que aquello fue realizado por personas perfectamente normales. Esa es la banalidad del mal. Pero esto ya nos lleva a un problema filosófico que no nos concierne aquí). El prejuicio es la expresión, según este nuevo enfoque, de una necesidad interior generada por estructuras de la personalidad patológicas. Quienes detenten dichas estructuras serán especialmente susceptibles y propensas al prejuicio. La psicología diferencial le toma el relevo así al psicoanálisis. Es aquí donde se contextualiza y exhibe su figura la contribución de Allport, en 1954, con su obra *La naturaleza del prejuicio*. En esta obra se muestran los elementos que dan lugar a la escala de Allport, del uno al cinco, según los siguientes niveles: 1. Antilocución: este nivel consiste en la propalación libre de imágenes negativas de un grupo por parte de otro. Comprende el discurso del odio y, si bien por sí misma no es peligrosa, puede suponer un paso para profundizar en el prejuicio. 2. Evitación: este nivel se caracteriza por la evitación del grupo con respecto al cual se da el prejuicio. No se busca dañar directamente pero pone las bases del aislamiento y la exclusión social. 3. Discriminación: se deniegan oportunidades y servicios al grupo en cuestión. Las conductas persiguen poner en desventaja al mismo evitando que consigan objetivos, tales como

educación, trabajo, etc. 4. Ataque físico: se ejerce el vandalismo contra las propiedades y la violencia contra las personas, a modo de pogromos. 5. Exterminio.

¿Cómo sucede la despersonalización de los individuos objeto de la discriminación por parte de los individuos con prejuicios como para llegar a estos extremos?

> El antropólogo Keith ha sugerido un esquema para clasificar los grados de visibilidad de las razas (estirpes, tipos, linajes) de acuerdo a la proporción de sus miembros que son fácilmente identificables.
>
> Pandiacríticas: todos los individuos son reconocibles
>
> Macrodiacríticas: el 80 % o más reconocibles
>
> Mesodiacríticas: entre el 30 y el 80 % por ciento reconocibles
>
> Microdiacríticas: menos del 30 % reconocibles
>
> Utilizando este esquema podríamos decir que los judíos son un tipo mesodiacrítico. [...] Llama la atención que las personas prejuiciosas sean más capaces de identificar los miembros del exogrupo que les disgusta que las personas sin prejuicios. [...] Desde el punto de vista psicológico no parece difícil explicarlo. Para la persona con prejuicios es *importante* aprender las claves que le permiten identificar a su enemigo.
>
> Un investigador pidió a estudiantes caucásicos de la Universidad de Stanford y de la Universidad de Chicago que separaran las fotografías de estudiantes chinos y japoneses que habían asistido a un *college* norteamericano. Los resultados fueron, en general, pobres […].
>
> Tan poderoso es el impacto del color en nuestras percepciones que a menudo no pasamos más allá en nuestro juicio acerca de un rostro. Un oriental es un oriental —pero no podemos determinar si es chino o japonés—. Ni tampoco percibimos la *individualidad* de cada rostro. [...] Un experimento que exploraba la memoria para rostros negros y blancos muestra que la gente con fuertes prejuicios contra los negros no son capaces de reconocer un número de rostros negros *individuales*, cuyas fotografías acaban de ver, proporcional a su capacidad de reconocer rostros de individuos blancos.
>
> *La naturaleza del prejuicio*
>
> Allport

Siguiendo a Scott Plous, en su artículo «The Psychology of Prejudice, Stereotyping and Discrimination: An Overview» («La psicología del prejuicio, estereotipificación y discriminación: una visión de conjunto»), hay una relación —como acertadamente ya vio Alllport— entre los prejuicios y el pensamiento categórico (rogamos no confundir este sentido de categoría con la acepción filosófica, tal y como se encuentra en Aristóteles y en Kant). Plous diferencia cuatro tipos de racismo: el racismo simbólico, el cual rechaza el racismo a la vieja usanza pero que expresa el prejuicio de forma indirecta (por ejemplo, por oposición a las políticas de ayuda a las minorías raciales); el racismo ambivalente, que sería, en cambio, el propio de aquellas personas que experimentan un conflicto entre sentimientos positivos y negativos hacia los grupos raciales estigmatizados; el racismo moderno, según el cual el racismo clásico es erróneo, pero consideran que las minorías raciales abusan de los recursos que el sistema les proporciona o pretenden hacerlo; y, finalmente, estaría el racismo aversivo: consiste en asumir los principios igualitarios pero mostrar una aversión personal hacia las minorías raciales. Visto lo anterior, podemos estar seguros de que la mayor parte de las personas que dicen «yo noy racista pero...» están, seguramente, siendo sinceros aunque rápidamente muestren sus prejuicios. Volviendo a la cuestión del prejuicio y la categorización, debe subrayarse que, aunque Allport reconoció la dimensión histórica, económica, social y emocional del prejuicio, también propuso que este es, parcialmente, una excrecencia del funcionamiento normal de la personalidad psíquica. La categorización se constata en la clasificación verbal de los objetos de la percepción. Sin embargo en esa clasificación verbal habrá que atender a las connotaciones que las palabras elegidas tienen en su uso por el sujeto dentro del endogrupo (grupo de referencia al que se adscribe); como indica Allport, en la obra arriba citada:

> ¿Por qué tanta gente admira a Abraham Lincoln? Se nos responderá posiblemente que fue austero, trabajador, ávido de conocimientos, ambicioso, devoto de los derechos del hombre común y que tuvo un éxito extraordinario en su ascenso por la escala de oportunidades.
>
> ¿Por qué a tanta gente le resultan desagradables los judíos? Se nos responderá posiblemente que es debido a que son austeros, trabajadores, ávidos de conocimientos, ambiciosos, devotos de los derechos del hombre común y porque tienen un éxito extraordinario en su ascenso por la escala de oportunidades. Por supuesto los *términos*

utilizados serán quizá menos laudatorios en el caso de los judíos: puede ser que se diga que son tacaños, ambiciosos al extremo, inescrupulosos e izquierdistas. Pero queda en pie el hecho de que, en lo esencial, las mismas cualidades de la personalidad que se admiran en Abraham Lincoln se deploran en los judíos.



LA MEMORIA Y EL RECUERDO

14

¿SON FALSOS CASI TODOS LOS RECUERDOS?

Que la verdad se vea alterada por nuestros recuerdos no es algo siempre intencional, de hecho, no lo es la mayor parte de las veces. La memoria se ve confundida, guiada en un sentido erróneo a causa de las expectativas, la interferencia que resulta de sucesos u ocasiones semejantes a la que se recuerda y la natural pérdida de memoria con el paso de los años. Elizabeth Loftus ha estudiado, durante décadas, estos fenómenos y se ha centrado especialmente —por poder tener consecuencias muy desafortunadas en la vida de las personas— en la confusión de la memoria a causa de la distorsión que produce la información sobrevenida y asimilada inconscientemente durante el proceso del recuerdo. Asimilar inconscientemente nueva información (inconscientemente no significa aquí que sea fruto de la represión, en un sentido psicoanalítico, sino en el sentido de que no sabemos que esa información no procede de nosotros mismos) es algo para lo cual no

fue difícil crear un diseño experimental aunque las conclusiones fueron extremadamente interesantes. Los experimentos constaban de un grupo de control y un grupo experimental. Ambos eran testigos de un suceso complejo, mediante un audiovisual de un crimen o un accidente. Posteriormente, los sujetos del grupo experimental recibían información nueva, distorsionadora y lejos de la verdad, normalmente, sobre los hechos. Los sujetos del grupo de control, no. Por ejemplo, al hablar de la escena del accidente de tráfico alguien se refería a la señal de *stop* como una señal de *ceda el paso.* Se pudo sacar la conclusión, en este último caso, de que los sujetos del grupo experimental recordaron mucho peor que los del grupo de control. La memoria es elástica, eso está demostrado. La cuestión es cómo lo es y hasta dónde. Hay dos modos de enfocarlo que no se excluyen mutuamente sino que se complementan: centrarse en los factores situacionales que envuelven la presentación de la información posterior a los sucesos o explorar cómo ciertas dimensiones de la personalidad pueden asociarse con la probabilidad individual de ser llevado a error.

Veamos ahora qué ha llegado a saberse sobre los factores situacionales. Una línea de investigación ha averiguado la relación que hay con el intervalo de demora que se da entre la experiencia inicial y el momento en el que nos encontramos con la información distorsionadora del recuerdo. Como es de suponer, el aumento en el error del recuerdo es dramático a medida que pasa el tiempo entre el hecho y la introducción de la información distorsionadora. Cuanto más tiempo haya pasado desde que nos sucedió la «batallita» que vamos a contar, más vulnerable seremos al ataque no intencionado de aquellos que van apoyando nuestro recuerdo con sus apuntes equivocados. Otro intervalo de interés para el estudio de los fallos de memoria es el comprendido entre la recepción de la información distorsionadora (que no es, por tanto, verdadera información, siendo rigurosos) y el intento por traer al presente la información original. Los sujetos se equivocan más justo después de haber recibido la información distorsionadora, y menos si hay una demora. Pareciera que cuando el suceso y la información distorsionadora suceden cerca en el tiempo el uno del otro, seguidos de una larga demora hasta que se produce la rememoración, ambos van disipándose en la memoria.

Un aspecto esperanzador de los estudios de Loftus y sus colaboradores es que las advertencias sobre la información distorsionadora pueden ser eficaces a la hora de disminuir su impacto en nuestros recuerdos. Se produce un escrutinio de la información más exhaustivo. No obstante, no es irrelevante el lugar que ocupa la advertencia en relación con otra información. Los avisos previos a la información distorsionadora son de toda utilidad, pero los avisos posteriores no ayudan a que la subsecuente rememoración esté limpia a no ser que el aviso sea muy concreto (del tipo: «De todo lo que se le ha contado a usted, la mayor parte es correcto, pero unos pocos detalles son erróneos. Por favor, ponga atención»), pero en nada puede ayudarnos si no lo es (por ejemplo: «A causa de que el testigo es inexperto en hacer informes detallados, tenga en cuenta que cierta información que ha leído puede ser imprecisa»).

Otro hecho relevante es que, cuando la información distorsionadora que se presenta es descaradamente falsa, esto tiene, como es de sentido común, un impacto en la aceptación a este tipo de información y —esto no es trivial ni psicología popular— esto es así con independencia de cuánta información descaradamente distorsionadora es introducida en relación con otra información. Otro hecho esperanzador con respecto a nuestra capacidad de rememoración veraz de lo vivido es que los sujetos que reciben a la vez información descaradamente distorsionadora e información distorsionadora sutilmente administrada se mostraron resistentes a ambas. Su rendimiento al recordar con veracidad fue mejor que el de aquellos que solo recibieron el segundo tipo de información distorsionadora. No obstante, si la información descaradamente falsa es recibida una hora después de haber recibido la otra el efecto ya no es el mismo y el recuerdo se distorsiona.

Obviamente, otro factor que influye notablemente en la probabilidad de que aceptemos información distorsionadora como correcta es la fortaleza de la memoria de cada uno. La traza o huella mnémica que queda en una buena memoria debería ser más difícil de desvirtuar que aquella que se asienta sobre una memoria débil. Lo que no es tan evidente es que, sin embargo, el orden en el que se interroga por un recuerdo a un sujeto afecta a la probabilidad de que las respuestas sean correctas. Si las preguntas se presentan en orden aleatorio esta probabilidad disminuye. La línea temporal es fundamental para la conservación veraz del recuerdo y toda ayuda para que no se pierda

contribuirá a tener recuerdos fiables siempre y cuando no suframos una sutil lluvia inadvertida de información distorsionadora que acabe calando nuestros recuerdos.

15

¿PUEDE REBOSAR LA MEMORIA?

La memoria debe ser distinguida en dos capacidades diferentes: recordar y reconocer. Si estamos hablando de recordar información no significativa que se va acumulando en forma de *bits* de información, por decirlo así, sí parece haber un límite. Entendemos por *bit* un ítem de información (letras, palabras, cifras). Conforme a la teoría de Shannon, un *bit* (contracción de la expresión inglesa *binary digit*) es el logaritmo (en base 2) de la inversa de la probabilidad de aparición de una señal. Pero no deben preocuparse los lectores si esto no se entiende muy bien: piensen, simplemente, que se trata de un ítem de información.

La memoria rebosa cuando intentamos almacenar más de entre siete y nueve ítems. A partir de ese momento solo la repetición mecánica que acaba convirtiendo todos esos ítems en uno solo (como cuando memorizamos un número de teléfono, tras repetirlo muchas veces) o el vínculo entre los ítems y el significado que para nosotros pueden tener los mismos (como cuando ese número de teléfono se asemeja a una fecha de cumpleaños de alguien querido) puede ayudarnos a aumentar el número de *bits*. Si no, en cuanto nuestra atención se dirija a otro asunto, la lista se esfumará.

¿Cómo sabemos esto? Por los estudios de Ebbinghaus y Bartlett, fundamentalmente, a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX:

Ebbinghaus utilizó tres métodos para el estudio de la memoria: (a) Método de

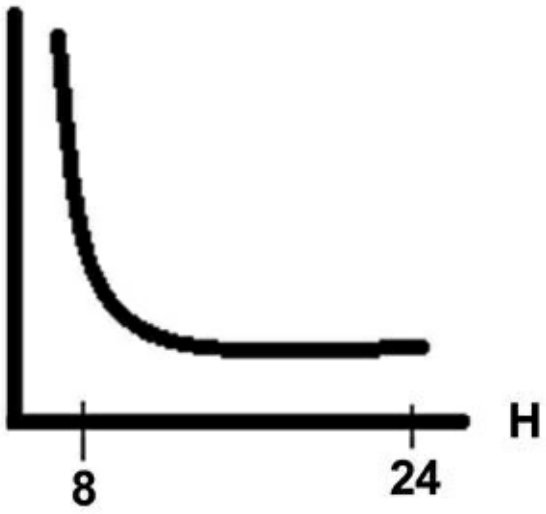
adquisición o método de las reproducciones sucesivas; en este, se presenta el material a dominar varias veces en un ritmo constante y se intercala entre dos presentaciones consecutivas la repetición de aquellos elementos; (b) Método de anticipación o soplado; en este se organizan los elementos del material en series de a-b-c-d y se presentan sucesivamente una o varias veces; el sujeto debe repetirlas respetando el orden impuesto; (c) Método de economía del ejercicio: aquí se investigan los fenómenos de transferencia y de interferencia entre tareas. Los niveles de aprendizaje varían en función del número de respuestas correctas, del número de errores, del tiempo de duración del ejercicio o número de repeticiones […] Desde la tradición de Ebbinghaus, el acto de memoria comprende las siguientes fases: (a) adquisición: el individuo memoriza algunas respuestas por medio de repeticiones sucesivas y de manera progresiva con el objetivo de dominar la tarea; b) retención: el individuo conserva la información de manera latente; y c) reactivación o actualización de respuestas adquiridas: el individuo produce conductas mnémicas observables solo es posible estudiar de manera directa las fases de adquisición y reactivación.

«La memoria: operaciones y métodos mnemotécnicos»,

Revista colombiana de Psicología

Rosalía Montalegre

Ebbinghaus usó sílabas sin sentido (consonante-vocal-consonante). El olvido en el inicio es muy fuerte y luego se normaliza. Las claves de recuperación son los recordatorios, sonidos, palabras, estímulos, en suma, que evocan el recuerdo. La cuestión, como siempre, es que en el momento en que hay un asomo de significatividad que se vincula a los *bits* no significativos se consigue romper la maldición del límite 7 (+/- 2).



Curva del olvido de Ebbinghaus. La imagen habla por sí sola: poco después cae en picado el número de ítems que conseguimos recordar para luego estabilizarse. No obstante, debe siempre recordarse que la curva del olvido de Ebbinghaus habla del recuerdo y no del reconocimiento, por un lado, y refiere a ítems no significativos.

Bartlett partió de la base de Ebbinghaus pero se mostró escéptico sobre la validez de estas medidas mecánicas de la memoria no significativa. Para Bartlett, Ebbinghaus se centra demasiado en el estímulo, no tiene en cuenta el conocimiento previo o las actitudes de los sujetos, así como los esquemas de aprendizaje que ya han elaborado previamente por la experiencia de su vida, antes de la situación experimental. Esto no significa que sea falso que, al menos en los occidentales, suele ser el promedio de lo que podemos memorizar significativamente; si hacemos el juego/experimento de ir repitiendo las palabras en serie (y sin conexión semántica entre ellas) que han dicho otras personas que están junto a nosotros, si nos toca ser el octavo o el noveno, seguramente, seremos los primeros en fallar. Piense que la secuencia es: «lápiz, coche, materia, amoníaco, lavaplatos, *software*, llavero, *spray*, sublevación, antena»; pues bien, será complicado que en el juego alguien llegue a *sublevación* sin haberse equivocado. En cualquier caso, las conclusiones de Bartlett fueron que, si sustituimos estos *bits* por historias que se cuentan a otros sucedía que las historias recordadas eran cada vez más

resumidas; lo que no encaja en el esquema no se reproduce; la historia se altera, incluso en sus parámetros espacio-temporales, para que encaje con los esquemas personales. De este modo Bartlett puso ya a la psicología en una pista mejor, más cercana a la verdad, que aquella en la que la había puesto Ebbinghaus: la memoria funciona constructivamente.

En cualquier caso —y siguiendo la estela de Bartlett— los límites de la memoria pueden ensancharse para que no rebose de información, siempre y cuando se conozcan las técnicas mnemotécnicas adecuadas. Esto es lo que desde hace relativamente poco tiempo procura mostrar Joshua Foer, quien, sin haber sido nunca un prodigio recordando nada en especial, en un año se propuso convertirse en un portento memorístico. Y lo consiguió. En una charla de *TED Talks* que cuenta con millones de reproducciones nos muestra cómo se hace:

> Imagínense de pie afuera, frente a la puerta de su casa. Quisiera que le presten atención al color de la puerta, al material del que está hecha. Ahora visualicen un grupo de nudistas obesos en bicicletas. Están compitiendo en una carrera nudista de bicicletas y van en dirección a su puerta de entrada. Necesito que vean esto verdaderamente. Están pedaleando fuerte, están sudando, van saltando mucho. Y chocan de frente contra la puerta de su casa. Hay bicicletas volando por todas partes, ruedas que pasan a su lado, rayos de las ruedas que terminan en lugares absurdos. Pasen el umbral de la puerta, al vestíbulo, al pasillo, o lo que haya al otro lado de la puerta, y observen la calidad de la luz. La luz brilla sobre el Monstruo de las Galletas. Los está saludando con la mano desde su silla, sobre un caballo marrón. Es un caballo que habla. Pueden sentir su pelaje azul haciéndoles cosquillas en la nariz. Pueden oler la galleta de avena y pasas que está a punto de meterse en la boca. Pasen por un lado y entren a su sala de estar. Ya en la sala, y haciendo uso máximo de su imaginación, imagínense a Britney Spears. Está con poca ropa, bailando sobre su mesita de centro, cantando *Hit Me Baby One More Time*. Ahora síganme a la cocina. El suelo ha sido recubierto con un camino de ladrillos amarillos y desde el horno vienen hacia ustedes Dorothy, el Hombre de Hojalata, el Espantapájaros y el León de *El Mago de Oz*, agarrados de las manos, saltando hacia ustedes [Durante la charla Foer cuenta innumerables cosas que en un principio no guardan ninguna relación de semejanza con este delirio y al final nos explica cómo ese relato le ha ayudado a recordar todo lo que ha contado durante casi media hora]. Digamos que Uds. han sido invitados al escenario de TED para dar una charla y quieren hacerlo de memoria, de la misma forma que lo hubiese hecho Cicerón [...], lo que podrían hacer es imaginarse que están en la puerta de su casa. E idear alguna especie de imagen absolutamente ridícula, loca e inolvidable para ayudarles a recordar que lo primero que quieren mencionar es esa competencia completamente insólita. Y luego se pueden imaginar entrando a su casa,

> y ver al Monstruo de las Galletas montado sobre Míster Ed. Y eso les recordaría que quieren presentar a su amigo Ed Cook [*cookie* es galleta en inglés]. Y luego verían a Britney Spears para recordarles esa anécdota graciosa que quieren contar. Y luego entrarían en la cocina, y el cuarto tema del que hablarían sería ese viaje extraño que hicieron por un año entero.
>
> «Hazañas de la memoria que todos pueden alcanzar»,
> disponible en la web oficial de TED, 2012

¿Puede usarse esta técnica para mejorar el recuerdo de ítems seriados sin relación semántica entre ellos? Veamos. Lo que Foer utilizó para participar exitosamente en un concurso de talentos de memoria —que normalmente está reservado a sujetos con alguna ventaja neurológica (hipermnesia)— es una técnica antigua, muy anterior a la psicología científica, que se llama palacio de la memoria (*method of loci*, *MOL*). Se trata, como habrán podido percatarse nuestros lectores, de conducirse imaginativamente por un entorno familiar donde se colocan, también con la imaginación, los elementos que quieren ser recordados —o que funcionen como recordatorios— en lugares específicos. Después uno vuelve a imaginar que pasea por ahí (de la entrada al fondo por el pasillo de su casa, por ejemplo) y se va encontrando esos elementos en el orden correspondiente. Pues bien, en un reciente estudio se probó un nuevo método usando un entorno que no era familiar (al que llamaríamos virtual) y se aplicó la misma estrategia a diez listas de once palabras, sin relación entre ellas (al estilo de Ebbinghaus). El experimento fue relevante porque para aquellos que no habían recibido ninguna instrucción de los psicólogos el método fue tan eficaz como el mismo método al estilo tradicional (cuando el palacio se construye sobre la base de un lugar familiar). Es decir, que no parece servir demasiado el exceso de familiaridad y detalle del lugar cuando se trata de recordar los contenidos seriados de este tipo de listas (Eric Legge, Christopher Madan y otros: «Building a memory palace in minutes: Equivalent memory performance using virtual versus conventional environments with the Method of Loci», publicado en *Acta Psychologica*, 2012).

16

¿POR QUÉ SOY BUENO PARA LAS CARAS Y MALO PARA LOS NOMBRES (O AL REVÉS)?

En teoría, la capacidad de la memoria a largo plazo debiera ser ilimitada, ya que la accesibilidad supone una mayor restricción para el recuerdo que su disponibilidad. El modo en que se nos hacen accesibles puede ser semántico, visual o acústico (aunque generalmente es conocido el poder que tiene el olfato para transportarnos a épocas pretéritas cuando el estímulo es idéntico al de experiencias vividas en la infancia o la primera juventud).

Vale la pena destacar las investigaciones de Bahrick en los años setenta del pasado siglo acerca de la memoria a muy largo plazo. En torno a cuatrocientos participantes de entre 17 y 74 años fueron sometidos a examen. Entre los distintos test a los que fueron expuestos se encuentran: el de recuerdo libre, donde los participantes intentaron recordar nombres de personas de su clase de la universidad; un test de reconocimiento fotográfico que constaba de cincuenta imágenes y, por último, un test de reconocimiento de nombres de antiguos amigos-compañeros del colegio. Los resultados del estudio mostraron que los participantes que fueron sometidos a examen en los quince años posteriores a su graduación universitaria acertaban en torno al 90 % al identificar nombres y caras. Aquellos que estaban por más allá de los 48 años acertaron el 80 % de los nombres y el 70 % de las caras. La rememoración libre fue peor: los primeros acertaron en un 60 % de casos mientras que los segundos en la mitad de ese porcentaje. Este estudio demostró que tanto la habilidad para reconocer una cara o un nombre entre un conjunto de caras y nombres no familiares, como la de emparejar nombres con caras, permanece marcadamente alta a lo largo de 30 años. La habilidad para recordar un nombre en respuesta a la foto de una persona muestra una tendencia al olvido importante. Se daba un olvido mucho mayor en los casos en que la prueba de memoria era de recuerdo que cuando era de reconocimiento.

Como se explica en *Memory in the real world*, en las situaciones del día a día, las voces tienen un cierto papel en el reconocimiento de las personas, por ejemplo en situaciones tales como detectar una voz familiar en una habitación llena de gente o al levantar el auricular del teléfono. Incluso cuando el contexto no ayuda y uno no se lo espera en absoluto, con frecuencia somos capaces de identificar inmediatamente al hablante. Aun así, no estamos tan dotados para el reconocimiento de la voz como para el de las caras y en muchas ocasiones somos incapaces de asignar un nombre u otro distintivo a una voz aun cuando estamos seguros de que se trata de una voz familiar y no de la voz de un extraño. Las voces que conocemos muy bien, como las de colegas de trabajo muy próximos, pueden ser reconocidas frecuentemente sin error. Sin embargo, parece ser que solo alrededor del 70 % de las voces que resultan familiares son correctamente reconocidas y que el rendimiento no mejora mucho incluso tras semanas de entrenamiento. Cuando vemos una cara familiar casi siempre podemos traer a colación información sobre la persona en cuestión, como la ocupación o dónde se encuentran normalmente esas personas. Cuando se trata de voces, el patrón cambia. Solamente las ocupaciones de alrededor de entre el 50 y 70 % de las voces que se reconocían como familiares fueron evocadas con éxito por los sujetos experimentales. Se dan muchos más fallos para ubicar voces familiares que caras (típicas situaciones en las cuales nos parece familiar una voz, pero no sabemos decir de quién es o de qué conocemos a la persona). Los recuerdos episódicos y significativos pueden ser evocados más fácilmente a partir de rostros difuminados, borrosos, que a partir de voces nítidas. Incluso cuando se trata de rostros que acabamos de ver y voces que acabamos de escuchar, aquellos son más fáciles de reconocer.

Ser bueno para las caras y malo para los nombres o al revés tiene que ver con dos fenómenos de interferencia. En función de si las experiencias que construyen los significados (recuerdos) a los que los nombres o las caras refieren son verbales o visuales, tendremos mayor dificultad (o ninguna o igual) con las caras o los nombres. ¿Qué significa aquí interferencia? Obviamente, la palabra se usa metafóricamente (como es sabido, la interferencia en física es el fenómeno que resulta de la superposición de dos o varias ondas de la misma frecuencia, pero cuya fase o dirección de

propagación difieren). Según Melton e Irwin, en los años cuarenta del pasado siglo, el olvido puede explicarse parcialmente como fenómenos de inhibición recíproca (interferencia retroactiva y proactiva).

La interferencia retroactiva refiere, pues, al olvido causado por los nuevos trazos en la memoria de modo que la incorporación de nuevas experiencias perjudicaría la habilidad para recuperar otras más lejanas en el tiempo. Experimentalmente se pone a prueba del siguiente modo: se estudia una primera lista de pares de palabras y luego una segunda lista. Los pares de la primera lista contienen la palabra clave que se presenta en la segunda lista, aunque en este caso se empareja con una palabra que los participantes han de aprender en lugar de la primera. En el grupo de control no hay tal incorporación de información nueva. Pues bien, al incorporar una segunda lista con un componente que la relaciona con la primera se da una mayor dificultad para recuperar ítems pertenecientes a la primera lista (comparado con el grupo de control); cuanto más duro se entrena la memorización de la segunda lista de nombres, más difícil es la recuperación de la primera, dificultad que aumenta todavía más si hay un vínculo a través de una misma palabra clave que aparece en ambas. Cuanto más similar sea la experiencia, mayor perjuicio para la memoria, en resumen. Esto se ha comprobado para situaciones reales. En un estudio de Hitch y Baddeley (1997), jugadores de rugby tuvieron que recordar el nombre de equipos contra los que hubieran jugado al comienzo de la temporada. Como la mayoría de los jugadores se perdieron algunos partidos por razones diversas, se pudo determinar si el olvido dependía del tiempo transcurrido o del número de partidos jugados. En efecto, fue determinante lo segundo, lo que indicaba que el olvido se debía a la interferencia y no al mero paso del tiempo: era más complejo recordar cierto partido si entre ese y el último había otros de por medio.

La interferencia proactiva es la que se da cuando llamamos a nuestra actual pareja con el nombre de la anterior o cuando al meter la contraseña tendemos a poner la antigua en lugar de la nueva, incluso aunque esta sea más fácil y/o más significativa. Es decir: la interferencia proactiva es la que dificulta, a causa de la existencia de un cierto recuerdo, la incorporación a la memoria de nuevas experiencias. Underwood, en un experimento realizado a mediados de los cincuenta, constató que cuanto menor fuera la experiencia que tuvieran los sujetos experimentales en memorizar listas, más fácilmente

retenían las nuevas, hasta llegar incluso al 80 %. Se puede hacer el mismo experimento que para la inferencia retroactiva pero evaluando la otra lista (la segunda) y haciendo que al grupo de control (con el que se comparará el grupo experimental) se le pase solo la segunda, descansando cuando al grupo experimental le toque la primera. El resultado es el mismo: cuanto más en común tengan, mayor es la tasa de interferencia.

Supongamos que usted tiene un trabajo en el cual tiene que atender a una serie muy grande de personas procedentes de su país, con nombres semejantes pero aspectos muy diversos, con distintos acentos, estilos diferentes de vestir, con distintas características, etc. Pensemos que es usted, en efecto, un guía turístico en el extranjero que trabaja para un operador turístico de su país y quiere que la comunicación funcione y sabe que, para eso, es importante aprenderse rápidamente el nombre de sus clientes (los cuales van a estar, a lo sumo, una semana con usted). Probablemente tenga que lamentar la dificultad de recordar toda esa ristra de nombres que usted maneja cada vez que se suben al autobús o hacen *check in* en el hotel, aunque usted sepa perfectamente bien cuál es cuál a partir del segundo día (podría reconocerlos si se pierden en una ciudad extranjera). Independientemente de que su fisiología cerebral pueda o no favorecer el ser bueno para las caras y malo para los nombres, queda claro que las interferencias que usted sufrirá caerán en mayor medida del lado de las experiencias relativas a los nombres que a los rostros. Para otras personas, por su situación, puede ser perfectamente al revés. Si usted tiene una profesión que le hace cambiar de centro de trabajo cada año y allí donde va encuentra, por la razón que sea, una gran variedad de nombres nuevos pero personas muy semejantes por su rostro y fisonomía a otras que ha ido conociendo, muy probablemente el nombre le sonará antes de que pueda relacionarlo con la cara, la cual confundirá con la de otro sujeto semejante cuando la encuentre tiempo después en otro lugar.

Pero ¿por qué olvidamos puntualmente el nombre de alguien a quien conocemos perfectamente? Esto ya es otro asunto. Aquí debemos apelar, con todas las precauciones, a la noción psicoanalítica de acto fallido. Se entiende por tal el conjunto de fallos de las acciones habitualmente acertadas de modo que el sujeto achaca el fracaso al azar o a la falta de atención cuando, según la teoría psicoanalítica, está cumpliendo un deseo inconsciente. Si esto es así,

quizá debamos recapacitar acerca de en qué verdadera consideración tenemos a la persona cuyo nombre súbitamente, al llamarlo, no nos viene… (O, peor aún, deberíamos pensar en qué auténtica estima nos tiene quien olvida inexplicablemente nuestro nombre). Sin embargo, hay explicaciones alternativas que cuadran mejor con ciertos casos cotidianos, tales como aquellos que se dan cuando son las madres las que olvidan el nombre de uno de sus hijos o hijas o cuando se trata de personas con las que tratamos a diario pero con las que no hemos podido establecer jamás una relación personal que nos haga sospechar que nuestro inconsciente nos está jugando una mala pasada. Nos referimos a la perspectiva funcional del olvido incidental, es decir, aquella que vendría a decir que bajo ciertas circunstancias se debería al proceso mediante el cual luchamos contra la interferencia, dejando espacio, si se nos permite la metáfora. Por eso estos olvidos para los nombres, que son tan molestos y nos hacen sentir tan incómodos, no siempre se deberían a una traición del inconsciente (el cual estaría de ese modo tachando a esa persona), sino a una saturación. Por eso ocurren en momentos en los que las personas están haciendo —o han hecho recientemente— un ejercicio muy intenso de acumulación de información con un alto nivel de concentración.

Evidentemente todo esto son teorías. Teorías, además, que no son completamente neutras. Asumir la noción de acto fallido como explicación del olvido de los nombres de allegados y conocidos pide asumir la teoría de Freud acerca de la represión de los impulsos en el inconsciente. Asumir el funcionalismo que explica el olvido incidental como un modo de optimizar los recursos de la memoria en momentos de gran saturación conlleva asumir un modelo informático del funcionamiento de la psique humana.

17

¿FUNCIONA LA MEMORIA HUMANA COMO LA DE UN ORDENADOR?

No, aunque las comparaciones entre el funcionamiento y la disposición o estructura virtual de un computador y la psique puedan resultar una forma abreviada, sencilla y eficaz de comunicar rápidamente ciertas intuiciones y apreciaciones respecto a lo que sucede en torno a la memoria. James McConnell pone el siguiente ejemplo en su *Psicología*:

> Si alguien le pregunta a usted qué hora es, deberá usted reconocer en primer lugar que alguien le ha hablado, que se ha dirigido a usted; luego, que ese alguien le ha preguntado algo a lo que puede responder. Después debe usted buscar en los conjuntos de sus recuerdos para asegurarse de que reconoce el lenguaje que ha usado esa persona. Pero mientras está ocurriendo toda esa verificación, su cerebro debe tener alguna forma de recordar cuál fue la pregunta original. Si no tuviera usted manera de conservar esa pregunta en cierta clase de almacenamiento temporal, terminaría por darse cuenta de que alguien le habría preguntado algo en español, pero sin poder recordar qué fue lo que le preguntaron.

Las computadoras tienen una memoria de procesamiento a corto plazo y una memoria de fijación a largo plazo. Se entiende aquí memoria como una suerte de retención/almacenamiento de *inputs* de información que, en el caso de la computación, se reducen, en última instancia, a la codificación binaria (1/0). Quienes defienden que la metáfora de la computación funciona para explicar la memoria ponen cierto énfasis en lo que sucede en lo que se denomina sistema reticular de activación (RAS) del cerebro. Lo que sucede mientras dormimos no es que dejemos de recibir señales procedentes del entorno a través de nuestros receptores sensoriales (estas llegan a la corteza cerebral), sino que el sistema reticular de activación se desacelera. Para que los lectores y lectoras comprendan lo importante de este sistema deben saber que experimentos con animales a los que se les ha extirpado el RAS han caído en una abulia tal que, incluso bajo la más aguda de las punzadas del hambre, se han dejado a sí mismos caer en el sueño. Quienes defienden el modelo de memoria inspirado en la computación, como McConnell, vienen a afirmar que en el proceso de la memoria «el sistema reticular probablemente examina el estímulo para ver si le es familiar y si es seguro, si no representa peligro. Si es así, el sistema reticular notifica a la corteza que todo está bien y le indica que eche una mirada a lo que se está representando o le llega a los circuitos visuales […]. Nadie sabe aún con seguridad si el sistema reticular tiene su propio almacén o archivo de memorias, o simplemente posee conexiones a un archivo mayor de información que radique en otro sitio del

cerebro». Evidentemente, expresiones del tipo «notifica a la corteza que todo está bien» no dejan de ser personificaciones que ayudan a la exposición del problema pero que no pueden tomarse literalmente. Esta cuestión de la inevitable personificación del cerebro o de regiones cerebrales es conocida en psicología como el molesto y pertinaz problema del homúnculo (homúnculo significa ‘pequeño humano’): para explicar la psique humana suponemos a una conciencia que es igualmente humana (tiene intenciones, preferencias, sabe lo que importa y lo que no, etc.), que controla e integra las funciones y así hasta el infinito, como en un juego de muñecas rusas inacabable.

Una vez hechas todas estas aclaraciones, veamos ahora en qué consiste esta forma de entender la memoria como sistema de almacenamiento. Ante la entrada de un impulso (*input*), previo paso por el sistema reticular, este quedaría supuestamente registrado en un tipo de memoria periférica denominada registro sensorial con un límite de permanencia para la información, la cual cae bajo la atención solo parcialmente; la porción retenida pasa a la memoria a corto plazo. La información que llega a esta memoria tiene una capacidad muy limitada, como ya se expuso anteriormente. Aquí es donde las investigaciones psicológicas orientadas a los procesos de atención y las enfocadas a la memoria a corto plazo convergen desde hace relativamente poco tiempo. Para estas líneas de investigación, los procesos que se consideran tradicionalmente involuntarios no han de serlo necesariamente y toman como ejemplo eminente de su tesis el trabajo de los intérpretes de traducción simultánea, con los cuales se han realizado ciertos experimentos:



La famosa serie de dibujos animados (un proyecto de coproducción europea) *Érase una vez la vida* ilustraba, sin quererlo, el problema del homúnculo. Aparecía algo así como un director en el puesto de control del cerebro que tomaba decisiones en función de los mensajes que le traían pero, si lo pensamos bien, ¡a su vez él debería tener otro cerebro y así hasta el infinito!

Lambert somete a intérpretes de conferencias a tareas familiares de escucha, interpretación consecutiva, interpretación simultánea y *shadowing*, y mide la capacidad de retención de los intérpretes tras cada tarea. Los resultados nos muestran un mayor porcentaje de recuerdo tras la tarea de escucha y de interpretación consecutiva, las formas más profundas de procesamiento y en donde existe un mayor grado de focalización de la atención y un uso más consciente de la memoria, que tras la tarea de traducción simultánea o de *shadowing*, donde la atención está dividida en escucha y habla, hay un uso menos consciente de la memoria (aunque el proceso de búsqueda necesario para identificar la superposición de argumentos y la correferencia con el propósito de la comprensión son tan esenciales como en interpretación consecutiva) y por tanto se produce un procesamiento menos profundo de la información. Además se comprobó que la comprensión y el recuerdo eran significativamente superiores tras la condición de simultánea, es decir, cuando existe un proceso de decodificación y codificación, que en la condición de *shadowing* que supone una simple repetición literal (*verbatim*) del mensaje de entrada.

«Hacia un modelo de memoria y atención en interpretación simultánea», la revista *Quaderns: revista de traducció*

¿Cómo se produce el paso a la memoria a largo plazo, según esta metáfora computacional?

Estamos seguros de que siempre que aprendemos algo, no importa cuán sencillo sea, debe haber un cambio físico de cierta clase en nuestro cerebro, relacionado con el almacenamiento de esa partida en los acervos o unidades de nuestra memoria permanente. Llamamos a esa representación física de la memoria *engrama*», expone McConnell. Pues bien, siguiendo este hilo, la consolidación de la memoria pasa por unos treinta minutos que le llevaría, supuestamente, al cerebro elaborar el *engrama*. Aquello, sea corporal o emocional, que desorganice la actividad del cerebro en ese tiempo podría desorganizar la memoria (una prueba indirecta de esto sería que las personas que han sufrido un traumatismo cráneo-encefálico por accidente no solo no consiguen recordar el propio accidente sino lo ocurrido en torno a unos veinte o treinta minutos antes). Como las investigaciones neurocientíficas no acaban siendo nunca concluyentes sobre cómo es realmente el engrama, se ha seguido hablando de codificación a la hora de explicar el asentamiento de cierta información en la memoria a largo plazo:

> Las conclusiones de la investigación psicológica sobre los procesos de codificación en la memoria a largo plazo pueden ser resumidas en dos ideas centrales. La primera es que el grado de aprendizaje depende del grado de riqueza, elaboración y organización de la huella de memoria. Llamaremos a este factor la *estructura interna* de la huella […]. Los episodios de aprendizaje dotados de una alta estructura interna son aquellos de los que se crea una huella de memoria rica en detalles, donde no solo los detalles presentes en el episodio sino también sus implicaciones se incluyen […]. La segunda idea central acerca de los factores que afectan a la codificación de la memoria a largo plazo es que el grado de aprendizaje depende del grado de vinculación de la huella de memoria con el conocimiento ya existente.
>
> *Procesos psicológicos básicos*
>
> Santiago, Tornay y Gómez

18

¿RECUERDO IMÁGENES, HISTORIAS O NINGUNA DE LAS DOS?

En la obra *Memory in the real world*, de Gillian Cohen, se hace un interesantísimo repaso sobre la cuestión relativa a la forma de presentación de nuestros recuerdos y de cómo funcionan los recordatorios que nos conducen hasta ellos. En esta obra se narra cómo una serie de experimentos pedían a los participantes que viesen cintas de vídeos en las cuales aparecían actores realizando actividades que habían sido calificadas de familiares (por ejemplo, lavando los platos) o no familiares (ensamblando un saxofón) y, posteriormente, bajo ciertas condiciones, se les pidió tanto que describieran los hechos mientras los veían en la cinta de vídeo como que los describieran de memoria después de que la cinta hubiera acabado. Una diferencia que pudieron observar fue que el informe de la actividad hecho de memoria fue más esquemático, menos explícito sobre las acciones físicas llevadas a cabo por el actor, pero quizá más relacionado con los objetivos y planes del mismo. Estos descubrimientos sugieren que incluso nada más haber pasado unos escasos momentos tras haber percibido un suceso, nuestra memoria es capaz de integrar aquello de lo que acabamos de ser testigos con esquemas previamente existentes. Esquemas que son verbales y no meramente imaginativos (en el sentido literal, procedentes de imágenes).

Cuando se trata de recordar sucesos ocurridos en la vida cotidiana de las personas, la investigación muestra que cuando se trata de recuerdos que vienen evocados por una palabra —palabra que viene a funcionar como la entrada o el pie, por decirlo así, para que el sujeto evoque el episodio— y se le pide al participante que ubique el primer recuerdo que la palabra le trae a la cabeza en algún momento de su vida, se da el hecho de que el promedio de recuerdos evocados disminuye en función de la antigüedad de los mismos; hay muchos recuerdos recientes y bastante menos de los antiguos. Esto es algo que no puede sorprender. Lo interesante es que, sobre este curso normal

del olvido, se da un pico de reminiscencia con un elevado número de recuerdos provenientes del período en el que los sujetos se encontraban entre los diez y treinta años de edad.

Investigaciones posteriores han mostrado que la distribución de los recuerdos a lo largo del período vital recorrido no es ajena en absoluto al método que el profesional investigador de la psicología de la memoria usa con el sujeto experimental. Lo que acaba de exponerse acerca de la peculiaridad del período comprendido entre los diez y los treinta años se da cuando el experimento exige proporcionar un recuerdo para cada una de las palabras que se usan como pie (o entradilla) de modo que se produce un repaso a través de los recuerdos evocados por cada una de las palabras y se los fecha a continuación, pero si se les pide que se feche cada recuerdo a medida que es evocado, los recuerdos procedentes de los primeros años de vida consciente del individuo eran mucho más numerosos. La conclusión sería que el proceso de poner fecha a los recuerdos induce una búsqueda cronológica.

Saber qué es lo que uno recuerda cuando evoca algo del pasado que puede ser narrado no es tan fácil, por lo que acabamos de ver. Evidentemente, si a partir de una palabra nos viene un recuerdo de nuestros doce años y contamos dicha experiencia o recuerdo no estaremos describiendo el suceso sino interpretándolo. Pero tampoco es esa exactamente la cuestión aquí, sino que se trata de desentrañar el material, por decirlo así, del que está hecho el recuerdo. Siguiendo a McConnell, la recuperación de recuerdos de la memoria a largo plazo se produce siguiendo un cierto esquema verbal, que suele ir desde lo más específico a lo más general. Esto explicaría la amnesia infantil; antes de haber aprendido a hablar es complejo que hayamos podido catalogar los recuerdos puesto que lo que hacemos no es algo como archivar fotografías, ni un registro de audio o un almacén de fragmentos de la película de la vida, sino que lo característico es que traduzcamos el significado de la experiencia a lenguaje, resumiéndola. Aun teniendo objeciones a que haya tal lenguaje mental y a que la memoria consista realmente en almacenar (ambas son metáforas informáticas), parece plausible que, en efecto, a medida que pasa el tiempo la condensación verbal del recuerdo y la desaparición de las estampas visuales (y menos aún, sonoras) van incrementándose.

Con el fin de mejorar nuestra capacidad para recordar lo aprendido y/o vivido, puede tener cierto interés la hipótesis de la especificidad de la codificación de Tulving y Osler, propuesta a finales de los sesenta. Según estos investigadores, solo los contenidos que enlazan con cierto material en el momento mismo del aprendizaje/vivencia pueden servir de claves de recuperación. Cuando se sale del laboratorio y se intenta ver cómo funciona esto en el mundo real, es ineludible la cuestión del contexto, incluyendo la propia disposición corporal del individuo:

> El fenómeno de memoria dependiente del contexto puede ser ilustrado mediante el experimento realizado por Godden y Baddeley (1968). Este estudio fue realizado con buceadores profesionales. Se utilizó una lista de palabras sin relación entre sí y se manipuló el lugar de aprendizaje (en tierra o bajo el agua) y el lugar de recuperación (en tierra o bajo el agua), de modo que se formaron cuatro grupos de buceadores: los que aprendieron y recuperaron en tierra, los que hicieron las dos cosas bajo el agua, los que aprendieron en tierra y recuperaron bajo el agua y los que aprendieron bajo el agua y recuperaron las palabras en tierra. Los resultados demostraron que el cambio de contexto ambiental entre la situación de aprendizaje y de recuperación redujo claramente el nivel de recuerdo. Posiblemente, el contexto ambiental también aporta claves de recuperación que facilitan el acceso a la información aprendida en ese contexto. El fenómeno de memoria dependiente del estado es un fenómeno similar al anterior, donde el factor que influye en la ejecución mnemónica es el cambio de estado corporal interno, en lugar del cambio de contexto ambiental […]. Lo aprendido en un cierto estado corporal se recuerda mejor en un estado similar.
>
> *Procesos psicológicos básicos*

En la memoria de trabajo o procesual, el lenguaje es igualmente fundamental. Cuando queremos retener una secuencia para no perderla —un número de teléfono, un nombre al que siguen unos apellidos, etc.— se pone en funcionamiento el lazo articulatorio. La información ha de ser mantenida mediante un repaso que consiste en algo que pueda ser pronunciado (aunque no se haga vocalmente). En estos repasos se dan efectos interesantes, tales como el de similitud fonológica. Las palabras pueden ser representadas mientras funciona el lazo articulatorio como sonidos (fonológicamente) o como significantes de un significado (semánticamente). La conducta manifiesta de los sujetos puede decirnos algo acerca de cómo funciona en cada uno de nosotros el lazo articulatorio y los resultados experimentales de

Baddeley a mediados de los sesenta vienen a decir que las listas de palabras con un sonido semejante se reproducen con más errores que aquellas que no suenan parecido. El lazo articulatorio se usa para la realización de cálculos matemáticos de memoria, para la adquisición de la lectura y de vocabulario, etc.

Finalmente es interesante exponer cierta evidencia experimental de que imágenes y palabras pertenecen, por decirlo así, a sistemas diferentes y, por eso, no debe extrañarnos que en nuestros recuerdos lo narrado y lo evocado descriptivamente como imagen o imágenes asociadas a la narración no concuerden y nos juegue la memoria malas pasadas. Evidentemente los experimentos han de conformarse con poder controlar algo más sencillo, como son palabras y dibujos, pero no dejan de arrojar conclusiones interesantes sobre lo fundamental que es el significado para el funcionamiento de la memoria:

> El procedimiento consiste en presentar un estímulo de preparación (*prime*) seguido de un estímulo objetivo (*target*). El *prime* guarda siempre algún tipo de relación (v.g. semántica, asociativa, fonética o visual) con el estímulo objetivo al que el observador debe responder. Se demuestra que existe facilitación cuando la relación que guardan los dos estímulos es efectiva y relevante para la tarea, y la actuación es mejor comparada con una condición control en la que no existe esa relación entre los dos estímulos. La facilitación se mide de ensayo a ensayo. Las teorías de la codificación dual suponen que dibujos y palabras se almacenan en sistemas diferentes en función del tipo de información (en un caso visual y en el otro verbal). Estos modelos predicen que el patrón de facilitación dependerá de las distintas combinaciones de estímulos preparación y objetivo. Cuando ambos estímulos son del mismo tipo (los dos son palabras o los dos son dibujos) la facilitación debe ser superior a cuando son de distinto tipo (dibujo-palabra o palabra-dibujo). Bajo (1988) puso a prueba esta hipótesis manipulando el tipo de tarea (denominación o categorización) y el tipo del estímulo preparación y del estímulo objetivo en todas sus combinaciones posibles (dibujo-dibujo, palabra-palabra, palabra-dibujo y dibujo-palabra). El estímulo preparación permanecía en la pantalla 1.000 milisegundos, seguido por una máscara y por el estímulo objetivo. Los dos estímulos de cada par podían estar relacionados (oso-león) o no relacionados (bicicleta-león). Los observadores respondían sí o no, presionando la tecla correspondiente. Bajo obtuvo facilitación en todas las combinaciones de los estímulos cuando la respuesta requería procesamiento semántico (tarea de clasificación). Sin embargo, en la tarea de denominación solo obtuvo una facilitación semejante a la obtenida en la tarea de categorización cuando el estímulo objetivo era un dibujo, pero cuando era una palabra, la facilitación fue muy pequeña. La facilitación dependió, por tanto, de que la tarea exigiera procesamiento semántico.

En tareas de categorización es necesario el procesamiento semántico, independientemente de que los estímulos sean palabras o dibujos. Sin embargo, en tareas de denominación solo apareció facilitación cuando el estímulo objetivo era un dibujo.

«Memoria humana: investigación y teoría»,
Psicothema

Soledad Ballesteros

19

¿POR QUÉ OLVIDO SIEMPRE LAS LLAVES, EL NOMBRE DE MI CUÑADA Y NUNCA EL TELÉFONO?

En su ameno e interesante libro *Los siete pecados capitales: cómo olvida y recuerda la mente*, Daniel L. Schacter enumera los defectos de funcionamiento de la memoria: a) transcurso; b) distractibilidad; c) bloqueo; d) atribución errónea; e) sugestibilidad; f) propensión y g) persistencia. Los tres primeros consisten en alguna clase de omisión. En el caso que nos ocupa, el de la distractibilidad, nos encontramos ante una ruptura de la zona de contacto entre la atención y la memoria, tal y como explica Schachter, de modo que no hay pérdida de información porque, realmente, nunca se asentó correctamente o bien porque la atención se centró de un modo exclusivo en otros asuntos (pensamientos absorbentes o estímulos envolventes) y se pierde la pista. Este es el caso de las distracciones (las llaves, las gafas, una cita de compromiso, etc.), tanto cuando no sabemos dónde lo dejamos (probablemente soltamos las llaves en el primer lugar que se nos presentó mientras estábamos concentrados pensando o contando algo con intensidad como, por ejemplo, un problema sucedido a lo largo de la jornada) como cuando sabemos que nos lo hemos dejado donde no debíamos.

Muy diferente explicación recibe el olvido relativo a los nombres de familiares o personas muy cercanas. Se trata de olvidos absolutamente asombrosos que, de darse enfrente de la persona cuyo nombre no se recuerda, pueden provocar una situación muy desagradable. Un nombre, como es sabido, es un signo que consta de significante y significado. Ese significado, a su vez, tiene una connotación y una denotación, es decir, unas notas que caracterizan para uno a aquella persona a la que refieren y la propia persona en sí misma, a la que denotan. En filosofía se ha discutido mucho sobre la forma en que los nombres propios refieren o denotan a los individuos y no es este el lugar para reproducir estas disquisiciones, no obstante, es importante que los lectores sean conscientes de que el asunto es de una extrema complejidad, no en el sentido de que sea difícil comprender la razón por la que algo así puede ocurrir, sino porque no podemos discernir claramente en relación con qué se da el olvido: el significante, la connotación o la denotación. Además nos cabe siempre la duda razonable de que no exista tal connotación, es decir, de que la referencia o denotación se dé directamente (referencia directa) y que eso que consideramos connotación no sea más que el cúmulo de adherencias emotivas que recibe el nombre propio en cuanto recordatorio de experiencias en las que participaron sujetos que se llamaban igual (razón por la cual no ponemos ciertos nombres a nuestros hijos por muy bonitos que nos resulten). Olvidar es algo así como tachar, si se nos permite la comparación, y es relevante saber qué se tacha: la palabra, lo que evoca la palabra para nosotros (eso que hemos llamado poco rigurosamente connotación) o la persona misma.

Es necesario, pues, detenerse aquí en el concepto psicoanalítico de acto fallido o *parapraxis*, que supone un afloramiento del inconsciente a la vida consciente del sujeto por efecto de la ansiedad, el estrés, etc. Hay múltiples tipos de actos fallidos y uno de ellos sería este que nos ocupa, el olvido de los nombres propios de personas cercanas o muy conocidas. Freud explica en *Psicopatología de la vida cotidiana:*

> El mecanismo del olvido de nombres, o más bien de su desaparición temporal de la memoria, consiste en la perturbación de la reproducción deseada del nombre por una serie de ideas ajenas a él e inconscientes por el momento. Entre el nombre perturbado y el complejo perturbador, o existe desde un principio una conexión, o se ha formado esta siguiendo con frecuencia caminos aparentemente artificiosos y alambicados por medio de asociaciones superficiales (exteriores).

En el caso de que la motivación inconsciente del acto fallido radique en la denotación, es decir, en la persona que porta el nombre, el lema de Freud según el cual «lo inconsciente es rencoroso» funciona a la perfección. El rencor también puede ser arrastrado por lo que hemos denominado confusamente aquí connotación, es decir, puede no estar dirigido a ese portador pero sí derivar de la evocación inconsciente de otra persona portadora del mismo nombre:

> El motivo del olvido de un nombre puede ser también algo más sutil; puede ser, por decirlo así, un rencor *sublimado* contra su portador. La señorita I. von K. Relata el siguiente caso: «Yo me he construido para mi uso particular la pequeña teoría siguiente: los hombres que poseen aptitudes o talentos pictóricos no suelen comprender la música, y al contrario. Hace algún tiempo hablaba sobre esta cuestión con una persona, y le dije: "Mi observación se ha demostrado siempre como cierta, excepto en un caso". Pero al querer citar al individuo que constituía esta excepción no me fue posible recordar su nombre, no obstante saber que se trataba de uno de mis más íntimos conocidos. Pocos días después oí casualmente el nombre olvidado y lo reconocía en el acto como el del destructor de mi teoría».

Desde el punto de vista psicoanalítico el olvido de un nombre responde a diversas intenciones no manifiestas que no solo han de consistir en tachar al sujeto que porta el nombre o eludir el recuerdo de alguien con el mismo nombre. Se da también el olvido de un nombre como garantía del olvido de un propósito. En efecto, Freud relata el olvido que una señora tuvo del nombre de pila de una artista muy conocida llamada Selma Kurtz durante toda una tarde, en una conversación; cuando, a la noche, volvió a salir el tema recordó perfectamente el nombre y el apellido y, súbitamente, reparó en que había olvidado la cita con una amiga suya también llamada Selma. Por otro lado, también encontramos el olvido de un nombre que conduce a un recuerdo doloroso por caminos indirectos (no directamente porque aquello que causa el sufrimiento psíquico se llame igual que el nombre).

Otra cuestión interesante del olvido de los nombres, tal y como lo entiende la escuela psicoanalítica, es que resulta, como el bostezo, algo contagioso bajo ciertas circunstancias sociales, de modo que inconscientemente aquellos que escuchan a quien olvida el nombre de un tercero captarían la intención de dicho olvido haciéndose, sin saberlo, sus cómplices. Por eso, cuando se trata de circunstancias comprometidas (por

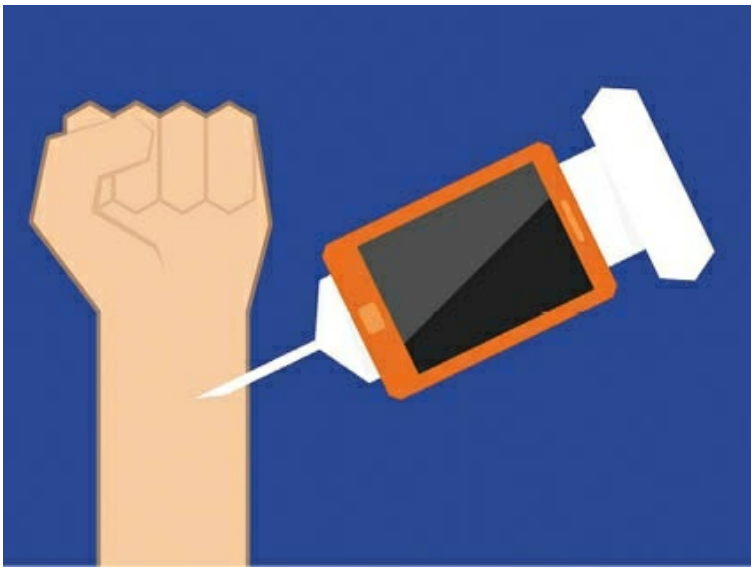
ejemplo, donde lo que sucede puede interpretarse en clave de seducción) el recuerdo del nombre en cuestión, si es que viene finalmente, llegará a la persona que primero ha manifestado el olvido del mismo.

Atacamos ya, por último, la cuestión del teléfono celular o móvil. Este rara vez se olvida en los últimos años —desde la aparición de los teléfonos inteligentes— y si se olvida pronto se repara en ello, creando en muchos casos un fuerte estado de ansiedad. La cuestión del apego a este instrumento cuando está en el límite de lo patológico se llama nomofobia:

> A partir del surgimiento del concepto de *adicción tecnológica* ha comenzado a utilizarse el término *nomofobia* para referirse a la dependencia al teléfono móvil. La palabra nomofobia viene de *no-mobile phone phobia*, que puede traducirse como la fobia a no tener un teléfono móvil al alcance. La nomofobia es resultado del desarrollo de nuevas tecnologías cada vez más innovadoras. Se considera una enfermedad del mundo moderno; es el miedo patológico de perder contacto con la tecnología […]. A partir de lo publicado en la literatura mundial, es evidente que el aumento en la dependencia al teléfono móvil generará un aumento proporcional en diversas patologías de tipo psicosocial; desde el punto de vista forense, tiene relevancia el aumento en la frecuencia de trastornos depresivos y la ideación suicida. Desde el punto de vista criminológico, es de vital importancia el aumento en la frecuencia de trastornos de ansiedad y síntomas de agresividad.
>
> «Alteraciones psicosociales y agresividad en individuos con dependencia al teléfono móvil»,
>
> *Revista mexicana de Medicina forense y ciencias de la salud*
>
> Denis *et al*

Las personas nomófobas tienen a menudo la sensación casi física de que no llevan el móvil encima, tocándose sobresaltados, incluso varias veces consecutivas, para comprobar que su móvil está en su bolsillo. Los nomófobos que olvidan, por alguna suerte de complicación improbable, el teléfono móvil sufren ansiedad o miedo, se arriesgan a volver a por él aunque eso conlleve llegar tarde a una cita importante o al puesto de trabajo y, si no lo hacen, les cuesta retirar de su mente el deseo de que acabe la jornada para

reencontrarse con él. Es decir, el móvil (y el cargador, en su caso) rara vez se olvida porque pertenece a ese género de objetos al que pertenece la cajetilla de tabaco y el mechero, lo disfracemos luego como lo disfracemos.



La nomofobia puede llegar a ser una adicción dura. A veces, bajo el pretexto de que estamos haciendo algo importante (una revolución, incluso, por seguir la ironía que sugiere la ilustración) lo único que conseguimos es ser más dependientes de un artefacto que es una fuente continua de distracción.

20

¿Por qué Newton y Einstein eran tan geniales como desastrosamente descuidados (y despistados)?

En la obra *La mente del matemático*, publicada por la John Hopkins University Press en 2007, Ioan James y Michael Fitzgerald consideran que Einstein y Newton tenían personalidades que encajan con lo que hoy

diagnosticaríamos como síndrome de Asperger. En el capítulo tercero de dicha obra se hacen cargo de la dinámica de la creación matemática atendiendo a los diferentes estilos cognitivos (visual, verbal, lógico…) y, acto seguido, abordando la cuestión del autismo. Según los autores, la dificultad para expresarse verbalmente con fluidez (lo que hace de estos genios malos docentes) es la sobrecarga de trabajo que realizan en su fuero interno constantemente, algo similar a lo que al resto de los mortales nos sucede cuando intentamos seguir el hilo de lo que estábamos diciendo y constatamos la dificultad para hacerlo si es que otro pensamiento asalta intensamente nuestro foco atencional. La voluntad de hierro es una característica fundamental del genio científico, artístico o literario:

> En la actualidad, parece haber un acuerdo general acerca de que para ser merecedor de calificativo de genio han de reunirse tres condiciones. En primer lugar, la capacidad de crear grandes cosas, es decir, un talento excepcional. Pero con eso no basta. «El talento sin genio es poca cosa», asegura Paul Valéry; «el genio sin talento no es nada». En segundo lugar, debe realizar esas obras maestras, o lo que es lo mismo, el creador no puede ser veleidoso, tiene que tener una gran fuerza de voluntad. […] Y, por último, ha de existir un consenso sobre la importancia de su obra, que debe aportar al genio, si no el reconocimiento inmediato de sus contemporáneos, al menos la gloria y la inmortalidad a largo plazo.
>
> *Supercerebros. De los superdotados a los genios*
>
> Robert Clarke

Como es sabido, el Asperger conlleva dificultades con las habilidades sociales y una preocupación fuerte con asuntos complejos cuando se entra a ellos a fondo (por ejemplo, en el caso de Einstein, la música). Tolerar la excentricidad sería el precio que la sociedad tiene que pagar por estos genios con dificultades comunicativas, con problemas para tener una conducta apropiada en situaciones sociales, a los que se les olvida comer cuando estaban absolutamente absortos en sus tareas… Newton era capaz de dar clase a un auditorio vacío si nadie iba a su clase y a la edad de cincuenta años sufrió una crisis nerviosa que lo sumió en la depresión y en la paranoia. En el caso concreto de Einstein, necesitó que sus esposas se comportaran con él como si fuesen sus madres (para paliar su dejadez y sus despistes en aspectos cotidianos) y es proverbial su imagen, que ha pasado a la historia, de profesor

despistado que extravía las llaves y que está totalmente ausente de lo que lo rodea mientras en su cabeza está buscando la solución a un problema; Clarke dice:

> La intensa y permanente concentración en sus temas de reflexión explica otra característica de los creadores: suelen ser muy despistados y apenas conceden importancia a los aspectos tradicionales de la vida en sociedad. Einstein traía por la calle de la amargura a su mujer porque no le importaba ponerse una chaqueta rota o salir sin sombrero cuando estaba lloviendo y había decidido no llevar calcetines porque le parecía que se rompían enseguida. En el fondo, los genios son seres solitarios, aunque aparenten ser alegres invitados o buenos padres de familia.

Aunque ciertamente Newton, Einstein, Alan Turing y John Nash (quien sufrió, además, la esquizofrenia) fueran así esto no nos autoriza, siguiendo a Oliver Sacks y Glen Elliot, a considerar que la causa de esta genialidad despistada sea el autismo ni un trastorno leve del espectro autista. Lo que probablemente sucede es que tanto el despiste como el sesgo antisocial en la conducta responden al visceral rechazo que dichos individuos sienten a que les hagan perder el tiempo; por esto mismo se muestran impacientes con la lentitud intelectual de los demás, lo cual, en combinación con su narcisismo intelectual (que no es otra cosa que un justo autoconcepto de sus capacidades intelectuales) y la pasión por realizar la misión que sienten que vocacionalmente les ha sido encomendada, los lleva a parecer lo que no son. Alguien con autismo o con un trastorno del espectro autista no podría mostrar el sentido del humor de un Einstein.

La cuestión del genio y sus características es tan desconcertante que uno de los caminos para explicarlo que se han seguido ha sido el de la exploración del cerebro de Einstein. Como es sabido, el cerebro de Einstein fue conservado durante décadas y estudiado en secreto. En abril de 2012 la revista *Brain* publicó un artículo que tuvo gran repercusión mediática, titulado «The cerebral cortex of Albert Einstein: a description and preliminary analysis of unpublished photographs» («El cortex cerebral de Albert Einstein: descripción y análisis preliminar de fotografías inéditas»). El cerebro de Einstein fue seccionado en 240 bloques, fotografiado y revelado el material en forma de diapositivas con una hoja de ruta que ilustraba la localización dentro del cerebro de cada bloque y las diapositivas asociadas. Los investigadores describen la neuroanatomía externa de todo el córtex cerebral a partir de catorce fotografías tomadas de ángulos poco

convencionales. Dos de las fotografías revelan los patrones de los surcos de las superficies en el medio de los hemisferios y otra muestra la neuroanatomía de la ínsula derecha. La mayor parte de los surcos de Einstein están identificados, comparándose los patrones en varias partes del cerebro con los de ochenta y cinco cerebros humanos. El artículo muestra una interpretación de las características poco usuales del cerebro de Einstein a la luz de lo que se conoce sobre la evolución de los procesos cognitivos en humanos. La cuestión es que el córtex prefrontal de Einstein es extraordinario, lo cual podría haber contribuido a los sustratos neurológicos necesarios para sus destacadas capacidades cognitivas. Las cortezas somatosensorial y motora se encuentran especialmente expandidas en el hemisferio izquierdo y los lóbulos parietales de Einstein tampoco son normales y podrían ser las bases neurológicas para sus destrezas visual-espacial y matemática.

Para concluir, una pregunta: ¿cuánto hay de mito en todos estos asuntos del genio, la distracción y el desaliño en relación con el genio masculino? Sin querer hacer de esto un asunto de género —pues no lo es— sí sería importante atender algún aspecto de lo que sucede en la escuela y las diferencias entre alumnas y alumnos y en la valoración estereotipada que se hace de ellos en función de si ese mismo despiste o desaliño se comprende de la misma manera por parte de los docentes y orientadores. No ayuda nada la imagen del asunto que proyectan series con millones de espectadores como *The Big-Bang Theory*. Pero esto ya es otra historia.

21

¿CÓMO PUEDE AYUDAR LA PSICOLOGÍA CUANDO LA MEMORIA AMENAZA CON IRSE?

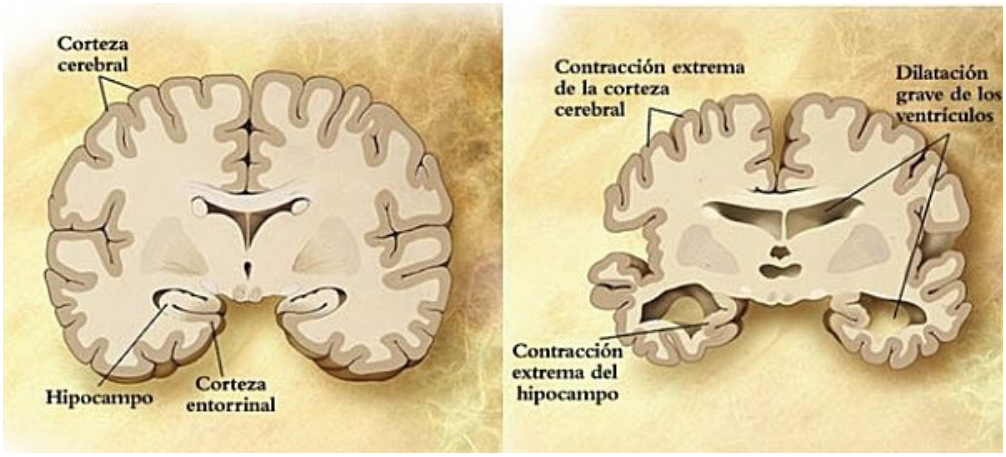
Según Pérez Romero y González Garrido —«La importancia de los síntomas psicológicos y conductuales (SPCD) en la enfermedad de Alzheimer», en *Neurología* (2016)— los síntomas de alteración de la percepción, del contenido del pensamiento, del estado de ánimo o de la conducta, que ocurren con frecuencia en pacientes con demencia necesitan una temprana y adecuada valoración porque si se dejan sin tratamiento el coste emocional, económico y social se dispara, haciendo, además, aún mayor el nivel de discapacidad. Manuel Ruiz-Adame Reina («El papel del psicólogo en la enfermedad de Alzheimer», en *Papeles del psicólogo*, 2000) incide en las distintas aplicaciones de la psicología para ayudar al enfermo de Alzheimer. Desde un punto de vista psicológico, lo que sucede a estos enfermos es una involución funcional que consistiría en tomar las etapas descritas por la psicología evolutiva de Piaget y desandarlas. La persona adulta va perdiendo las facultades que desarrolló desde los cero a los doce-catorce años. Del pensamiento abstracto y el dominio del lenguaje conceptual hasta ser, de nuevo, un bebé. Los profesionales de la psicología intervienen principalmente mediante la psicoestimulación procurando frenar en la medida de lo posible esta involución. Pero ¿vale cualquier psicoestimulación? En un reciente artículo (2017) —publicado en la *Revista clínica contemporánea* del Colegio oficial de psicólogos de Madrid por Losada Baltar, Márquez González y otros — se expone lo inane de ciertas tareas de psicoestimulación; la cita no tiene desperdicio, pedimos se nos disculpe por la extensión de la misma pero consideramos que es harto significativa:

> La realización de actividades de «psicoestimulación» que no estén orientadas por un análisis de los intereses o motivaciones de las personas, o que no incluyan actividades favorecedoras de la interacción social (por ej., ejercicio físico o utilización de materiales como los libros de memoria) pueden tener efectos perjudiciales sobre las personas. Esto se ve reflejado en la siguiente experiencia vivida por uno de los autores de este trabajo. Asistía como observador a un programa de «psicoestimulación» para personas con demencia, concretamente a un grupo compuesto exclusivamente por hombres. El terapeuta que dirigía el grupo centraba la sesión en la planificación de la actividad de hacer la compra, con frutas y verduras de plástico. Le preguntaba a los participantes en el grupo, con tono agudo y elevado volumen: «¿Qué es esto?», y los participantes contestaban «un pimiento verde». Seguía: «¿Y esto?». Contestaban: «Una naranja». Así siguió la sesión. En la sesión siguiente, una semana después, continuó el proceso: «¿Qué es esto?» (mostrando el mismo pimiento verde). Los participantes apenas participaron en esta segunda sesión, mostrando una actitud

desanimada y, en cierta medida, agitada. Al terminar esta segunda sesión, el terapeuta comentó: «Es increíble lo rápido que avanza la demencia». Es evidente que la falta de adaptación de las terapias a los intereses individuales de las personas, sumado a la utilización de habla patrón y actitudes invalidantes de los sentimientos o emociones de los participantes, explica mejor la respuesta de los participantes que la demencia que padecen. No es infrecuente que los familiares crean que los problemas de conducta (retraimiento, agresividad, etc.) son intencionados, más que un producto de la enfermedad. Por lo tanto, quizá una recomendación básica para los profesionales que pretendan «psicoestimular» o captar la atención de las personas con demencia sería pensar en si la actividad que se propone le interesaría a él si estuviese en las condiciones en las que se encuentra la persona con demencia.

Impacto psicológico de las demencias en las familias: propuesta de un modelo integrador

La psicoestimulación no es el único campo donde la psicología da la batalla al alzhéimer con sus humildes armas. Los profesionales de la psicología también ayudan a las tareas de los cuidadores, que no suelen ser profesionales y que pueden verse implicados en esta ardua tarea durante períodos prolongados, superiores muchas veces a un decenio. Destacan las siguientes funciones: a) evaluación y diagnóstico en algunos equipos multidisciplinares (no es universal su presencia ni tiene la misma importancia); b) intervención, especialmente en los centros de día (donde no pernoctan los pacientes) y en servicios de ayuda domiciliaria, procurando frenar la tendencia a la apatía y al aislamiento, estimulando las facultades que aún no se hayan deteriorado en el paciente y asistiendo a cuidadores en terapia de grupo si es preciso; c) asesorar a la familia, transmitiendo con rigor y tacto lo que está por venir e intentando que sea asumido del mejor modo posible; d) investigación y formación (mediante su participación en congresos y cursos, como ponentes y docentes, respectivamente).



Estado en el que queda el cerebro a causa de la enfermedad de Alzheimer. La enfermedad de Alzheimer es una enfermedad degenerativa, neurológica, pero también es interesante preguntarse hasta qué punto una sociedad donde los ancianos ya no tienen un lugar relevante como preservadores de la memoria colectiva puede ser un factor que ayude a la aceleración del proceso degenerativo.

Lo que desde el punto de vista conductual puede hacerse por estos enfermos y para aliviar de algún modo la carga de los cuidadores y dotarla de un cierto sentido puede resumirse en las seis erres propuestas por Nace y Rabins en *The 36-Hour Day: A Family Guide to Caring for People Who Have Alzheimer*. Estas son: Restringir. Frecuentemente se intenta que la persona pare de hacer lo que está haciendo para que no se dañe o no dañe a los demás, pero esto puede hacer que esta persona se irrite aún más. Reevaluar. Los cuidadores deben preguntarse si lo que está dando lugar al síntoma comportamental puede ser la enfermedad física o la reacción a un medicamento y también deben cuestionarse si esa persona puede estar teniendo dificultades al ver o al escuchar o sentirse enojada por la presencia de algo o de alguien. Reconsiderar. Cuando los cuidadores van a bañar o vestir a la persona y esta parece no querer entender que necesita ayuda es normal que se irrite y que sienta que su intimidad está siendo invadida. Se trata de ponernos en su lugar y hacer las cosas con el mayor tacto posible. Recanalizar. La conducta a veces incomprensible de la persona con demencia puede tener una importancia para ella que no alcanzamos a comprender. Puede tener que ver con hábitos relativos a su profesión, por ejemplo. ¿Por

qué no dejar que siga practicándolos si eso no perjudica a nadie? Reasegurar. Aunque estas personas puedan olvidar la conversación por la cual se las ha calmado tras un ataque de ira o de miedo, no olvidan tan fácilmente el sentimiento de paz resultante. Abrazar, poner un brazo por encima y, sobre todo, no perder la confianza en que los cuidados que se dispensan valen la pena. Revisar. Hay que aprender de la experiencia. Lo que ha sucedido puede volver a pasar. ¿Por qué ha pasado y cómo hemos respondido a ello? ¿Qué podría hacerse la próxima vez para prevenirlo o atajarlo más rápidamente?



LA INTELIGENCIA Y LAS INTELIGENCIAS

22

¿CÓMO INTERPRETAR INTELIGENTEMENTE UN TEST DE INTELIGENCIA?

Durante los años cincuenta del pasado siglo se desarrollaron las escalas métricas de inteligencia con las que estamos familiarizados, las cuales intentaban poner en funcionamiento los test de Binet y Simon, de principio de siglo. Una de las razones fue la pérdida de hegemonía, por así decirlo, de los clásicos test de inteligencia de Binet y Simon (los cuales iban quedando relegados al diagnóstico de la debilidad mental). Pero esta pérdida de hegemonía de Binet-Simon respondía, en última instancia, a la ambigüedad y los abusos del concepto de cociente intelectual (C.I.) propuesto por William Stern (la división entre la edad mental por la edad cronológica multiplicada por cien).

¿Cuáles fueron los orígenes del test Binet-Simon, el padre de todos los test de inteligencia? En primer lugar, una creciente desconfianza ante la consideración de signos físicos para el diagnóstico de los retrasos mentales. Y fue buscando un diagnóstico más fiable como surgió la fórmula de la medición del cociente intelectual:

> En primer lugar, la cuestión de una definición objetiva, de un diagnóstico científico de la debilidad mental, no era tan simple a comienzos de siglo. Nos convencemos de ello releyendo a Binet. Las definiciones variaban de un autor a otro y, en todos los autores, faltaban los criterios estables y precisos. Una tarea de orden práctico y pedagógico estimuló a Binet, y también la de la creación de clases especiales para los niños retrasados. Como sabemos, Binet confeccionó su test para descubrir los niños retrasados, para distinguir, con el mínimo de error, entre los retrasos debidos a un déficit de inteligencia y los retrasos debidos a las condiciones desfavorables del medio y de la escolaridad. Un problema práctico y urgente polarizó, orientó y precipitó todo lo que maduraba desde hacía mucho, en el espíritu de Binet.
>
> *Nueva escala métrica de la inteligencia. Principios de construcción y empleo*
>
> R. Zazzo *et al*

En un test de inteligencia clásico ninguna prueba se limita exclusivamente a la memoria, la lógica, la comprensión, etc., sino que todas ellas están involucradas en alguna proporción. Y cuantos más test se pasen, mejor. Para Binet un test no significa nada pero cinco o seis test significan algo. La psicometría de la inteligencia se ubica así en una posición intermedia entre el análisis clásico, de inspiración filosófica, de las facultades psíquicas y el análisis estadístico de correlaciones el cual, aun siendo interesante, es incapaz de establecer una relación de causa y efecto digna de verdadera relevancia científica. De este modo Binet se postulaba en defensa de una inteligencia global que vendría a sumar lo que los test miden de inteligente en relación con distintas funciones psíquicas (percibir, recordar, relacionar, discernir, etc.).

Frente a esta inteligencia global encontramos la inteligencia general con la que Spearman quiso resaltar que cabe no una mera suma o adicción sino la extracción del factor *g* que habría detrás de las diversas conductas y función psíquicas relativas al conocimiento; como dicen Zazzo y otros: «En resumen,

a la fórmula de Binet —poco importa que los test sean buenos con tal que sean numerosos— respondería el teorema de Spearman: poco importan los test con tal que sus correlaciones con *g* (inteligencia general) alcancen el mismo valor». Aquí ya está latente lo que estallaría después con la cuestión acerca de la unidad o la multiplicidad de la inteligencia.



Alfred Binet (1857-1911), padre de la psicometría aplicada a la inteligencia. La cuestión del cociente intelectual suscita controversias, a veces, nada amables. El cociente intelectual puede usarse como un arma en manos de científicos con prejuicios raciales, sexistas o de cualquier otro tipo. Las estadísticas pueden «cocinarse» para que aparezca como más o menos inteligente el colectivo que queramos favorecer o perjudicar.

En las versiones actuales las escalas de inteligencia miden cuatro capacidades: la capacidad verbal, el razonamiento numérico, el razonamiento abstracto-visual y la memoria a corto plazo. Se obtiene una estimación de *g* a partir de estas pruebas. Según el C.I., la calificación diagnóstica sería la siguiente: De 0 a 24, deficiencia profunda; de 25 a 49, deficiencia media; de

50 a 69, deficiencia leve; límite (*borderline*) es quien está entre 70 y 79; la normalidad estaría entre 80 y 119 (una decena para bajo, medio y alto, respectivamente) y, finalmente tendríamos superioridad intelectual en los C.I. comprendidos entre 120 y 129, gran superioridad entre 130 y 140 y sería superdotado si está por encima de 140.

¿Cómo interpretar inteligentemente un test de inteligencia? Lo primero es saber que el C.I. varía notablemente hasta los once o doce años, edad de entrar a hacer estudios de secundaria en casi todos los sistemas educativos. Es decir, no podemos dar nada por ganado ni por perdido antes de ese momento pues el resultado de la prueba puede variar en un año, aunque, «una capacidad intelectual muy baja impide seguir el ritmo normal de aprendizaje y, desde una edad temprana, pronostica unos resultados escolares negativos» (M.ª Jesús Álava: *La Psicología que nos ayuda a vivir*). Las madres y los padres que ejerzan inteligentemente como tales y que se hayan encontrado en la circunstancia de hacer pasar a sus hijos un test de inteligencia deben ser muy conscientes de que, como se expone en la obra dirigida por M.ª Jesús Álava:

> Los padres deben ser conscientes de que son el primer fundamental núcleo en la educación de su hijo […]. Cuanto más consciente, perseverante y coherente sea la acción educativa familiar, mayor será su influencia en la formación de sus hijos y mejor se cimentará la base del éxito escolar […]. Ayudarle a creer en sus posibilidades y a sentir que con el esfuerzo se pueden conseguir las metas que cada uno se propone le llevará a tener un buen conocimiento y confianza en sí mismo […]. Tener hijos debe ser una acción responsable que implique la dedicación de un tiempo diario. […] Los hijos no tienen que ser la respuesta a las expectativas de los padres.

¿De dónde viene la mala fama de los test? En 1969 Arthur Jensen llegó a la conclusión de que la población negra tiene un cociente intelectual unos quince puntos inferior a la media de la población blanca, lo cual luego se demostró como una medida sesgada, dado que no se habían pasado los test en igualdad de condiciones. Se ha puesto el énfasis también en que, si bien en las mujeres destaca la capacidad verbal y en los varones sobresale la capacidad espacial, la interpretación sobre la causa de esta diferencia es polémica: hay quien considera que esto se debe a la influencia de la educación tradicional y otros, como los Pease, consideran que los estudios de la diversidad cerebral según el sexo avalan la idea de que la causa es natural (de ahí que los hombres no escuchen y las mujeres no entiendan los mapas,

según estos autores). Eysenck, quien consideraba que se exageraba la importancia de la inteligencia, afirmó, no obstante, que le parecía realista el modelo que atribuye a la herencia genética el 80 % del cociente intelectual. En contra de los test encontramos también razones prácticas tales como que estos solo desempeñan un papel mínimo en la selección de perfiles que puedan tener cierto éxito en categorías profesionales como las comerciales o artísticas. Desde una perspectiva sociológica crítica se ha dicho, además, que la clasificación que ofrecen los test viene a reflejar la jerarquía social. Quienes idolatran el valor de la formación permanente apostillan que en el mundo del trabajo la selección es menos importante que la formación. Los psicólogos críticos con su propia ciencia, desde posiciones filosóficas determinadas, atacan los test diciendo que sus resultados influyen en las personas que los conocen produciendo alteraciones no deseadas a su conducta (como la conducta descuidada, perezosa y negligente de muchos niños superdotados). Los defensores de los test aportan como valioso el hecho de que la determinación del nivel intelectual es algo previo a cualquier examen de la personalidad y esta, la personalidad, sí es determinante en el encaje que el sujeto va a tener en su contexto social, educativo o laboral. Además la valoración de los test se relativiza en relación con aquellos que poseen la misma formación o nivel de conocimientos previo esperado.

23

¿SÉ SI MI BEBÉ SERÁ ALGUIEN INTELIGENTE?

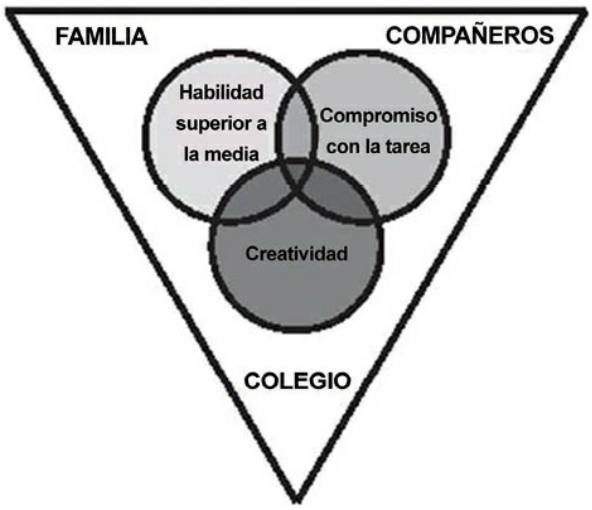
Los bebés-infantes superdotados duermen poco, aprender a leer rápido, dicen su primera palabra a los seis meses y su primera frase al año. Al año y medio o dos años, a lo sumo, mantienen una conversación con un vocabulario de una propiedad superior a la que cabe esperar con su edad. A los dos años y medio se saben el abecedario y cuentan hasta diez (como mínimo). A los tres,

suman y restan hasta diez y comienzan a preguntar por el significado de las palabras que no entienden. Son observadores, parecen distraídos pero cuando están en una tarea su nivel de concentración y atención es altísimo, les gusta estar con infantes de mayor edad y suelen ser creativos. Más de la mitad suelen ser introvertidos.

La sobredotación comienza en el momento de la concepción. Es entonces cuando la combinación de genes que acabará por condicionar sus capacidades surge. Como explica Keith Simonton, de la Universidad de California, Francis Galton —el primo de Darwin— no andaba tan desencaminado cuando en 1869 publicó su *Hereditary Genius*. Como es sabido, Galton afirmó que las personas más brillantes en varios dominios venían de linajes distinguidos por sus talentos y que es más común el binomio entre progenitor e hija/hijo que entre abuelo/abuela y nieto/nieta. El error de Galton fue no querer distinguir entre lo que la naturaleza da y lo que la cuna aporta, pues es una obviedad hoy en día que esas familias disfrutaban de ventajas socioeducativas que otras no tenían. Pero, según Simonton, esto no nos legitima para desautorizar la tesis de que hay un componente genético importante en la sobredotación. Por supuesto no hay un único gen de la sobredotación pero un talento, un don depende de rasgos intelectuales y personales que, hasta un cierto punto, son hereditarios. Simonton estima —y así lo ha publicado en artículos especializados— que no menos del diez o el veinte es el porcentaje de la heredabilidad general del talento científico —puede ser incluso mayor— y que en el talento artístico puede llegar a ser el doble. Simonton reconoce dos complicaciones a la hora de saber cuánto hay en la sobredotación que sea debido a los genes. La primera de ellas es que el legado no se da todo de una vez, sino que se va desplegando en el curso del desarrollo personal. Simonton usa el adjetivo *epigenética* para referirse a esta característica de la sobredotación. A veces no aparece hasta la adolescencia o al comienzo de la edad adulta aquel rasgo que es inequívocamente propio de una persona superdotada y en este pueden advertirse evoluciones y cambios de preferencias, como es lógico: por ejemplo, la evolución que va de la niña que coge la guitarra y toca muy bien mucho antes de lo que podría esperarse y con muy poca ayuda externa a la jovencísima compositora que ya no coge el instrumento porque no tiene tiempo para plasmar sobre la partitura todo lo que se le viene a la cabeza. La segunda complicación estriba en que el legado

genético puede operar según un modelo multiplicativo y no sumativo (aditivo); para esto Simonton usa el adjetivo *emergénica* con el que quiere expresar que una dotación particular (un don) puede requerir una configuración única de rasgos intelectuales y personales. Se puede constatar en el liderazgo y la creatividad. Contra Galton, se explica que Miguel Ángel, Newton y Beethoven, genios creativos (también lo fue el segundo, pues imaginó la hipótesis que dio con la clave de la física moderna) no vinieran de ascendencias intelectual ni artísticamente destacadas.

Simonton destaca que, visto lo anterior, el ambiente prenatal es fundamental (o, al menos, parece de sentido común, visto lo visto, que lo sea). En efecto, como expone Joan Freeman, presidenta fundadora del Consejo Europeo para las Altas Capacidades, los bebés más demandantes desencadenan una atención especial por parte de la familia y esta interacción extra puede estimular su desarrollo intelectual. Pero estas opciones no están disponibles para todos ellos y su desarrollo puede dificultarse cuando los progenitores no son buenos comunicadores. La estimulación por sí misma no es siempre el trampolín para el crecimiento intelectual. La estimulación tiene que ser de calidad, dando respuesta a las conversaciones que estos niños siendo aún bebés inician. Hay una relación entre la calidad del lenguaje que se habla en la familia y las medidas clásicas de la inteligencia mediante test. El bebé-infante superdotado contribuye activamente a espolear a los que lo rodean para que le proporcionen un ambiente más estimulante. Por lo tanto, no es tan importante que esté rodeado de estímulos artificiosamente dispuestos como que estemos abiertos a responder a sus demandas con naturalidad, que usemos nuestro mejor lenguaje al hablarle y que no lo infantilicemos más que lo justo para su edad en el trato verbal que tenemos con él o ella (aunque sus reacciones emocionales sean, naturalmente, tan infantiles como las de cualquier otro bebé o infante de su edad).



Modelo triádico de la sobredotación. Los niños y las niñas con sobredotación intelectual son niños y niñas también como cualesquiera otros desde el punto de vista afectivo y emocional. No debe confundirse el proporcionarles una estimulación adecuada a sus capacidades intelectuales con el hecho de hacerlos adultos prematuramente, lo cual puede tener consecuencias indeseables a largo plazo.

Una cuestión relevante es lo que tiene que ver con la ética y el pensamiento moral en la sobredotación. Evidentemente, ya no estamos hablando de bebés o de tiernos infantes, pero sí de niñas o niños muy pequeños. Con edades muy tempranas, en efecto, se pueden constatar una sensibilidad a las cuestiones éticas y un sentido de la justicia fuera de lo común; Linda K. Silverman, en *Gifted 101*:

> La vida interior de los sobredotados está salpicada por una sensibilidad penetrante, convicciones apasionadas, idealismo, sentimientos de incompetencia, autocrítica incansable, perfeccionismo e intensidad. Los sobredotados odian la hipocresía y tienen una percepción inusual, la cual frecuentemente los pone en problemas con los jefes, compañeros de trabajo, profesores y padres que presentan una fachada inauténtica. Son paradójicos: seguros de sí e inseguros, atrevidos y tímidos, idealistas y prácticos, compasivos para otros y desagradables para sí mismos, maduros e inmaduros. Un caso de once años les insistía a sus padres vehementemente que era muy mayor para que le dijeran cuándo irse a la cama pero quería que le llevasen a la cama. Otro de doce se bajó de un avión con su libro de cálculo en una mano y en la otra su cuento del mono *Jorge, el curioso.*

24

¿SOY MENOS DEL CIEN POR CIEN DE MÍ?

Para los psicólogos y economistas que se inspiran en la teoría del desarrollo humano integral la respuesta es que, efectivamente, sí, somos menos de lo que podemos ser. ¿Por qué? Para esta teoría los seres humanos están conformados y van desarrollándose por y en seis ámbitos (tres internos y tres externos). Los internos son el ámbito animal (hábitos de salud), el racional (virtud entendida como fuerza y excelencia) y transcendencia (sentido vital). Los exteriores son el trabajo, la familia y la sociedad. La cuestión es que la persona no está completa si hay disfunciones o carencias en unos de estos ámbitos, según esta teoría. Por lo tanto es necesario desarrollarlos todos.

Esta teoría se inspira en valores cristianos y es la que sustenta de algún modo la labor de una institución como Cáritas. No obstante, no es necesario tener creencias religiosas para suscribirla aunque sí compartir una serie de valores como que toda persona humana tiene dignidad y que hay unas formas mejores de llegar a realizarse como persona que otras.

Para esta teoría/doctrina la identidad personal es única a causa de que no somos meros agentes económicos, sino una realidad única que se relaciona con otras realidades únicas, que vive en un mundo que puede resultar hostil y despersonalizador pero que no puede nunca dejar de estar hecho de un entramado de relaciones sociales donde en algún momento aparecen dimensiones no solo materiales, sino también de un orden superior, incluso espiritual.

Para los profesionales que practican la psicología clínica desde esta perspectiva, el crecimiento personal no es algo que haya surgido a partir del psicoanálisis, de la terapia Gestalt o de cualesquiera otras aparecidas durante el siglo XX, ni tampoco empezó en Oriente con la meditación, el yoga, etc. El crecimiento personal es una aspiración más antigua que todo eso, probablemente tan antigua como el tiempo en el que los seres humanos pudieron disponer de un poco de tiempo que no tuvieran que dedicar en exclusiva a buscar recursos, satisfacer necesidades y descansar. Cuando las

personas pudieron pensar en su vida en términos que rebasaban el ciclo biológico para alcanzar a vislumbrar algo así como una vida biográfica, es decir, una vida que no sea entendida como un ciclo de reposición, sino como una flecha que avanza en alguna dirección. Para la clínica inspirada por esta teoría las preguntas que los sujetos deben hacerse son: ¿En qué consiste una vida bien vivida? ¿Cómo se supone que debe ser un ser humano maduro y en plenitud? ¿Cuáles son los hitos o puntos cruciales en el viaje de la vida? ¿Hay algún guía o alguna guía en este viaje? ¿Hay un vehículo en el que montarse para realizarlo? ¿Qué significado tiene este camino?

Los sujetos, en cuanto personas que buscan conscientemente cierta plenitud, deben ser enfocados a una toma de conciencia hacia cuál es el grado de satisfacción cumplido en cada uno de los seis ámbitos, los pasos que se han dado en la dirección correcta, las personas que nos rodean que consideramos verdaderos acompañantes en nuestro viaje vital (así como lo somos nosotros del suyo), los progresos, los impedimentos y qué procesos pueden ayudarnos a superarlos. Estos procesos se dividen en procesos comprensivos (orientados por edades, hacen uso de diversas actividades y centros: campamentos, escuelas universitarias, etc.); procesos de desarrollo de conciencia (prácticas espirituales, meditación, psicoterapias, introspección mediante uso de diarios y blogs, terapias corporales —quiroprácticas, de acupuntura, masajes—) y procesos de expresión (artística y literaria, en clave humorística, etc.). Además se hace énfasis en la cuestión de la importancia de las dinámicas de familia, la crianza, la medicina natural, el respeto por la naturaleza y el interés por la comida sana.

Otro aspecto que debe subrayarse de esta teoría/doctrina es el compromiso económico antiliberal, que la sitúa, desde el punto de vista de la teoría política y económica, muy cerca de la socialdemocracia y del utilitarismo; Edward J. O’Boyle y otros:

> Para los personalistas el agente económico es concebido como un ser irreductible. Él o ella es alguien, no algo producido por una combinación de elementos biológicos, psicológicos y afectivos. La identidad personal es única porque el agente económico no es un concepto abstracto e hipotético, como el *homo economicus.* Más bien, él o ella es una actualidad existencial que vive y respira. La personalidad humana es básicamente relacional porque los agentes económicos se desarrollan y despliegan como seres humanos dentro de una red de relaciones sociales interactivas.

[…] La economía personalista afirma que los sistemas económicos deberían proporcionar a los seres humanos los bienes necesarios para realizar actos de virtud y las instituciones económicas deberían ofrecer oportunidades para la práctica de la virtud y adquirir el hábito de la misma. La economía personalista se centra en el proceso de toma de decisiones en el cual el agente económico se desarrolla hacia adelante como persona humana actuando virtuosamente o se deteriora como persona humana actuando viciosamente.

«Integral Human Development and the Maximization Principle», *Journal of Markets & Morality*

25

¿DESAPROVECHAMOS NUESTRO CEREBRO?

No. Al menos no como especie. Este es uno de los mitos más resistentes al paso del tiempo. Como expone Barry L. Beyerstein, del Laboratorio de Comportamiento Cerebral en la Universidad Simon Fraser de Vancouver:

La cuestión que, de lejos, con más probabilidad espero que me hagan en el turno de preguntas es: «¿Usamos realmente el diez por ciento de nuestros cerebros?». La mirada de decepción que usualmente sigue cuando digo que no es tan fuerte sugiere que el mito del diez por ciento es un santo y seña (*shibboleth)* que se resiste a morir simplemente porque sería estupendo que fuera verdad. […] James se complacía en afirmar que la persona media raras veces consigue otra cosa que una pequeña porción de su potencial. Nuca puede encontrar el porcentaje mencionado en su número exacto y James siempre habló en términos del potencial no desarrollado. [...] Una generación de gurús del «pensamiento positivo» posterior no fue, sin embargo, tan cuidadosa y gradualmente el «diez por ciento de nuestra capacidad» se metamorfoseó en «el diez por ciento de nuestro cerebro». […] El mito del diez por ciento ha motivado sin duda a muchas personas a esforzarse en aras de una mayor creatividad y productividad en sus vidas, lo cual no puede ser malo. La consoladora conformidad (*confort*), el valor y la esperanza que ha engendrado ayuda a explicar su longevidad. Pero como muchos mitos que sobresalen que son demasiado buenos como para ser verdad, la verdad del

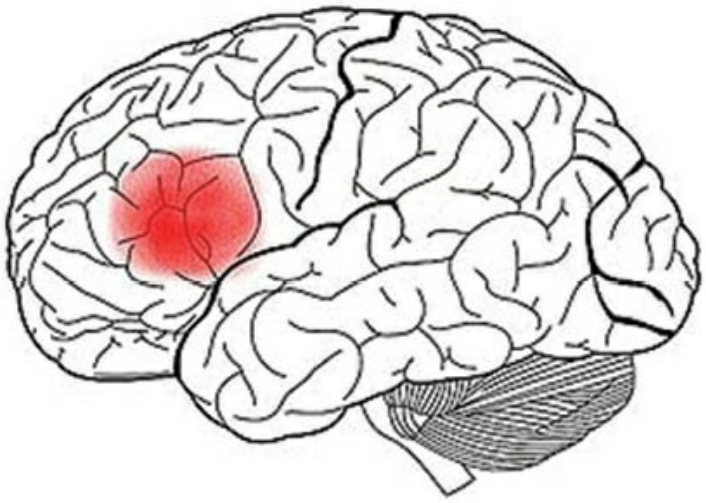
asunto parece ser el menos importante de sus aspectos.

«Do we really use only 10 percent of our brains?»,
Scientific American

¿De dónde procede el mito? Desde luego es absurdo defenderlo desde el hecho de que no todas las neuronas estén creando simultáneamente potenciales de acción puesto que estas pueden estar recibiendo señales y, por lo tanto, estar realizando una función pasivamente. Además, todavía en los años treinta del pasado siglo XX, se desconocía otra cosa que no fuera el pequeño tamaño de buena parte de las neuronas del cerebro, por lo que no puede tener ahí su raíz. Está, sin duda, en un lugar más lejano en el tiempo. Como explica Barbara Tizard («Theories of brain localization from Flourens to Lashley»), desde muy pronto ha habido una preocupación en atribuir funciones específicas a zonas concretas del cerebro. Históricamente ha habido dos líneas explicativas en relación con esto. La que dice que ciertas funciones específicas están controladas por partes igualmente específicas del cerebro y las teorías que sostienen que el cerebro actúa como una sola unidad funcional. Ha habido cierto movimiento pendular de una posición a la otra durante décadas. Los modelos del funcionamiento cerebral vienen determinados por las preconcepciones psicológicas de la época en la que se proponen (aunque en la actualidad la mejora de las técnicas de exploración cerebral esté teniendo un papel determinante).

Flourens (1794-1867) realizó experimentos sistemáticos, con un sentido riguroso de la observación y con un número de sujetos lo bastante grande como para ser tenidas en cuenta sus conclusiones. Usó los métodos de extirpación y estimulación y consiguió mostrar que partes distintas del sistema nervioso realizan funciones diferentes, y concluyó que la médula espinal se encarga de conducir, el cerebelo controla el movimiento, la *medulla oblongata* (entre el cerebro y el cerebelo, en el tallo) controla las funciones vitales y la percepción, memoria, etc. —lo que, en suma, vienen a llamarse procesos cognitivos—, así como la voluntad estarían en ambos hemisferios, los cuales son, a su juicio, equipotenciales. Flourens se basó en un experimento realizado con palomas para fundamentar el principio de equipotencialidad. Fue extirpando capa a capa diferentes partes de ambos

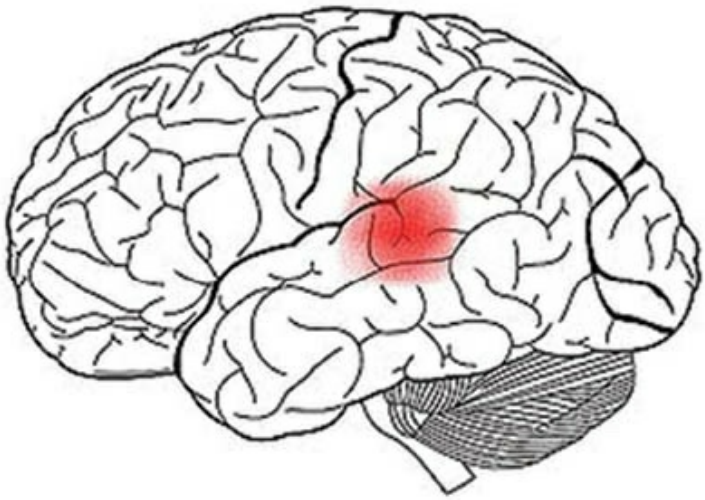
lóbulos cerebrales del animal y encontró que con cada extirpación se iba debilitando la vista del animal hasta que se perdió completamente; una vez que la vista se perdió por completo también se perdió el oído y todas las demás facultades intelectivas y sensoriales. En estos órganos todas las sensaciones-percepciones, todas las voliciones (objetos de la voluntad y del deseo) ocupan, según Flourens, el mismo lugar, de modo que, si bien pueden distinguirse funcionalmente, para este fisiólogo son anatómico-fisiológicamente la misma facultad: percibir y querer. La extirpación parcial de uno de los lóbulos, si no es excesiva, permitía una recuperación del ejercicio de sus funciones en un período de tiempo no muy grande. Pero, a partir de ciertos límites en la extirpación, la recuperación resulta imperfecta. Por supuesto que hay otro límite más allá del cual no hay recuperación posible. Algo realmente interesante descubierto por Flourens es que cuando un dominio perceptivo volvía, volvían todos y cuando una facultad reaparecía, todas lo hacían… Para este fisiólogo esto era una prueba de que todos estos «órganos mentales» son un solo órgano.



Área de Broca, implicada en la producción del habla. La regionalización del cerebro por áreas funcionales debe ser tomada con cuidado. Conocemos que, ciertamente, lesiones en ciertas partes del cerebro producen efectos muy claros en los sujetos y de ahí puede saberse que esa región está implicada en esa función. Pero esto no significa que otras capas neuronales más profundas y localizadas en otros puntos no lo estén.

Después de Flourens, con el paso de los años, la comparación con un nuevo invento que estaba revolucionando las comunicaciones (el telégrafo) dará paso a una nueva manera de comprender el cerebro. Se empieza a hablar de que este órgano es una célula voltaica, de que los nervios son como los cables que transmiten la información, etc. Se ponen así las bases para un cambio de enfoque.

En efecto, en oposición a Florens encontramos a Broca. El maestro de Broca había ofrecido una suma de dinero a aquella persona que diera con un cerebro perteneciente a un individuo que hubiera perdido el habla con los lóbulos anteriores intactos. Broca encontró en una autopsia de un hombre con incapacidad para hablar (sin más defectos), a quien él había examinado, una lesión en la base de la tercera circunvolución del hemisferio izquierdo y extrajo la conclusión de que este era el centro de producción del habla. Broca creía firmemente en el principio de localización, de modo que, según su criterio, las circunvoluciones no constituyen un órgano, sino muchos órganos o muchos grupos de órganos, por lo que es de suponer que en el cerebro hay grandes regiones separadas (discretas) que corresponden a funciones mentales igualmente discretas, separables conceptualmente.



Área de Wernicke, relacionada con la comprensión auditiva del lenguaje. El lenguaje, como bien saben los que estudian idiomas, no es realmente una sola capacidad. Leer, escribir, escuchar comprensivamente, hablar y la habilidad social de saber mantener una conversación son facetas bien diferentes y podemos ser muy capaces para unas y no tanto para otras.

La cuestión es que ni Flourens ni Broca realizaron sus generalizaciones de modo legítimo. No es este el lugar para hablar de filosofía de la ciencia ni de metodología experimental, pero sí puede señalarse rápidamente —entre otras muchas observaciones que dejaremos a un lado— que Flourens descuidó las posibles consecuencias de la falta de garantías higiénicas en sus operaciones en animales y que, de los dos sujetos humanos que permitieron a Broca extraer sus conclusiones, uno tenía problemas inadvertidos en el área de Wernicke y otro acusaba una emaciación (adelgazamiento patológico) cerebral generalizada. Como puede constatarse, la ansiedad epistemológica de las neurociencias viene ya de sus ancestros del siglo XIX y da lugar en el terreno de la psicología popular (*folk psychology*) a mitos que, debidamente explotados, funcionan en el plano del *merchandising* del bienestar.

26

¿ES POSIBLE UNA INTELIGENCIA IGNORANTE O UNA CULTURA ESTÚPIDA?

Mucha gente ha oído hablar de los sabios idiotas y más gente todavía ha sufrido a algún erudito arrogante.

Los sabios idiotas, llamados ahora, con más justicia, sabios autistas, no son precisamente idiotas (no, al menos, en el sentido etimológico del término que aún subyace en el uso de esta palabra: el que no se hace cargo de lo común sino que va a lo suyo). Efectivamente estos individuos «van a lo suyo», pero no porque lo decidan ellos. Los sabios idiotas son un grupo de personas que tienen un perfil muy particular de fortalezas y debilidades que hacen un contraste llamativo y difícil de comprender como una compatibilidad posible. Tan posible como que es perfectamente real. Son

objetos de admiración y de estupefacción. De no ser por sus puntos fuertes, extremadamente virtuosos, se considerarían meros deficientes o débiles mentales, «retrasados».



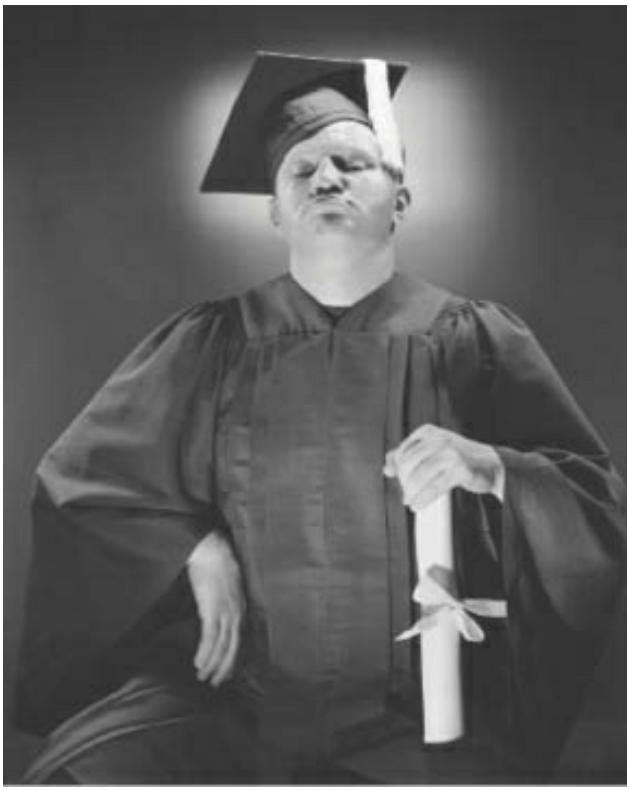
Dustin Hoffman dio vida a un autista, Raymond Babbitt, popularizando esta condición en el mundo entero. No obstante, la película *Rain Man* ha sido muy criticada por los colectivos de familiares de personas con autismo por crear unas expectativas hacia estas personas que poco tienen que ver con la realidad.

Aunque está documentada su existencia desde el siglo XIX, no fue hasta los años cuarenta del pasado siglo XX cuando la observación clínica dio paso a una experimentación activa con estos individuos. Se produjo una suerte de medicalización en el sentido de que se convirtieron en objeto del ojo clínico. Tardó más, sin embargo, en producirse la conexión conceptual entre lo que sucede con estos sujetos y el autismo. Los especialistas en autismo no han vuelto la mirada sobre los sabios idiotas hasta hace pocos años, al rebufo del interés —con a veces no muy buenas consecuencias para el imaginario colectivo— que el cine y la literatura sí ha mostrado por ellos desde los años

noventa. Ahora se está tratando de desmontar el mito de que las habilidades prodigiosas de los sabios idiotas, tocando el piano como Mozart con cinco años, etc., son una suerte de compensación por sus deficiencias en el resto de aspectos de la vida, especialmente en los relativos a una adecuada socialización. La cuestión es que, como expone Joseph Straus en su artículo (publicado en *Disability Studies Quarterly*) titulado «Idiots Savants, Retarded Savants, Talented Aments, Mono-Savants, Autistic Savants, Just Plain Savants, People with Savant Syndrome, and Autistic People Who Are Good at Things: A View from Disability Studies» (2014):

> Personas que han sido etiquetadas como sabias no son superdiscapacitados de otro planeta o extraños *freaks* sino personas que, como el resto de nosotros, son buenos en unas cosas y no tan buenos en otras. Más específicamente, son personas autistas con tipos de inteligencia y creatividad distintivos así como con una predilección por intereses específicos que persiguen de un modo intenso, focalizado, que ha venido a ser entendido como central para la cultura del autismo emergente. […] Imaginamos la discapacidad como parte de la variación que ocurre naturalmente en las mentes y cuerpos humanos y como algo que puede de hecho hacer posible cierta clase de logros. Para la persona autista, los intereses especiales o habilidades surgen no a pesar del autismo sino precisamente por causa de él. La habilidad —tanto el área de la habilidad como la manera en la cual se persigue la misma— es una manifestación del autismo. El autismo permite la destreza; la destreza hace el autismo visible. Debería ser posible comprender al grupo de personas identificado como sabios idiotas no como prodigios médicos, o como *freaks*, o como superdiscapacitados sino simplemente como personas autistas que son buenas en ciertas cosas.

Otro asunto bien distinto es el del erudito arrogante, muestra de que la cultura y la estupidez son perfectamente compatibles. Esto es una cuestión más sociológica que psicológica —se busca mediante la erudición, en términos de Pierre Bourdieu, una compensación en forma de capital cultural de la falta de otras formas de capital humano y económico— y nos detendremos lo justo en ella. No obstante, no nos resistimos a traer a colación un cuento tradicional de la India, popularizado por Ramiro Calle, que dice todo al respecto:



El erudito arrogante es la antítesis del filósofo y del auténtico sabio. Se trata de un acumulador de información cuyo objeto principal suele ser el exhibicionismo intelectual, lo cual hace la convivencia con ellos difícil y desagradable.

Se trataba de un joven erudito, arrogante y engreído. Para cruzar un caudaloso río de una a otra orilla tomó una barca. Silente y sumiso, el barquero comenzó a remar con diligencia. De repente, una bandada de aves surcó el cielo y el joven preguntó al barquero:

—Buen hombre, ¿has estudiado la vida de las aves?

—No, señor —repuso el barquero.

—Entonces, amigo, has perdido la cuarta parte de tu vida.

Pasados unos minutos, la barca se deslizó junto a unas exóticas plantas que flotaban en las aguas del río. El joven preguntó al barquero:

—Dime, barquero, ¿has estudiado botánica?

—No, señor, no sé nada de plantas.

—Pues debo decirte que has perdido la mitad de tu vida —comentó el petulante joven.

El barquero seguía remando pacientemente. El sol del mediodía se reflejaba luminosamente sobre las aguas del río. Entonces el joven preguntó:

—Sin duda, barquero, llevas muchos años deslizándote por las aguas. ¿Sabes, por cierto, algo de la naturaleza del agua?

—No, señor, nada sé al respecto. No sé nada de esta agua ni de otras.

—¡Oh, amigo! —exclamó el joven—. De verdad que has perdido las tres cuartas partes de tu vida.

Súbitamente, la barca comenzó a hacer agua. No había forma de achicar tanta agua y la barca comenzó a hundirse. El barquero preguntó al joven:

—Señor, ¿sabes nadar?

—No —repuso el joven.

—Pues me temo, señor, que has perdido toda tu vida.

27

¿PUEDEN LOS PSICÓLOGOS INDUCIR A LAS FOBIAS CULTURALES?

Spearman, quien propuso el factor *g* de inteligencia —discutido por Gardner desde su enfoque de las múltiples inteligencias—, propuso también la noción de energía mental. Con este vago concepto quiso referirse a aquello que los seres humanos invierten con el fin de estar a la altura de las demandas cognitivas planteadas por el entorno social. Como explica James R. Flynn, cuando el mayor desafío cognitivo fue la exposición a las demandas de la educación secundaria se desarrollaron mayores destrezas aritméticas, vocabularios más amplios y un mayor compendio de información retenida en la memoria. También las destrezas relativas a la resolución de problemas abstractos se vieron favorecidas. La historia revela correlaciones fuertes,

robustas, entre el incremento del cociente intelectual y las medidas del factor *g* en un período demasiado corto como para que pueda producirse evolución biológica de ningún tipo que afecte a los procesos neurológicos relevantes para la conducta inteligente. Los factores naturales han de ser del tipo coyuntural como una mejora de la nutrición (entre otros). La hipótesis de Spearman venía a sostener que la diferencia racial en el cociente intelectual tiende a hacerse mayor en las pruebas que tienen una mayor carga de cuestiones relativas al factor *g*.

A partir de aquí comienza toda una historia de polémicas en relación con la cuestión de las razas y la inteligencia. Una de las más terribles —y que muestra hasta qué punto puede estar un científico dispuesto a inventar datos con el fin de legitimar un prejuicio tan generador de fobias culturales como el racismo— es la de Cyril Burt (la reproducimos de la mano de Hans Eysenck, en su «The Case of Sir Cyril Burt: On Fraud & Prejudice in a Scientific Controversy»). Las acusaciones contra este psicólogo —quien había defendido, mediante el estudio de gemelos separados al nacer, que la variación que la inteligencia debía al ambiente era poco relevante y, con Jensen, que la diferencia en la medida de la inteligencia de la raza blanca, la negra y la latina es significativa— fueron fundamentalmente tres: haber publicado artículos con unas supuestas colaboradoras de las que no se encontró rastro; haber supuesto más que medido rigurosamente el cociente intelectual de muchos de los sujetos de su investigación; finalmente, lo más importante: en veinte ocasiones Burt habría publicado datos en los cuales el número de sujetos variaba pero no así ciertas estadísticas, tales como la correlación entre los gemelos de las muestras (las publicaciones acerca de pares de gemelos iban mostrando un número cada vez mayor: 15 pares en 1943, 21 pares en 1955, más de 30 en 1958 y 53 en 1966. Pero el coeficiente de correlación entre los C.I. resulta ser, en todos las casos, exactamente el mismo con los tres decimales siempre idénticos. Los coeficientes de correlación eran de 0,944 para los gemelos criados juntos, y de 0,771 para los criados por separado). A todo esto se añadió un colectivo de varios psicólogos quienes condenaron a Burt (Eysenck señala que ninguno de ellos eran especialistas en el campo de la genética comportamental).

En medio de toda la controversia se escribió y publicó, a petición de la hija de Burt, una biografía oficial. El autor, quien dispensaba un gran respeto por Burt, pidió a la comunidad académica que se abstuvieran de seguir juzgando a Burt hasta que su trabajo hubiera sido publicado. Desde una firme convicción de que Burt era un científico íntegro, examinó las grabaciones privadas con cierta angustia de que en efecto las pruebas contra Burt se acumularan aún en mayor medida, lo cual se cumplió, a su pesar, y se vio obligado a reconocer que las acusaciones podían ser muy probablemente verdaderas.

¿Qué hay detrás de todo esto? Probablemente lo que el sociólogo Pierre Bourdieu categorizó como racismo de la inteligencia en su intervención (1978) publicada en *Cahiers Droit et liberté (Races, sociétés et aptitudes: apports et limites de la science)*, núm. 382:

> Quisiera decir, en primer lugar, que hay que tener presente que no hay un racismo, sino racismos: hay tantos racismos como grupos que tienen la necesidad de justificarse por existir como existen, constituyendo esto la función invariante de los racismos.
>
> […] Me parece muy importante centrar el análisis en las formas de racismo que son sin duda las más sutiles, las más irreconocibles y, por tanto, las menos denunciadas, quizá porque los denunciadores habituales del racismo poseen algunas de las propiedades que inclinan a esta forma de racismo. Me refiero al racismo de la inteligencia. El racismo de la inteligencia es lo que utilizan los dominantes con el fin de producir una «teodicea de su propio privilegio», como dice Weber, es decir, una justificación del orden social que dominan. Es lo que hace que los dominantes se sientan justificados de existir como dominantes, que se sientan de una esencia superior. Todo racismo es un esencialismo y el racismo de la inteligencia es la forma de *sociodicea* característica de una clase dominante cuyo poder se basa en parte en la posesión de títulos que, como los títulos escolares, se consideran garantía de inteligencia y que han suplantado en muchas sociedades, incluso para el acceso a las posiciones de poder económico, a los antiguos títulos, tales como los títulos de propiedad o los títulos nobiliarios.

28

¿TÚ SÍ QUE VALES?

La valía o inteligencia práctica para la realización de ciertos cometidos no es solo una cuestión de aptitudes sino de actitud. Si buscamos la entrada *actitud* en el Diccionario de la Real Academia (o *attitude* en el Diccionario de Oxford) nos encontraremos que, además de ser un término emparentado con palabras como acción (*action*) o actuar (*to act*), todas sus acepciones son sintetizables en dos significados bien diferentes: uno que hace referencia al cuerpo (postura) y otro a la *psique* humana (disposición de ánimo):

> La inteligencia consiste en colocar permanentemente a la realidad bajo *sospecha*, en mantener la *duda* y hacer *epojé* (puesta en suspenso) en todo aquello que no se halle firmemente establecido […] Pero si esto es así, la inteligencia consisten en la ironía, la duda, la interrogación, la sospecha, el *hacerse cuestión* de la realidad y el *buscarse* problemas, entonces es preciso concluir que la inteligencia no consiste tanto en una serie de *aptitudes*, como de *actitudes*: ser inteligente es una forma de comportarse y actuar, de vivir: es, si así quiere decirse, pese a lo que tiene de redundante, una *forma de ser*.
>
> Alfonso Fernández Tresguerres
>
> «De la inteligencia y la necedad», *El Catoblepas*

El concepto de actitud ha sido abordado de un modo u otro desde el mismo momento en que los seres humanos comenzaron a plasmar sus pensamientos por escrito. En la cultura occidental encontramos muy tempranamente reflexiones en torno a la disposición de los individuos, tanto en las construcciones mitológicas como en los primeros pensadores: Heráclito, en torno al 500 a. C., anticipa la línea del pensamiento clásico posterior al respecto cuando dice *Ηθος Ανθρωπῳ Δαιμων* («Su disposición es, para un ser humano, su destino». Fragmento 119).

En efecto, dos siglos después del pensador de Éfeso, en la Grecia de Platón y Aristóteles y en textos clásicos fundamentales suyos como *Menón* (86 a-b) o la *Ética a Nicómaco* (1098a 15-17), respectivamente, ya se formulaban especulativamente pero con claridad las mismas preguntas que tratará de responder científicamente desde el primer tercio del pasado siglo la psicología contemporánea con la teoría arquetípica de Jung y con la teoría de

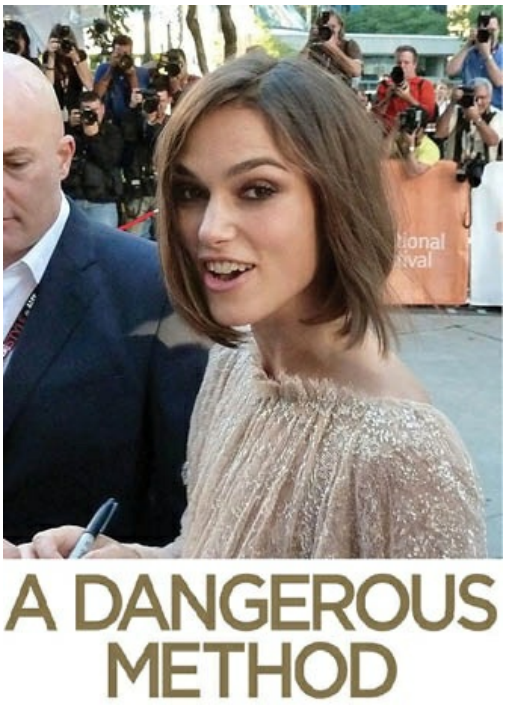
la acción razonada de Ajzen, entre otras: ¿Qué es actitud? ¿Reside en el interior o requiere de una expresión corporal? ¿Es su origen innato o adquirido por aprendizaje? ¿Es consciente o espontánea? Y también en los orígenes de nuestra cultura, como ocurrirá a menudo en el siglo XX con la psicología diferencial y social, unas respuestas iban en una dirección o en la opuesta. Lo que, en cualquier caso, hace tan interesante la tarea intelectual de abordar este concepto es, además de su transversalidad (son múltiples las disciplinas que se hacen cargo de él, en un sentido u otro), el hecho de estar en la encrucijada de lo connatural y lo aprendido, lo personal y lo social, lo interior y lo exterior. Conocer, asimismo, el grado de maleabilidad de las actitudes nos pone en la pista de hasta qué punto vale la pena en ámbitos sociales, económicos y políticos tan dispares como el del *marketing*, la propaganda, la educación o el del *coaching* (Fleishman, 1988), invertir tiempo, esfuerzo y dinero.

Sea como fuere el resultado de cualquier investigación —tal y como se expondrá detalladamente en el capítulo segundo del presente trabajo— es innegable que «las personas que ponen su tiempo y esfuerzo en el aprendizaje de los hechos sobre el comportamiento humano, por lo general están mejor cualificadas para inducir cambios de actitudes en los otros, que las personas que no hacen caso de los datos científicos sobre este desafiante tema» (McConnell: *Psicología*). Veamos el que fue el primer intento de propuesta, desde la psicología, acerca de la cuestión.

El primer enfoque contemporáneo relevante de la cuestión de las actitudes se encuentra en el cisma que se produjo dentro del psicoanálisis entre Freud y Jung, el cual ha sido magistralmente reflejado en la gran pantalla por Cronenberg (*Un método peligroso*, 2012). En efecto, Jung no quiso asumir, pues le parecía que faltaba suficiente fundamentación para sostener tal idea, que el hombre sea una suerte de gestor de sus pulsiones sexuales y de su agresividad, reprimidas (especialmente las primeras) desde la más tierna infancia. Opinaba Jung que son una fuerza motivadora mayor los valores axiológicos del orden de la ética y la religión que la sexualidad primitiva o alguna especie de libido indeterminada y omniabarcante.

La finalidad de nuestra vida es el logro de una integración relativamente coherente de los contenidos de la conciencia y nuestras experiencias interiores, cercanas muchas veces a la mística, la hipnosis y la ensoñación. El

quid de la cuestión es que para Jung —a diferencia de lo expuesto por Freud (2013) en su célebre obra de 1900— no hay solo un inconsciente sino dos: el personal y el colectivo. El interés para Jung recae sobre su propia hipótesis original, que es la afirmación y demostración de la existencia del segundo.



La protagonista de *Un método peligroso*, Keira Knightley, en la *première* de la película. Sabina Spielrein fue para Carl Gustav Jung lo que supuso para Sigmund Freud Anna O. (Bertha Pappenheim). No porque fueran casos clínicos semejantes sino por la razón de que supusieron un punto de inflexión con respecto a sus maestros. En el caso de Freud, con respecto a Breuer. En el de Jung, con respecto al mismo Freud.



Carl Gustav Jung, fotografiado en el exterior de una clínica en Zúrich, a principios del siglo XX. Jung humanizó, por decirlo así, el psicoanálisis y postuló que una gran parte del inconsciente es colectivo y compartido, es decir, que no se nutre solo de contenidos proporcionados por la experiencia individual del sujeto. No solo los impulsos erótico y tanático serían universales, sino también ciertos arquetipos con contenido semántico universal.

Un estudio antropológico cuidadoso arroja como resultado, siguiendo a Jung, que ciertos mitos e ideas se presentan en todas las culturas. Relatos semejantes, cualidades adjudicadas a la divinidad muy similares y explicaciones casi idénticas de la caída en desgracia del género humano pueden encontrarse en estudios comparados de la antropología y etnografía del siglo XIX y principios del XX. Estos mitos son calificados de arquetipos por Jung. Pues bien, el arquetipo fundamental es el ego (término que adoptará a mediados del siglo XX Lévi-Strauss para referirse a la red de relaciones que constituye a un sujeto absolutamente impersonal en el seno de las estructuras de parentesco de las sociedades antropológicas). Este arquetipo permite al individuo integrar todos los procesos psíquicos conscientes e inconscientes formando un todo con significado y coherencia. Este nuestro *yo* arquetípico

está determinado por dos actitudes. Esas dos actitudes, que son la introversión y la extroversión, es decir, dos formas de ser en el mundo diametralmente opuestas. De saber lidiar con la nuestra dependerá en buena medida aquello para lo que valdremos (o no) en la vida.



APRENDIZAJE VOLUNTARIO E INVOLUNTARIO

29

¿QUÉ EMOCIÓN HAY EN LA INTELIGENCIA?

¿Quién no conoce la obra de Daniel Goleman, *Inteligencia emocional*? Su publicación a mediados de los años noventa del pasado siglo XX supuso un auténtico hito. Goleman ha sido visto con suspicacia por su triunfalismo. Según sus críticos, Goleman confiaría excesivamente en la capacidad predictiva de la inteligencia emocional. Además, incluye aspectos relativos a la personalidad y al comportamiento, a la hora de definir la inteligencia emocional, que no quedan definidos de un modo riguroso y no guardan correlación estadística con la supuesta inteligencia emocional. También se le reprocha el poco rigor en el uso de expresiones a las que parece considerar intercambiables (alfabetización emocional y salud emocional; destreza emocional y competencia emocional, por ejemplo). Por otro lado, pareciera que Goleman quiere hacer creer a sus lectores que está presentando algo totalmente nuevo cuando la mayor parte estaba siendo dicha en artículos

académicos de investigadores en el tema de personalidad. También quiere que crean que la inteligencia emocional puede ser aprendida por cualquiera sin querer reconocer que los rasgos de la personalidad que se le asocian suelen ser relativamente fijos desde edades tempranas.

A pesar de todo lo anterior, Goleman es considerado por muchos como un pionero. Sin embargo, el concepto de inteligencia emocional se debe a los profesores Peter Salovey y John Mayer, a comienzos de aquella década, de las universidades de Yale y Stanford, respectivamente, en 1990. Goleman, en efecto, trajo este concepto al uso común por parte de la gente corriente, lo hizo público, lo vulgarizó en un sentido literal. La obra fue un *best seller*. Sin embargo, el ensanchamiento del concepto mismo de inteligencia emocional así como la exageración de su importancia por parte de Goleman ha llevado a cierto estado de confusión. La definición de inteligencia emocional de Mayer, Salovey y David Caruso (según un artículo publicado por la revista *American Psychologist*) incluye la capacidad de abordar un procesamiento de información sofisticado acerca de las emociones propias y de los otros y también la capacidad de usar esta información como una guía de pensamiento y de conducta. Esto quiere decir que los individuos con gran inteligencia emocional ponen especial atención al uso, comprensión y manejo de las emociones y estas destrezas sirven a funciones adaptativas que potencialmente benefician al sujeto y a otros («Emotional intelligence: new ability or eclectic traits?»; «Inteligencia emocional: ¿una nueva capacidad o rasgos eclécticos?»).



Daniel Goleman, en 2011, en el Foro Económico Mundial. La cuestión relativa a la inteligencia emocional se ha vuelto determinante también para los economistas, especialmente en el campo de la psicología de las organizaciones.

Mayer y Salovey propusieron en 1997 un modelo de desarrollo de la inteligencia emocional que comprende cuatro ramas: capacidad de percibir las emociones propias en uno mismo y en los demás con precisión; capacidad de usar las emociones para facilitar el pensamiento; capacidad para comprender las emociones, el lenguaje emocional y las señales que acompañan a las emociones y, finalmente, la capacidad para manejar esas emociones así como para alcanzar objetivos específicos. ¿Qué caracteriza concretamente a la primera de las capacidades (percepción de las emociones)? La capacidad de identificar la emoción subyacente a los estados físicos, a los sentimientos y a los pensamientos de uno mismo; la capacidad

de identificar las emociones en otras personas a través de su uso del lenguaje, del tono de su voz y de su conducta; la capacidad de expresar las emociones y las necesidades relacionadas con esas emociones de un modo preciso; la capacidad de discriminar entre las expresiones auténticas y falsas de las expresiones sentimentales. Con respecto al segundo rasgo, la facilitación emocional del pensamiento, los subrasgos destacables serían la virtud que tendrían las emociones en los individuos emocionalmente inteligentes para conducir su atención a la información importante; las emociones en estos sujetos son lo bastante vívidas y están lo bastante disponibles como para ayudar al recuerdo de lo que una vez se sintió; son capaces de pasar del optimismo al pesimismo (o al revés) de modo que pueden hacerse cargo del punto de vista de otros; sus estados emocionales facilitan aproximaciones a la resolución de problemas diferentes. En relación con el tercer rasgo, la comprensión y el análisis de las emociones (la inteligencia emocional práctica, por decirlo así), los subrasgos serían: la capacidad para etiquetar las emociones y reconocer las relaciones entre palabras y emociones, es decir, el uso de los términos corresponde a una real diferenciación semántica con respecto a la emoción a la que designan (la persona inteligente emocionalmente diferencia entre que alguien/algo guste y alguien/algo sea amado, por ejemplo); capacidad para interpretar los significados que las emociones tienen en relación con las relaciones interpersonales (por ejemplo, toda pérdida va acompañada de tristeza); capacidad para comprender los sentimientos complejos tales como aquellos que son contradictorios (amar a quien se odia/odiar a quien se ama) o los que son compuestos; capacidad para reconocer la transitoriedad emocional y anticipar las posibles emociones que han de seguir a otra emoción (de la ira se puede pasar a la satisfacción o a la vergüenza, por ejemplo). Por último, los subrasgos propios de la regulación reflexiva de las emociones para promocionar el crecimiento intelectual y emocional serían la capacidad para permanecer abierto a los sentimientos, tanto agradables como desagradables; la capacidad para adherirse o separarse reflexivamente de una emoción en función de si se considera informativa, útil o no; la capacidad para manejar la emoción en uno mismo y en otros moderando las emociones negativas y potenciando las agradables, sin reprimir ni magnificar las información que nos proporcionan.

Para finalizar, más allá de cuestiones de paternidad acerca del descubrimiento de la inteligencia emocional e intentando estar siempre por encima de diatribas acerca de si Goleman ha creado un engendro que le ha proporcionado fama inmerecida o si simplemente ha descubierto el Mediterráneo —solo hay que leer la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles para darse cuenta de esto último—, lo que sí nos parece relevante criticar es el alcance real que todo este asunto tiene en el mundo del trabajo. En el artículo «Emotional intelligence: An integrative meta-analysis and cascading model» (*Journal of Applied Psychology*, 2010), los autores proponen y ponen a prueba posteriormente un modelo teórico que integra tres factores. El modelo se trata de un patrón progresivo (en cascada) de facetas de la inteligencia emocional. Es un modelo basado en capacidades, en el cual: a) la percepción de la emoción debe preceder causalmente a b) la comprensión de la emoción y esta, a su vez, precedería a la c) regulación consciente de la emoción que afecta al desempeño en el trabajo. Percibo-comprendo-actúo. Se cree que los elementos secuenciales en este modelo progresivo reflejarían selectivamente la toma de conciencia, la capacidad cognitiva y el índice de neuroticismo (ansiedad, etc.), respectivamente. La conclusión del artículo es que las relaciones entre la inteligencia emocional basada en capacidades y el desempeño laboral son inconsistentes; así, por ejemplo, la inteligencia emocional predice un rendimiento para trabajos relacionados con labores con alta carga emocional mientras que predice un rendimiento en términos negativos para oficios con poca carga emocional, lo cual no parece tener demasiado sentido.

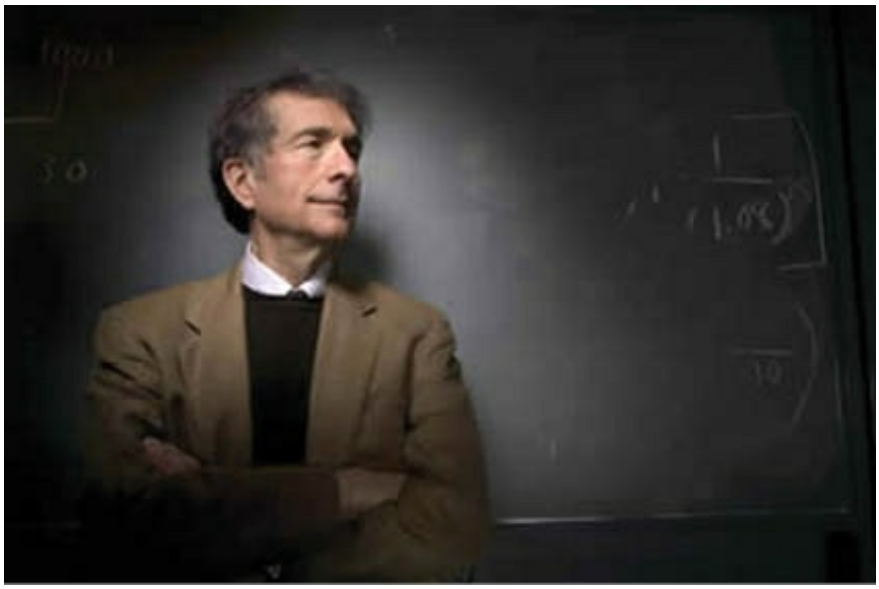
30

¿INTELIGENCIAS MÚLTIPLES O MÚLTIPLES TALENTOS?

La tesis de las inteligencias múltiples se le ocurrió al psicólogo Howard Gardner a raíz de su trabajo con veteranos con el cerebro dañado y con la superdotación infantil. Gardner constató cómo una persona afásica, con el cerebro dañado en el hemisferio izquierdo, aunque no pudiera hablar o comprender era capaz de cantar o de pintar perfectamente bien e incluso de componer música si ya sabía hacerlo antes de la lesión. Por lo tanto, por pura lógica, consideró que no es posible que los mismos procesos estén involucrados en lenguaje, música, pintura…

En comparación con teorías tradicionales, como la de Piaget, la teoría de las inteligencias múltiples no permite desligar las operaciones inteligentes del contenido sobre el que se dan dichas operaciones. La tradición psicológica anterior a esta teoría viene a decir que las facultades como la percepción, el aprendizaje o la memoria podrían aplicarse a cualquier materia y que la memoria de proceso y a largo plazo es la misma pero funciona sobre distintos ámbitos (iconos, melodías, palabras, cifras…). Para la teoría de Gardner con cada inteligencia se da una forma característica de puesta en funcionamiento de esas facultades (percepción, aprendizaje, memoria…). Además, los roles culturales son determinantes puesto que las capacidades desarrolladas son muy dependientes de lo que la cultura de referencia valora o desdeña. Hay inteligencias no valoradas desde la más tierna infancia («Anda, hija, deja ya el pinta-y-colorea, y ponte con esas cuentas…») y otras que reciben una atención probablemente exagerada. La velocidad del desarrollo de las inteligencias es diferente: la inteligencia lógico-matemática se desarrolla pronto durante la infancia pero también declina antes (en la vejez se constatan más ciertos errores que aparecen en la capacidad de razonamiento lógico o matemático) mientras que la inteligencia interpersonal, más lenta en su desarrollo, no declina tan fácilmente.

Hecho todo este preámbulo pasamos a continuación a exponer las distintas inteligencias siguiendo este mismo orden para cada una de ellas: en qué consisten, qué señales nos indican que es un talento determinado en una persona y de qué tipo de sujetos suelen ser típicas.



Howard Gardner. El ámbito educativo es aquel en el que más repercusión parece estar teniendo la teoría de las inteligencias múltiples. La cuestión crucial es ver hasta qué punto la sociedad reconocerá también esos talentos como auténticas inteligencias.

La inteligencia lógica consiste en tener la capacidad de estructurar contenidos desde la coherencia, la capacidad de hacer deducciones desde premisas, clasificaciones, comparaciones estadísticas, manejo de operaciones y fórmulas así como la deducción de estas últimas; es un talento que implica destreza detectando incoherencias en un razonamiento, clasificando y programando conforme a un criterio establecido previamente, extrapolar y adelantar el paso siguiente en un proceso, aplicación de fórmulas y cierta tendencia a encorsetar con algún criterio lógico aquello que se escapa del mismo (por ejemplo, las cuestiones referidas al gusto estético, etc.); esta inteligencia se encuentra en analistas, filósofos, matemáticos y jugadores de juegos de azar o de cartas cuya reglamentación atienda a una lógica previsible pero no fácilmente manejable por cualquiera.

La inteligencia lingüística consiste en tener la capacidad de manejar el lenguaje que se domina y de establecer los cauces de aprendizaje a través de la palabra (oral y escrita), así como de los cauces de expresión. Aprenden fácilmente a través del lenguaje en general, especialmente de la lectura; las señales que indican un talento en esta inteligencia son la buena expresión

desde edades tempranas, la comprensión de lo que se le dice y de lo que lee así como la facilidad para reproducir una historia oída y leída, desarrollo temprano de la velocidad lectora y capacidad para la lectura en diagonal, manejo de un vocabulario amplio y voracidad lectora; esta inteligencia se encuentra entre los oradores, los buenos docentes, las personas conversadoras, personas amantes de los idiomas (los aprenden con cierta facilidad) y entre aquellos que reconocen fácilmente la morfología y sintaxis de la propia lengua.

La inteligencia espacial consiste en tener un sentido del espacio imaginario que permite el manejo virtual del mismo para resolver mejor los problemas; tienen talento en esto las personas que desde una edad temprana muestran ser capaces de situar las cosas en el espacio y los sucesos en el tiempo, caen en la cuenta de cómo ensamblan las piezas de un rompecabezas antes que otros y les parece extraño que los demás no lo vean, tienen clara la imagen que quieren encajar en un lienzo o en un papel en blanco, etc.; es la inteligencia de los arquitectos, constructores, topógrafos, personas que se orientan bien en la ciudad, artistas plásticos figurativos…

La inteligencia intrapersonal consiste en elaborar todo lo que llega a nosotros mediante una interpretación reflexiva; tienen un talento de este tipo las personas que son capaces de dar cuenta de la forma en la que supuestamente operan sus propias emociones y sus sentimientos así como el influjo que estos tienen en su conducta, reflexionar sobre sus reacciones y comprenderse a sí mismas; esta inteligencia es la propia de poetas, autores de memorias con valor histórico y literario, inventores de historias, etc. La inteligencia cinestésica utiliza el cuerpo para expresarse, abriéndose a la experiencia sensible en mayor medida que otras; tienen talento en esta inteligencia aquellos individuos que destacan en el baile, el mimo, la imitación cómica, la danza, deportes aeróbicos, etc.; es propio de artistas, atletas, ciertos científicos experimentales que no se limitan a reproducir experimentos estandarizados, etcétera.

La inteligencia musical consiste en tener la capacidad y los recursos técnicos para la expresión mediante los instrumentos o la voz; las personas con talento musical son capaces de captar rápidamente la armonía, de recoger un sentir y expresarlo en forma de canto, de imaginar melodías y fingir

ritmos, mostrando interés por componer o por entender la composición musical desde temprano; obviamente, es propia de compositores e intérpretes musicales.

Por último, la inteligencia interpersonal consiste en empatizar, encontrar lo que une a la gente y aquello en que se sintoniza, no lo que las separa y aquello que las enfrenta; tienen talento para esto aquellos que muestran habilidad para comunicarse de persona a persona (más que como comunicador de ideas a un grupo), inspiran confianza a la gente, saben «echarse faroles» de modo exitoso (no confundir con hacer chantaje emocional), aceptan sentimientos e ideas de otros y saben esperar a que terminen de exponer sus posiciones y hacerlos sentir escuchados y comprendidos; esta inteligencia la encontramos en los buenos mediadores, los terapeutas no ortodoxos y los especialistas exitosos en relaciones públicas.

¿Cómo detectar precozmente el talento sin hacerse falsas ilusiones propias de madres y padres hiperentusiastas? En los años ochenta y noventa se desarrollaron evaluaciones alternativas a los clásicos test de inteligencia. Se trataba de crear experiencias que iluminasen fuerzas y debilidades del infante. Por ejemplo, en el caso de la música se estudió el ritmo y el tono de los niños y su capacidad para recordar diferentes melodías mientras que para comprobar su talento espacial se sometía a los niños y las niñas a una prueba en la que tenían que encontrar la salida en un área determinada o se les hacía construir una estructura con adoquines o ladrillos. Para aquellas inteligencias que sí han sido tradicionalmente evaluadas se trata de cambiar el sentido de los test clásicos moviéndose hacia los productos en lugar de a las respuestas cortas. Por ejemplo, se trata de ver si los infantes son capaces de contar una historia a partir de lo que inventan después de ver una película muda.

31

¿SEGUIMOS PENSANDO QUE LOS ANIMALES NO TIENEN INTELIGENCIA?

En 1992, la publicación por parte de Donald Griffin de su obra *Animal Minds*, supuso un nuevo espaldarazo a una posición acerca de la inteligencia animal que ha sido sostenida desde que comenzó la psicología, pero que no había gozado del mayor predicamento desde el auge de la psicología de la Gestalt en los años veinte y treinta del pasado siglo. Entre los ejemplos que proporciona Griffin, llaman la atención aquellos que versan sobre las operaciones realizadas por animales cuyo cerebro, por razones obvias, no haría pensar que fueran capaces de semejantes artimañas (como es el caso de una garza que toma las migas de pan de un merendero y las suelta en la corriente de agua a modo de cebo para capturar carpas).

Discutir acerca de la inteligencia animal conlleva que podamos descartar que ciertas conductas sofisticadas de solución de problemas (Griffin pone el ejemplo de la nutria que usa una piedra apoyada sobre su vientre para abrir la concha de los mejillones) se deba a: a) aprendizaje vicario (por imitación); b) un patrón de conducta etológico (un comportamiento propio de la especie en su entorno natural); c) aprendizaje por condicionamiento, donde la conducta ha quedado reforzada mediante estímulos previos y eso ha descartado otras posibles conductas (que han podido ensayarse o no). Pensemos en el caso de la garza: este animal puede haber visto hacer eso a individuos humanos y lo ha imitado (poco probable); queda descartado que se trate de un patrón etológico pues no es un comportamiento que se desencadene de forma ecológicamente natural, respondiendo a una impronta o tendencia manifiesta de la especie animal a ligar la misma respuesta a un estímulo al cual estuvo expuesta en una etapa muy temprana de su vida (como sí lo sería que los patos siguieran a quien, por cercanía, les parece su madre, como consiguió explicar Konrad Lorenz: véase respuesta a la pregunta 64); finalmente podría ser que la garza queriendo comer el pan, por accidente, al transportarlo se le cayera sobre el agua y en ese momento apareciera como refuerzo positivo la carpa (aún más apetitosa que el pan) de modo que repitiera, por ensayo-error,

la conducta y al obtener de ella resultados semejantes esta quedara incorporada a su acervo. Otras garzas que la acompañen pueden aprender esta misma conducta sin necesidad de casualidades felices sino por imitación.

Quizá los lectores y las lectoras conozcan el caso de Hans el Listo, un famoso caballo que, a principios del siglo XX, respondía a problemas aritméticos mediante golpes en la pata (el número de golpes expresaba la cantidad que era la solución al problema). Curiosamente, cuando Hans no tenía a la vista a quienes le hacían las preguntas ya no era capaz de tamaño prodigio. Lo que el psicólogo Oskar Pfungst descubrió al respecto es que los observadores, una vez había sido planteado el problema, miraban con atención extrema a las patas del caballo para levantar la cabeza con expresión relajada cuando había alcanzado el número que debía dar. Hans era, en efecto, excepcionalmente inteligente, pero no en cuestiones lógico-matemáticas sino en captar lo que el auditorio esperaba de él (algo para lo que un caballo estabulado ha sido criado desde su nacimiento).

32

¿APRENDEN LAS BACTERIAS?

En el aprendizaje no asociativo o elemental se modifica la conducta del sujeto por la mera presencia de un solo estímulo, sin que este se asocie a ningún otro. Hay dos tipos de aprendizaje no asociativo: habituación y sensibilización. Ejemplo de habituación: al escuchar el ruido de un coche mientras dormimos nos despertamos sobresaltados y en alerta. Si este estímulo se repite, dejaremos de despertarnos ante el ruido del coche, ya que este no posee relevancia de ningún tipo y ya no aporta información importante para nuestra adaptación. Ejemplo de sensibilización: una gata que nunca reaccionaba a los maullidos de los gatitos de otras gatas se pone alerta

—desde el momento en que pare por primera vez— ante cualquier maullido de un gatito. Habituación y sensibilización son conceptos contrarios, complementarios y no contradictorios. Se trata de dos formas de reducción de la reactividad a los estímulos irrelevantes y de mejora del ajuste del organismo al medio.

En la habituación se da un decrecimiento y desaparición de la reacción no asociativa repetida. No debe confundirse con la saciedad, la fatiga muscular, la adaptación sensorial (como la que ocurre cuando pasamos de lugares con mucha luz a lugares oscuros y viceversa) y tampoco es lo mismo que la extinción de una asociación. En la habituación los parámetros que más influyen son: el tipo de respuesta, la intensidad del estímulo, los intervalos en los que este se repite, la especie animal de la que se trate y, en su caso, el estado de motivación del sujeto.

En la sensibilización se da un aumento de la intensidad y de la prontitud en la respuesta natural al estímulo. A veces se produce una sensibilización refleja conocida también como pseudocondicionamiento. Se trata de una reacción condicionada desencadenada por un estímulo neutral a pesar de no haber estado nunca emparejada con él.



En la película de Stanley Kubrick *La naranja mecánica*, el protagonista es sometido a una terapia por pseudocondicionamiento con el fin de que acabe sensibilizándose aversivamente hacia la ultraviolencia. Pero como esa aversión no es, precisamente, la respuesta natural del sujeto, la terapia acaba siendo un fracaso.

La habituación y la sensibilización se producen en todos los seres vivos, desde los seres unicelulares hasta los humanos. El moho mucilaginoso conocido científicamente como *Physarum plycephalum* aprende por habituación, tal y como han demostrado en la Universidad de Toulouse III. Las bacterias además de ser reactivas frente a los cambios también son anticipadoras y se preparan para afrontarlos. Estas conductas reactivas se engloban dentro del subconjunto conductual de las taxias y tropismos. Las taxias y tropismos son movimientos de desplazamiento u orientación hacia estímulos atrayentes o contra estímulos aversivos (repelentes). Por ejemplo, el tallo de una planta manifiesta fototropismo positivo (orientación hacia la luz) y geotropismo negativo (busca el aire, alejándose de la tierra). Pues bien, los caldos de cultivo repletos de bacterias en los que se introducen tubos de ensayo con una cierta sustancia química se dirigen al interior del tubo mientras que los tubos de ensayos que contienen bacterias con otras sustancias, una vez introducido el tubo en la cubeta, las bacterias se alejan del tubo. Es decir, que para las bacterias hay sustancias cuyo contacto constituye un estímulo atrayente y otras sustancias cuyo contacto supone un estímulo aversivo. El moho estudiado por la Universidad de Toulouse III (resultados publicados en 2016), durante un experimento de nueve días de duración, al ser expuesto a sustancias amargas (quinina y cafeína) que suponían un obstáculo ante la fuente de alimento, a lo largo de los seis primeros días manifestaban una conducta de evitación —al igual que el grupo de control (moho que no tenía dicho obstáculo)—, pero, finalmente, el moho experimental pasó por encima de las sustancias inofensivas aunque aversivas. Sobra decir que estos descubrimientos no son del todo superfluos en la medida en que la resistencia a los antibióticos se está convirtiendo en uno de los mayores problemas a los que habrá de enfrentarse a medio y largo plazo nuestra civilización y, si bien dicha resistencia no debiera tener que ver con este fenómeno de la habituación, tampoco puede descartarse completamente.

En invertebrados sin cerebro como los moluscos se ha podido constatar la habituación (si se les presiona repetidamente dejan de emitir la respuesta natural vinculada a su supervivencia). Asimismo, una medusa que al principio reacciona excesivamente a la luz del sol sobre el mar deja de hacerlo con el tiempo. En otros animales es de lo más sencillo darse cuenta de cómo se produce: un cachorro de lobo que al comienzo ignora los sonidos

de pisadas de otros animales acaba por estar siempre alerta cuando los escucha, según va creciendo (sensibilización). También en la experiencia humana cotidiana existen numerosos ejemplos de habituación y sensibilización; por ejemplo, cuando visitamos un lugar nuevo o conocemos a una persona, es probable que prestemos atención a todo tipo de estímulos que normalmente ignoramos. Es probable que ignoremos estos detalles en los sitios ya conocidos o con las personas que nos son familiares.

33

¿NEUROSIS MÁS ALLÁ DEL SER HUMANO?

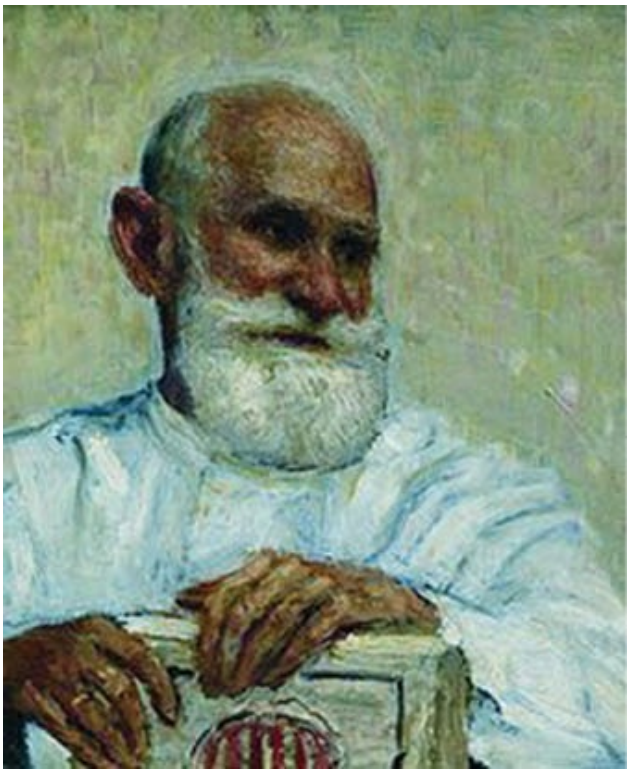
Las neurosis pueden darse en animales bajo ciertas condiciones. Estas condiciones son las que impone el aprendizaje por condicionamiento, en particular, por condicionamiento clásico (pavloviano, por Ivan Pavlov). En este tipo de condicionamiento se produce una conexión nueva entre ciertos estímulos y ciertas respuestas. Desde un punto de vista evolutivo, este mecanismo por el que los arcos reflejos (neurona sensitiva-neurona asociativa-neurona motora) pueden ser ampliados, por decirlo de algún modo, tiene una lógica aplastante: si los animales solo respondieran a la presencia inmediata del depredador, muchas especies hubieran perecido (el concepto de reflejo se extrajo de la óptica de los siglos XVII y XVIII: un circuito de ida y vuelta). La conversión de estímulos neutros en estímulos condicionados fueron cruciales para la supervivencia (también en los animales sin depredadores, pues han de competir con otros por los mismos recursos).

Pavlov estudió cómo un estímulo neutro, que nada tiene que ver con la respuesta natural que desencadenan otros estímulos (sin necesidad de aprendizaje), puede desencadenar esa misma respuesta en virtud de una asociación. Para que esto suceda es fundamental (obviamente) la posición en

la que aparece ese estímulo neutro en relación con el estímulo natural (incondicionado). Si un perro escucha el sonido de la cadena de su collar (sonido que emite la misma con nuestro movimiento de la mano al cogerla) junto al sonido de nuestra voz diciendo su nombre y los olores que le arrebatan al abrir la puerta de la calle, con el tiempo, acabará respondiendo del mismo modo solo al sonido de la cadena, aunque no se diga su nombre ni se abra la puerta. No ocurrirá tan fácilmente si se hace a la vez. Y menos aún ocurrirá si el sonido de la cadena lo escucha tras haber dicho su nombre y haber abierto la puerta para que salga. Cuanto más vinculado a una respuesta fisiológicamente ineludible esté el estímulo condicionado, más fuerte es el condicionamiento. Queremos decir que la conexión se establecerá antes y desaparecerá con más dificultad si en lugar del paseo se trata de la dispensación de alimento. No obstante, si el paseo del animal es su único paseo diario (necesario para aliviarse, haciendo sus necesidades) la conexión será, en efecto, rápida, estable y difícil de extinguir (como la que se produce con la dispensación de alimento).

¿Cómo se crea una aversión (un condicionamiento negativo, de rechazo)? La respuesta a esta pregunta nos conduce a la respuesta a la cuestión de cómo es posible la neurosis o pérdida de control conductual de los animales. No es difícil imaginar cómo se hace: la respuesta a la que se vincula el estímulo neutro que se pretende condicionar es una respuesta de evitación (por ejemplo, ante una descarga eléctrica o una agresión mecánica). Supongamos ahora que condicionamos un cierto estímulo neutro para que le siga una respuesta fisiológica positiva vinculada a la satisfacción de una necesidad y supongamos, además, que se condiciona otro estímulo neutro distinto pero que guarda una semejanza para que le siga, ahora, una respuesta de evitación. Después de esto, aprovechando la capacidad de discriminar/generalizar del animal, se somete al mismo a estímulos semejantes pero no iguales, ante los cuales da la misma respuesta, como era de esperar. Pero llega un punto crítico en que el estímulo con el que se produjo el condicionamiento en un comienzo presenta una semejanza con el estímulo que desencadenaba la respuesta de evitación. Imaginemos un perro al que cuidadores con dos voces casi idénticas, cada vez que lo mencionaran por su nombre, fuera para darle

comida o para propinarle una paliza, respectivamente. El resultado, seguramente, será una conducta aparentemente inexplicable, neurótica, del animal.



Pavlov, por Iliá Repin, en un retrato de 1924. Pavlov fue fisiólogo y el problema psicológico de la conducta anómala de sus perros se le presentó primero como una dificultad aunque después encontró en ella una oportunidad para profundizar en la complejidad de un comportamiento que no responde a un mecanismo.

Una estudiante de Pavlov enseñó, en efecto, a perros a discriminar entre elipses y círculos, y modificó después las elipses haciéndolas más circulares y los círculos, haciéndolos más elípticos. En cierto momento el perro no pudo discriminar la diferencia y su comportamiento se tornó errático: chillidos, retorcimientos, mordeduras del instrumental utilizado… Una vez fuera del área de experimentación seguían ladrando exageradamente. Los perros quedaron inutilizables para la experimentación durante años: «Toda la conducta del animal sufrió un cambio repentino. El hasta ahora tranquilo perro comenzó a gruñir en la plataforma, a contorsionarse, a desgarrar con los

dientes el aparato de estimulación mecánica de la piel y a morder los tubos que conectaban el cuarto del animal con el observador, conducta que nunca antes se había presentado. Cuando se le llevaba al cuarto experimental, el perro comenzaba a ladrar violentamente, lo que también resultaba contrario a lo acostumbrado; es decir, presentaba todos los síntomas de una condición de neurosis aguda» (Iván Pavlov: *Los reflejos condicionados*).



Un perro de Pavlov disecado para su exposición en Riazán, Rusia. Los perros estaban sujetos y se les colocaba una cánula en el estómago y otra en la boca. Aparecieron los problemas cuando las medidas no eran las esperadas.

Pavlov pensó que se había llegado al punto en el que su teoría del condicionamiento se acercaba a los estudios clínicos. La convicción del fisiólogo ruso consistía en pensar que el estímulo condicionado (antes, estímulo neutro) tenía que ser siempre tomado como señal, es decir como algo que indica hacia otra cosa. Especuló con la idea de que en el cerebro hay una atracción entre estímulos, casi como si se tratase de un campo de fuerzas magnéticas; en el cerebro habría fuerzas —siguiendo la metáfora— de excitación y de inhibición, por eso se acaban extinguiendo ciertos condicionamientos (aunque dejen cierta huella que hace más fácil

recuperarlos que crearlos por primera vez). Al fin y al cabo, si los organismos respondieran a todo estímulo sería imposible su adaptación y la especie a la que pertenecen hubiera desaparecido.

No obstante, insistimos, la extinción de un condicionamiento nunca es una desconexión total. Quizá por eso es, desgraciadamente, tan fácil que empleados a los que se ha sometido a acoso, niñas y niños que han sufrido acoso escolar y mujeres maltratadas adopten ciertos comportamientos histéricos, aparentemente incomprensibles ante situaciones que se creían superadas (un tono de voz alto, una cierta vigilancia, ciertos comentarios…). Evidentemente, es más complejo que todo esto, puesto que en los casos humanos hay un doble sistema de señales (las palabras), pero las respuestas muchas veces se parecen demasiado a las de esos pobres animales. No hay forma más rápida y segura de neurotizar la existencia de un individuo, sumiéndole en la ansiedad, que condicionar sin criterio estímulos y antiestímulos a situaciones semejantes.

34

¿SI UN GATO NEGRO SE CRUZA CON UN HUMANO TAMBIÉN ES SUPERSTICIÓN?

El comportamiento supersticioso es un tema que interesa por igual a la antropología que a la psicología. Aquí nos vamos a ocupar del comportamiento supersticioso en los animales para ver cómo sobre esa misma base se monta, por decirlo así, todo el entramado que tiene que ver con una superstición cultural verdaderamente humana. Incluso un animal tan notablemente limitado como una paloma puede ser inducida a un comportamiento supersticioso. Esto fue lo que hizo Skinner, mostrando cuán

estrecha es la relación entre la conducta supersticiosa y el modo en que nos vienen aquellos estímulos que interpretamos como refuerzos positivos o negativos.

El experimento de Skinner comenzó por llevar a la paloma a un estado de hambre estable, haciéndola adelgazar hasta el 75 % de su peso para, después, ponerla en una caja experimental durante unos pocos minutos al día. El dispensador de comida se pone a disposición de la paloma durante cinco segundos para reforzar la conducta del animal. Pongamos que se trata de una conducta normal. Posteriormente, sin embargo, se presentó el dispensador de comida a intervalos regulares sin referencia de ningún tipo a la conducta del animal. Se condicionó a los pájaros para que realizasen ciertas conductas peculiares tales como hacer un movimiento de levantamiento (virtual, pues no había nada sobre la cabeza del animal) repetidas veces, un giro como la manecilla de un reloj, un movimiento pendular de cabeza y cuerpo (de izquierda a derecha, con diferente velocidad cuando la cabeza se inclina y cuando vuelve), etc. ¿Cómo se produjeron estos extraños condicionamientos? Se trata de la conducta que el pájaro estaba realizando en el momento en el que apareció el dispensador con la comida. Con excepción, obviamente, del movimiento de la manecilla del reloj, los comportamientos se repetían en el mismo lugar donde se originaron.

> Podría decirse que el experimento demuestra una suerte de superstición. El pájaro se comporta como si hubiera una relación causal entre su conducta y la presentación de comida, aunque tal relación es inexistente. Hay muchas analogías en el comportamiento humano. Los rituales para cambiar la suerte de uno o una en las cartas son buenos ejemplos. Unas pocas conexiones accidentales entre un ritual y unas consecuencias favorables bastan para configurar y mantener la conducta a pesar de los muchos casos que se quedan sin reforzar. El jugador de bolos que ha lanzado pero que continúa comportándose como si estuviera controlando el objeto retorciendo y girando su brazo y su hombro es otro caso de lo que estamos hablando. Estas conductas carecen, naturalmente, de efectos reales sobre la fortuna de cada cual o sobre un bolo, exactamente de la misma manera que en el caso de la paloma la comida aparecería igualmente si la paloma no hiciese nada o, para ser más exactos, si hiciese cualquier otra cosa.
>
> «Superstition in the pigeon», *Journal of Experimental Psychology*
>
> Skinner

El vínculo entre los experimentos de Skinner y la superstición humana es la apofenia. La apofenia es el nombre técnico de la propensión general a ver patrones significativos cuando estos no existen (se puede ejemplificar llamativamente con el fenómeno concreto de *apofenia* conocido como *pareidolia*, por el que se ven caras en formas de la naturaleza o en manchas de suelos y paredes, etc., lo cual lleva a las personas en algunos casos a considerar la manifestación de seres sobrenaturales).



Estudiantes en un laboratorio universitario con una caja de Skinner pensada para palomas. Estas cajas disponen de señales luminosas, altavoces, dispensadores de alimento y agua, etc. Una cuestión curiosa es que, visto desde fuera, uno podría pensar que es la paloma quien condiciona al psicólogo y no al revés.

Cuando los profesionales del juego crean sistemas para poder ganar a la ruleta rusa, la lotería o a las carreras de caballos procuran hacerlo sobre la base de una recopilación de datos acerca de lo sucedido en el pasado (en relación con el juego del que se trate) con el fin de reconocer un patrón sobre el que pueden fundamentar el sentido de sus apuestas. El mundo del juego es un mundo de supersticiosos sofisticados. Y esta es la razón: imagine que usted constata que un cierto número en una carrera de caballos no ha ganado desde hace cien carreras; seguramente pensará que si apuesta a ese número la

probabilidad de que gane es mayor que si apuesta a otros que no ganaron desde hace treinta, cuarenta o cincuenta carreras. Obviamente, algo muy similar puede decirse en relación con los números de la lotería o a las tiradas de dados. Estos patrones, no obstante, son absolutamente erróneos porque tanto en la carrera de caballos, como en la lotería, como en los juegos con dados, en todo este tipo de casos, los sucesos son discretos, es decir, separados, no son un continuo acumulativo del que pueda predicarse con verdad un efecto probabilístico de ningún tipo. Lo que sucede es que en algún momento se recupera fortuitamente algún dinero, lo cual viene —como pasa con las palomas en las cajas diseñadas por Skinner— a reforzar una conducta. La apofenia es, además, especialmente peligrosa porque, a diferencia de la superstición pura y dura, tiene una apariencia de racionalidad que hace al sujeto más impermeable a la deconstrucción crítica de sus hábitos. La apofenia también se manifiesta en el consumo de medicina alternativa como la homeopatía. Las terapias alternativas, al no tener efectos secundarios ni ser en la mayor parte de los casos dañinas, pueden explotar perfectamente la tendencia a la apofenia que prácticamente todas las personas parecemos manifestar (con la minoritaria excepción de aquellas personas con una alta instrucción en cuestiones científico-naturales y matemáticas que son capaces de no relajar su criterio en el mundo de la vida cotidiana). Una súbita sensación generalizada de mejora debida a la liberación de adrenalina y endorfinas, vinculada a una nueva esperanza, produce esas remisiones que la homeopatía quiere atribuirse en el caso de enfermedades tan graves como el cáncer, con la desgraciada consecuencia de que esto aumenta tanto la fe en ella para algunos pacientes desesperados que acaban abandonando los tratamientos de quimioterapia o similares (propios de la medicina convencional), lo cual los puede conducir rápidamente de la «sanación milagrosa» a una muerte prematura.

Antes de responder a la pregunta sobre el gato negro y la superstición, querríamos indicar que la apofenia se da también en el manejo de las finanzas. Por muchas regulaciones y análisis estadísticos que haya dentro del mundo de la banca, hay ciertos tipos de conducta supersticiosa y de refuerzos de la misma que se han hecho notar especialmente en el caso de los *hedge funds*: los inversores se sienten atraídos por los académicos en finanzas y los economistas especializados que supervisan dichos fondos sin percatarse de

que siguen ciertos patrones de modo supersticioso sin temor al resultado de las equivocaciones porque la caída de la compañía *hedge fund* apenas tiene consecuencias legales ni económicas para ellos. Para información más ampliada sobre este tema, véase el artículo «UTOPE-ia» en *WILMOTT Magazine.*

Para acabar: los gatos negros se asocian tanto a la buena suerte como a la mala. Depende del momento histórico y del lugar. En nuestra cultura tienen una gran relación con la mala suerte a partir de lo que fue la obsesión con las brujas, especialmente creían que era su modo de comparecer en los recintos sagrados, como las iglesias. De la mano de Skinner, usted mismo puede contestarse cómo, con toda seguridad, se produjeron las primeras asociaciones supersticiosas entre la aparición de estos animales y los infortunios sufridos por los humanos. Por supuesto, como ya ocurrió en las antiguas Grecia y Roma, una casta sacerdotal se encargaba de bendecir unas veces —de desmentir otras— las relaciones supersticiosas establecidas entre estos fenómenos (los augurios o presagios) y las fortunas y desgracias.

35

¿CÓMO EMPECÉ A CERRAR Y ABRIR LAS PUERTAS O A LAVARME LAS MANOS COMPULSIVAMENTE?

El trastorno obsesivo-compulsivo es, en esencia, un buen hábito, pensamiento o impulso que se ha convertido en un problema. Se trata, como es sabido, de esas cosas repetitivas y raras que hacemos y que nos dan un sentido de orden, seguridad y predictibilidad. La cuestión es la ansiedad que produce el no hacerlas. Cuanto mayor es la ansiedad más grave es el desorden o trastorno. Un deseo que tiene un sentido (asegurarse de haber cerrado bien la puerta, por ejemplo) se convierte en algo distorsionado que nos tiraniza y nos va

pidiendo cada vez más celo, consumiendo cada vez más energías (casi nadie suele tener solo un trastorno, sino varios) y produciendo cada vez un intervalo menor de alivio de la ansiedad entre repetición y repetición del ritual (como lavarse las manos) con algunas excepciones (como la de aquellos rituales asociados a un lugar específico; tal sería el caso del proceso de múltiple apertura-cierre de la puerta de casa y de las ventanas, el cual puede, no obstante, incidir muy negativamente en el exterior en forma, por ejemplo, de retrasos reincidentes y difíciles de justificar en nuestras citas o al llegar al trabajo). Los trastornos obsesivos tienen algo así como un ciclo vital, si se nos permite la metáfora. Cuando están al comienzo del mismo son perfectamente adaptativos (comprobar y volver a comprobar es algo fundamental para una persona que se dedica a la contabilidad, a pilotar aviones, etc.). Pero cuando alcanzan la edad adulta quieren mandar allí donde no se les necesita y se apropian de buena parte de la conducta del sujeto en sus otros entornos. La ansiedad —ante ciertos miedos, supuestas amenazas, preocupaciones por una posible pérdida, etc.— está detrás de esta tiranía.

Un trastorno obsesivo-compulsivo es un conjunto de patrones de pensamiento, sensaciones y patrones de conducta indeseados muy difíciles de controlar, que resultan improductivos y estresantes. Los patrones de pensamiento obsesivos carecen de sentido, no se les quiere (vienen), son pensamientos desagradables, muchas veces tienen la forma de imágenes aunque pueden ser vagos impulsos. Las sensaciones son: ansiedad, incomodidad y miedo difuso a que algo pueda ocurrir o haya ocurrido. Funcionan, al menos aparentemente, como desencadenantes de los patrones de conducta cuyo fin es reducir esas sensaciones o hacerlas desaparecer. Las estrategias de evitación, las respuestas de comportamiento y los rituales compulsivos son, todo junto, los patrones de conducta que las personas con un TOC despliegan con el fin de recomponer su calma y una certeza subjetiva de seguridad.

¿Cuáles son los factores que impulsan el proceso de un trastorno de este tipo? En primer lugar, hay un desencadenante (situación u objeto) que produce el decaimiento y la ansiedad; en segundo lugar, se tiene la experiencia de que se está produciendo una intrusión obsesiva —algo entra y no quiero que entre— y suele estar relacionada con lo que se considera más importante por parte de la persona, lo más valioso, y aquí estaría la causa de

lo desagradable y ansiógeno de la intrusión; en tercer lugar, se quiere escapar a toda costa de esta intrusión, evitando el peligro, y para ello aparece un patrón conductual que lo único que consigue es empeorar las cosas, porque estos patrones tienden a perpetuarse a sí mismos, fortaleciendo las creencias obsesivas; en cuarto lugar viene el pensamiento de una temible posible consecuencia trágica, desgraciada, que siempre es el resultado de una interpretación exagerada de lo posible; en quinto lugar vienen los rituales o comportamientos compulsivos, cuando la situación u objeto peligrosos no pueden evitarse los rituales funcionan como un intento de reducir la ansiedad.

Los rituales solo empeoran todo lo que sucede porque se toman cada vez más cantidad de tiempo y consumen cada vez más energía del sujeto hasta el punto de hacer muy complicada la vida diaria de la persona. Como puede comprobarse si se lee la respuesta a la pregunta anterior, el TOC es, realmente, un trastorno de orden supersticioso tal y como entendió Skinner la conducta supersticiosa, pero en este caso de los trastornos obsesivo-compulsivos tenemos ciertos detalles proporcionados por la introspección y el intercambio de impresiones acerca de nuestras vivencias como humanos que no podemos conseguir en absoluto, en el caso de los animales, como es obvio —algo que es absolutamente irrelevante: véase, de F. J. Robles, *Para aprehender la psicología* III. 4. «A modo de conclusión: el conductismo radical como ejemplar eminente de la perspectiva fenoménico-contextual en psicología»—.

36

¿DESPEDIRME DE MIS FOBIAS?

Alfons O. Hamm de la Universidad de Greifswald, en Alemania, nos pone en conocimiento de un caso paradigmático de fobia. Se trata de un médico de éxito, de cuarenta y cinco años, en buena condición física que durante los últimos seis años ha estado sufriendo de una creciente ansiedad de forma continua en situaciones en las que estaba encerrado y con dificultad para poder salir de las mismas (en un ascensor, en el metro, en el avión, en un coche o en el quirófano, mientras trabajaba). No podía evitar sufrir palpitaciones, sudoración, respiración dificultosa (disnea), etc. La preocupación que le invadía era ser incapaz de escapar, ahogarse y morir. Evitaba por todos los medios posibles estar en esas situaciones, pero como no siempre era posible (como en el caso de su trabajo) intentaba pasar el trámite intentando distraer la atención de su pensamiento, hablando con otras personas o mediante pensamientos relajantes, lo cual no evitaba una sensación de intenso miedo. Había desfallecido por primera vez durante un turno de mañana, tras mucho estrés, nueve años atrás. Pocos meses más tarde fue presa de un ataque de pánico en un autobús, en unas vacaciones en la nieve. Comenzó a tomar benzodiacepinas cuando no podía evitar este tipo de situaciones. Todo se agravó cuando participó de forma práctica en un seminario sobre rescate canino, haciendo de objetivo, encerrado en una caja, para unos perros. Llegó a tener nuevos síntomas, como parestesias (sensaciones anormales) en la lengua, cuero cabelludo y en los pies.

¿Cómo despedirse de fobias tan dañinas para una vida normal como estas? Según Hamm caben tres tratamientos, fundamentalmente. El primero constaría de aquellas terapias basadas en la exposición del sujeto a la situación temida; el segundo tratamiento es el farmacológico y, finalmente, cabe el tratamiento mediante terapia cognitivo-conductual.

Las terapias basadas en la exposición *in vivo* constan de tres fases. La primera es la fase de instrucción, en la cual a los pacientes se les da a saber el modelo más plausible que vendría a explicar su fobia específica tanto en su origen como en la intensidad y duración de los síntomas. Se les hace ver que el miedo no desaparece porque llevan mucho tiempo evitando afrontar las situaciones, pero que eso no ha sido del todo negativo puesto que de haberlo hecho y haber escapado en el momento culminante del miedo habrían fortalecido de cara al futuro la intensidad de la fobia que sufren. También se les hace saber, con toda honestidad, cuáles son los mecanismos del cambio.

Tendrán que saber que es muy importante que durante la fase de entrenamiento a la exposición permanezcan en la situación fóbica tanto tiempo como el paciente aguante, a no ser que el miedo aumente hasta niveles insufribles. Todo se hará previo aviso y con permiso expreso del paciente, el cual hará saber sus preocupaciones más importantes para que en la terapia las técnicas surtan el mejor efecto. La segunda fase es la exposición directa misma. En la sesión el terapeuta introduce cada ejercicio, lo modela y después pide al paciente que lo ponga en práctica. Este debe aproximarse al objeto temido tanto como sea posible y permanecer en esa posición hasta que el miedo desaparezca o sufra una drástica reducción. El promedio de lo que dura la exposición directa *in vivo* está entre dos horas (para fobias animales) y tres horas (miedo a las alturas). La última fase (tercera) consiste en mantener los resultados del tratamiento, pidiéndosele al paciente que siga practicando en casa usando técnicas de autoexposición al objeto de la fobia, dándole instrucciones sobre cómo obrar en caso de que haya un retroceso en los logros. Una variación de este tratamiento es aquella que se apoya en las tecnologías de realidad virtual. Esta se usa cuando es difícil reproducir un entorno real para la exposición. Se usa para el miedo a las alturas y el miedo a volar. Tiene una efectividad contrastada en estos casos, especialmente si se compara con tratamientos menos específicos como la relajación o el control atencional. En el caso del miedo a las alturas la terapia por exposición mediante realidad virtual es tan efectiva como la terapia por exposición *in vivo* y en el caso del miedo a volar lo es a medio plazo, pero a largo plazo aumenta notablemente el efecto de esta terapia la exposición a un vuelo real.

La terapia cognitiva se inspira en la obra del psiquiatra Aaron Beck y se popularizó como forma alternativa de trabajo clínico desde que Albert Ellis la propusiera a mediados de los años cincuenta. Esta terapia trabaja modificando pensamientos y marcos cognitivos (encuadres comunes de esos pensamientos, creencias no cuestionadas que subyacen a los mismos, etc.) que hacen que nuestras conductas y nuestros sentimientos nos conduzcan patológicamente desde un punto de vista psíquico. Esta terapia tiene un éxito semejante a la terapia por exposición en el caso de la claustrofobia. No puede sorprender completamente si reparamos en que en esta fobia los síntomas están asociados a imágenes, por decirlo así, que anticipan el futuro (asfixiarse, quedar atrapado tras haber muerto) y que requieren del sistema

nervioso central mientras que en fobias animales, como la aracnofobia, las respuestas son de otra índole y ahí la terapia cognitiva tiene escaso éxito (no puede reestructurarse el marco cognitivo desde el cual el sujeto podría tener un pensamiento nuevo que le ayude positivamente a superar su miedo). Obtiene resultados en la fobia dental (miedo al dentista).

La farmacoterapia se considera de poca utilidad para el tratamiento de las fobias específicas. La Asociación Británica para la Psicofarmacología propone que las técnicas por exposición deben ser las que se lleven a cabo en primer lugar en estos casos. Solo cuando los sujetos no responden al tratamiento psicológico se recomienda prudentemente un inhibidor de la recaptación de la serotonina como la paroxetina, benzodiacepinas o sedantes en el tratamiento de la fobia dental y la fobia a volar. Sin embargo, aunque reducen el miedo que se siente antes del suceso en cuestión, el miedo aumenta muchas veces cuando este suceso se repite (otra consulta posterior, otro vuelo posterior). Para más información y en mayor profundidad véase, del autor antes citado, el capítulo 45, en la parte VIII de *The Wiley Handbook of Anxiety Disorders* (editado por P. Emmelkamp y Thomas Ehring).

37

¿CÓMO PUEDEN LOS PERROS DETECTAR LA DROGA O A LOS DESAPARECIDOS EN UN DESASTRE?

Hay diversos estilos de adiestramiento de animales para estos propósitos pero en todos los casos la clave está en ajustarse al animal y sus características propias (un perro labrador, un pastor alemán o cualquier otra raza no puede ser nunca una *tabula rasa* en la que podamos escribir lo que queramos mediante las técnicas de adiestramiento). Algo que facilita el proceso es la adopción provisional del cachorro en una casa donde encuentre un entorno

positivo que potencie y mejore, como si de un infante se tratase, su disposición al aprendizaje. Cuanto más basado en la recompensa, es decir, en refuerzos positivos, esté el adiestramiento, mejores resultados obtendrá. Hay que ser muy prudente con la administración del refuerzo positivo, si se da en el momento equivocado, el animal se comportará como si la tarea hubiese acabado cuando aún no debe hacerlo. Por otro lado, el miedo en el animal a un castigo proporcionado por su cuidador o adiestrador debería ser el último recurso. Solo un adiestramiento sin miedo garantizará lo mejor que podemos esperar del animal: que nos desobedezca cuando sepa que eso es lo correcto. Esto recibe el nombre de desobediencia inteligente. No puede forzarse ni programarse. No obstante, se usan los refuerzos negativos en casos para los cuales no hay nada más eficiente. Las vallas electrónicas son un ejemplo: si el perro se adentra en zona peligrosa un molesto sonido de aviso servirá para que no culmine su incursión. Si, aun así, persiste, recibirá un *shock* eléctrico que no cesará hasta que retroceda.

Sea como fuere, el perro debe tener confianza en sí mismo y en su cuidador para resistir los rigores de un adiestramiento avanzado y los esfuerzos extra asociados a una búsqueda dificultosa. El objetivo es enseñar al cachorro a usar sus sentidos, en primer lugar el del olfato, para encontrar a las personas. Uno de los primeros juegos es el escondite. El entrenador, quien en principio puede correr más rápido que el cachorro, corre una corta distancia y se esconde tras un árbol o arbusto, teniendo el cuidado de correr hacia el viento. Cuando el cachorro encuentre al entrenador, hay que hacerle sentir que ha hecho lo mejor que en este mundo podría hacerse. Pronto el adiestrador no podrá correr más rápido que el animal y necesitará colaboración. Esta colaboración comienza por sostener al perro mientras el entrenador corre. Es complicado, pues es un torrente de energía y posiblemente no está aún instruido en obedecer comandos del tipo «¡sienta!», «¡quieto!», etcétera. Una vez instalado en la rutina nueva será el ayudante quien se esconda. Se trata de que el perro pase de ver a la víctima correr a que no la vea irse. Esto se consigue en un período significativo de tiempo, durante el cual el animal busca sin encontrar a nadie. Si el perro tiene dificultades para encontrar al ayudante, porque este está escondido en un modo que aún no conoce, una pequeña recompensa (una galleta o similar) administrada en el momento adecuado motivará al animal a no cejar en el empeño. No debe

haber recompensa si remolonea entorno al ayudante sin acabar la tarea. Si el perro tiene el olfato tan agudo como para distraerse con el olor de las recompensas estas tendrán que quedarse con el cuidador o en algún lugar que funcione como punto de inicio o base porque el perro puede insistir en la conducta no deseada tan solo porque el olor funciona como señal de la recompensa.



Sello del Servicio postal de Rumanía (1982), de una serie dedicada a la relación entre canes y humanos. La relación entre perros y seres humanos es crucial y desborda notablemente la relación entre amo y mascota. Perros guía, perros de caza, de búsqueda y rescate, de compañía y vigilancia para ancianos… Todos ellos hacen la vida de nuestra especie mejor.



Pastor alemán en tareas de rescate posteriores a los atentados contra el *World Trade Center* de Nueva York. La labor de estos animales es fundamental a la hora de poder aprovechar al máximo los recursos que siempre resultan escasos en casos de catástrofe natural o provocada.

La administración de las recompensas puede llevarse a cabo tanto por el ayudante como por el adiestrador. La mayor parte de ellas será administrada por el entrenador, pero algunos perros pueden necesitar un apoyo por parte del ayudante. En ciertos estadios del entrenamiento, sin embargo, es necesario que la recompensa venga exclusivamente del adiestrador. Con esto se evita que el perro permanezca inmóvil esperando una recompensa —imagine usted algo así como que la persona bajo los escombros tras un desastre es comprendida como el ayudante para el perro— y deje de hacer lo que ha de hacer: volver a su entrenador para avisarle de que ha encontrado a

quien buscaba. El abuso de los castigos sobre los perros —dejando a un lado las consideraciones éticas— parece elevar la hormona relacionada con el estrés con lo que eso conlleva: debilitamiento del sistema inmunológico, destrucción de neuronas y pérdida de memoria. Además, como suele usarse sin asepsia, es decir, en un estado de ánimo de frustración o enfado se tiende a aumentar la intensidad del castigo si la primera dosis de refuerzo negativo no funciona como se espera. El animal puede reaccionar muy violentamente, entrando en un círculo vicioso. Cuando todo esto sucede es el momento de recapacitar y pensar si la «materia prima» (se insiste: un perro no es una *tabula rasa*, por mucho que lo recojamos nada más nacer), por un lado, o bien la forma de plantear las técnicas de entrenamiento, por otro, son adecuados. Quizá es lo que hace el entrenador y no el desempeño del animal lo que falla.

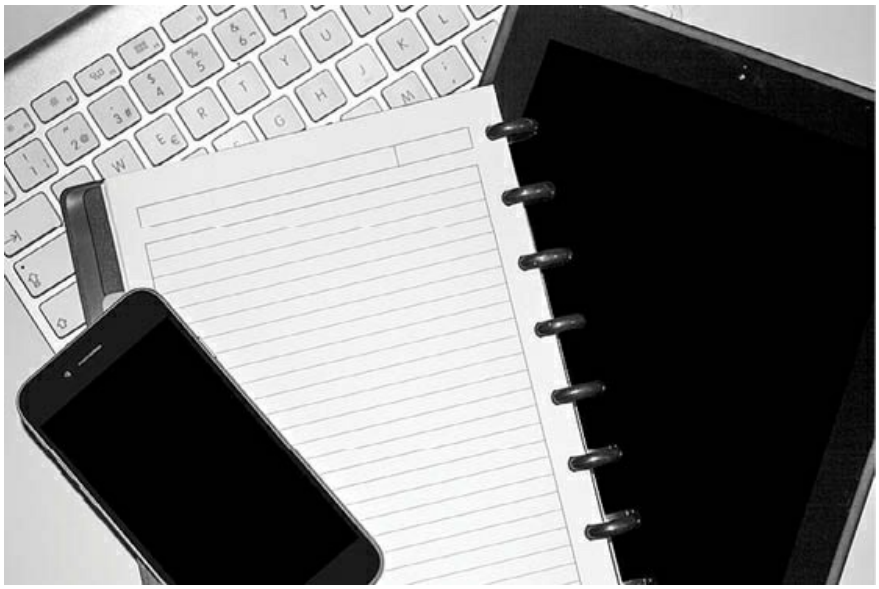
Para más información sobre todo lo concerniente al adiestramiento de perros de búsqueda y rescate, véase *Ready! Training the search and rescue dog*, de Susan Bulanda.

38

¿TENGO QUE ESTUDIAR TÉCNICAS DE ESTUDIO?

En los años noventa, antes del *boom* del aprender a aprender, hubo una proliferación importante de métodos y técnicas de estudio novedosos dirigidos a estudiantes con dificultades para asimilar o reproducir adecuadamente los contenidos (no se trata, pues, de nada que tenga que ver con la relajación o la gestión del estrés o de la ansiedad que en algunas personas produce la situación de enfrentarse a una prueba o examen). Sin duda, lo fundamental fue el énfasis que se puso en el efecto de generación. Este efecto refiere al descubrimiento de que los individuos retienen mejor los

materiales que ellos mismos producen que aquellos que son generados por otros. En el laboratorio del psicólogo se pone a prueba este efecto mediante pruebas sencillas, que no den lugar a pensar en otros efectos concomitantes. Por ejemplo, se organizan dos grupos de participantes en el experimento de los cuales uno ha de generar palabras a partir de fragmentos de una palabra mientras que el otro grupo simplemente ha de leer las palabras presentadas. Para evitar repasos mentales u otro tipo de preparación se les somete a un test de memoria por sorpresa. El resultado inequívoco es que el grupo que generó las palabras es capaz de recordar muchas más palabras que aquel que solo pudo leerlas. Este fenómeno ha recibido distintas explicaciones y sucede también con otros ítems que no son palabras. Unos dicen que crear los propios materiales conlleva una codificación específica de la información, diferente de la mera lectura, pero no tan distinta de cuando esa lectura está orientada a la respuesta de preguntas específicas. Es decir, la efectividad contrastada de las técnicas basadas en la búsqueda del efecto de reproducción depende también del conocimiento del formato de la prueba a la que el estudiante ha de presentarse. Hay una relación contextual entre el tipo de actividad que se genera y la prueba posterior.



Herramientas diversas, a la vez que fuentes de distracciones, que suponen una oportunidad, un desafío y, a veces, un serio problema para el aprendizaje en nuestros días. Las nuevas tecnologías están dando más de un quebradero de cabeza a la psicología educativa y también, en algunos casos, a la psicología clínica.

Experimentalmente, se han puesto a prueba técnicas que de un modo espontáneo, por el sentido común propio del estudiante, ya existían desde hace mucho tiempo: escribir respuestas a hipotéticas preguntas, esquemas, hacer titulares de los párrafos, etcétera. En este último caso suele ser más provechoso que los estudiantes hagan sus propios titulares que se los encuentren hechos en el material que se les entrega. El efecto de generación sucede exclusivamente cuando se han señalado claramente los ítems de la prueba. Que los estudiantes hagan sus propios materiales marca una diferencia, pero esta no se extiende a todo lo demás que va pasando por delante de sus ojos. Los hace mejorar con respecto al rendimiento que hubieran obtenido de no hacerlos en relación única y exclusivamente con esos elementos de prueba para los que se preparan específicamente. Esto se hace patente cuando en el diseño experimental del laboratorio psicológico no se separa en categorías (con objetivo y sin objetivo).

En conclusión, hay cuatro niveles de rendimiento o desempeño de los estudiantes. En el nivel más bajo están aquellos estudiantes a los que se les ha pedido que estudien un texto de orden general para una prueba, sin más. En el siguiente nivel encontramos a todos aquellos estudiantes a los que se les ha dado instrucciones acerca de cómo usar ciertas técnicas específicas de estudio y a los que se les ha proporcionado materiales también específicos generados por quien les instruye. Aún por encima de estos encontramos a quienes producen sus propios esquemas de estudio. El nivel más alto de rendimiento lo manifiestan los estudiantes que son capaces de hacerse sus propias preguntas de estudio o preguntas con respuestas. Crear potenciales preguntas de examen mientras se prepara un examen es una técnica muy efectiva que conduce al más alto rendimiento (dentro del potencial mostrado por el estudiante antes del uso de esas técnicas, claro está). Sin embargo, no podemos ser excesivamente optimistas. Hay un problema con la detección de lo que es importante frente a lo que no lo es y muchas veces, aun usando eficientemente las técnicas, no aciertan a orientarse hacia lo relevante a la hora de esquematizar o de elegir qué preguntas hacerse y responderse como técnica de estudio. Los libros enteramente subrayados —un modo de decoración multicolor más que una técnica efectiva— tampoco son de

ninguna utilidad. Para ampliar y contextualizar, véase, de Paul W. Foos, Joseph J. Mora, and Sharon Tkacz, «Student Study Techniques and the Generation Effect» (en *Journal of Education Psychology*).

39

¿Es «Aprender a aprender» el lema de una nueva ideología?

> Desde hace años se ha puesto de moda eso de aprender a aprender. No hay reunión de —presuntos— expertos en la que, en un determinado momento, alguien no lance esa especie de jaculatoria psicopiadosa.
>
> —Hay que aprender a aprender.
>
> Y se hace el consenso. Donde había reticencias o antagonismos declarados, impera la paz del súbito encuentro. Todos están de acuerdo: hay que aprender a aprender. Todos apuestan por el futuro, por las novísimas tecnologías y por la escuela de calidad. Pero el desconcierto surge cuando pasan a la práctica por sí mismos.
>
> «Reunión de expertos», *El sacapuntas*
>
> Fabricio Caivano

Benjamin Bloom, a mediados de los años cincuenta, hizo una taxonomía del aprendizaje en la que se distinguen tres grandes dominios: el cognitivo, el afectivo y el psicomotor. El dominio cognitivo comprende el pensamiento en todas sus facetas. El dominio afectivo, las emociones, los sentimientos, las actitudes, los valores y las motivaciones. Los niveles que quedan dentro del dominio afectivo son los que van desde una toma inicial de conciencia sobre algo a los valores relacionados con ese asunto y que pueden guiar de un modo plenamente consciente las conductas y las decisiones. El dominio psicomotor incluye el movimiento físico, la coordinación y las habilidades

sensorio-motoras. Después de Bloom, especialmente a partir de los años noventa, han ido reconociéndose otros tipos de aprendizaje a los que hoy se les da una especial importancia: aprender cómo aprender, destrezas comunicativas, habilidades de liderazgo y adaptabilidad a entornos cambiantes.

Cuando nos acercamos a las proclamas acerca de lo importante que es aprender a aprender podemos constatar que hay un cierto sesgo que no es exactamente ideológico en un sentido convencional (no nos referimos a que sea progresista o conservador), sino que más bien se trata de un sesgo que considera inevitable vivir en un mundo en constante cambio. De modo que, con el fin de que el lema «Aprender a aprender» no se confunda con las meras técnicas de estudio, lo que se hace es subrayar con un énfasis casi publicitario o propagandístico la importancia de estar preparado para aprender de las nuevas experiencias que el porvenir nos depara para adelantarnos a los cambios que pueden acabar con nuestras expectativas en lugar de colmarlas. Aprender a aprender ya no es tan solo aquello de que los docentes bajen de la tarima desde la que se pontificaba para colocarse junto al alumnado y guiarlo en un aprendizaje autónomo, significativo en su esencia y descubridor en el método. Partiendo de la obviedad absoluta de que, como cualquier mamífero, aprendemos desde que nacemos hasta que morimos (con la excepción de ciertos finales terribles debidos a enfermedades neurodegenerativas) se establece este dogma. La cuestión es que es cierto que hay personas que tienen cierta intuición para saber cómo extraer provecho de cualquier situación, incluso muy adversa, aunque no siempre se trate de un provecho inmediato, sino más bien de una destreza o enseñanza proverbial que pueda ayudarle en el futuro. Pero esas mismas personas no pueden muchas veces —y, otras, no quieren— transmitir ese *know-how* (término anglosajón que vendría a condensar la esencia misma del mantra «aprender a aprender»). Cuando usamos aquí la palabra *ideológico* lo hacemos en sentido amplio: ideología como imposición normalizada —y como requerimiento implícito de que sea aceptada naturalmente dicha imposición— de que la educación tiene como función primordial en nuestro días favorecer una adaptabilidad constante a un entorno en continuo cambio; algo que resulta no más ideológico que la ingenuidad consistente en pensar que a través de la educación pueden transformarse todas las inercias indeseables de este mundo.

La prestigiosa Universidad de California en San Diego ofrece actualmente un curso sobre aprender cómo aprender impartido, entre otros, por el muy prestigioso neurobiólogo computacional Terrence Sejnowski (*Salk Institute*). El curso proporciona un compendio de supuestas herramientas mentales que ayudarían a conseguir el dominio de materias o habilidades complejas. Un repaso por el programa del mismo nos ayudará a hacernos una idea de qué puede haber de útil —algo que no podemos negar— en aprender conscientemente a aprender. En efecto, la programación del curso da un repaso por los diferentes modos de pensamiento y por la forma en que dichos modos pueden ser puestos al servicio de un mejor aprendizaje. Se enseña también cómo manejar la tendencia a procrastinar, cómo funciona la memoria para poder planificar mejor los repasos (véanse las respuestas a las preguntas del bloque tercero de este libro) y para entender por qué se olvidan más fácilmente unos contenidos que otros. También se les habla de cómo el sueño influye en el aprendizaje. Después los alumnos aprenderán a manejar el *chunking* (separación de la información en bloques o paquetes de fácil acceso cognitivo), el *interleaving* (entrelazamiento) y a estar alerta frente a ciertas ilusiones de competencia en el aprendizaje y a afrontar los desafíos del *overlearning* (práctica repetida de una destreza o del estudio de un cierto material con el fin de fortalecer la memoria y el rendimiento, lo cual ayuda a desempeñarse mejor en situaciones muy estresantes para muchos sujetos, como puede ser hacer un examen decisivo o exponer un asunto frente a una audiencia). Finalmente, se previene a los estudiantes interesados en aprender a aprender sobre una posible aparición del síndrome del impostor y se les enseñan las técnicas de comprobación usadas por cirujanos y pilotos para resolver sus dudas más críticas.



LA MOTIVACIÓN EN LA VIDA HUMANA (Y ANIMAL)

40

¿SEXO O AMOR EN EL SENTIDO DE LA VIDA?

A partir del discurso psiconalítico se ha convertido en un tópico, a veces usado de un modo poco reflexivo, aquello de que en el fondo no es amor sino sexo o una satisfacción ególatra, narcisista, lo que se busca en el otro. El psicoanálisis, no obstante, a lo largo del siglo XX ha realizado un contenido errático al respecto. Aquí veremos las tesis de dos de los grandes del psicoanálisis sobre el amor y la sexualidad: Freud y Lacan.

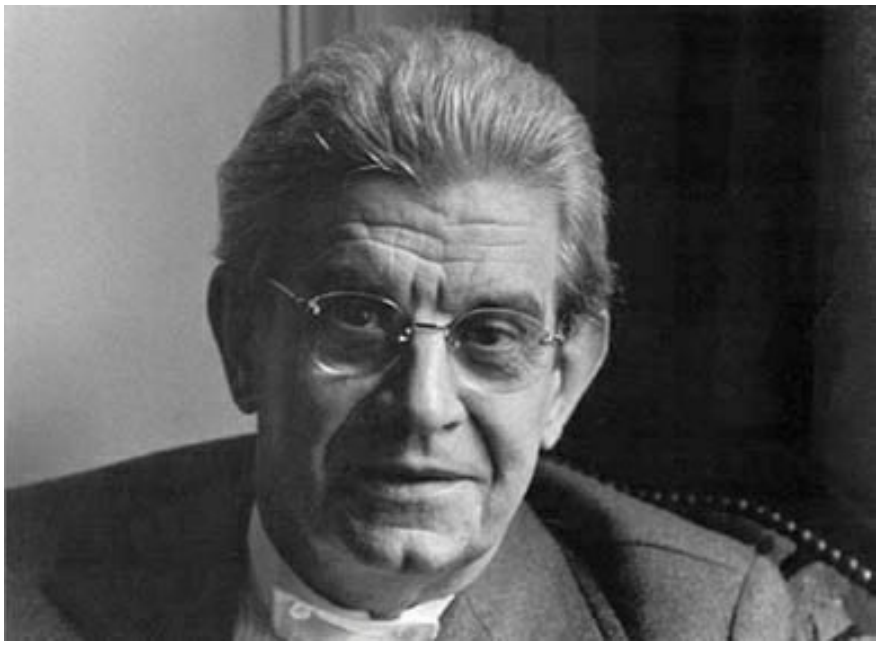
Freud enfocó el asunto del amor en clave narcisista: se trata de una transferencia de parte de la libido desde uno mismo a otra persona. Por supuesto, esta transferencia es reversible. La transferencia conlleva una pérdida de libido hacia sí mismo por parte del sujeto. La libido destinada al ego disminuye y con ello la consideración por uno mismo. Una conclusión interesante es que poco amor puede dar quien poco amor se tenía ya a sí

mismo. Freud niega así que el amor por otro permita hacer crecer el amor propio. Más bien sería al revés. La elección del objeto de nuestro amor suele ser, según Freud, de dos tipos: a) alguien que se asemeja o recuerda en algún aspecto o de algún modo a quien cuidó de nosotros en la infancia (la persona que satisfizo nuestras más tempranas necesidades), pudiendo producirse la semejanza o el recuerdo en virtud de múltiples características o solo de una, a veces bastante accidental (la sonrisa o el color de ojos), con tal de que ese estímulo procedente de ese sujeto-objeto del amor sea capaz de vincularse en nuestro imaginario con aquel ideal preexistente (esta elección va encaminada a obtener una satisfacción de necesidades reales), o b) alguien que nos recuerda a nosotros mismos (elección narcisista). El parecido puede ser general o implicar algunas características sexuales primarias como que el sexo del sujeto-objeto del amor sea el mismo, es decir, que se haga una elección homosexual (esta elección va encaminada a obtener una satisfacción de necesidades imaginarias). Según Freud, sea cual sea el caso, los varones tenderían más a «poner» la libido en sujetos-objetos mientras que las mujeres buscan más ser amadas ellas mismas que amar. La conclusión sería que para los varones lo que precisamente resulta tan atractivo de las mujeres es que ponen a prueba su narcisismo. Si la mujer elegida se parece a su madre y si fuera cierto que su madre quiso ser amada por sus hijos más que amarlos ella misma, entonces la conclusión es que hay algo que está viciado en esa relación desde el origen.



¿Qué significa la alianza entre varón y mujer? ¿Cómo viven cada uno de ellos ese compromiso? ¿Qué entienden por la palabra *amor*? El misterio de la difícil relación y entendimiento entre hombres y mujeres preocupó especialmente a Jacques Lacan. ¿Qué es lo que no funciona entre ambos?

Frente a Freud, Lacan postuló que, en los seres humanos, el ego primero se forma entre los seis y dieciocho meses sobre la base de imágenes que uno ve de niños semejantes en edad o de sí mismo en el espejo (o en una superficie que nos devuelva un reflejo). La dirección de la libido hacia uno mismo —para Lacan y a diferencia de Freud— no es un automatismo psíquico sin más, sino que requiere de un gesto de aprobación realizado por el progenitor frente a la propia imagen de uno frente al espejo. En cualquier caso, la fórmula de Lacan para el amor es tan bella como compleja: dar lo que no se tiene a quien no lo es. No podemos completar al otro, no podemos colmarlo, satisfacerlo y llevarlo a la plenitud de su ser. Pero es que el otro no es nunca como nos lo representamos, está lleno de misterio, no es quien pensamos que es en una cotidianidad que nos lo muestra con una simplicidad que no corresponde a la profundidad de su ser. Amar es querer completar a otro que me complete y nada de eso es posible. Ni siquiera el otro querrá ser completado, seguramente, por nadie más que por sí mismo. Todo esto no significa que el amor sea un fracaso, pero sí que el amor romántico como ideal de la vida, pasada la adolescencia y la primera juventud, es un disparate. Una de las tesis más fuertes de Lacan con respecto a la cuestión del amor y el sexo es la siguiente: no hay relación sexual entre hombre y mujer. Hay enlace, pero no relación entre esos dos términos. La expresión, ya asumida como normal, «tener relaciones sexuales» no significa nada. Primero, porque no hay forma programada e inequívoca de acercamiento al otro sexo sino un tremendo vacío al respecto. Esas relaciones no tienen, fuera de las obligaciones conyugales, una certeza propia de una auténtica relación entre iguales como puede ser la verdadera amistad. Y, aun cuando se produzca siempre que se desee y sin obligaciones por ambas partes el ayuntamiento entre hombre y mujer —y, por fin, se dé el goce de amar—, no por eso se produce tampoco una relación, estrictamente hablando, sino una satisfacción que, en el mejor de los casos, podrá ser simultáneamente experimentada en la cópula o enlace de los cuerpos.



El médico y psicoanalista Jacques Lacan. Su forma de entender el psicoanálisis fue diferente a la de Freud en muchos aspectos. Su pensamiento fue muy cuestionado y se lo ha considerado una influencia tan potente como distorsionadora del rigor científico en las ciencias sociales. Léase, de Alan Sokal y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales.*

41

¿ES LA GENEROSIDAD EGOÍSMO ENCUBIERTO?

El altruismo (o generosidad en sentido amplio, no solo referida al dinero) comprende nociones diversas: biológica, comportamental, psicológica y filosófica. Las dos primeras se centran estrictamente en el análisis coste-beneficio de los resultados de la conducta mientras que el uso cotidiano del término *altruismo* parece referir, más bien, a la motivación subjetiva de los agentes. Y esto último es lo que concierne a la psicología y a la filosofía.

Afinando más, diremos —seguimos en este razonamiento el excelente trabajo de Clavien y Klein— que para la psicología lo importante sería el debate acerca de los motivos primarios, es decir, de los desencadenantes primeros de la cadena de causas-efectos que nos llevan a la acción (los secundarios tendrían como función ayudar a la consecución de los propósitos de aquellos).

> El *altruismo psicológico* es la visión según la cual al menos algunas acciones son motivadas por motivos primarios altruistas. Por el contrario, el *egoísmo psicológico* niega la posibilidad de tales motivos primarios altruistas. De acuerdo con esta última visión, las acciones humanas están siempre motivadas por la expectativa de algún beneficio personal, que es concebido en términos de placer o evitación del dolor —en la versión hedonista— o en relación con cosas tales como el poder, los recursos o la reputación.
>
> «Eager for fairness or for revenge? Psychological altruism in Economics», *Economics and Philosophy*
>
> Clavien y Klein

Las investigaciones en neuroeconomía, sin ser concluyentes, proporcionan pistas interesantes. Utilizando técnicas de imagen cerebral por resonancia magnética funcional se obtienen, como es sabido, ciertas medidas de la actividad cerebral mientras los sujetos experimentales realizan una tarea. Cuando se combinan los juegos propios de los laboratorios de economía experimental con estas técnicas se puede añadir algo de información que permita interpretar la motivación de los sujetos ante ciertos dilemas que se les presentan en situaciones donde se pone a prueba la tesis de los que defienden que el altruismo psicológico no existe. Un estudio paradigmático es el del castigo altruista, el cual muestra en el laboratorio de economía experimental cómo hay una disposición a castigar la conducta injusta de los sujetos aunque conlleve un coste y cuando ese castigo no proporciona recompensas materiales ni presentes ni futuras. La segunda parte del diseño experimental de este estudio consiste en preguntar a los sujetos qué los motiva a portarse como vengadores justicieros y las respuestas apuntan a las emociones: la ira, la rabia que les da la injusticia. Pues bien, cuando se usa la tecnología de imagen cerebral como una herramienta de investigación aneja a este tipo de experimentos nos llevamos alguna sorpresa,

como eso que llaman b-altruismo los economistas experimentales: el hecho de que no hay contradicción entre el egoísmo psicológico —definido más arriba— y la circunstancia de que acciones causadas por motivos interesados puedan tener efectos positivos para otros y desfavorables para el agente. Hacer algo justo en una de estas situaciones que se viven con tal intensidad (porque el grado de implicación es muy grande) produce el alivio de una sensación que es muy desagradable. Obviamente, hacer lo justo para dejar de sufrir no es egoísmo en sentido estricto pero sí es una forma de b-altruismo, es decir, nos cabe siempre en estos casos una duda más que razonable que nos lleva a pensar que el mismo sujeto habría tomado otras decisiones si hubiera sido privado de la capacidad de albergar tales emociones; Clavier y Klein:

> En un juego de estas características, dos jugadores reciben la misma cantidad de dinero. Se le pide al primer jugador que decida cuánto de ese dinero pasa al segundo jugador —el depositario de la confianza—. Todo el dinero que le pase aumentará mediante un factor multiplicador de dos a cuatro —depende del juego—. El depositario decide entonces cuánto de este dinero vuelve al primer jugador. Le es permitido quedarse todo el dinero para sí; en este caso estaría mostrando una conducta de «ir por libre». […] Los sujetos fueron escaneados cerebralmente mientras aprendían que habían sido engañados por el otro jugador y tomaron la decisión sobre si castigarlo en modo b-altruista. La observación de la activación de los circuitos neuronales de los sujetos mostró que un área cerebral vinculada a la anticipación de la recompensa —el *núcleo caudado*— desempeñó un papel predominante cuando las personas decidieron castigar. Los sujetos que exhibieron una activación más fuerte del núcleo caudado estaban dispuestos a incurrir en mayores costes personales para castigar a un *free-rider* en comparación con los sujetos que mostraron una activación más baja. Más aún, debe hacerse notar que la configuración del juego no permitía a los castigadores esperar ganancia monetaria futura durante el curso del juego.

42

¿REPRIMIRSE SIN FRUSTRARSE?

Se puede reprimir al infante y al adolescente sin frustrarlo, por supuesto que se puede. Otra cosa es que él experimente como frustración lo que no es nada más que insatisfacción transitoria. Shortt y otros, en «Maternal emotion coaching, adolescent anger regulation, and siblings' externalizing symptoms» (*Journal of Child Psychology and Psychiatry*), postulan que las madres que tienen la capacidad de hacer recapacitar acerca de las emociones pueden sacar adelante una familia en la cual se pueda decir «no» a los hijos e hijas sin que la educación de los mismos se convierta en una experiencia frustrante para alguna de las partes (incluidos los progenitores). Según esta investigación, mostrar consideración por los procesos emocionales de los jóvenes a la hora de comprender la conducta adolescente influye al regular las conductas resultado de la ira propias de esta edad. Se trata de respetar la experiencia emocional de los adolescentes, ofreciendo consuelo, proporcionando orientación sobre la naturaleza de las emociones (algunas de ellas nuevas para ellos, como los celos o ciertas formas de la envidia) y las vías apropiadas para expresarlas, estableciendo límites en la conducta y hablando de cómo sobrellevarlas cuando aparecen en ciertas situaciones donde su expresión es inconveniente.

Suele considerarse que este tipo de trabajo parental solo tiene sentido en la infancia, sin embargo, no es así, sigue siendo importante durante la adolescencia. Las respuestas de los progenitores que se muestran esquivos o desdeñosos con el afecto adolescente muestran una asociación con la aparición de problemas conductuales por parte de estos. Una expresividad negativa de los padres es peor aún. Los niños en edad escolar muestran al cabo de unos pocos años un mayor control de la ira cuando han recibido una expresividad maternal positiva. La tendencia a una afectividad impregnada de enfado, airada, es capaz de predecir la propensión hacia la ira en los hijos. Los cambios biológicos y sociales confluyen en la adolescencia, un período de una gran vulnerabilidad que se hace autoconsciente a la vez que se están aún produciendo cambios en el cerebro, el cual sigue desarrollándose. Todo esto suele ser visto en clave negativa: una tormenta que tendrá que pasar. Sin embargo, como subrayan estos autores, la adolescencia puede ser también, con un poco de habilidad (inteligencia emocional) por parte de los progenitores, una oportunidad para aprender estrategias efectivas para la regulación emocional.

Para que todo esto funcione es necesario que conozcamos y reconozcamos los valores y creencias de la escuela. Aunque no asumamos todos —por razones morales, religiosas o meramente tradicionales— debemos conocerlos e intentar resolver las contradicciones y conflictos que en nuestras hijas e hijos puede crear esta colisión. Si no, aunque practiquemos el *coaching* emocional más fino jamás hecho, valdrá de poco, pues el conflicto de normas sin resolver propiciará algún desajuste; como se expone en la obra editada por Roberto Pereira:

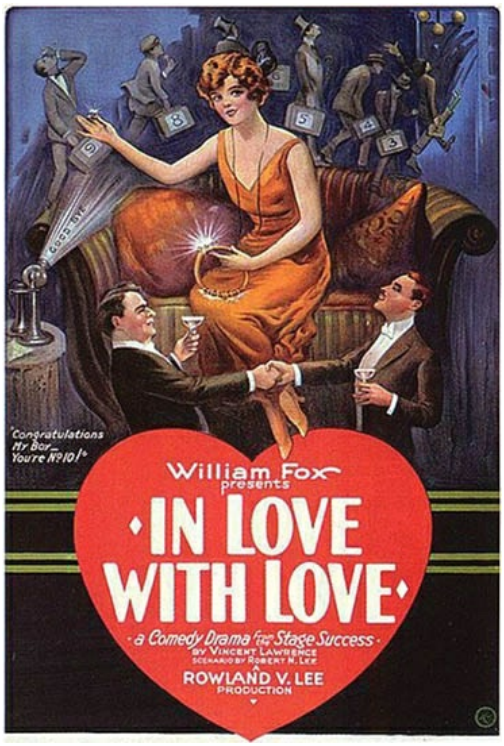
> Las familias y la escuela suelen tener valores y creencias divergentes. La escuela mantiene valores propios de la sociedad moderna, cosa que no necesariamente comparten las familias. Otras veces, las pautas familiares, adaptativas y funcionales en el contexto de ese sistema y de sus necesidades, pueden ser disfuncionales e incluso desadaptativas en el sistema escolar.
>
> ¿Qué adquiere el adolescente en la escuela? En primer lugar, la mirada de adultos que no pertenecen al entorno familiar; por tanto, la mirada social, relacionada con expectativas y objetivos que tal vez se distancien de los que recibe de la familia. La escuela ofrece la posibilidad de ampliar las narrativas del sujeto en torno a ciertos logros, capacidades, habilidades y desempeños. También un abanico de valores que se relacionan mucho más con el trabajo, la formación, la socialización más amplia, las normas, el éxito o el fracaso, las carencias y el déficit, que con la dimensión de la nutrición emocional directa, de la que los padres siguen siendo los principales proveedores.
>
> *Adolescentes en el siglo XXI*

43

¿VIVIR CON UN VACÍO O EXISTIR COMO UNA NADA?

Hay personas que son adictas al amor. Prefieren no sentir el vacío que les dejaría en sus vidas abandonar ciertas relaciones que no les dejan crecer. Estas personas consideran que ser amadas de una forma especial por alguien las haría felices de por vida, la música y los productos de entretenimiento que más las satisfacen están relacionados con temática romántica, consideran que podrían amar a alguien con quien ni siquiera están encariñadas porque necesitan sentir el amor en sus vidas, quedan atrapadas en relaciones tóxicas, rompiendo y volviendo, porque no soportan estar solas, fantasean sobre amores pasados y se preguntan si habrían sido más felices de haber transcurrido aquello de otra manera, consideran que existen las almas gemelas y no pueden evitar ir a buscar a un amigo o amiga que las consuele cuando acaban de romper una relación. Son personas enamoradas del amor. Pero del amor en un sentido romántico, al estilo que transmiten las comedias románticas *kitsch* de factura anglosajona, las telenovelas, la novela rosa o los musicales.

Las causas de esta adicción son la baja autoestima, una crianza inconsistente, con ausencia de modelos de relaciones comprometidas, y una exposición a imágenes culturales relativas al amor romántico perfecto. Conocer las causas no ayuda mucho, en cualquier caso. Casi siempre estos sujetos cuando cortan una relación lo primero que piensan es que el próximo objetivo no se le parecerá en nada, que ya no quieren tener citas sino alguien con quien pasar un rato de vez en cuando, que la próxima vez irán más despacio…



Cartel de la película muda *In Love with Love*. Esta es, sin duda, una de las primeras comedias románticas de la historia del cine. Dirigida por Rowland V. Lee y producida por la *Fox Film Corporation*, está basada en un musical de Broadway de 1923. La película se estrenó un año después.

Estas personas pueden beneficiarse, tras romper una relación, de una abstinencia romántica (que en su caso ha de ser una abstinencia total, pues no podrán evitar enamorarse de alguien con quien han mantenido relaciones sexuales) de al menos seis meses que consista en no escribir mensajes de texto, no llamar, no visitar páginas de internet para citas y evitar presentaciones por parte de amigos y familiares de algún «buen partido». Una vez hecho el propósito y sostenido este en el tiempo se trata de buscar las similitudes entre las propias experiencias infantiles y las elecciones románticas de la etapa adulta. De presentarse, hay que reconocer que se tiene un problema de madurez. La soledad, la tristeza y la frustración son duras para estas personas pero soportarlas pueden llevarlas a madurar de una vez por todas. Quienes las apoyen, de sus familiares y amigos, deben evitar desviarlas de su propósito con actitudes superficiales como salir a flirtear o

cosas semejantes. Si nada interfiere, el amor propio debería ir ganando terreno a esta necesidad de (falso) amor ajeno. No obstante, no es probable que esto ocurra sin ayuda. Ann Smith, para *Psychology Today*:

> La adicción al amor es un ansia crónica y/o una persecución del amor romántico en un esfuerzo por conseguir nuestro sentido de seguridad y de valía de otra persona. Durante el apasionamiento creemos que tenemos esa seguridad para quedar decepcionados y vacíos de nuevo una vez la intensidad baja. Las consecuencias negativas pueden ser severas y aun así el adicto al amor continúa colgado de la creencia en que el amor verdadero lo arreglará todo.

44

¿PUEDE TENER SENTIDO MI VIDA SIN QUE LO TENGA LO QUE HAGO CADA DÍA?

Para los fundadores de la terapia Gestalt, Fritz y Laura Perls, la respuesta es no. La terapia Gestalt toma su nombre por inspiración en el criterio por el cual lo tomó la escuela de la Gestalt, la cual explica la percepción como una totalidad que no puede explicarse por la asociación de elementos simples. La palabra alemana *Gestalt* significa algo así como totalidad, configuración. Se trata de una revisión del psicoanálisis centrada en una aproximación a la experiencia de los individuos, sin obsesionarse con la exploración del inconsciente del sujeto (lo cual conlleva centrarse en el pasado del mismo). Es anti-dualista: no hay oposición entre mente y cuerpo, alma y cuerpo, pensar y sentir, pensar y actuar, todos esos supuestos desgloses en elementos son ficticios si queremos dar cuenta del ser humano como un todo. De modo semejante a Jung, los Perls consideraban que hemos perdido acceso a partes de nuestra personalidad y esto es la fuente de nuestro sufrimiento. Pero los Perls consideraban que se está a tiempo normalmente de revertir esta situación psíquica y reintegrar nuestra personalidad completa mediante la

técnica dialógica. Es fundamental poner el énfasis sobre la cuestión existencial, en especial lo que concierne a la responsabilidad sobre nuestros actos, actos que van perfilando nuestra propia vida. Es por esto que la terapia Gestalt usa un lenguaje empoderador lleno de expresiones del tipo «lo haré», «no lo haré», «estoy decidido», «voy a tomar la decisión de...» y evita las expresiones del tipo «no puedo», «no sé», etcétera.

Scott Kellogg relata un caso del que tuvo noticia mediante unos colegas españoles acerca de un padre que vivía en la desesperación absoluta tras la muerte del favorito de sus hijos. No podía abandonar la idea del suicidio. El terapeuta creó un diálogo en el cual el padre se sentó en una silla y fue invitado a imaginar a su hijo muerto en la silla que tenía enfrente:

> En primer lugar, el padre habló largo y tendido sobre su dolor y su deseo de morir para unirse a su hijo en la otra vida. El terapeuta entonces les conminó a intercambiar las sillas y hablar desde la perspectiva del hijo. En el diálogo que siguió, el «hijo» le dijo al padre que deseaba que permaneciera vivo de modo que pudiera cuidar de su madre y sus hermanos.
>
> «Dialogues and encounters: Fritz Perls and the Art of Gestalt Chairwork»

Los objetivos de trabajo nuevos que a la psicoterapia existencial añadieron los Perls fueron los siguientes:

Completud e integración de la persona. Se trata de evitar descomponer al sujeto en su conciencia y su inconsciente, en lo físico y lo psíquico y de reparar en que muchas veces lo que sucede es que las personas, en su día a día, en el aquí y ahora dentro de sus vidas, no tienen ensambladas las facetas de su personalidad en el contexto de su ambiente cotidiano (el hogar, el puesto de trabajo, etc.) y esto las lleva a no mantener equilibrios y no considerarse a sí mismas como debieran.

Conciencia. Los pacientes no saben lo que les pasa muchas veces. Esto sucede porque viven preocupados con el pasado o con fantasías que no permiten al individuo la toma de conciencia de la imagen completa de lo que está sucediendo con él o bien a causa de una baja autoestima. Conseguir esa imagen completa de lo que sucede conlleva tomar contacto consciente con el entorno (poniendo más atención en lo que se dice, se escucha, se mira, etc.) y

centrarse en el aquí y ahora (trabajando la superación de la nostalgia, la melancolía, los «y si hubiera…», las proyecciones de futuro fantasiosas a muy largo plazo, etcétera). Además, es fundamental conseguir que el paciente deje de culpar a otros de lo que ocurre y se haga cargo de la parte que le toca de responsabilidad en lo que está sucediendo.

Bloqueo corporal. Es fundamental centrarse en las tensiones musculares que ciertas partes del cuerpo acusan, la falta de respiración profunda, la resistencia a mirar a los demás a los ojos… Todo ello da pistas sobre lo que está ocurriendo y la mejora de estos bloqueos conlleva un aumento de la conciencia del problema.

Desórdenes relativos al crecimiento personal. La dificultad para lidiar con los cambios que se dan en la vida nos lleva en ocasiones a estar a la defensiva. Quizá lo peor sea acabar por tener infinidad de cosas por hacer. Hay personas que no acaban nada de lo que empiezan, lo cual les lleva a un constante volver al pasado con la dificultad que eso conlleva para centrarse en el aquí y ahora. La terapia Gestalt pretende ayudar a echar el cierre a todo aquello que está por acabar, bien espoleando al sujeto para que acabe lo que pueda acabar, bien porque intenta eliminar la fijación melancólica con respecto a aquello que quiso hacer o ser y ya no puede de ningún modo llevarse a cumplimiento.

45

¿NADIE ENTIENDE LA DEPRESIÓN SIN SUFRIRLA?

En las últimas dos décadas han aflorado estudios acerca de los procesos relativos al reconocimiento y el impacto emocional producido por la depresión de otros así como del impacto positivo que la depresión puede llegar a tener en el crecimiento personal, si le reconocemos algún sentido a

esta expresión, de quienes la sufren. Recientemente algunos estudios están intentando dar cuenta de cómo conceptualizan la depresión las parejas y de cómo afecta a su relación. El objetivo es ver si hay modo de que las parejas entiendan mejor qué es vivir con depresión y de ese modo puedan desarrollar una mayor empatía y sentir menor frustración. Y es que en las personas deprimidas la pareja suele ser el mayor apoyo posible. Sin embargo, la pareja muchas veces se siente insegura acerca de cómo ayudar o qué decir y tiene sentimientos de culpa, pensando que algo se ha hecho mal por su parte.



La depresión antes era conocida por el rótulo genérico de melancolía. Cuando era aguda y el temor a dejar sola a la persona parecía razonable se la llamaba melancolía suicida. La melancolía no es un mero sinónimo, más o menos poético, de nostalgia. La melancolía sería algo así como la nostalgia de lo que pudo ser y no fue. Por lo tanto no es difícil entender como muchas mujeres, tan anuladas socialmente, podían ser presas de este mal.

Nos llaman la atención las reflexiones expresadas en un artículo reciente (2013) publicado en *Interpersona:* «Adopting New Identities When a Partner has Depression: An Interpretative Phenomenological Analysis» («Adoptar nuevas identidades cuando la pareja tiene depresión: un análisis

fenomenológico interpretativo»). Los autores se centran en la cuestión acerca de cómo se conceptualiza la depresión: el modo en que la entienden y lo que significa para las parejas de las personas deprimidas. Los compañeros se dieron cuenta de que la persona a la que quieren estaba sufriendo depresión antes de que esta misma persona hubiera etiquetado como depresión aquello que le venía pasando desde, normalmente, algún suceso significativo en sus vidas. Los signos de la depresión son manifiestamente comportamentales (cambio de actitud con las personas, beber más, comer compulsivamente, etc.) o más sutiles y de corte emotivo (sentir que no pueden lidiar con las cosas de la vida). Evidentemente estos tienen consecuencias visibles desde el punto de vista del aspecto físico y de la fisiología del sujeto: aumento de peso, desarreglos intestinales, etc. Algo auténticamente relevante es que los compañeros que hacen un esfuerzo por entender a la persona deprimida constatan que la vida de sus parejas está transida del pasado, no pueden dejar el pasado atrás. A esto se le une, como es natural, la baja autoestima y una fuerte impresión de escasa valía objetiva. La cuestión es que estos compañeros tienden a ver la depresión como una enfermedad más que se trata con medicación. No por comodidad o frivolidad, sino por una tendencia a considerar que no hay verdadera diferencia, por ejemplo, entre tener bajos niveles de litio o serotonina en un proceso depresivo y tenerlos igualmente bajos de hierro en una anemia.

Encontrar significado a la depresión y tener que explicar a los psicólogos ese significado llevó a todos los participantes en el trabajo de investigación de los autores de este artículo a constatar que la depresión no era culpa de sus parejas, culpando a causas externas a la relación. Esto les hace mantener una cierta esperanza: si cambia el factor externo quizá también la depresión cambie y se vaya. Sea así o no, estos investigadores sugieren —en la línea de Viktor Frankl— que encontrar sentido en la adversidad es fundamental para resistirla. Quieren, de algún modo, ante la psiquiatrización y medicalización farmacológica de la depresión de las últimas dos décadas, reivindicar el papel de la psicología humanista y la terapia cognitiva a la hora de conseguir alguna mejora: conocer las razones lleva a la comprensión, la comprensión a un cambio de actitud (e incluso de los roles) y esto a una mejora del paciente. Hay que cuidar a quien cuida y, sin embargo, muchas veces esto pasa desapercibido para el resto del entorno. Hay que evitar que suceda lo que

cantaba la banda de rock Nirvana al final de su tema *Lithium*: «I love you. I'm not gonna crack. I kill you. I'm not gonna crack». Fiona E. Glenn, Kenneth M. McFadyen y Zounish Rafique, en el artículo mencionado:

> La identidad del cuidador parece estar tan estrechamente vinculada con la noción de carga que puede ser que la adopción de este rol resulte de «sentimientos de carga» o, alternativamente, que estas emociones estén implícitas una vez que se ha adoptado tal identidad. Los modelos de depresión que usan datos cuantitativos han demostrado que los signos crecientes de depresión asociados a tener un compañero con depresión están totalmente mediados por el estrés de la tarea de cuidador. Las raíces de ese acabar quemados (*burnout*) que se han encontrado en los familiares de las personas con enfermedad mental incluyen la experiencia del estigma, la frustración, la ansiedad, sentimientos de desamparo y ansiedad social.

46

¿QUÉ NOS ENSEÑARON LOS NAZIS SOBRE LA MOTIVACIÓN DE LOS SERES HUMANOS?

Viktor Frankl, superviviente de un campo de concentración y padre de la logoterapia (tercera escuela psicoanalítica vienesa) fue muy crítico con el psicoanálisis, especialmente a raíz de su experiencia como superviviente del terror y horror nazis. Para Frankl el psicoanálisis ortodoxo, el de Freud y sus fieles discípulos conduce a una cosificación de las personas al considerar que el paciente está dominado por mecanismos y otorgar al terapeuta el privilegio de ser el único de los dos que conoce la clave de la sanación. La logoterapia que propone Frankl como forma de rescatar lo que considera valioso del psicoanálisis —pero apartándolo de la cosificación a la que somete a los pacientes, entendiéndolos como víctimas de mecanismos y fuerzas que ellos mismos no controlan— es una forma también de análisis existencial que se preocupa en particular de la neurosis cuando esta es una forma de eludir las

responsabilidades. La diferencia entre psicoanálisis y psicoterapia, contaba Frankl en clave humorística, es que en el psicoanálisis la persona se tumba sobre el diván y habla de cosas de las que es difícil hablar mientras que en la logoterapia el cliente se puede sentar recto sobre una silla con el precio que eso conlleva de tener que escuchar cosas que son difíciles de escuchar. El estado de neurosis generalizada descubierto por el psicoanálisis no se debería tanto a una tendencia intrínseca del ser humano a reprimir sus deseos —como defendió Freud y la ortodoxia psicoanalítica—, sino a la falta de capacidad de los individuos modernos para ser conscientes de que nuestra vida deja huella en el mundo, entregándonos a un presentismo que tan solo tapa la angustia existencial que nos atenaza en los momentos en que necesitamos ayuda. Este presentismo criticado por Frankl no debe confundirse con el aquí y ahora al que la logoterapia sí invita cuando el paciente no parece capaz de escapar de la melancolía o de una angustia irracional por un incierto futuro a largo plazo.

Una idea fundamental de la logoterapia de Frankl es que la vida no nos garantiza siempre la felicidad, pero sí, al menos, nos ofrece un significado. Un hecho de nuestra vida puede, retrospectivamente, dotar de un significado completo a la misma. No se trata de lo que queremos de la vida, sino el modo en que esta nos interpela aquí, ahora. Solo cada cual puede responder a la pregunta. Porque la pregunta no va dirigida a la vida en general, sino a mi vida en clave personal. Los tres supuestos fundamentales de la logoterapia de Frankl son: I. La vida siempre tiene significado. Siempre es siempre. Incluso en circunstancias tan adversas como las de un campo de concentración. II. El mayor deseo de un ser humano es encontrar significado. La pregunta por el sentido de la vida, por cómo vivir sabiendo que uno ha de morir o acerca de si hay algo más allá de la muerte son la prueba de que esto es así, para Frankl. Por supuesto, la logoterapia no proporciona respuestas a preguntas como estas pero sí ayuda a que las personas encuentren sus respuestas. III. Los seres humanos son libres. Tenemos la capacidad de elegir algo significativo para nosotros mismos a largo plazo.



Viktor Frankl es un ejemplo absoluto de superación, de amor a la vida y de optimismo vital. En estos tiempos en los que los occidentales, aun teniendo la mayor parte de las veces las necesidades cubiertas y viviendo en países en paz, sucumben a la depresión, al desánimo o la apatía, no deja de resultar un referente.

¿Cómo encontrar significado en la vida? Frankl señala tres modos: la creatividad, la experiencia y el cambio de actitud. Por la creatividad le damos algo al mundo, ponemos en funcionamiento nuestras capacidades, ofrecemos el talento que todos tenemos para algo, etc. Por la experiencia recibimos del mundo, aprendiendo. Por el cambio de actitud, cuando no es posible o conveniente cambiar la circunstancia o la situación, aún podemos hacer algo por modificar el modo en que entendemos esta condición en la que estamos, lo cual se hace bien patente cuando el sufrimiento es absolutamente insoportable (como en un campo de concentración).



LA PERSONALIDAD: LA ÚLTIMA FRONTERA PSICOLÓGICA

47

¿DEBO INFLUIR EN MIS HIJOS?

¿Hasta dónde debe llegar mi influencia a la hora de construir la persona de mis hijos? ¿Debo fomentar que tenga más relaciones sociales si es una persona tímida? ¿Debo preocuparme por que esté bien integrado en la escuela y por que sea una persona aceptada? ¿Debo orientarlo para que haga una carrera profesional exitosa y quitarle ideas equivocadas de la cabeza que, a mi parecer, no van a ningún sitio? Para nosotros, la repuesta está implícita en el elenco de necesidades humanas, según la famosa pirámide de Maslow:

Necesidades básicas (las únicas que nacen con la persona)

- Necesidad de beber, respirar y alimentarse.
- Necesidad de dormir y eliminar deshechos corporales.

- Necesidad de evitar el dolor y tener relaciones sexuales (placer físico).
- Necesidad de mantener la temperatura corporal.

Necesidades de seguridad y protección

- Seguridad física y salud.
- Seguridad de recursos para vivir con dignidad.
- Necesidad de proteger los bienes y activos.
- Necesidad de vivienda.

Necesidades sociales

- Necesidad de relación (amistad).
- Necesidad de participación (inclusión).
- Aceptación social.

Necesidades de estima y trascendencia

- Estima llamada «alta»: Respeto a uno mismo, competencia, confianza, logros, independencia y libertad de uno mismo.
- Estima llamada «baja»: Reconocimiento, atención, respeto, estatus por parte de los demás.
- Autorrealización: Necesidad de ser, motivación de crecimiento, es la que le da el sentido a la propia existencia.

Lo mejor que podemos hacer para que estas necesidades motivadoras puedan ser satisfechas por nuestros hijos no es tanto influir directamente —muchos estudios dicen que ni siquiera lo hacemos tanto como pensamos—, sino crear las condiciones de posibilidad para que ellos mismos puedan realizarse como personas. Ellos necesitan saber que estamos ahí para apoyarlos si se ven desamparados por el grupo de iguales o con dificultades en un momento dado para entablar relaciones sociales y también necesitan saber, igualmente, que por muy mal que les vaya en la vida, mientras nosotros podamos y estemos, tendrán sus necesidades más básicas cubiertas.

Tenemos que ayudarlos con los estudios, pero no debemos ir contra su vocación a no ser que la veamos completamente desajustada en relación con sus capacidades.

48

¿VER LA VERDADERA PERSONALIDAD TRAS LA MÁSCARA SOCIAL?

Para poder desenmascarar a una persona y conocer la estructura de su personalidad es necesario tener un cierto conocimiento de los rasgos fundamentales que definen la personalidad psíquica en clave diferencial. La teoría de la personalidad que mayor predicamento tiene es la que se conoce como *Big Five*: sociabilidad, responsabilidad, apertura a la experiencia, amabilidad y neuroticismo. También se conoce con el acrónimo OCEAN, formado por la primera letra de estas cinco palabras en inglés. Esta teoría, la cual parte de la teoría de Eysenck y echa raíces profundas en Hipócrates y Galeno, es pentafactorial —como su nombre indica— y tiene la ventaja de resultar más descriptiva (más rica en matices para la psicología diferencial) que el modelo trifactoral de Eysenck, conocido como modelo PEN (psicoticismo, extroversión, neuroticismo). Las aportaciones de autores como Goldberg, John, McCrae y Costa han intentado describir el contenido de los cinco factores. Goldberg llama marcadores a aquellos términos que mejor representan cada uno de los *Big Five.* Se trata de cien adjetivos, veinte para cada factor, diez para cada polo dimensional (excepto el neuroticismo, que consta de seis marcadores en el polo positivo y catorce en el negativo). Después, pasó de los adjetivos simples a pares de adjetivos (un término y su antónimo) con el fin de evitar interpretaciones sesgadas por la idiosincrasia de quien aplique la escala.

Los términos proceden de un trabajo previo, realizado en los años sesenta, cuyo nombre es *Adjective Check List* (lista de comprobación adjetival). Usando esta misma lista, John pidió a diez individuos instruidos sobre el tema que tomaran los trescientos términos de los que consta y los repartieran entre los cinco factores. Hubo un gran acuerdo. Setenta y seis términos se asignaron a uno de los cinco factores con un acuerdo total y otros treinta y seis con un acuerdo del 90 %. A partir de estos 112 términos se puede postular un núcleo duro definitorio (mediante marcadores) de los *Big Five* y que a usted le pueden ser útiles a la hora de desenmascarar, mediante observación de la conducta, al sujeto en cuestión:

I. Factor Sociabilidad (surgencia). Bajo: tranquilo, reservado, tímido, callado, retraído, reservado. Alto: locuaz, asertivo, activo, enérgico, dado a salir, franco, dominante, fuerte, entusiasta, presumido, sociable, valiente, aventurero, bullicioso, mandón.

II. Factor Responsabilidad (escrupulosidad). Bajo: despreocupado, desordenado, frívolo, irresponsable, negligente, informal, olvidadizo. Alto: organizado, minucioso, planificador, eficiente, responsable, formal, concienzudo, preciso, práctico, prudente, esmerado, precavido.

III. Factor Apertura a la experiencia (proclividad al uso del intelecto). Bajo: Vulgar, con intereses limitados, simple, superficial, poco listo. Alto: con intereses amplios, imaginativo, inteligente, original, perspicaz, curioso, listo, con inventiva, agudo, ingenioso, ocurrente, despabilado, sensato.

IV. Factor Amabilidad (asertividad). Bajo: criticón, frío, hostil, pendenciero, insensible, poco amable, cruel, severo, desagradecido, mezquino. Alto: compasivo, cariñoso, agradecido, afectuoso, sensible, cálido, generoso, confiado, servicial, indulgente, agradable, cortés, amable, cooperativo, caballeroso, desinteresado, elogiador, sensible.

V. Factor Neuroticismo (inestabilidad emocional). Bajo: estable, sosegado, contento, impasible. Alto: tenso, ansioso, nervioso, triste, siempre preocupado, susceptible («picajoso»), miedoso, tenso, autocompasivo, temperamental, inestable, se «autoflagela», desanimado, emotivo.

Además de estos marcadores, muy útiles, es perfectamente posible establecer facetas que permitan crear una estructura de niveles y, con ella, la cuantificación o gradación de los rasgos. La propuesta más exitosa de diseño

de un modelo estructural de la personalidad por facetas es la de McCrae y Costa. Inspirándose en el modelo PEN de Eysenck, al que nos hemos referido antes, establecen una serie de facetas dentro del neuroticismo, la extroversión, la apertura a la experiencia, la afabilidad y la rectitud (dimensiones muy semejantes a los *Big Five*). Neuroticismo*:* ansiedad, depresión, hostilidad, inseguridad, impulsividad, vulnerabilidad. Extraversión: afecto, gregarismo, asertividad, actividad, búsqueda de emociones, predominio de emociones positivas. Apertura a la experiencia*:* fantasía, estética, sentimientos, acciones, ideas y valores. Afabilidad: confianza, sinceridad, altruismo, asentimiento, modestia, susceptibilidad. Rectitud: competencia, orden, sentido del deber, orientación al logro, autodisciplina y talante deliberativo (reflexivo).



Paul Costa Jr.



Robert McCrae. Los postuladores de los *Big Five* amplían así el espectro propuesto por Eysenck (fijado en tres parámetros: psicoticismo, extraversión y neuroticismo). De este modo su modelo se vuelve más comprensivo aunque, casi con toda seguridad, menos predictivo de conducta futura.

Siguiendo a Goldberg, se podría decir que cada una de estas cinco dimensiones facetadas propuestas por Costa y McCrae responden a estas preguntas sobre el sujeto. Preguntas que ha de contestar usted mismo observando con neutralidad su conducta, no haga caso del autoconcepto que esa persona muestre verbalmente acerca de estos asuntos: primera pregunta: ¿Es activo/dominante o pasivo/sumiso? (¿Quién controla o controlaría a quién en mi relación con él o ella?). Segunda pregunta: ¿Es agradable, afectuoso o una persona seca, distante? Tercera pregunta: ¿Puede contar con esa persona o no? Cuarta pregunta: ¿Es impredecible o es sensata esta persona? Quinta pregunta: ¿Me resultará fácil o difícil enseñarle lo que no sabe?

49

¿SE PUEDEN SOPORTAR LAS PERSONAS QUE NO SE ABURREN NUNCA?

¿Qué entendemos por aburrimiento? En la vida cotidiana se usa el término aburrimiento con soltura para referirnos a un espectro amplio de experiencias que incluye también a la apatía, la frustración y la depresión leve. Sin embargo, no son lo mismo y de lo que se pretende tratar aquí es del aburrimiento puro, si se nos permite la expresión. El aburrimiento está, en efecto, relacionado con la apatía, la anhedonia (incapacidad parar el disfrute), la frustración y la depresión leve, pero es psicométricamente diferente. La experiencia de estar aburrido no puede ser capturada completamente por las herramientas que permiten medir las otras tres a la psicología clínica. Cuando nos aburrimos, *sensu stricto,* sucede que: a) nos cuesta prestar atención a nuestros pensamientos y emociones o a estímulos ambientales que nos permitirían participar satisfactoriamente en una actividad que acabara con tal estado aversivo; b) somos conscientes de que nos está costando prestar atención; c) consideramos que el ambiente es, inequívocamente, el factor responsable de nuestro estado.

Siguiendo a John Eastwood, del Departamento de Psicología de la Universidad de York, aunque la investigación sobre las causas del aburrimiento está en pañales, se sabe que las características de la personalidad —tanto cognitivas como emocionales y motivacionales— están asociadas con la tendencia a experimentar el aburrimiento. En relación con las cognitivas puede decirse que sabemos que los individuos con problemas crónicos que regulan y controlan la atención (TDAH) son más propensos al aburrimiento. En lo que concierne a lo emocional, sabemos que los individuos que tienen una imaginación pobre, una falta de propósito o de sentido de la vida y problemas para comprender sus emociones, son más proclives a experimentar el aburrimiento, muy probablemente porque no son capaces de identificar qué actividades encontrarían satisfactorias. Finalmente, en lo que atañe a lo motivacional, se sabe también que los individuos muy sensibles a la recompensa y al castigo son propensos a sentirse aburridos. La

alta sensibilidad ante el castigo hace que las personas se excluyan a sí mismas de la participación en actividades porque encuentran una amenaza en el ambiente. La alta sensibilidad a la recompensa lleva a las personas a necesitar actividades cada vez más excitantes.



El aburrimiento infantil es un problema con el que las madres y los padres tienen que enfrentarse sin caer en la tentación de dejar a los infantes demasiadas horas a solas con sus tabletas o frente a la televisión. Se dice que el aburrimiento es el padre de la creatividad pero, ciertamente, no siempre es así. Más bien parece que las personas pensativas encuentran en los momentos de aburrimiento una ocasión propicia para la creación.

¿Se pueden soportar las personas que no se aburren nunca? Se soportan a sí mismas y son más soportables para los demás que aquellas que se aburren en exceso, pues resultan menos demandantes. Esto se hace especialmente patente en las relaciones de pareja y en las relaciones entre padres e hijos. Según un estudio de una universidad de Florida («The physical sacrifice of thinking: Investigating the relationship between thinking and physical activity in everyday life» —'El sacrificio físico de pensar: investigando la relación entre el pensamiento y la actividad física en la vida cotidiana'—) publicado por el *Journal of the Health Psychology*, las personas pensativas no se aburren prácticamente nunca. Al parecer hay una correlación firme entre ser una persona poco pensativa y una mayor experiencia de aburrirse.

En el estudio se puso a prueba si las personas que prefieren ocupar tiempo en cavilar más serían menos activas físicamente en su vida diaria que aquellas que no lo prefieren. Los descubrimientos se cimientan sobre investigaciones previas y proporcionan soporte para la hipótesis revelando una notable diferencia en el nivel de actividad física durante los cinco días de la semana laboral. Estas personas no tienen armas, sería la hipótesis, para combatir ese aburrimiento, de ahí que necesiten ponerse a hacer algo, una tarea, un juego que implique a otros o ejercicio físico (esto último es el objeto del artículo cuyo título se traduce como «El sacrificio físico de pensar: investigando la relación entre el pensamiento y la actividad física en la vida cotidiana»). Un factor fundamental que ayuda a las personas pensativas a combatir los niveles de actividad promedio más bajos —ante los que otros manifiestan un aburrimiento infinito— es la conciencia de sí, es decir, la conciencia de que en ese momento están menos activos, la conciencia del coste que va asociado a la inactividad, lo cual les empuja a hacer algo productivo con su tiempo por muy limitado que sea lo que les ofrece el entorno.

50

¿Por qué Woody Allen se siente culpable por todo?

En un original artículo titulado «Woody Allen's Cinema of Regret» («El cine del arrepentimiento de Woody Allen»), Lloyd Michaels expone que cuando Allen dice que lo único que lamenta es no ser otra persona muestra su incapacidad —la de su personaje— de cambiar su propio ser, su propia identidad. Se ha vinculado la baja autoestima y el pesar melancólico propios del cómico neuroticismo de Allen y sus personajes a su condición de judío neoyorquino posterior a la Segunda Guerra Mundial:

> Como se expone en el escrito de Freud *El chiste y su relación con el inconsciente*,

reinterpretado por teóricos posteriores, el auto-desprecio puede ser desplegado como un mecanismo de defensa: reír por no llorar. Puede servir a una función preventiva: judíos que señalan sus imperfecciones antes de que otros tengan la oportunidad de hacerlo […]. Su aspecto masoquista posiblemente ha sido esencial para la supervivencia judía en la Diáspora a lo largo de los dos últimos milenios. Y, sin ser amenazante o humillante, ha permitido a los judíos tratar de modo abierto y honesto con los problemas.

Woody on Rye: Jewishness in the Films and Plays of Woody Allen

V. Brook y M. Grinberg



Estatua en honor a Woody Allen, Premio Príncipe de Asturias de las Artes en 2002, en Oviedo (España). Allen ha sido siempre mejor comprendido en Europa que en Estados Unidos, de donde es natural. Es cierto que Nueva York es casi un país dentro de otro, cultural y socialmente hablando, pero aun así su debilidad por el Viejo Continente le ha llevado a rodar en múltiples ciudades europeas durante los últimos años.

En sus comedias aparecen las lamentaciones, mientras que el remordimiento lo hace en los melodramas y tragedias. Los lamentos de las comedias refieren a una suerte de melancolía, una nostalgia por un imposible, como haber vivido en otras épocas o haber sido personas que en el momento histórico de los personajes de Allen es imposible ser. El remordimiento sí está en relación con lo efectuado por el personaje y nos conduce a cuestiones éticas más que psicológicas. Podría decirse que Allen, a medida que ha ido aproximándose a la tragedia y que ha ido priorizando lo europeo sobre lo neoyorquino, ha ido tomando distancia de su propio cliché, algo a lo que ha contribuido una crítica que lo aupó pero que también lo fue convirtiendo en prisionero de su propio —siempre el mismo— personaje. En efecto, en las décadas comprendidas entre finales de los sesenta y comienzos del siglo XXI, el feminismo, el psicoanálisis y la semiótica dominaron las escuelas de crítica cinematográfica académica en Estados Unidos hasta el punto de hacerse omnipresentes, muy persuasivas y de convertir en un lugar común el hecho de usar una terminología propia de lingüistas y semiólogos (textualidad, signos, significantes, etcétera).

51

¿Y POR QUÉ EL DOCTOR HOUSE NO SE SIENTE CULPABLE POR NADA?

Si tomamos al Woody Allen estereotipado de las comedias neoyorquinas y le damos la vuelta al calcetín, nos queda algo así como el doctor Gregory House. Se discute si House es un sociópata, un psicópata o meramente un adicto. Este médico, obsesionado con la resolución de los casos más complejos, es tan brillante en sus diagnósticos que se le perdonan su actitud y sus decisiones, muy comprometedoras, en función de sus resultados. El fin justifica los medios y el sufrimiento que puede llegar a producir en sus pacientes, tanto moral y psíquico como físico llega a ser indecible. Parece

lamentar más la muerte de los pacientes como fracaso profesional y personal que por el hecho objetivo del deceso de otro ser humano. Los sentimientos de los demás no parecen suscitar en él reacciones empáticas, aunque los reconoce (a veces para burlarse de ellos). El desorden conocido como personalidad antisocial consiste en fallar en la conformidad con las normas sociales y en las conductas de obediencia de las normas y las leyes hasta el punto de poder llegar a ser reconvenido repetidas veces por las autoridades; actitud de engaño, mentir repetidamente, uso de calificativos despectivos, engaño a otras personas para el provecho personal o para su disfrute; impulsividad, falta de planificación; irritabilidad y agresividad; desconsideración temeraria hacia la seguridad de uno mismo o de los demás; irresponsabilidad permanente, ausencia de remordimiento e indiferencia por el daño infligido. Los rasgos psicopáticos incluyen, en resumen, deficiencias emocionales tales como una incapacidad profunda para sentir empatía y remordimiento, búsqueda constante de estimulación, problemas de comportamiento y agresión instrumental. Por lo tanto, no es sorprendente que la investigación científica demuestre que los psicópatas son más propensos a ser adictos a varias sustancias y mostrar un grado de dependencia mayor. Sin embargo, se da una paradoja (y aquí puede estar la clave para comprender el personaje de House): los psicópatas son menos propensos a experimentar síntomas como el retraimiento y la ansiedad cuando tienen limitado el acceso a las drogas en el entorno en el que se encuentran. En opinión de Athena Walker (*The Independent*, *Medical Daily*, *HuffPost UK*), que el doctor House esté tan exageradamente enganchado a la droga que usa contra el dolor y acuse ese brutal síndrome de abstinencia nos da la pista —en combinación con muchos elementos dispersos por los numerosos capítulos de la serie— de que House no es un psicópata ni un sociópata, sino un adicto embebido en el cinismo al que le aboca el sufrimiento.



El actor Hugh Laurie, protagonista de *House* «M. D.», Esta serie fue un auténtico éxito allí donde se estrenó; lo más interesante es el tipo de relaciones que establece el doctor protagonista con su equipo y con los pacientes. El modo de tratar a estos es fuente constante de conflictos con los miembros de aquel.

52

¿ES MI CUERPO LA CAUSA DE MI CARÁCTER?

Desde Hipócrates, dos mil quinientos años atrás, se mantuvo en el mundo antiguo la idea de que los hábitos psíquicos siguen a la estructura del temperamento. El temperamento es el principio dinámico que los organismos poseen en función de la preeminencia de un humor u otro (sanguíneo, colérico, melancólico o flemático) en la sangre. Aunque la teoría de los humores es falsa en su base fisiológica (está vinculada a la teoría clásica de los cuatro elementos: fuego, aire, tierra y agua, respectivamente), permitía una cierta diagnosis y clasificación de los sujetos. Dos mil años después de Hipócrates, Juan Huarte afirmó que, en función de los humores, se tienen unas facultades psicológicas u otras, cada una aplicada a un oficio distinto. Esta afirmación le valió a Huarte un proceso inquisitorial, pues parecía que estaba negando la existencia del libre albedrío frente a las pasiones del cuerpo (libertad de la voluntad), fundamental para la ortodoxia católica. Después, con el nacimiento de la criminología, se comenzó a vincular con el temperamento la figura corporal o somatotipo: Si se desvía la media en uno u otro sentido surgen dos grandes categorías de tipos constitucionales normales: uno con exagerado desarrollo del tronco, el brevilíneo o megaloesplácnico y otro con exagerado desarrollo de los miembros, el longilíneo o microesplácnico, llamados por Pende hipervegetativo e hipovegetativo respectivamente. La tesis de la Escuela de Padua, a la que perteneció Pende, es que la disfunción de las glándulas endocrinas tiene relación con la conducta criminal. Según Pende:

> La presencia de alteraciones endocrinopáticas en los delincuentes es un hecho comprobado. Prominencia de la región supraciliar; párpados hinchados; ojos saltones; mandíbula robusta y prominente; nariz tosca; orejas largas y carnosas; mirada salvaje y penetrante; cejas densas y largas; cabello hirsuto salpicado de canas; cráneo fino y algo afeminado; arrugas en la frente y cara; anomalías de pigmentación; coloración lívida y terrosa; talla muy reducida o excesivamente alta; masculinidad; desarrollo anormal de las prominencias óseas, cavidades del cráneo y cara, de las mandíbulas, nariz, y huesos de las extremidades; excesiva movilidad de las falanges; mamas atróficas; hipoplasia uterina y ovárica; esterilidad; pubertad precoz; infantilismo sexual; etcétera; lo demuestran. Resumiendo, en los individuos que cometen «actos criminales sin acudir a la violencia, así como los criminales ocasionales y los impulsivos representan, por regla general, una constitución hipertiroidea»; en «los criminales habituales, sanguinarios y cínicos, es decir, en los verdaderos amorales congénitos, predomina el biotipo brevilíneo, hipervegetativo»; y «en los autores de delitos contra la moral y a las prostitutas, que predomina en ellos el hábito hipergenital o disgenital».

«Construyendo la fisiología del delito. El modelo biotipológico de Nicola Pende», CSIC

Andrés Galera

¿Es, en efecto, mi cuerpo la causa de mi carácter? Así también lo consideró Kretschmer, psiquiatra alemán de comienzos del siglo XX. Kretschmer, en sus trabajos al sur de Alemania midió a sus pacientes morfológicamente, es decir, tomando medidas de brazos, piernas y tronco. La morfología trata de estudiar las conformaciones biológicas, distinguiendo —en el caso de la escuela de Kretschmer— entre la morfología gruesa o compacta (pícnicos), débil (asténicos) y musculosa (atléticos). Los tres términos (pícnico, asténico, atlético) proceden del griego antiguo y significan compacto, delgado y competidor en juegos, respectivamente. ¿Cómo son? El pícnico y la pícnica tienen miembros cortos, cara rechoncha, ancho y grueso de abdomen y con la edad madura coge peso con facilidad. La asténica y el asténico son de tronco estrecho, brazos y piernas largos y muy rara vez tienen sobrepeso. Ser atlético es algo que todos reconocemos sin dificultad, aunque en el caso femenino comprendería no exclusivamente a mujeres musculadas sino también tonificadas y en buena forma (modelos).

La rigidez del modelo de Kretschmer llevó a otros posteriores. En efecto, Kretschmer consideró que los pícnicos son ciclotímicos (cambios fuertes de humor), con tendencia a la euforia y a la depresión y dificultad para estabilizar el estado de ánimo. Es decir, son propensos a la psicosis maníaco-depresiva. Por otro lado, afirmó que los asténicos eran tímidos, retraídos, introvertidos, sosos, aparentemente calmados, fríos y calculadores en muchas ocasiones. Es el tipo morfológico del esquizofrénico. Finalmente, consideró a los atléticos como muy activos, enérgicos y, en ocasiones, agresivos. La base fisiológica sería el tipo de secreción hormonal predominante, la cual conformaría el temperamento y la forma corporal.

En la década de 1940, W. H. Sheldon, de la Universidad de Harvard, mejoró la teoría de Kretschmer. También postula tres morfologías, muy semejantes a la de Kretschmer, que son conocidas como endomorfos, ectomorfos y mesomorfos. El endomorfo es casi idéntico al pícnico de Kretschmer. El ectomorfo se trata de cuerpo alto y delgado con cabeza

prominente. El mesomorfo sería algo así como un atlético moderado. Aquí la terminología hace referencia a las capas de formación fetal: endodermo es la piel interior en base a la cual se forman las vísceras (estómago y órganos internos); mesodermo es la que se convierte en hueso y músculos y el ectodermo da origen al sistema nervioso central. Los individuos endomorfos tienen tendencia al sobrepeso porque su ritmo metabólico es lento, por lo que acumulan grasa con facilidad y suelen tener sobrepeso en relación con la media. Los ectomorfos suelen estar por debajo del peso considerado normal y tienen dificultades para ganar peso. Su cuerpo es de naturaleza frágil, tienen el pecho plano, están ligeramente musculados y son de hombros pequeños. A los mesomorfos les resulta más fácil tener una figura atlética, pues son propensos a desarrollar con más facilidad la masa y tonificación muscular, así como la fuerza. Quienes practican el fisicoculturismo explican que este tipo de personas tienen un cuerpo en forma de V (hombres) o de reloj de arena (mujeres). Su metabolismo es regular y no deben seguir dietas estrictas para mantenerse en forma, aunque deben vigilar más su peso ya que la tendencia a acumular grasas es mayor que en el caso de los ectomorfos. La tesis de Sheldon es que una de estas dos capas se desarrolla más rápida y completamente que las otras de modo que cuando domina la capa interna el *nasciturus* será un cuerpo regordete con cierta fijación con el hábito de comer, tendente a socializar, al ocio y al relax, buen conversador y más bien hedonista (cultivador de los pequeños placeres de la vida). En la literatura en lengua castellana encontramos a Sancho Panza como ejemplo y en la cultura popular a Papá Noel. El ectodermo dominante en la vida intrauterina sería un indicador de que la persona será cerebral con largas y delgadas extremidades, introvertido y tendente a la soledad, tendrá gusto por cultivar el intelecto. *Don Quijote de La Mancha*, Casio del *Julio César* de Shakespeare, Bruce Lee o el personaje de Sheldon Cooper, de la serie *The Big Bang Theory*, pueden valer de ejemplo. Finalmente, el predominio del mesodermo durante la gestación dará lugar a un cuerpo cuadrado, compacto. ¿Qué valor podemos dar a esta hipótesis de Sheldon?

> Tomemos en consideración a continuación las tipologías de Sheldon. Sheldon pensaba que el desarrollo fetal influía en el tipo de cuerpo y que este último determinaba a continuación la personalidad. Por intrigante que nos parezca esta idea, no podemos darle mucha importancia, puesto que Sheldon nunca descubrió un mecanismo plausible mediante el que la forma física de una persona pudiera controlar la estructura

de su propia personalidad; sin embargo, especulemos un poco. Parece ser mucho más probable que, durante la «batalla en el vientre materno», nos vemos desviados físicamente hacia la preferencia por una de las tres clases principales de entrada de recompensa. Si predomina nuestro endodermo, quizá los órganos receptores de nuestro conducto digestivo y los órganos reproductivos se hagan más numerosos o se exciten más que, por ejemplo, los órganos receptores de los músculos, los ojos y los oídos […]. Desde luego, no hay ningún caudal importante de datos que apoye la «desviación fetal hacia un tipo específico de retroalimentación de reforzamiento». Sin embargo, muchas de las batallas teóricas que han iniciado los teóricos de la personalidad tienen un mayor sentido, si suponemos que hay tres tipos primordiales de entrada y que la mayoría de nosotros hacemos hincapié en uno de ellos, por encima de los otros dos.

Psicología

James V. McConnell

Sea como fuere, para elaborar esta clasificación Sheldon —a diferencia de Kretschmer, quien se centró en pacientes psiquiátricos— tomó medidas de fotografías de desnudos de unos cuatro mil estudiantes varones universitarios. Obviamente, la mayoría de los tipos eran mezclas por lo que elaboró escalas de siete puntos para cada morfología. Así mediante tres cifras consecutivas podría describirse al sujeto. A partir de aquí Sheldon elaboró una lista de veinte rasgos de la personalidad para cada uno de los tres tipos corporales, poniendo a prueba la supuesta correlación que había de encontrarse entre sus personalidades y sus tipos corporales. Ser sociable y ser endomorfo parecían estar muy correlacionados, mientras que la extraversión lo está, según Sheldon, con el ser mesomorfo a la par que la pasividad y la mesura lo estarían con el ectomorfo. Pero correlacionar y establecer relaciones de causa-efecto son cosas muy distintas. Es por ello que la teoría de los biotipos ha quedado hoy relegada prácticamente al mundo del culturismo y el *fitness.*

¿CABE FINGIR CON ÉXITO EN UNA ENTREVISTA DE TRABAJO?

La respuesta depende de la capacidad que se tenga de controlar las manifestaciones de la ansiedad que este tipo de situaciones producen en la mayor parte de las personas. Siguiendo a Julie McCarthy y Richard Goffin, podría decirse que la ansiedad a la hora de pasar pruebas puede descomponerse en dos grandes factores: la ansiedad relativa al rendimiento y la ansiedad comportamental. La primera de ellas podría conceptualizarse como la preocupación acerca de los resultados de la prueba (miedo al fracaso) mientras que la ansiedad comportamental reflejaría la excitación autónoma vivida como resultado de la situación de la propia realización de la prueba (tensión corporal). Sin embargo, estos factores, aun siendo muy importantes, no son suficientes para dar cuenta de lo que ocurre en ese tipo de prueba tan específico que conocemos como entrevista de trabajo. Estas situaciones presentan un componente interactivo al que se asocia una ansiedad de un género distinto. Por eso McCarthy y Goffin toman como base las teorías de la comunicación, estudios sobre la apariencia y lo ya desarrollado desde décadas atrás sobre los dos componentes de la ansiedad en relación con pruebas expuestos anteriormente.

La cuestión de la anticipación es fundamental para entender el fracaso en las entrevistas de trabajo y por qué a veces se transmite en ellas una imagen empobrecida de la propia persona. Los autores, en su trabajo de 2004, «Measuring job interview anxiety: beyond weak knees and sweaty palms» («Midiendo la ansiedad ante la entrevista de trabajo: más allá de rodillas que flaquean y de manos sudorosas»), en el cual tratan de llenar el vacío que hay sobre investigación de la ansiedad en entrevistas laborales, exponen que los resultados indican que los individuos que puntúan alto en ansiedad comunicativa evitan pensar acerca de una entrevista de trabajo inminente mientras que aquellos que puntúan bajo pasan un tiempo considerable pensando en ellas. Más aún, cuando los individuos con alta puntuación en ansiedad comunicativa piensan sobre las entrevistas inminentes sus pensamientos se centran en lo pobremente que esperan hacerlo.

Vale la pena acercarse al procedimiento experimental llevado a cabo por los autores del artículo y a los descubrimientos más notables a los que este los condujo. Con una muestra de 514 demandantes a un espectro amplio de puestos directivos y de profesionales en diferentes organizaciones (medianas y grandes empresas), las entrevistas se desarrollaron en una gran universidad en Norteamérica, en un edificio del campus. Se les pidió a aquellos que aceptaron colaborar que completaran el cuestionario después de que hubieran terminado la entrevista de trabajo. Se obtuvieron 276 cuestionarios completos, y resultó una tasa de respuesta del 54 %. La edad media de los demandantes de empleo fue de 24,8 años y más del 70 % eran varones. Los datos suministrados por las compañías revelaron que a la mayor parte de los demandantes (aproximadamente el 90 %) se les administró una entrevista de trabajo estructurada. Sin estructurar en el resto, claro está. En el último paso de la entrevista los entrevistadores completaron las valoraciones del rendimiento y la ansiedad del demandante durante la entrevista, pero aquellos no habían sido informados de los verdaderos objetivos del estudio con el fin de evitar que los resultados acabasen acusando algún sesgo que los invalidara. La edad de los entrevistadores oscilaba entre los treinta y cinco y los cincuenta años y casi todos ellos estaban muy experimentados. Como resultado de todo el trabajo los autores destacan tres descubrimientos importantes: 1. Hay una baja relación entre las autoevaluaciones en relación con la ansiedad y las llevadas a cabo por los entrevistadores; da la impresión de que los entrevistadores tenían problemas para detectar la ansiedad de los entrevistados por lo que los entrevistados que puntúan alto en ansiedad pueden estar tranquilos con respecto a la imagen de su propia ansiedad que proyectan en los entrevistadores. 2. Altos niveles de ansiedad se relacionan negativamente con el rendimiento en la entrevista hasta el punto de que los sujetos con altos niveles en ansiedad social son percibidos como menos atractivos socialmente y menos inteligentes. 3. Vale la pena elaborar modelos específicos de medición de la ansiedad en relación con la situación de la entrevista de trabajo, pues se muestran más predictivos que aquellas escalas generales, no contextualizadas.

En cualquier caso, todas estas investigaciones tienen sus limitaciones. Estas limitaciones dan una pista de los resquicios que le caben al demandante de empleo para un cierto fingimiento que pueda salirle rentable. Todas ellas

se resumen en la dificultad de medir la red normativa que rodea la ansiedad propia de la entrevista. Serían necesarias medidas fisiológicas de la ansiedad (frecuencia cardíaca, respuesta galvánica de la piel, etc.), medidas objetivas del rendimiento en entrevistas laborales (número de errores, calidad de las respuestas), medidas de las reacciones de los demandantes de empleo (percepciones de lo justo e injusto, motivación, etc.) y el rendimiento laboral. Muchas de estas medidas no pueden realizarse, por limitaciones éticas o técnicas. He aquí el resquicio de quien pretenda fingir si es capaz de conseguir que la ansiedad no le juegue una mala pasada.

54

¿SERÍA LA MISMA PERSONA SI HUBIERA NACIDO CON EL SEXO CONTRARIO?

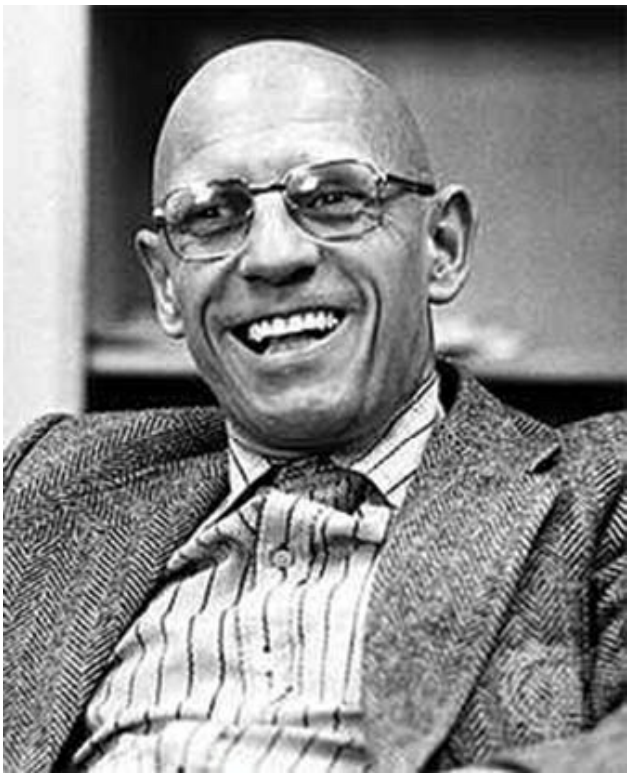
Michel Foucault no concibió la sexualidad como una esencia individual, sino como una contingencia dependiente de marcos históricos de pensamiento y en relación con ciertas prácticas. Los discursos dominantes, las instituciones sociales, todo ello confluye en una cristalización de la sexualidad masculina y femenina que da la apariencia de tener que ser esa y así necesariamente. Pero la sexualidad se ha ido organizando en función de coyunturas históricas tales como los cambios en la estructura familiar, las condiciones económicas, etc. Una cosa es que sepamos, como es obvio, de qué modo tenían lugar las relaciones sexuales en la Antigüedad o en la Edad Media y otra muy distinta es que sepamos cómo vivía su sexualidad cada uno de esos sujetos. Una unión homosexual entre dos espartanos del siglo V antes de Cristo puede ser muy semejante, en lo esencial, en muchos aspectos a la que tenga lugar entre dos miembros de la comunidad gay neoyorquina en la actualidad, pero su vivencia de lo que eso significa es enteramente diferente. Si hoy nos es fácil

imaginar a un miembro de la comunidad gay de la mano de una feminista en lucha por los derechos de ambos, la homosexualidad griega probablemente estaba transida de un profundo machismo (de ahí que el amor verdadero solo pueda practicarse entre iguales). Las rutinas y la internalización de significados sexuales cada vez más amplios a lo largo de la vida lleva a una construcción de la identidad sexual. No obstante, si bien los discursos dominantes condicionan la subjetividad sexual, no la determinan completamente.

> Hay varias consideraciones históricas clave que examinar sobre la construcción del «sexo», y estas problematizan auto-evidencia asumida de lo «masculino» y lo «femenino» bien como categorías «naturales» o «culturales». En su célebre obra sobre la comprensión de los genitales en el siglo dieciocho, Thomas Laquer (*Making Sex: Body and Gender From the Greeks to Freud*) argumenta que la vagina era vista por los ilustradores médicos como un pene invertido. Partiendo de esto, afirma que nuestra actual comprensión de dos sexos distintos, opuestos, surgió durante el siglo dieciocho, sustituyendo al «modelo de un sexo» en el cual lo femenino aparecía como una variación de dentro hacia afuera sobre lo masculino. La «diferencia» biológica se tornó entonces en el lugar clave para la lucha de hombres y mujeres relativa a la posición social. El trabajo de Laquer ilustra cómo los significados atribuidos a los cuerpos han variado históricamente en modos crucialmente importantes.
>
> «The sociological construction of gender and sexuality», *The Sociological Review*
>
> Chris Brickell

A Michel Foucault le rechinó la hipótesis de la represión (típicamente psicoanalítica) como única forma de explicar el desasosiego con la vivencia de la propia sexualidad. En su *Historia de la sexualidad* se remonta al Concilio de Letrán, en 1215, en el cual se instituyó la confesión como parte de la doctrina católica. Este sacramento incrementó su importancia a lo largo de los siglos posteriores, especialmente entre el siglo XVI y el XVIII, y dio lugar a una tipificación de las variedades del pecado contra el sexto mandamiento. Después el poder sacerdotal se desplazó hacia la medicalización y la secularización: se pasa del pervertido sodomita al homosexual como caso de estudio médico (junto a otras «desviaciones» tales como los zoófilos y las ninfómanas, por no hablar del fetichismo). Se ven las perversiones sexuales como un problema de salud pública. Con el

psicoanálisis y la hipótesis (subalterna de la hipótesis de la represión) de la sexualidad infantil las miradas se ponen en la relación entre ese nuevo triángulo de amor insano: el niño que ama a su madre y quisiera matar a su padre.



Michel Foucault, autor de *Historia de la locura,* de *Vigilar y castigar* y de *Historia de la sexualidad*. Este autor constató que el psicoanálisis había construido su propio relato acerca de lo que pasaba entre hombres y mujeres, postulando así un sistema de diferencias. Pero este relato no tenía por qué ser aceptado como una explicación de algo inevitable, sino que bien podía ser resultado de una coyuntura.

La burguesía, que se fue impregnando en el siglo XIX de este discurso, pero siempre obedeciendo a la autoridad médica a la que ellos podían tener un acceso normalizado (por una mera cuestión económica), pone el foco en la femineidad y el normal desarrollo de la sexualidad del infante, según las nuevas teorías de la represión. Sin embargo, como constata Foucault, el sexo no era exactamente algo complicado por reprimido, sino que se convirtió en una cuestión obsesiva para los burgueses que, de pronto, sacaron la

locuacidad acerca del asunto del sexo del ámbito íntimo y lo llevaron a cada vez más lugares donde antes era tabú. Solo ellos tuvieron el tiempo y el dinero para ocuparse de todas las nimiedades que conlleva el nuevo saber sexológico que surge en el siglo XIX (un saber de psiquiatras, fundamentalmente) así como de las novedades traídas por el psicoanálisis. Mientras tanto, la pequeña burguesía en ascenso esperaba su turno, perseverante; Pierre Bourdieu en *Las estrategias de la reproducción social*:

> Todo un conjunto de indicios opone el rigorismo represivo de las fracciones en regresión (en especial, los pequeños artesanos y comerciantes en declinación) y el rigorismo ascético de las fracciones en ascenso (uno y otro diferenciados del conservadurismo ético que se encuentra en la gran burguesía tradicional). Ya que, en definitiva, tanto en la producción como en la evaluación de las prácticas, no conoce ni reconoce otro criterio que el posible aporte de esas prácticas al ascenso social, la pequeña burguesía ascendente, que usualmente se muestra en verdad más rigorista que las otras clases (especialmente, en todo cuanto atañe a la educación de los hijos, su trabajo, sus salidas, sus lecturas, su sexualidad, etc.), puede, sin contradicción alguna, mostrarse en verdad menos rigurosa que la moral dominante y que las fracciones de la clase dominante más ligadas a esta moral.

No podemos saber si hubiéramos sido otra persona de haber nacido con otro sexo. Pero sí sabemos que la sexualidad no condiciona nuestro ser hasta los extremos obsesionantes que se consideraron durante el siglo XX. Quizá, como decía el filósofo personalista Julián Marías, lo fundamental para entendernos no sea pensar que somos seres sexuales sino que somos seres sexuados.



CUESTIONES DIVERSAS Y RECURRENTES EN PSICOLOGÍA

55

¿PSICOANALISTA O SACERDOTE POSMODERNO?

En otro lugar escribíamos (*Psicoeconomía: estudio gnoseológico y ontología del presente*) que el psicoanálisis nace de los casos clínicos como la jurisprudencia se alimenta de los casos que se ven en los juicios. Luego, psicoanalistas y juristas pueden jugar a filosofar (a hacer metapsicología o derecho natural) o a hacer alegorías construyendo nuevos mitos («la muerte del Padre» o el «estado de naturaleza») y con todo ello buscar principios explicativos o interpretativos, pero sin el análisis de casos la doctrina —ni en el psicoanálisis ni en el derecho— ni nacería ni se retroalimentaría ni se corregiría. ¿Qué es lo que sucede en la clínica que tanto se parece al confesionario? Seguimos de cerca a José P. Bulnes en *La confesión*

psicoterápica y la confesión sacramental (1964). Lo que sucede en la clínica es, supuestamente, el desahogo, la transferencia y la sublimación del instinto reprimido que es causa de la neurosis. Vamos uno por uno.

1. El desahogo. Como explica Bulnes, se tiende al sujeto cómodamente sobre un diván, mientras el psicoanalista sentado detrás evita todo influjo sugestivo sobre el analizado. Este es invitado a contar ante el analista la historia de su vida, exhortándole a no ocultar nada de cuanto pasa por su mente aunque le parezca prohibido por exigencias morales, religiosas o sociales. Mientras el analizado habla, el psicoanalista observa todo atentamente, saca partido de cualquier palabra o gesto, atiende a la mayor o menor facilidad del paciente en referir determinadas circunstancias. Cuando el sujeto manifieste alguna repugnancia o se detenga en la narración a causa de ciertos vacíos de su memoria, debidos en el fondo a la repugnancia misma y a tendencias inhibitorias, el arte del psicoanalista consistirá en inducirle a que supere toda resistencia, pero sin recurrir a sugestiones. En palabras de Bulnes:

> Los enfermos mentales con psicosis alucinatorias, paranoias y perversiones constitucionales, están excluidos hasta el día de hoy. En cada caso hay que investigar cuidadosamente si está indicado el tratamiento psicoanalítico según el juicio de los especialistas. La eficacia de este tratamiento es prácticamente muy limitada. La confesión católica no es un mero psicoanálisis, es mucho más que eso; es ante todo y sobre todo un sacramento. Freud mismo, aun reducido en su mirar al campo meramente psicológico ha visto bien la semejanza que tiene la confesión con el psicoanálisis al tiempo que señala las diferencias. En la confesión, a decir de Freud, el pecador dice todo lo que él sabe; en el análisis, el psicoanalista debe tener algo más que decir. Por eso nunca hemos oído la pretensión —esgrime Bulnes citando a Freud— de que la confesión tuviese el poder de curar verdaderos síntomas patológicos, considera el padre del Psicoanálisis. La introducción que da la confesión según el parecer de Freud, incluye ya el vencimiento de una de las dificultades mayores con que tropieza siempre el terapeuta, pues ha de ganarse la confianza del enfermo, de tal manera que este no repare en abrir ante él su mundo interior, manifestando hasta las cosas más vergonzosas, aquello que justamente constituye, en términos de ortodoxia católica, el pecado. Como afirmaba el Dr. D'Espiney en *Psychologie et Psychoterapie éducatives*: «Se comprende por esta razón que el método psicoanalítico prospere mucho más en las regiones protestantes que en las católicas. Es que la Iglesia Romana tiene ya la confesión que es el psicoanálisis por excelencia, como dice Bovet, y que tan de lleno responde y satisface a esa necesidad de purificación y dirección morales que constituye el nervio y la razón de ser del método psicoanalítico». Snoeck, en *Confesión y Psicoanálisis*: «En tales casos, el penitente no solo confiesa al sacerdote sus

> faltas graves —lo único a que está obligado por precepto de la Iglesia— sino que además le manifiesta los afectos de su alma y las vacilaciones de su voluntad. Con espontaneidad, va declarando sucesivamente al confesor todo cuanto influye de alguna manera en sus acciones libres. ¿Quién podría seguir dudando del afecto psicohigiénico de la confesión, al menos sobre las personas equilibradas?

2. La transferencia. Los mismos defensores del psicoanálisis reconocen que el desahogo de la persona neurótica no es suficiente en muchos casos para curar la neurosis y en esos casos, siguiendo la orientación señalada ya por Freud, acuden a la transferencia. De ahí nacen de nuevo grandes diferencias entre el psicoanálisis y la confesión sacramental. La transferencia de estados psíquicos de factor sentimental es un hecho general de la vida psíquica del hombre, susceptible de una manifestación normal y de una manifestación anormal. La transferencia designa el proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo de relación establecida con ellos; en este proceso de transferencia en la cura se produce un desplazamiento del afecto de una representación a otra: «¿Qué son las transferencias? Son reimpresiones, reproducciones de las mociones y de los fantasmas, que deben ser desvelados y hechos conscientes a medida que progrese el análisis; lo característico de ellas es la sustitución de una persona anteriormente conocida por la persona del médico», escribe Freud. Si uno lee *La Regenta* de Leopoldo Alas, Clarín, está claro que en situaciones anómalas se produce algo así como una transferencia entre confesor y pecador similar a aquella que se da entre quien practica el psicoanálisis y la persona psicoanalizada. No obstante, para la ortodoxia católica hay una diferencia fundamental:

> La desaparición de las culpas concretas puede tener mayor o menor éxito en la esfera psicológica de la conciencia inmediata, pero la violencia del proceso que forzó la conciencia moral no puede menos que dejar su huella —herida no cicatrizada— en el espíritu. Así la manipulación de la conciencia culpable acaba por decantar en un vago sentimiento de culpabilidad, despegado de su etiología [explicación de las causas] auténtica. Se crea una falsa culpabilidad, aparentemente sin motivo fundado, que fácilmente conduce a la angustia y quizás a la neurosis [Este proceso de transferencia e inconscienciación de la culpa, degenerable en un ciego complejo de culpabilidad, está descrito vivamente en J. B. Torelló, *Psicología abierta*]. La materialización de la culpa en la confesión previene, en su raíz, este tipo de neurosis. Llamar a los pecados por su nombre, encarnarlos en palabras, es la forma más inequívoca para su detección, en un modo conforme a la naturaleza corpórea del ser humano; es una auténtica necesidad en la orientación existencial del hombre. No bastaría

> una confesión generalísima de la condición pecadora, pues podría vivirse astutamente como justificación encubridora y disculpadora de los reales pecados concretos. El pecado tiene la exacta concreción de todo lo biográfico de importancia trascendental; por eso, sin confesión de cada pecado no existe seguridad de haberse desprendido del mal.
>
> *Sentido antropológico de la confesión*
>
> José Miguel Odero

3. Sublimación. «Sublimación es un ardid inventado por las tendencias libidinosas para poder presentarse en el campo de la conciencia y verse satisfechas, sin que la censura moral les cierre el paso», según Freud. Siguiendo nuevamente a Bulnes, la sublimación requiere cubrir y ocultar la bajeza de dichas tendencias con el ropaje de un ideal elevado, como el arte, la ciencia, la religión, etc. Nos parece de gran interés la siguiente cita que hace Bulnes del *Psicoanálisis de Freud* de Ricardo Royo-Villanova:

> En cuanto a llevar por las rutas cada vez más altas de la superación, hasta llegar a la sublimidad de los ideales supremos, y sobre todo, tomar la libido del amor porcino y tratarlo de tal modo y manera que lo convirtamos en el amor de los amores, eso es tarea para la que se necesita más que Gracia, y aun sin llegar a lo de Jesús con Magdalena, que sería nuestro desiderátum, hay que tener en el alma del médico psicoanalista algo más de San Juan de la Cruz que de Jung, de Ignacio de Loyola que de Breuer, de Agustín el de Hipona que de Adler.

La teoría de la sublimación, en cualquier caso, no tuvo una gran elaboración por parte del propio Freud y, además, no contempló que este fenómeno suceda solo con respecto a las pulsiones sexuales sino también con respecto a las agresivas.



Un anciano Sigmund Freud en su nada diáfano despacho. Freud fue un trabajador incansable, tanto en su etapa anterior a la Segunda Guerra Mundial como en la etapa en la que vivió fuera de su patria, a causa de su condición judía.

Para finalizar, deben los lectores reparar en el hecho incontestable de que la implantación de la clínica psicoanalítica ha sido menor en los países católicos así como en que es conocido y está documentado el prejuicio antiromano de Freud, el cual detestaba especialmente a la institución de la Iglesia romana a la que veía como un obstáculo para la difusión del psicoanálisis. ¿Obstáculo o experimentada competencia?

56

¿PSICOANÁLISIS, CIENCIA O (MALA) LITERATURA?

Responder a esta pregunta conlleva tomar una posición que no es fácil adoptar.

Para Antonino Ferro en *El psicoanálisis como literatura y terapia* (2002), psicoanalista y cliente-paciente son conarradores (algo así como dos actores en busca de personaje) sobre el escenario de la clínica, donde no hay un texto previo y en el que la manera del analista de estar en la sesión de terapia ha de ser participando con el paciente en la construcción de un sentido a la función, pero sin poner límites a la interpretación:

> Todo lo que hablan paciente y analista puede entenderse desde tres modelos de escucha, maneras en que puede ser pensada la sexualidad como *personaje* en la sesión: a) como originado por la repetición de una historia, hechos de la infancia o de la novela familiar (y así es en parte), b) como proyección hacia fuera de las fantasmatizaciones del mundo interior (y es así en parte), pero también c) como hechos relacionalmente significativos, algo que surge de la inmediatez de lo que sucede en el *hic et nunc*: una respuesta en tiempo real a las aferencias emotivas del instante relacional.

¿Qué hay de aquel saber del psicoanálisis que se presentaba como un saber científico? Los estudios más recientes, que aportan estadísticas y valoraciones cualitativas de los sujetos, apuntan a que el psicoanálisis puede ser útil como forma de autoconocimiento, pero que es poco efectivo para ciertas patologías, incluidas aquellas que tradicionalmente han formado parte de su campo de intervención clínica.

Según José E. García, de la Universidad de Asunción:

> Las críticas de diversa índole que se han vertido hacia las posiciones defendidas por los seguidores de Freud y las escuelas psicoanalíticas divergentes no fueron comunes solo en los comienzos de su asimilación activa al campo de la psicología, sino que han continuado de manera creciente en los últimos años. Esa actitud no proviene únicamente de los psicólogos y psiquiatras profesionales. Es frecuente aún en círculos más amplios que engloban a filósofos, científicos naturales y experimentales y a exponentes de otros sectores del conocimiento. Y si bien los reparos hacia las doctrinas freudianas han sido formulados con diversos grados de rigor y profundidad, el cuestionamiento más frecuente se direcciona hacia el *status* que correspondería asignar al psicoanálisis desde la perspectiva de una teoría científica […]. Los psicólogos experimentales ofrecieron fuerte resistencia desde el primer momento, en parte porque percibían que un afianzamiento del psicoanálisis como teoría psicológica representaba un riesgo para la credibilidad del ideal de ciencia rigurosa que se hallaban desarrollando con tan afanosa dedicación […]. Los psicoanalistas se han mostrado porfiadamente reticentes ante cualquier intento serio de someter sus

> postulados al cedazo de la experimentación. Para ello han esgrimido argumentos de diversa índole y calibre, siendo el más característico la supuesta imposibilidad de los fenómenos por ellos abordados a responder a la comprobación y el control estricto de variables. Las actitudes del propio Freud a este respecto son prototípicas de su estilo, ya que en vida suya hubo quienes consideraron necesario someter la imaginería psicoanalítica y sus conceptos a una rutina de comprobación más ajustada con el proceder normal de la ciencia. Las respuestas de Freud, cuando no solapadas en una dudosa condescendencia, fueron directamente despectivas.

¿Qué puede aportarnos hoy el psicoanálisis? La psicología crítica con el psicoanálisis ha tomado, efectivamente, una dirección de actuación clínica en la línea de favorecer la adaptación y la normalización de la conducta de los sujetos, como si todo fuese encaminado a que los sujetos sean elementos de estudio. Las neurociencias proporcionan versiones extremas de este enfoque. Freud se nos aparece ahora como una *rara avis*, como un conservador subversivo, como un ilustrado no progresista. Para los psicoanalistas comprometidos con su tiempo el psicoanálisis permite acercarse al sujeto desde su dignidad, aun a pesar de sus fallos incurables. Desde el punto de vista de la sociología y la psicología social, el psicoanálisis proporciona todavía un modelo para entender la sociedad y su transformación: la pulsión de muerte se acentúa cuanto más se niega lo real. De modo que la civilización es una transacción entre seguridad y libertad, ahora como en tiempo de Freud. Este autor se sitúa en esa línea de pensamiento de Hobbes por la cual uno debe estar siempre alerta a las pulsiones destructivas. En su reciente obra, *En la frontera. Conversaciones entre el sujeto y la política* (2014), Jorge Alemán hace un, a nuestro juicio, lúcido análisis de lo que el bagaje psicoanalítico puede decir acerca de los tiempos presentes. Para este psicoanalista deben pensarse todas las formas de inercia, de servidumbres voluntarias, que en nuestras sociedades se dan en forma de seducción. Uno puede aprender del psicoanálisis de Lacan que si bien no estamos ya en tiempos donde quepa denunciar en Occidente la explotación clásica (capital frente a trabajo en términos de marxismo clásico), sino en tiempos donde la subjetividad queda atrapada y cada cual va siendo ya un empresario de uno mismo (un constante emprendedor donde la empresa es la vida misma, el cual cae bajo la órbita de la autoayuda, el *coaching*, *mindfulness* y la obsesión con la felicidad a toda costa), en la era digital, la creación de realidades-necesidades supone un nuevo colonialismo: la colonización de la

subjetividad, de la familia, de la intimidad. Cuando en una cena con nuestra pareja o en una comida familiar sacamos el teléfono móvil y mentimos diciendo que es importante cuando no lo es tanto o no lo hubiera sido de no existir el dispositivo tecnológico en cuestión, entonces nos hemos dejado convertir en una suerte de botín de guerra, de materia prima explotada. Si el proletariado era la vanguardia que ya estaba llegando antes que todos los demás y por eso podía ser sujeto revolucionario (a diferencia de los campesinos y otros desposeídos) puede decirse que en estas sociedades nuestras los estudiantes y la mano de obra cualificada y altamente cualificada siempre que se está actualizando ya está siendo rebasada por las innovaciones. La frustración es permanente y ante eso surgen los nuevos competidores de psicólogos y psicoanalistas: nuevas especies de curanderos (gestores de energías incomprensibles, supuestamente, para la ciencia médica occidental), entrenadores de la vida y consejeros profesionales. De algún modo, los psicoanalistas están siendo ahora protagonistas de una suerte de reacción conservadora (como la que hubo contra ellos un siglo atrás) frente al torbellino de la vida diaria y los cantos de sirena de los vendedores de felicidad.



Placa conmemorativa en honor a Lacan y su clínica, en el número 5 de la calle Lille, en París. Lacan construyó su propio psicoanálisis desde el respeto al maestro Freud, pero desde una perspectiva diferente en muchos aspectos. Como médico, la propia práctica de la clínica estaba por delante de todo.

57

¿AMOR DE MADRE O SECUESTRO EMOCIONAL DE POR VIDA?

Este es uno de los temas más espinosos de la psicología y auténtica piedra de toque en la que Freud ponía a prueba la aleación de la que estaba hecha el compromiso psicoanalítico de sus discípulos: el complejo de Edipo. ¿Qué es el complejo de Edipo y por qué recibe ese nombre? ¿Hay algo de verdad en él incluso aunque reneguemos del psicoanálisis ortodoxo, freudiano?

Lo primero que debe clarificarse es el concepto mismo de complejo. Es fundamental tener claro que los procesos psíquicos tienen una propiedad tendencial que le son inherentes, es decir, buscan alguna finalidad aunque parezca esta incomprensible en múltiples ocasiones. Freud definió complejo como una agrupación de elementos conjugados y saturados de afecto. Para Jung un complejo es imaginable (mediante palabras, ideas, imágenes, etc.), está revestido de emoción (en esto se asemeja a una obsesión o una fobia), se da como una suerte de persistencia o estancamiento y, finalmente, se constituye como una totalidad contrapuesta a la conciencia habitual del sujeto, haciendo patente un conflicto psíquico. En el caso de Adler, la cuestión del complejo se centra en el sentimiento de inferioridad individual.

Tanto el complejo de Edipo como el complejo de inferioridad han intentado ser comprendidos por los psicoanalistas desde una base común. ¿Cuál? «Su principio fue la presunción de que el inconsciente, como estructura básica de la psique estaría regido por una fundamental y determinante tendencia instintiva» (José M.ª Poveda: *Los complejos. Cómo*

reconocerlos y tratarlos). Ahora bien, ¿por qué esta diferencia entre Freud y el que sería expulsado de entre sus discípulos con respecto a dónde cargar las tintas a la hora de buscar en el inconsciente? Prosigue Poveda:

> Adler, médico de los de entonces, pensaba sencillamente que el individuo es un conjunto de órganos y que de su buena compostura depende todo lo demás. Su complejo de inferioridad, a pesar de su reducida apariencia analítica, o tal vez por eso mismo, sigue siendo de lo más socorrido […] Freud, tan infatigable como insatisfecho conquistador del misterio del hombre, se embarcó en la medicina terminando su navegación entre los pedregosos bajos de una biología en permanente conflicto. Visto por él, el hombre, proyección de sí mismo, no podía ser otro que el pasivo protagonista de la gran tragedia del vivir para la muerte.

¿Qué significa la tragedia de Edipo? Edipo huye de su ciudad intentando que no se cumpla el augurio según el cual ha de matar a su padre, rey de la misma, y casarse con la mujer del rey. El héroe trágico desconoce que es adoptado y eso le hace confundir el mensaje de los oráculos. En su huida matará a su verdadero padre, Layo, sin pretenderlo. El mismo Layo había sido avisado por el oráculo de que, a cambio de tener descendencia, moriría a manos de la misma por haber raptado al hijo de Pélope. Edipo se acostará con Yocasta, la reina de Tebas, sin saber que es su madre y además prometerá a los ciudadanos de Tebas que buscará al asesino de Layo y lo expulsará, respondiendo a las presiones de Creonte y otros. Es acusado por el adivino Tiresias de ser el asesino. Conoce que Pólibo, su padre adoptivo, ha muerto y se siente aliviado, pues piensa que el vaticinio de que habría de matar a su padre no se ha cumplido. Pero pronto siente miedo de que la otra parte del oráculo pueda cumplirse: la unión carnal con Mérope (a quien sigue considerando su verdadera madre). Dice Edipo estas cruciales palabras: «¿Cómo no voy a temer al lecho de mi madre?», a lo que Yocasta, la verdadera madre, dice: «Tú no sientas temor ante el matrimonio con tu madre, pues muchos son los mortales que antes se unieron también a su madre en sueños. Aquel para quien esto nada supone, más fácilmente lleva su vida». Edipo no cejará en su empeño de saber la verdad de su origen y se le desvelará la terrible verdad: fue abandonado por Yocasta en brazos de un pastor pidiéndole a este que le diera muerte y así evitar el vaticinio de que hubiera de matar a su padre. Edipo no quiere ver la luz del día más, cuando

sabe su verdad. Nació de quien no debía, se acostó con quien no podía y mató a quien nadie ha de matar: a un padre. El héroe trágico se herirá en los ojos hasta quedar ciego y se someterá al destierro.

Para el psicoanálisis, el impulso sexual existe en un sentido amplio (no genitalmente, claro está) desde el nacimiento y tiene una precoz floración que después entra en un período de latencia (la edad de la inocencia, a partir de los seis años hasta los diez, aproximadamente). En esa floración surgen ciertas neurosis, entre los tres y seis años de edad, como las relacionadas con el Edipo, pues la madre es el primer objeto sexual en la vida del niño varón (después veremos cómo se ha interpretado este asunto en el caso de las niñas). Como el yo infantil está poco desarrollado y es débil, incapaz de resolver sus conflictos, puede dejar sin resolver el complejo. Un complejo edípico no resuelto o mal resuelto puede conllevar problemas a lo largo de la vida adulta. Escribe Freud en *Introducción al Psicoanálisis*:

> Desearéis, sin duda, averiguar de una vez en qué consiste ese terrible complejo de Edipo. Su propio nombre os permite ya sospecharlo, pues todos conocéis la leyenda griega del rey Edipo, que habiendo sido condenado por el destino a matar a su padre y desposar a su madre, hace todo lo que es posible para escapar a la predicción del oráculo, pero no lo consigue y se castiga arrancándose los ojos, cuando averigua que sin saberlo ha cometido los dos crímenes que le fueron predichos. Supongo que muchos de vosotros habréis experimentado una intensa emoción en la lectura de la tragedia en que Sófocles ha tratado este argumento. […] Es singular que la tragedia de Sófocles no provoque en el lector la menor indignación y que, en cambio, las inofensivas teorías psicoanalíticas sean objeto de tan enérgicas repulsas […]. En este complejo de Edipo debemos ver también, desde luego, una de las principales fuentes del sentimiento de remordimiento.



El actor Mounet-Sully como Edipo tras arrancarse los ojos (*Gallery of Players from The Illustrated American*, No. 8, Austin Brereton, Ed., The Illustrated American Publishing Co., Nueva York, 1896, por cortesía de David Thompson).

Dejar al padre fuera de juego para yacer con la madre: deseo inconsciente de esta etapa de la vida que, de no ser superado, provocará un remordimiento neurótico que puede ser explotado por los progenitores en forma de sumisión completa a la voluntad del padre y/o de una dificultad para distanciarse emocional y físicamente de la madre, con la traba que eso supone para construir una vida propia sobre las nuevas bases de un proyecto adulto. Esa es la tesis del psicoanálisis que ha pasado incluso al habla popular (pocos con un nivel de instrucción medio desconocen completamente la expresión «complejo de Edipo»).

Finalmente, ha de decirse alguna palabra acerca de la polémica cuestión de si existe el complejo de Edipo femenino, también conocido como complejo de Electra, a partir de Jung (Freud nunca aceptó esta denominación). Para el psicoanálisis el complejo de Edipo en la niña es unívoco en el sentido en el que el rechazo hacia el progenitor del sexo

contrario no tiene la relevancia ni se da con la misma fuerza que en el Edipo del niño mientras que, en efecto, la actitud femenina con respecto al padre sería bastante evidente mostrando abiertamente el deseo, en ocasiones, de recibir del padre un hijo (desconociendo, claro está, en virtud de la inocencia infantil cómo tal cosa sería posible). Su resolución suele darse sin dificultades y explicaría parcialmente la mayor rapidez con la que maduran las niñas frente a los niños.

58

¿ES EL PSICOANÁLISIS LA SECTA ELITISTA MÁS EXTENDIDA EN EL MUNDO?

David Bakan, en *Sigmund Freud y la tradición mística judía*, sostiene que el misticismo judío desempeñó un papel especial en la forma en que los judíos contactaron con el mundo occidental, especialmente a partir del siglo XVII. De algún modo consiguió debilitar los patrones clásicos dentro del judaísmo para facilitar de este modo la entrada de los judíos en los esquemas de Occidente. El humillante capítulo que la comunidad hebrea vivió en el siglo XVII con el falso mesías Sabbatai Zevi, quien no solo fue sometido sino que repudió finalmente la fe hebrea, nos da una clave para entender la importancia de lo que suponía Freud para el judaísmo integrado en Occidente de los siglos XIX y XX: lo que supuso el movimiento a favor de Zevi en términos de mesianismo social y en emotividad Freud lo confrontó como un problema científico —para un mayor conocimiento de este capítulo y de la mística judía recomendamos nuestra recensión de la obra de Gabriel Albiac y la obra misma, por supuesto (*La sinagoga vacía. Un estudio de las fuentes marranas del espinosismo*) en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía,* Vol. 31, No. 2.— Una de las características críticas del mesianismo es su objetivo,

consistente en liberar a las personas de la esclavitud y la opresión. Y en este sentido el trabajo de Freud en lo que respecta a la creación del psicoanálisis como escuela puede ser contemplado como mesiánico en tanto en cuanto el propósito del objetivo psicoanalítico radica en la consecución de una mayor libertad para el individuo, liberándolo de la tiranía del inconsciente en su relación con la opresión social que no le deja satisfacerse. El psicoanálisis nace y crece en el contexto de la curación del enfermo que no alcanza la cura a la manera de la medicina ortodoxa, lo cual lo presenta como una suerte de arte milagroso que va planteándose como un arte que no es solo capaz de sanar a individuos en la clínica sino de mejorar la sociedad misma.

Freud se concibió a sí mismo como un mesías en el sentido místico (judío, se entiende); si no, no se acaban de comprender, según nuestro autor, ciertos hechos biográficos auténticamente chocantes en la vida de Freud quien, entre otras cosas, solía verse a sí mismo como el protagonista en un drama histórico de proporciones míticas y no solo como un científico o un médico. Se identificó con José, por la capacidad de interpretar los sueños, y también con Aníbal, el héroe de raza semítica que luchó contra Roma en la Antigüedad. Tal y como cuenta Michel Onfray en *Freud: el crepúsculo de un ídolo*:

> Desde el otoño de 1902, por iniciativa de Stekel (cuyo nombre sería más adelante olvidado por Freud, a raíz de haberse disgustado también con él), todos los miércoles por la noche, Freud reunía en su casa un pequeño grupo de médicos, profanos interesados y también psicoanalistas, los primeros. En su *Autobiografía*, Stekel se describe como «el apóstol de Freud, que era mi Cristo». Y más adelante: «Brotaba una chispa, se difundía de un espíritu a otro, y cada velada era como una revelación» […] La historia del devenir de esta teoría en vulgata para nuestros tiempos posmodernos aún está por escribirse.

En una reciente obra (2015) titulada *Love in Vienna: The Sigmund Freud–Minna Bernays Affair*, el autor, Barry G. Gale, expone que si bien Freud era una persona solitaria, que se sentía cómoda en su estudio rodeado por sus libros, también necesitaba el contacto humano, especialmente buscaba conversación e intercambio de ideas. La combinación de ambas tendencias de su personalidad le condujeron a dar el paso de la Sociedad Psicológica de los Miércoles (mencionada por Onfray) al Comité, compuesto por los incondicionales y fervientes adeptos a la persona del precursor y su objeto fue, como explica Gale, salvaguardar la ortodoxia psicoanalítica de las

deserciones heréticas. El Comité estaba compuesto por Karl Abraham, Max Eitingon, Sàndor Ferenczi, Ernest Jones, Otto Rank y Hans Sachs, además de por el líder y recibió el sobrenombre de los Siete Anillos a causa del anillo entregado por Freud que cada uno de ellos llevaba, los cuales contenían piedras semipreciosas de origen grecorromano.

La inquina y animosidad personal con la que Freud expulsaba por motivos doctrinales —no por falta de rigor científico, algo de lo que su ortodoxia también adolecía— a sus adeptos no sumisos es bien conocida. Valgan algunas muestras que tomamos del trabajo de M.ª Pilar Quiroga Méndez, *C. G. Jung. Vida, obra y psicoterapia* (2003):

> Era conocido que Freud era una persona de temperamento controlado y de la misma forma, sus odios duraban años. A partir de esta afirmación, las descripciones de Adler y Stekel por parte de Freud se hacen especialmente crueles y el conflicto va aumentando de proporciones. Es curioso observar el modo de ataque, o los adjetivos utilizados en forma psicoanalítica. Para Freud, Stekel «representa el inconsciente no corregido», y Adler «el yo paranoico». […] Las rupturas provocadas en el seno del movimiento tenían, para Freud, un carácter personal. Cuando Jung le contesta lamentándose por la pérdida de personas dentro del grupo psicoanalítico, la respuesta de Freud es tajante: «Sus observaciones sobre la valiosa parte de la sociedad que se marcha con él son naturalmente absurdas, de lo que se convencerá usted mismo».

Después le tocaría el turno al mismo Jung, al que calificará de místico:

> La crítica de «místico» fue la que Freud dedicó a Jung con más frecuencia después de su ruptura. Aquí le advierte, en el sentido de no permanecer por más tiempo en campos faltos de la seriedad propia del psicoanálisis. […] En el primer mes de 1913 se consuma la ruptura. Freud le envía a Jung una carta el 3 de enero donde pone fin a sus relaciones amistosas. Este es el párrafo: «Aquel que grita de él que es normal, mientras muestra un comportamiento anómalo, despierta la sospecha de que carece de conciencia de enfermedad».

Una de las razones que hizo del psicoanálisis una terapia de élites es la cuestión, expuesta claramente por Freud en *La iniciación del tratamiento* (1913), sobre el pago de las sesiones y la relación que este tiene con su frecuencia:

> Por lo que se refiere al tiempo, sigo estrictamente y sin excepción alguna el principio de adscribir a cada paciente una hora determinada. Esta hora le pertenece por completo, es de su exclusiva propiedad y responde económicamente de ella, aunque no la utilice. Semejante condición, generalmente admitida en nuestra buena sociedad cuando se trata de un profesor de música o de idiomas, parecerá acaso muy dura en

> cuanto al médico y hasta incorrecta desde el punto de vista profesional. Se alegarán quizá las muchas casualidades que pueden impedir al paciente acudir a una misma hora todos los días a casa del médico y se pedirá que tengamos en cuenta las numerosas enfermedades intercurrentes que pueden inmovilizar al sujeto en el curso de un tratamiento analítico algo prolongado. Pero a todo ello habré de explicar que no hay la menor posibilidad de obrar de otro modo. En cuanto intentásemos seguir una conducta más benigna, las faltas de asistencia puramente «casuales» se multiplicarían de tal modo, que perderíamos sin fruto alguno la mayor parte de nuestro tiempo. Por el contrario, manteniendo estrictamente el severo criterio indicado, desaparecen por completo los obstáculos *casuales* que pudieran impedir al enfermo acudir algún día a la consulta.

Pero hay una razón más profunda, desde el punto de vista psicoanalítico, que desaconseja la gratuidad e, incluso, la ausencia física del dinero en la consulta (aunque este se intercambie con delicadeza, claro está); la expone Freud (1926) en un texto cuyo título, de reminiscencias religiosas es revelador: *La cuestión del análisis profano*: el paciente no se lleva nada más que palabras, ni una receta médica, ni una recomendación de cambio de conducta. Evidentemente curar por la palabra, dice Freud, parece cosa de magia, pero la magia desaparece cuando sus efectos aparecen tras un tiempo tan prolongado. Sostener la esperanza en la curación —añadimos nosotros— es complicado y solo la inversión de tiempo y dinero —especialmente de este último por parte del paciente— puede atarle al tratamiento por mera aversión a la pérdida de lo invertido.

En cualquier caso, y terminando de responder a la pregunta, el psicoanálisis fue en su origen una secta elitista y, aunque bien es verdad que no puede ser tachado de secta destructiva, el psicoanálisis infantil, la dependencia del terapeuta por parte del paciente o cliente, así como las rupturas con el entorno o ambiente de origen (padres, cónyuge, etc.) que se puedan derivar de las conclusiones extraídas del análisis llevan a algunos críticos a considerarlo como tal.

¿CREA LA PUBLICIDAD LA REALIDAD QUE ANUNCIA?

En buena medida, sí lo hace. Siguiendo a Gilles Lipovetsky y a Jesús Ibáñez, podríamos afirmar que el nuevo estilo publicitario está basado en proponer formas de ser y modos de sentir, estilos de vida, de modo que el contenido del producto pasa a un segundo plano en muchos casos para aumentar la capacidad expresiva del mismo. Es decir, el anuncio no significaría un significado, sino que remitiría a otro significante que, al acoplarse a la persona que adquiere el producto, hace de este el fin de la cadena significativa. Como dice Ibáñez, no compras el producto, compras el derecho a participar en el anuncio. El ingenio del publicista ya no consiste en cazar al incauto consumidor ni en exponer brillantemente las cualidades del producto, sino en hacer al consumidor sentirse alguien especial.

La publicidad se sitúa allende lo verdadero y lo falso para instalarse en el terreno narrativo de la verosimilitud y no en el terreno científico o forense de lo que puede comprobarse empíricamente. No es el detergente que lave más blanco, sino aquel que haciéndolo, por supuesto, me permita vivir mejor a mi aire ahorrándome tiempo y no complicándome la vida. Como señala Lipovetsky, se trata de dar razones para creer y si es capaz de sintonizar con el ánimo de los consumidores se da una profecía autocumplida:

> Es la época de la publicidad creativa y de la fiesta espectacular: los productos deben convertirse en estrellas, es preciso convertir los productos en «seres vivientes», y crear «marcas persona» con un estilo y carácter. Ya no enumerar las prestaciones anónimas y las cualidades llanamente objetivas, sino comunicar una «personalidad de marca». La seducción publicitaria ha cambiado de registro; desde ahora se inviste el *look* personalizado; es preciso humanizar la marca, darle un alma, psicologizarla: el hombre tranquilo de Marlboro, la mujer liberada, sensual y humorística de Dym. [...] Del mismo modo que la moda individualiza las apariencias de los seres, la ambición de la publicidad es personalizar la marca.
>
> *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*



La publicidad es omnipresente y omniabarcante. Nos envuelve por completo y a través de todos los canales, incluso el olfativo (por ejemplo, en ciertos almacenes de ropa se procura establecer condicionamientos en los potenciales clientes mediante fragancias hábilmente administradas).

Los anuncios más exitosos suelen ser aquellos que tienen un atractivo cognitivo-emocional. Apelan por igual a la inteligencia del sujeto, pero atendiendo a alguna emoción que pueda estar a flor de piel por la situación en la que muy probablemente se encuentre el *target* de un anuncio. Es más fácil vender el coche feo pero con mucho espacio a un treintañero con dos hijos dándole a entender que igual cabrán sus amigos y sus cosas en una escapada de fin de semana que explicándole las diversas ventajas objetivas que tiene ese vehículo para él y su familia.

Las premisas de la publicidad actual se resumen —según Clay Warren, de la Universidad Gorge Washington— en tres expresiones griegas cargadas de contenido filosófico: la premisa relativa al *ethos* (‘disposición’ o ‘carácter’, de donde viene *ética*), la premisa que concierne al *logos* (discurso racional, pensamiento lógico) y la que apela al *pathos* (‘sentir,’ de donde viene patología). Ian Cook, de la Universidad de California en Los Ángeles, se ha dedicado a la investigación de la relación entre conducta, cerebro y farmacología. Para este científico las imágenes publicitarias que pueden

perseguir influir en la conducta sin una evaluación racional tienden a activar el cerebro de modo diferente a aquellos anuncios que apelan a la toma de decisiones racionales. Para Cook, la idea de que la conducta irracional puede estar presente a diario en la vida de muchas personas, incluidos quienes parecen ser juiciosos y sensatos, debe requerir toda la atención científica.

60

¿CÓMO SABEN LO QUE ME PASA SIN DECIR PALABRA?

La cuestión del lenguaje no verbal es controvertida pero muy interesante. Aquí no puede haber mucha más prueba científica que la confrontación entre lo que se afirma y la propia experiencia de cada cual. Desde luego, independientemente del rigor científico de las obras que hablan del lenguaje no verbal, es cierto que se le da importancia en el ámbito de la psicología de las organizaciones y tiene cierto peso en las entrevistas de selección de personal.

Seguiremos en la exposición un trabajo ya clásico (*El lenguaje del cuerpo*) cuyo autor es Allan Pease. La tesis general es la siguiente: como cualquier otro lenguaje, en el del cuerpo hay términos, oraciones y puntuación. Un gesto es un término y un término puede significar varias cosas. El lenguaje corporal comprende una multitud de factores tales como el tacto, los movimientos corporales, los gestos al comenzar la conversación, la delimitación de los territorios (espacio personal, distancias que marcan zonas, rituales de uso del espacio), gestos con las manos (apretones de mano, entrelazamiento de los dedos, forma de cogerse a uno mismo las manos, gestos con el pulgar, tocarse la nariz y la cara, taparse la boca, frotarse los ojos, rascarse el cuello), posiciones defensivas de los brazos, formas de mirar, cruce de piernas, de tobillos o pies, posición de la cabeza, gestos de

coquetería, forma de mover el cigarrillo o de manipular las gafas, etc. Algunos de ellos son de cierto interés a la hora de mantenernos alerta sobre la veracidad del discurso de quien nos habla. Según estos estudiosos del lenguaje corporal, tocarse la nariz y frotarse el ojo es la forma adulta de lo que supone taparse la boca en los infantes cuando mienten. Cuando no estamos de acuerdo pero asentimos verbalmente a lo que nos están diciendo es relativamente normal que nos rasquemos unas cinco veces bajo el lóbulo de la oreja con nuestra mano hábil.

Sea como fuere, la postura y el gesto expresan la actitud ante otra persona y, si no sabemos disimular, también indica los sentimientos que nos suscita. Cuando hay conexión entre las personas estas tienden a copiarse la postura en la que están sentadas. Cuando las personas están tensas debido a la extrema cercanía a otra, se girarán y procurarán distanciar la parte del rostro que tienen más próxima la una de la otra. El tacto es usado como una compensación por una interrupción brusca de una conversación, por ejemplo. Así mismo, todos sabemos lo que significa la mano sobre el hombro, pero según de quién venga puede parecer un gesto paternalista que delata la actitud de quien lo hace hacia quien lo recibe.

Las palmas de la mano también hablan por nosotros cuando estamos en una conversación. La exposición de las palmas de la mano está relacionada con una pretensión de veracidad (no exactamente con estar contando la verdad, sino con la petición implícita de que se otorgue credibilidad a lo que se dice). Denota cierta sumisión y suele darse en situaciones en las que hay una cierta ansiedad por ser creído. Nadie ignora que en nuestra cultura occidental hay una relación muy fuerte entre la palma de la mano y la verdad (juramentos solemnes, ante un tribunal, etc.), pero también entre la palma de la mano y el hecho de pedir y no debe extrañar, pues, que de un modo no consciente sea usada para persuadir, pidiendo crédito, de que uno está en posesión de la misma.

El apretón de manos es también significativo para quien quiera saber algo sobre nuestra personalidad nada más conocernos. Hay tres actitudes que podemos expresar al estrechar la mano: dominio (palma hacia abajo y fuerza exagerada), sumisión (palma hacia arriba y flojedad) o igualdad (palma de lado y fuerza moderada). Conviene que procuremos transmitir esta última siempre y en todos los contextos mientras miramos cordialmente a los ojos a

la persona. Produce una pésima impresión —la inversa de la que se pretende — hacer el guante con la otra mano sobre la de la otra persona. Esto solo es una muestra de afecto y de entrega al otro cuando este otro nos es bien conocido y sabe ya qué puede esperar de nosotros. Si este no es el caso, debe evitarse porque pueden pensar de nosotros que somos una persona tendente al avasallamiento o que estamos pasando por un fuerte nerviosismo que intentamos compensar equivocadamente. Lo mismo debe decirse de la toma de la muñeca y del codo mientras damos la mano. Tras el saludo y el inicio de la conversación procure no entrelazar las manos y si acaso ve que su interlocutor lo hace, no se deje llevar por el mensaje engañoso: en absoluto tiene por qué tratarse de un signo de relajación o buena disposición hacia usted. Si la conversación transcurre de pie no ponga las manos sobre la cintura y si usted tiende a situar las manos tras la espalda, probablemente se fijen en qué hace con ellas: esto que parece un gesto de autoridad o seguridad puede denotar, según los estudiosos en estos asuntos, frustración o necesidad de autocontrol si se agarra la muñeca o el otro brazo. No cruce tampoco los brazos ni lo haga de forma disimulada (agarrando un bolso o tocándose el reloj), pues pondrá de manifiesto su nerviosismo. El cruce de tobillos es otro gesto que puede delatar un nerviosismo mal disimulado. Sobra decir que si usted está apuntando con sus pies hacia la salida mientras habla con una persona —a la que se dirige con la mitad superior de su cuerpo solamente— está claro que quiere huir de esa conversación.

Con respecto a la cabeza, si la inclina hacia atrás seguramente es porque tiene una actitud neutral o incluso indiferente ante lo que escucha, mientras que si la inclina hacia un lado está denotando verdadero interés. Desde luego, si le interesa ganarse la confianza de quien tiene delante, no incline mucho la cabeza hacia delante pues demuestra desconfianza ante lo que se escucha. Las dos manos detrás de la cabeza denotan tanta autosuficiencia que es un gesto que se debe reservar para ambientes de mucha confianza (familiares y amigos íntimos). No ría falsamente: es perceptible cuando solo ríe la boca pero no ríen los ojos. Si usa gafas coyunturalmente (presbicia, problemas de lectura, vista cansada), quíteselas mientras escucha y póngaselas cuando le toque hablar, de forma natural, como lo hace normalmente, evitando siempre mirar por encima de ellas, aunque sea por la simple razón de que solo las usa para leer y ve mejor a su interlocutor de esa manera. Fumar está mal visto —y

prohibido— en la mayor parte de lugares donde pueden tenerse relaciones laborales o sociales fuera del círculo de confianza; no obstante, si ha de hacerlo evite los gestos arrogantes como echar el humo por la nariz mientras se inclina hacia atrás. La impresión que causará puede resultar pésima incluso aunque los otros fumen compulsivamente: su aparente seguridad será percibida como inmadura chulería.

61

¿PERCIBIR LO QUE YA NO EXISTE?

Ser un cuerpo es confundirse con un mundo, estar entretejido al mundo mediante operaciones que realizamos continuamente. El cuerpo posee una lógica del mundo en el que está inserto. Solo así pueden comprenderse cabalmente dos fenómenos como el miembro fantasma y la anosognosia tal y como la entiende Merleau-Ponty. Por el primero se percibe la presencia de un miembro amputado. Por el segundo no se reconoce como propio un miembro que efectivamente sigue anejo a nuestro cuerpo. No debe pensarse que son rechazos conscientes y deliberados (un querer negar la realidad en el primer caso y un rechazo hacia una parte de nuestro cuerpo que nos repugna por inútil en el segundo). No se trata de eso. Es una disposición previa a cualquier juicio acerca del asunto. Se trata de algo tan previo como para hacer el conato de rascarse el miembro que no existe (miembro fantasma) o como para horripilarse porque al tocar una pierna consideramos que no es nuestra y tirarnos de la cama (anosognosia).

El tratamiento del dolor por la extremidad fantasma ha llegado a ser un problema importante para los médicos puesto que puede llegar a durar hasta seis meses. Desde un punto de vista neurológico podría tratarse de una reacción de alarma frente a la pérdida de las señales que la médula espinal

solía acusar cuando existía el miembro amputado. El uso de estimulación de la médula espinal para tratar el dolor del miembro fantasma ha sido llevado a cabo experimentalmente.



La no constatación de la pérdida de nuestras extremidades parece constituir una prueba de que en lo que concierne a la percepción de nosotros mismos también funcionan los principios de la psicología de la Gestalt: la totalidad, la configuración acabada impera sobre los elementos o partes en los que puede descomponerse.

Sea como fuere, como subrayó Merleau-Ponty, el fenómeno del miembro fantasma —el cual es percibido frecuentemente en la misma posición que estaba el miembro real cuando sufrió la lesión— desafía a la fisiología y a la psicología así como a la concepción dualista de la relación mente-cuerpo. La anestesia no consigue hacer desaparecer la percepción del miembro fantasma. Si contrastamos la experiencia del paciente amputado que siente el miembro extirpado con la del paciente con anosognosia veremos que, en este caso, también nos encontramos con un desafío en la medida en que no se trata de una anestesia sin más: los pacientes sienten su miembro vivo y real como otra cosa viva y real, tal como una serpiente o algo semejante. Algo falla en el dualismo psicofísico y estos dos casos clínicos lo hacen patente. La anosognosia es la ausencia de un fragmento de la percepción de la totalidad corporal, el cual tendría que estar, mientras que el miembro fantasma sería la

presencia de un fragmento que no debería estar. Como esto no tiene sentido fisiológico ni desde un dualismo psicofísico (¡¿cómo va a estar ausente lo presente y presente lo ausente?!) habrá que pensar que no podemos entender la relación del sujeto psíquico con su cuerpo como si este fuera un mecanismo anatómico-fisiológico que manda una serie de señales que aquel acusa. Del mismo modo que el cuerpo no obedece sin más a un sujeto psíquico que lo controlara como quien controla un vehículo, tampoco el psiquismo es algo así como el receptáculo donde son representados los estímulos provenientes del cuerpo y traducidos a otro lenguaje distinto. El cuerpo vivo está en el quicio mismo entre eso que llamamos mundo interior o subjetivo y el mundo más allá de nuestra piel.

62

¿ES LA CONTABILIDAD EMPRESARIAL UNA ILUSIÓN?

Daniel Kahneman, en su obra *Thinking Fast and Slow*, señala que simplemente la suerte puede ser la influencia dominante decisiva para que una empresa, un CEO (director ejecutivo) o un corredor de bolsa tengan éxito en sus decisiones. Pero como nos resistimos a pensar así —un ejemplo que pone el mismo Kahneman: había una posibilidad entre ocho (un medio al cubo) de que Mao, Stalin y Hitler fueran varones y, por lo tanto, líderes mundiales— queremos creer que todo puede estar bajo nuestro control.

Creer que podemos predecir el futuro con mayor éxito del que realmente podemos tener crea, en el entorno financiero, la ilusión de la habilidad para escoger acciones. Una ilusión sobre la cual se ha construido una gran industria de la especulación financiera. Compradores y vendedores comercian con miles de millones de acciones cada día teniendo la misma información, con dificultad, sobre aquello con lo que comercian, pero discrepando sobre

cómo interpretar lo que esa información significa de cara al valor futuro de esas acciones. Con independencia de que se trate de individuos que operan con sus propias cuentas o de mánagers profesionales con conocimiento, entrenamiento y una dilatada experiencia, se dan fallos a la hora de conseguir ganancias, fallos que no son puntuales. En torno a dos tercios de fondos de inversión rinden por debajo de las previsiones en todo el mundo cada año. Kahneman vincula la ilusión de la habilidad inversora en los dos sistemas que postula para entender la toma de decisiones. El sistema 1 procura hallar la relación causa-efecto con la mayor brevedad posible y trabaja para encontrar aquellas confirmaciones que necesita para ratificar su explicación. Este sería el caso de una empresa que ha tenido buenos resultados durante un año y rápidamente mira hacia la directora ejecutiva o director ejecutivo (CEO) con admiración pensando que ahí está la causa de su éxito. También sería el caso de un fondo de inversión que consigue réditos por encima de la media del mercado durante ese ejercicio e, igualmente, señala al mánager como responsable. El sistema 2 es capaz de analizar la información con mayor profundidad, pero se caracteriza por su lentitud y por no operar a no ser que sea estrictamente necesario, delegando en el sistema 1. A medida que pasan los años en la actividad económica, la ilusión echa raíces cada vez más profundas. Se ha invertido demasiado tiempo, dinero y esfuerzo como para asumir la aleatoriedad del éxito. La pregunta que no se suele hacer y que es decisiva, según Kahneman, es si toda la información relevante acerca de una compañía está incorporada definitivamente en el precio de sus acciones. ¿Puede realmente alguien, por muy entrenado que esté, responder a esta pregunta? Si la respuesta es negativa, la siguiente pregunta es por qué no lo reconocen. La respuesta está en el hecho de que no lo pueden contemplar, dada la prioridad que se le concede al análisis a gran velocidad (y en un sentido cortoplacista muchas veces) del insumo de datos.

Si a la dificultad para imaginar con adecuación el futuro se le suma la que se da para recordar correctamente el pasado, podemos hacernos una idea de a dónde nos quiere llevar la argumentación de Kahneman. Este pone un ejemplo muy llamativo acerca de dos grupos de personas que van a hacerse una colonoscopia en tiempos en los que este procedimiento era muy doloroso para muchos. Es un procedimiento con una gran variación en su duración de unos sujetos a otros (desde cuatro minutos a una hora y cuarto) y con una

variación notable en el grado de dolor que se podía llegar a experimentar. Tras haber medido mediante una escala el dolor (preguntando a los pacientes) durante el proceso se les preguntó, tiempo después, sobre el dolor y el resultado fue el promedio del peor momento durante la colonoscopia y el dolor experimentado cuando todo había acabado. Sin embargo, la duración del procedimiento es irrelevante en la respuesta. Esto es realmente chocante. Quien normalmente decide es quien recuerda, no quien está viviendo el aquí y ahora del asunto. Por eso lamentamos haber decidido muchas cosas de las que creíamos estar bien informados por nuestra propia experiencia en primera persona. Cuando se trata de invertir dinero, las personas no saben hasta qué punto lo han hecho correctamente antes. Se da un autoengaño que persiste en el momento de evaluar el propio rendimiento. El modo en que acaba la historia es determinante. Y eso pasa al decidir someternos a otra colonoscopia, en la gestión de carteras de inversiones y en la política de los gobiernos nacionales.

63

¿NOS AUTOENGAÑAMOS PARA GASTAR DINERO?

De la mano de Richard Thaler, en su artículo «Mental Accounting and Consumer Choice», responderemos afirmativamente a la pregunta. Nos autoengañamos. Thaler nos propone las siguientes situaciones para hacernos reflexionar al comienzo de su estimulante trabajo, publicado en 1985: Situación 1. El señor y la señora L y el señor y la señora H van de viaje de pesca y capturan algunas piezas de salmón. Empaquetan el pescado y lo envían a casa en avión, pero el pescado se extravía por el camino. Reciben una compensación de 300 dólares de la compañía aérea, cogen el dinero y se van a cenar, gastándose más de dos terceras partes. Es un exceso que ninguno de ellos había hecho nunca. Situación 2. El señor X consigue 50 dólares en

una partida mensual de póquer. Apuesta diez confiando en sus cartas. El señor Y tiene cien acciones de IBM que se han revalorizado un 50 % hasta el día de hoy, pero ha perdido lo mismo que ha ganado en el juego. Sus cartas son muy buenas. Pero no acepta la apuesta. Cuando X gana —viendo que él podría haberle superado— piensa para sí que si él hubiera ganado esa cantidad en el juego habría visto la apuesta. Situación 3. El señor y la señora J han ahorrado 15.000 dólares en vista a adquirir la segunda vivienda de sus sueños. Esperan comprar la casa en cinco años. El dinero rinde un 10 % y acaban de comprar un coche nuevo por 11.000 dólares, el cual han financiado mediante un préstamo a tres años al 15 % de interés. Situación 4. El señor S admira un jersey de cachemir pero no lo compra, pensando que es excesivo. Ese mismo mes su mujer se lo regala por su cumpleaños, él se pone muy contento aunque sus cuentas bancarias son conjuntas.

Estos ejemplos sencillos, nos dice Thaler, ilustran la violación —cada uno de ellos— de algún principio de la teoría de la elección racional aplicada específicamente al gasto, la inversión y el ahorro. La primera situación viola el principio de fungibilidad del bien-dinero, por el cual la naturaleza del dinero es tal que no deberíamos suponer que hay etiquetas anejas al mismo. Sin embargo, las parejas adjudican al dinero sobrevenido por la indemnización una categoría (quizá dos: dinero venido del cielo y comida) que no le habrían puesto si ese mismo montante hubiera llegado por una paga extra ese mismo mes, para cada una de las parejas, de 150 dólares. La segunda situación habla de cómo circunscribimos al tiempo y el espacio ciertas cuentas mentales. La tercera situación viola también el principio de fungibilidad y muestra el temor, un accidente puramente psíquico en este caso, a no reponer el dinero que habían ahorrado para la casa de veraneo mientras que se sienten seguros de pagar el coche por el mero hecho de que el banco impone unos plazos. En el cuarto caso nos vemos ante un caso de autoengaño manifiesto. El sujeto sabe que si expone el deseo no consumado de un capricho su cónyuge lo va a satisfacer en forma de don, pero el dinero para sufragar la compra del regalo procede del mismo lugar del que habría procedido en caso de habérselo comprado él mismo.

El modo en que nos hacemos las cuentas muestra tres componentes. El primero de ellos capta cómo los gastos-inversiones son percibidos, vividos y cómo se toman y evalúan las decisiones. Tenemos en cuenta los análisis de

coste-beneficio tanto anteriores como posteriores al gasto-inversión. Un segundo componente tiene que ver con la asignación de actividades a ciertas cuentas. Tanto las fuentes como los usos de los montantes de dinero que separamos imaginativamente (puesto que el dinero responde, en realidad, al principio de fungibilidad) sirven para etiquetarlos. Los gastos se agrupan en categorías y el hecho de gastar sufre ciertas limitaciones en función de presupuestos explícitos o implícitos. Ciertos montantes reciben etiquetas en función de si son ingresos corrientes (regulares o no) o puntuales. En un estudio se les preguntó a dos grupos de sujetos si querrían comprar una entrada para una función. A un grupo se les dijo que consideraran que habían gastado 50 dólares antes durante esa semana asistiendo a un partido de baloncesto (mismo presupuesto); al otro grupo se le dijo que les habían puesto una multa de aparcamiento por valor de 50 dólares antes, durante la semana. Los primeros mostraron significativamente una menor predisposición a comprar la entrada para la función que aquellos que habían sufrido la multa. Otro ejemplo: las dietas nos compensan más si nos las proporcionan en un viaje de trabajo allí donde los gastos son superiores a lo normal que si nos dan la misma cuantía a la semana siguiente para una estancia en un lugar más barato (aunque, contando racionalmente, a lo largo del mes el efecto en la cuenta es el mismo o posiblemente peor puesto que probablemente no nos privemos de consumir las alternativas más caras en el primer viaje). Un tercer componente tiene que ver con la frecuencia con la que las cuentas se evalúan (diariamente, semanalmente, anualmente, etc.) y si se hace con un encuadre amplio o estrecho. En el último caso, Thaler se refiere a esta conducta como aversión miope a las pérdidas. El término *miope* se usa a causa de que las frecuentes evaluaciones evitan que el inversor adopte una estrategia alternativa que sería preferible en un horizonte temporal a largo plazo. Siguiendo a Thaler, la evidencia experimental apoya la visión de que cuando se impone desde el exterior un horizonte temporal, los sujetos eligen más arriesgadamente. En un estudio llevado a cabo por Thaler y otros colaboradores, los sujetos tomaron decisiones de inversión (acciones o bonos) envueltos en procesos de evaluación bajo frecuencias que simulaban ocho veces al año, en un caso una vez al año, en otro, y, finalmente, una vez cada cinco años. Los sujetos bajo las condiciones largoplacistas invirtieron dos tercios de sus fondos en acciones bursátiles mientras que aquellos que tenían que evaluar con frecuencia invirtieron casi el 60 % en bonos. Del

mismo modo, cuando se trata de invertir para la jubilación cuando se tiene delante la distribución de los rendimientos de un plan de pensiones en un año se prefieren los planes basados en bonos, mientras que cuando se contempla la distribución a treinta años se eligen los fondos de pensiones que operan con cartera de acciones.

64

¿SON LAS EMOCIONES UN DISPOSITIVO SUPERCOMPUTADOR ÚTIL PARA LA VIDA?

Las primeras teorías de la motivación se centraron en el factor instintivo que habría tanto en animales como en el ser humano. Por instinto se entienden ciertas pautas fijas y estereotipadas de conductas que no han podido aprenderse cuando se manifiestan. William James, a finales del siglo XIX, concibió los instintos como acciones intencionales que pueden no ir acompañadas de conciencia del propósito de las mismas. En efecto, cuando los animales buscan aparearse no tienen en ningún plano de conciencia el hecho de que la finalidad de su conducta es perpetuar la especie a la que pertenecen. McDougall considera que las emociones ligadas a los instintos constituyen la determinación más importante de la conducta, destacando los instintos de huida, la repulsión, la reproducción y la motivación gregaria (seguir al grupo). Sin instinto no hay conducta, consideró McDougall. La pulsión o empuje instintivo es intencional y esforzada, conlleva una búsqueda del mantenimiento en la actividad por parte del ser vivo. Dicha actividad estaría causada por fuerzas innatas. El problema con el concepto de instinto fue el abuso del mismo a comienzos del siglo XX. Pasó a significar tantas cosas que, en rigor, no significaba nada. El conductismo de Watson contribuyó a su desaparición, en la medida en que defendió que, en los seres humanos, todas las conductas podían ser explicadas mediante el aprendizaje.

Sin embargo, con la etología de los años cuarenta del siglo XX se recuperó el poder explicativo de este concepto desde cierto rigor. De ello fueron responsables el premio Nobel Konrad Lorenz y Nicolas Tinbergen, quienes estudiaron la conducta gregaria, la migratoria, la sexual, la paternal y la filial. La etología procura captar los factores que desencadena la puesta en marcha de la conducta instintiva, la cual sigue un patrón fijo de acción, altamente estereotipado, y que responderían, supuestamente, a la programación genética de los individuos. Un estímulo actúa como señal y la conducta se desencadena. Lorenz explicó la conducta de este tipo en función de tres componentes: la conducta apetitiva motivada por la acumulación interna de preparación para una determinada acción; la activación de un mecanismo innato de liberación que desinhibe la reacción innata y, finalmente, la descarga de acto consumatorio, que constituye el propósito de la acción.

La teoría del impulso —concepto este que sustituyó al de instinto, caído en descrédito— de Clark Hull (1884-1952) procuró desarrollar una teoría de la motivación basada en la experimentación. El principio de la conducta es buscar el placer y evitar el dolor. Influido por el darwinismo, definió de forma operativa los conceptos teóricos; el hambre se define en función del número de horas de privación de comida y la fuerza de un hábito se define según el número de respuestas reforzadas. De estas definiciones quedan excluidos conceptos de orden mental, tales como el propósito de las acciones, el cual queda explicado en función de reacciones corporales públicamente observables, al menos, por los miembros expertos de la comunidad científica. Lo que Hull sostiene es que los déficits fisiológicos son el impulso que desencadena las conductas cuyo fin es encontrar el equilibrio interno (*homeostasis*). Las necesidades son una fuente de energía. Entre los impulsos primarios, además de los obvios (comer, beber, respirar, evitar el dolor, temperatura óptima, defecar, orinar, descansar después del ejercicio), encontramos la necesidad de permanecer activo. Es decir, el fin del organismo no es el reposo absoluto, ni siquiera cuando duerme. Se trata de un equilibrio activo. Entre impulsos y hábitos hay una relación multiplicativa, proporcionando los hábitos, por un lado, la dirección de la conducta mientras que, por otro, el impulso le dispensa la energía. Hábito e impulso multiplican, no suman. Si uno de los términos es igual a cero la conducta no se ejecutará.

Tenemos ya el contexto para comprender esta extraña idea de que las emociones, como agentes motivadores (no siempre lo son, pues muchas veces inhiben la conducta), son una serie de dispositivos computadores. Evidentemente, las emociones, en su mayor parte, no son impulsos primarios y su fuerza motivadora puede llegar a ser refrenada o canalizada y convertirse así no en la causa de la conducta, sino en el efecto de una razón. Sin embargo, es cierto que las emociones permiten captar súbitamente algo así como una conclusión (muchas veces equivocada) de una situación que, si tuviera que ser explicitada racionalmente, conllevaría decenas o cientos de proposiciones encadenadas lógicamente mediante razonamientos. A eso quiso referirse la escuela filosófica del objetivismo con lo de la comprensión de las emociones como una herramienta al servicio de una comprensión súbita de un contexto que, en el mundo simbólico y racionalizado de los seres humanos, puede ser una comprensión equivocada. En los años sesenta del pasado siglo, decía la filósofa Ayn Rand, a propósito de lo que se espera de un ser humano racional, que «una emoción es una respuesta automática, un efecto automático de las premisas de valor del hombre. Un efecto, no una causa. No hay ningún enfrentamiento necesario, ninguna dicotomía entre la razón del hombre y sus emociones siempre que él observe la relación adecuada». Nathaniel Branden, desde un enfoque más psicológico que filosófico, desarrolló esta idea. Como expone Tom Butler-Bowdon:

> Pensamos que la felicidad es una emoción, pero es una emoción que resulta de valores que se han elegido conscientemente y se han cultivado; somos felices cuando conseguimos o cumplimos lo que es más importante para nosotros. Cuando negamos o erosionamos esos valores, sufrimos. Branden observa que la ansiedad tiende a presentarse solo cuando una persona no ha pensado como debía en un asunto. Al no pensar, la persona se ha vuelto inadaptada a la realidad. El dolor físico es un mecanismo diseñado para nuestra supervivencia corporal, pero Branden sugiere que el dolor psicológico también tiene un propósito psicológico: cuando sentimos ansiedad, culpa, o nos sentimos deprimidos, eso nos está indicando que nuestra conciencia no se halla en un estado saludable. Para corregirlo, tenemos que reafirmarnos como individuos y revisar nuestros valores, quizás formar nuevos valores. Por el contrario, cuando sacrificamos la razón a nuestras emociones, perdemos confianza en nuestro propio juicio.
>
> *50 clásicos de la Psicología*

Ha habido fuertes críticas posteriores a esta visión de las emociones como una forma (habitualmente fallida) de supercomputación a partir de una situación o contexto, forma que debería ser siempre evaluada por la razón antes de que mueva a conducta. Son críticas que proceden de la psiquiatría, las neurociencias, la neurobiología y las ciencias cognitivas y tienen en común que parten de una serie de estudios y pruebas experimentales que revelan que las emociones en adultos, infantes y animales, no pueden ser reducidas al producto de las conclusiones de la mente consciente. Quizá el caso paradigmático ha sido el de las dos obras más célebres de Antonio Damasio: *El error de Descartes* y *En busca de Spinoza*. Damasio ha formulado una teoría de los sentimientos y las emociones muy elaborada que, precisamente, no viene a dar la razón al objetivismo de Rand y Branden.

65

¿PUEDE ALGUIEN CON EL CEREBRO EXTIRPADO TENER AÚN VALOR PARA MATAR AL MÉDICO QUE SE LO EXTIRPÓ?

Esto es precisamente lo que la leyenda cuenta que le sucedió al portugués António Egas Moniz. Moniz perteneció a esa generación de clínicos que, en el paso del siglo XIX al XX, combinaron el psicoanálisis con técnicas cada vez más invasivas tales como el uso del alcanfor y la insulina para inducir convulsiones, al comienzo, y otras más duras como el *electroshock*, la cual llegó a ser el tratamiento propio contra la depresión psicótica. La psicocirugía, lejos de suponer un escándalo ético para los clínicos, empezó a prestigiarse —en esta misma línea de invasión cada vez más incisiva sobre el cuerpo de los pacientes— y, dentro de estos primeros psicocirujanos, Egas Moniz supone un hito decisivo por atreverse a realizar la lobotomía frontal para los casos de psicosis que no respondían a ningún otro tratamiento, lo

cual le valió el Premio Nobel. Debemos decir que el concepto de psicosis en aquel momento era muy amplio, casi un cajón de sastre y dentro cabían también conductas obsesivas que ahora vincularíamos más bien con la neurosis, la paranoia, etc. Sea como fuere, la cuestión es que Moniz consideró que estas conductas —en un contexto en el que los psiquiátricos eran auténticos manicomios donde se ejercía violencia sobre ciertos sujetos, donde había camisas de fuerza y habitaciones acolchadas— podían deberse a la disposición de los circuitos neuronales en ciertos pacientes. La rotura de dicha disposición, el cortocircuito, por decirlo así, podía dar un respiro y un poco de paz a los pacientes. En efecto, como las funciones locomotoras y los centros del habla no eran objetos del alcance de la nueva técnica lobotomizadora, en las revisiones periódicas que los médicos harían de los pacientes lobotomizados no parecería quedar ningún efecto secundario relevante. Sin embargo, para los pocos que se tomaron la molestia de hacer un seguimiento o para algunos familiares que no se habían olvidado de los suyos, los lobotomizados parecían, si se nos permite la expresión poética, seres sin alma. No obstante, esto no pareció llegar a oídos de nadie hasta más tarde, pues se dice que incluso Eva Perón confió en la lobotomía, en su caso, para aliviar unos dolores que la morfina era incapaz de mitigar (uno de los efectos secundarios de este procedimiento era una suerte de anestesia, acompañada de anhedonia o incapacidad para el disfrute).



Escultura en honor a Egas Moniz, frente a la facultad de Medicina de la Universidad de Lisboa, la cual amplió sus instalaciones en 2004 con un nuevo edificio que también lleva el nombre de este psiquiatra. Se trata de una figura controvertida, ensalzada y denostada. Orgullo nacional para unos y un motivo más de vergüenza para la Academia Sueca que otorga el Nobel para otros.

Moniz nació en noviembre de 1874, proveniente de una familia aristocrática cuyo apellido comporta nobleza desde hace medio milenio. Su nombre, Egas, se debe al del que fue el tutor del primer rey de Portugal. Estudió en Coimbra y posteriormente fue a Francia a estudiar neurología y psiquiatría. Volvió a Portugal pocos años antes de cumplir los cuarenta para hacerse cargo de la nueva especialidad en neurología abierta en la Universidad de Lisboa. En 1926 se retirará de la política, a la que se había dedicado con más ahínco que a los estudios de medicina. Moniz fue un autor prolífico que tocó varios asuntos: la literatura portuguesa, dos autobiografías, sexología… La publicación de la controvertida serie de libros *La vida sexual*

le dieron una notoriedad inmediata. Biografió a portugueses ilustres y peculiares, como al Padre Faria (monje e hipnotista en las colonias de India) o a Pedro Hispano (papa Juan XXI). Pero su producción es abrumadora cuando se trata de medicina, especialmente sobre angiografía, párkinson y daños neurológicos a causa de la guerra. Fue un profesor brillante, un hombre encantador con los amigos y los niños, con una gran cultura renacentista (ducho en arte, historia y literatura). Llegó a ser el presidente de la Academia de Ciencias de Lisboa.

Como médico, en sus comienzos, centró toda su atención en la investigación neurológica. Moniz albergó la fuerte convicción de que radiografiando los vasos sanguíneos del cerebro podrían localizarse tumores cerebrales de un modo más preciso. Experimentó con la aplicación de colorantes opacos a la radiación, lo cual le permitía fotografiar, por decirlo así, las arterias cerebrales en busca de anomalías. Sus primeros experimentos hicieron uso de pacientes que parecían tener un tumor cerebral, con síntomas de epilepsia y párkinson. Usó con ellos estroncio y bromuro de litio y uno de los pacientes murió. Esto no lo detuvo y en otros tres pacientes se atrevió a inyectar una solución que contenía un 25 % de yoduro sódico. De este modo se obtuvo lo que podría calificarse de primer angiograma y esta técnica habría de ser utilizada en la detección de la oclusión de la arteria carótida. Sin embargo, el premio Nobel no vendría por este mérito, sino por la psicocirugía.

Moniz decidió aventurarse a lobotomizar a los pacientes psicóticos refractarios a los tratamientos no (tan) invasivos a raíz de la lectura de un artículo académico de Carlyle Jacobsen y John Fulton, de la Universidad de Yale, presentado en el Segundo Congreso Internacional de Neurología (Londres, 1935). Estos dos autores e investigadores describían allí cómo un chimpancé al que se le habían extraído los dos lóbulos frontales se mostraba, tras la operación, más cooperativo y voluntarioso a la hora de realizar las tareas asignadas sin mostrar síntomas de frustración. Antes de la cirugía, uno de los chimpancés, Becky —en homenaje al cual puso título a su documental Joaquim Jordà: *Monos como Becky* (1999)—, había reaccionado al desempeño de ciertas tareas de un modo altamente volátil, rechazando entrar a la estancia o enfureciéndose después de cometer un error. Tras la operación, Becky era obediente y tranquila:

> Durante años, el guionista y director Joaquín Jordà intenta hacer una crítica película sobre la vida y las experiencias de este neurólogo, pero se da cuenta de la imposibilidad al enterarse de que, en 1949, es el primer premio Nobel portugués, casi medio siglo después, 1998, el segundo es el novelista José Saramago, y además su efigie aparece en los billetes de diez mil escudos. Tras sufrir una embolia y ser operado, Jordà, con la ayuda de Nuria Villazán, se replantea su proyecto y lo convierte en un personal documental donde aparecen su operación y él, parientes de Egas Moniz, psiquiatras, neurocirujanos y biopsicólogos que opinan sobre la práctica de la lobotomía y los internos de las comunidades terapéuticas del Maresme representando la vida del científico, que muere asesinado por uno de sus pacientes. Sin la menor relación con las películas habituales sobre locos, manicomios y psiquiátricos, uno de los más peculiares subgéneros, Jordà y Villazán realizan un curioso documental, hablando en castellano, portugués, inglés y catalán, que critica las brutales terapias del neurólogo portugués.
>
> *Directores españoles malditos*
>
> Augusto M. Torres

La representación teatral que, a modo de terapia, hacen los internos del Maresme se basa en la ficción de que Moniz encontró la muerte tras los disparos. No fue así. Quedó paralítico, pero moriría años más tarde, octogenario. Otra parte de la leyenda es que quien le disparó fue un lobotomizado, lo cual debería ser algo imposible pues los lobotomizados son seres apáticos. En efecto, quien lo atacó fue un interno y lo hizo motivado por problemas relacionados con su tratamiento, pero no era uno de sus lobotomizados.

Otra influencia decisiva para Moniz fue la del neurólogo Richard Brickner y su informe acerca de un paciente con un gran tumor frontal benigno de meninge (meningioma) el cual, una vez realizadas las secciones del lóbulo frontal, conservó sus facultades intelectuales pero mostró un cambio fuerte en su personalidad (de tímido e introvertido a vivaz y fanfarrón). A partir de todo esto Moniz lanzó su hipótesis: en los pacientes mentalmente enfermos la presencia de conexiones neuronales anormales tiene su origen en los lóbulos frontales y, en el caso de los obsesivos y melancólicos, se podría obtener un alivio para el paciente si se ejecutara una sección de los lóbulos frontales. Desarrolló el instrumental médico necesario, una suerte de aguja con un lazo de cable retráctil. El cable podía ser movido

por la parte posterior del lóbulo frontal ejerciendo el corte a través de las fibras de materia blanca cerebral. En los primeros ensayos, Moniz usó alcohol para destruir el lóbulo frontal. Tal fue el caso de una mujer depresiva, de sesenta y tres años de edad, con ansiedad, paranoia, alucinaciones, insomnio… La ansiedad de la paciente y su extrema inquietud declinó rápidamente y los rasgos paranoides se atenuaron. Moniz recibiría el Nobel de Medicina en 1949. El procedimiento fue refinado posteriormente en Estados Unidos y allí recibió el nombre de lobotomía.



Instrumental para realizar lobotomías según la técnica de Walter Freeman y James W. Watts. Con un picahielo y un mazo de caucho convirtió la lobotomía en un procedimiento renovado que no dejaba de ser igualmente escalofriante pues se martilleaba el picahielo en el cráneo sobre el conducto lacrimal para posteriormente moverlo con el fin de cortar las conexiones pertinentes.

Las críticas no se hicieron esperar. Algunos dijeron que los efectos eran peores que la enfermedad: invalidez mental, zombis. El propio Moniz fue atacado por no documentarse adecuadamente y por no hacer un seguimiento correcto y diligente de los pacientes una vez sometidos a la cirugía. Aun así, nada pudo frenar la proliferación de esta práctica y hasta que no aparecieron los antipsicóticos, solo en los Estados Unidos, se practicaron cinco mil

intervenciones. Esto es lo que se quiso denunciar, entre otros asuntos, en la obra —adaptada posteriormente al cine— *Alguien voló sobre el nido del cuco.*

66

¿POR QUÉ ÚLTIMAMENTE HAY PSICÓLOGOS POR TODAS PARTES?

La psicología no solo está reunida y concentrada en las facultades de psicología y en las clínicas, sino que, además, se ha ido extendiendo —como vimos en la respuesta a las preguntas iniciales de este libro— por las sociedades industriales con fines presuntamente tecnológicos. Ejerce en todos los dominios sociales: la empresa, la organización laboral, el ámbito docente, en el hogar, en la vida privada e íntima, etc. Tales facultades son la convergencia de laboratorios etológicos con ciertos saberes culturales (antropológicos) o técnicas de control social que ya estaban en marcha. La psicología es una ciencia de escuelas, como la sociología y la economía.

Las escuelas de la psicología han intentado arrogantemente reducir las formas culturales y los hábitos sociales a mecanismos psíquicos a la par que la historia de la psicología muestra que no es más que la historia de un debate entre escuelas, la historia de un estar revisando continuamente el objeto y el método. Realmente, para ser justos, deberíamos hablar no tanto de historia de la psicología como de la historia de las cuestiones psicológicas surgidas en relación con otras ciencias, en especial, con la biología y con la asistencia de una serie de tecnologías aplicadas. Tanto las ciencias como las técnicas a partir de cuya combinación surgen las tecnologías tienen relación con las demandas prácticas de la sociedad en curso: el ocio y el bienestar de las sociedades burguesas decimononas conllevó una demanda de estudios encaminados a la mejora de la higiene y de la salud humanas. Como se

preguntaba el profesor J. B. Fuentes en sus clases impartidas en la Universidad Complutense de Madrid: ¿Qué transformaciones sociales acompañan al interés por la psicología? ¿Qué reúne realmente a científicos con cajas llenas de palomas y a terapeutas especializados en estrés laboral o en gestión de las emociones? ¿Qué hacen juntas estas personas en una misma institución? ¿Cómo alcanzan a llegar después a tantos lugares de la sociedad? La respuesta quizá está en la compleja y creciente hibridación económico-psicológica, investigada por nosotros en *Psicoeconomía: estudio gnoseológico y ontología del presente*:

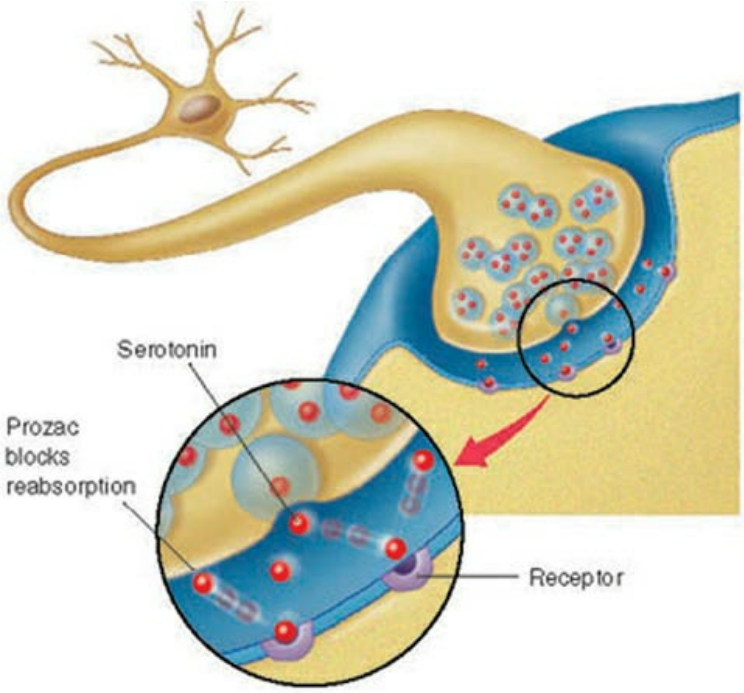
> El capital en préstamo es el medio por el cual se sostiene, por una parte, la adaptación de las clases medias a un entorno donde el riesgo y la incertidumbre es la tónica general en la medida en que puedan reciclarse formativamente con el fin de encarar los posibles cambios laborales y, por otro lado, hace soportable un nivel de consumo por parte de aquellas que de otro modo, dado el descenso del crecimiento de los salarios reales y el escaso incentivo que supone el ahorro desde la oferta financiera, sería imposible mantener. [...] Una Psicología que dé cobertura a la Economía allí donde esta no puede ya penetrar —en las psiques— solo tendrá un universo de discurso una vez se hayan generalizado en todas y cada una de las sociedades donde esté funcionando el libre mercado una serie de sesgos detectables y clasificables para el psicólogo económico (el premio Nobel de Economía, D. Kahneman, es el ejemplar paradigmático de este intento con su propuesta de un doble sistema perceptivo-cognitivo).

67

¿FÁRMACOS O TERAPIA?

La publicación en 2004 de la obra de David Healy *Let them eat Prozac* (*Déjales que ingieren Prozac*), tras su *The Creation of Psychopharmacology*, puso sobre el tapete el conflicto de interés entre la industria farmacéutica y el mundo académico. Healy ya había defendido en conferencias que los

antidepresivos basados en inhibidores selectivos para la recaptación de la serotonina pueden hacer de los consumidores personas suicidas. Obviamente, la reacción no se hizo esperar pues la afirmación es realmente fuerte si se tiene en cuenta la gran cantidad de personas que toman un tratamiento de este tipo y le supuso perjuicios laborales. Quien quiera conocer esta historia —seguimos aquí la magnífica reseña de Jennifer Hansen para *Metapsychology Online Reviews*— puede consultar la web *www.pharmapolitics.com*. Sobra decir que gigantes de la industria farmacéutica aportan fondos para la investigación departamental en las universidades. Para Healy, el éxito de antidepresivos como Prozac a comienzos de este siglo no radica solo en la compra de voluntades por parte de la industria farmacéutica, sino también de una desinformación acerca de los efectos secundarios, un aspecto descuidado en los ensayos clínicos. Se ha dicho que los inhibidores selectivos de la recaptación de la serotonina presentan una tasa de suicidio de 600 por cada 100.000 pacientes al año, pero esta sería realmente la tasa para la depresión severa (contra la cual estos tratamientos poco pueden hacer) y no debe extrañar. Sin embargo, Healy considera que el asunto no acaba ahí: los suicidios son de 189 por cada 100.000 consumidores de Prozac en casos leves (cuidado primario) de depresión y una tasa así debería ser causa suficiente para que se investigue si hay alguna relación.



Mecanismo de los inhibidores de la recaptación de la serotonina, como el famoso Prozac. El medicamento impide que la serotonina (un bien escaso de nuestro organismo) sea reabsorbida para que quede, de ese modo, junto a los receptores.

La introducción de los inhibidores de la recaptación de la serotonina fue desplazando al Valium y a otras benzodiacepinas (con fama de ser fuertemente adictivas) a la vez que empezó a sonar cada vez más la idea de que la depresión severa y el desorden bipolar estaban escapando en un alto porcentaje al diagnóstico y al tratamiento que, supuestamente, requerirían. Estamos en los quince años transcurridos desde comienzos de la década de los noventa hasta mediados de la década del cambio de siglo. Según Healy, el marco conceptual de la psiquiatría se va desplazando desde el lenguaje de las neurosis y la ansiedad hacia un paradigma psiquiátrico biologicista, cada vez más centrado en la neuroquímica. Cuando el Valium deja el trono se sientan en él el Prozac y sus semejantes. Se produce una identificación total entre la depresión y los bajos niveles de la serotonina (que empieza a recibir el nombre de neurotransmisor de la felicidad). Estos inhibidores de la recaptación de la supuesta causa bioquímica de la sensación de ser feliz

tienen la ventaja, además, de evitar la sobredosis y de presentar una mayor tolerancia por el organismo. Lo que Healy subraya es cómo estos medicamentos que bien pueden indicarse para casos de depresión suave o de depresión subclínica se hicieron muy populares para tratar la depresión en general, aun cuando los ensayos clínicos previos a su puesta en el mercado señalasen su no efectividad en la depresión grave. Además, en los ensayos clínicos de estos inhibidores aparecían como causantes de ciertos estados de agitación. Llegados a este punto, no queremos eludir la respuesta a la pregunta. Responderemos, con Peter Bongiorno, quien en 2015 publicó una obra cuyo título ya contiene dicha respuesta: *Holistic Solutions for Anxiety & Depression in Therapy: Combining Natural Remedies with Conventional Care* (*Soluciones holísticas para la terapia en ansiedad y depresión: combinando remedios naturales con cuidados convencionales*). La Organización Mundial de la Salud expone que la depresión ha llegado a ser la segunda enfermedad más gravosa del mundo, solo superada, como causante de pérdida de tiempo y dinero, por las enfermedades del corazón. La ansiedad y la depresión se acompañan la mayor parte de las veces y hay quien las concibe como un continuo cuya base es la misma. Sea como fuere, muchos pacientes están buscando alternativas a los psicofármacos en esta segunda década del siglo XXI. Magnesio, para dormir mejor, triptófano para elevar el ánimo y visitas al naturópata para que pueda darles consejos individualizados sobre cómo cambiar el estilo de vida y organizar un plan holístico, totalizador, pero no excluyente *ab initio* del uso de la medicación. Citando a Groucho Marx, Bongiorno hace suya la sentencia que dice: ten la mente abierta pero no tan abierta que se te caiga el cerebro. Ciertos medicamentos son un amigo del paciente en un momento dado, especialmente delicado, de su dolencia (como tras un ingreso debido a un ataque de ansiedad o ideas suicidas), pero también si, aun presentándose en buenas condiciones, el paciente quiere reducir o eliminar su dependencia a los fármacos. La seguridad ha de elegirse primero y la toma de riesgos debe estar calculada para minimizar estos. Si el paciente ansioso-depresivo tiene buen humor, cierta alegría de vivir (aunque manifieste un ánimo melancólico, como es natural en una persona levemente deprimida) y no manifiesta una conducta extraña, es absurdo que se empiece el tratamiento holístico retirándole bruscamente toda medicación psiquiátrica que pueda estar tomando. Hay tiempo de ir sustituyendo esa medicación por las alternativas. Si retirar la

medicación sin el cuidado necesario lleva a síntomas indeseables —lo cual es muy probable— eso reforzará el hábito de tomarlo y aumentará la desconfianza frente a las alternativas.

68

¿ES EL PSICOANÁLISIS EL ÚLTIMO GRITO DEL MACHISMO?

Emily Zakin expone, en un magnífico artículo para la enciclopedia filosófica de la Universidad de Stanford, el problema entre feminismo y psicoanálisis que comenzó muy pronto. La tesis ortodoxa obligó a Freud a suponer que el clítoris es una especie de pene disminuido que produce la envidia del pene en las niñas con el consiguiente sentimiento de inferioridad y el rechazo del niño hacia la niña (con el consiguiente temor del niño varón a la castración). Según Freud, el niño teme la castración por parte del padre como castigo a causa de su deseo por la madre, mientras que la niña entiende la castración como algo que ha sido consumado en ella desde el inicio. El niño supera el complejo de Edipo y pierde el miedo a la castración interiorizando la figura paterna como un superyó que acabará siendo la base para su conciencia moral. Como la niña no tiene motivos para superar el Edipo —ya viene castrada de nacimiento—, no elabora un superyó fuerte y esto la convierte en un ser moralmente débil. Por otro lado, pero en relación con lo anterior, encontramos la cuestión del falo. En el falo se focaliza la libido en el varón. En la mujer la libido queda desenfocada buscando muy pronto fuera de sí un objeto: el hijo (que no es el deseo de ser madre, sino la búsqueda de lo perdido).



El feminismo, como una superheroína, ha tenido y tiene muchos frentes abiertos. Casi podría decirse que cuando no termina de cerrarse uno (o de parecer que se cierra) ya se está abriendo otro. El problema con el psicoanálisis radica, fundamentalmente, en la propuesta freudiana de que la mujer sería genital y pulsionalmente algo así como un varón imperfecto.

Ya la psicoanalista Karen Horney defendió, en lo relativo al complejo de castración, una disposición femenina inherente a la mujer que no sería, en modo alguno y contra lo defendido por Freud y la ortodoxia psicoanalítica, la mera formación secundaria en la mujer del complejo de castración masculino. De este modo Horney podía encontrar en la cultura la razón del estado de subordinación de la mujer al hombre y no en sus propias disposiciones atávicas.

Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo*, discrepó del punto de vista psicoanalítico, denunciando que la única libido que reconoce el psicoanálisis sea la libido entendida desde un punto de vista masculino sin reconocer una naturaleza propia, por decirlo así, a la libido femenina. El psicoanálisis es un

monismo sexual porque todo se interpreta bajo un mismo prisma. La única envidia que le cabe a la mujer con respecto al hombre no es por su pene, sino por las oportunidades de prosperar y de ejercer posiciones de poder que a la mujer le están negadas, considera Beauvoir. Lo que el psicoanálisis augura a las mujeres es el mismo horizonte de conflicto entre la femineidad y la subjetividad (la desobjetualización de su ser) que le proporcionan los dictados sociales. Para el psicoanálisis, del mismo modo que para la sociedad burguesa convencional, hay dos caminos que la mujer no puede recorrer simultáneamente: desarrollarse como personas completas, con capacidad de decidir y de hacer o ser seres femeninos, renunciando a su completud. Como Freud, Simone de Beauvoir considera que no puede hablarse del ser humano en general, como un ser sin sexo. Para ambos la identidad y diferencia sexuales no pueden ser puestas entre paréntesis. Aunque la femineidad pueda ser una construcción social, no por ello es una mera mistificación que atenaza o retiene la subjetividad de la mujer. También considera, con Freud, que hay que poner toda la atención en el impacto que la situación en los hogares tiene sobre los más pequeños.

69

¿SABÍAS QUE SE ACUSA A LOS PSICOANALISTAS DE INVENTAR Y CREAR LOS TRASTORNOS QUE DIAGNOSTICAN?

Cuando la mayor parte de la gente reflexiona acerca de la memoria, suelen considerarla en términos de su experiencia cotidiana. La investigación de la memoria ha tendido, según Loftus, a desarrollarse en condiciones de laboratorio, utilizando materiales de aprendizaje artificiales. Los recuerdos que nos asaltan naturalmente son normalmente recuerdos de recuerdos porque bien se ha pensado en ellos con frecuencia o bien han sido repetidos.

Esto es una diferencia fundamental con el tipo de recuerdos propios del laboratorio de la investigación tradicional. Otro contraste es el tipo de aprendizaje que allí se da: el aprendizaje de la vida cotidiana es incidental y suele tratarse de información relevante para los objetivos de los individuos o para sus intereses y no tiene que ver con las instrucciones de los experimentadores. La memoria del día a día está llena de sentido, de propósito e influida por el contexto de un modo significativo. Los objetivos de los participantes en experimentos afectan a la precisión con la que se cuentan los recuerdos. Esto no significa que la investigación de laboratorio descontextualizada arroje resultados del todo incompatibles con lo que la observación del uso cotidiano de la memoria nos presenta porque, al fin y al cabo, lo primero carga las tintas sobre la cantidad de recuerdo (a veces expresada en *bits*), mientras que lo segundo se centra en el contenido.

El enfoque de Loftus no se ha reducido a cuestiones de laboratorio sino a sucesos realmente relevantes para la vida de las personas, sucesos que han llegado a juicios penales donde estas han debido asistir a la defensa frente a especialistas afines al psicoanálisis que consideraban testimonio fiable un supuesto recuerdo reprimido infantil que afloró de repente. La historia es la siguiente: una mujer de veintinueve años, Eileen Franklin, un día miró a su hija a los ojos y, repentinamente, tuvo un recuerdo de que su mejor amiga de la infancia, Susan Nason, con ocho años, fue asesinada por un hombre de un fuerte golpe en la cabeza. Decenio después el recuerdo afloró sin previo aviso: su padre había matado a su mejor amiga. A lo largo de los meses, Eileen intentó evitar el recuerdo, pero este volvía cada vez con más detalle. Finalmente llamó a la policía. El recuerdo constaba de colores, sonidos, texturas, emociones y conversaciones reproducibles palabra por palabra. Se trataba de una historia de abuso. El abogado de la defensa de George Franklin llamó a Loftus para ver su disponibilidad para testificar como experto. Loftus se mostró extrañada por la falta de pruebas incriminatorias materiales o de una acumulación razonable de pruebas circunstanciales. Ciertamente, lo que hacía tan creíble el testimonio de Eileen era la precisión, el colorido, la riqueza de detalles de lo recordado. Cuando Loftus preguntó al abogado defensor si ella reveló algún hecho que solo un testigo ocular podría saber, el abogado afirmó que todos los detalles que Eileen proporcionó podían encontrarse en artículos de periódico de la época de la desaparición de Susan

y de dos meses después, cuando apareció el cuerpo. Algunos de los detalles proporcionados por la prensa no eran exactos; Susan llevaba dos anillos, uno de plata en la mano derecha y uno de oro, con un topacio, en la mano izquierda. Un periódico confundió los anillos afirmando que la piedra estaba incrustada en el de plata. Pues bien, en la declaración realizada frente a los detectives de la policía veinte años después, Eileen cometió el mismo error.

Además, el supuesto colchón que cubría el cuerpo de Susan cuando fue encontrada y que Eileen decía recordar en la parte trasera de la camioneta de su padre, era un somier que no entraba en ese espacio. En efecto un periódico habló de un colchón mientras que otro corrigió la información. Eileen fue cambiando partes de su declaración a medida que pasaba el tiempo: el colchón pasó a ser una cosa, sin más, y la hora del asesinato dejó de ser la mañana para pasar a ser la tarde (en efecto, se supo que Susan había ido al colegio y estuvo allí, en clase, hasta las tres de la tarde). Los fiscales esgrimieron que un recuerdo así de elaborado era una versión ajustada del pasado y para apoyar esta afirmación apelaron al mecanismo de la represión, tal y como ha sido entendido desde Freud y el psicoanálisis. Las inconsistencias en el relato de Eileen no hablan contra la veracidad del recuerdo, según los fiscales, sino acerca de su antigüedad. La cuestión es que en el verano de 1989 Eileen le confesó a su hermano que estaba yendo a terapia y que había sido sometida a tratamiento hipnótico resultando de esto la visualización del asesinato de Susan por su padre. Con el tiempo Susan suplicaría a su hermano que apoyara una nueva versión de lo que le contó en su día: el recuerdo le vino en terapia, pero no bajo el (supuesto) trance hipnótico. ¿Por qué este cambio?

En la terapia Eileen había dejado de negarse a sí misma los abusos que su padre cometió contra ella. De esto sí había certeza. Pero el uso de la hipnosis, en cuanto técnica sugestiva, restaba fuertemente credibilidad a su testimonio si es que este había tenido su origen en dicho estado.

70

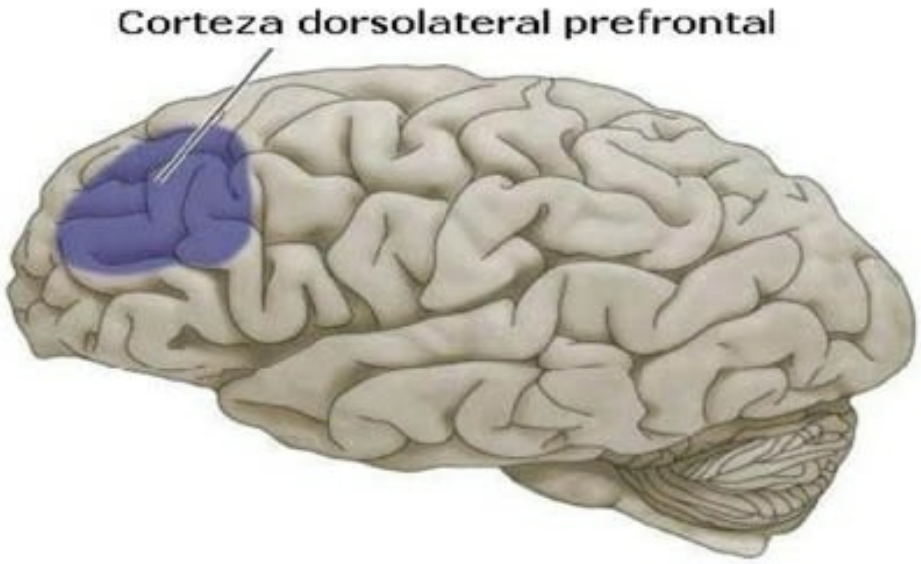
¿NEUROCIENCIA SIN CONCIENCIA?

«Neurociencia sin conciencia» fue el título de un artículo de Olivier Oullier publicado en 2005 por *Le monde diplomatique*. Se refería no a los problemas que tiene la neurociencia para explicar la conciencia en el sentido del estado de conciencia, sino a la falta de escrúpulos con la que las aplicaciones surgidas de las investigaciones neurocientíficas pueden llegar a ser puestas en funcionamiento. Sin embargo, este autor también se ha encargado de otra interesante relación entre la conciencia moral y la neurociencia: investigar qué relación parece haber entre la capacidad de hacer ciertos juicios morales y la actividad de ciertas áreas cerebrales. En un trabajo publicado en 2012 por la revista *Social affective and cognitive Neuroscience* con el título «Disrupting the right prefrontal cortex alters moral judgement» («Interrumpir el córtex prefrontal derecho altera el juicio moral»), Oullier y otros parten de la dicotomía entre la tradición kantiana, según la cual el juicio moral es el producto de un razonamiento consciente, y la tradición empirista (emotivismo moral), la cual pone el énfasis en el papel de las reacciones intuitivas de corte afectivo como la guía para el juicio moral. El enfoque de Oullier es considerar tanto la razón como la emoción, constatando que la investigación neurocientífica —a su juicio— viene a intentar sintetizar ambas tradiciones filosófico-morales. El modelo que se propone tiene como base un *modus operandi* dual por parte del cerebro. La situación experimental requirió de unos escenarios donde se presentan unos dilemas.

Como es sabido, en un dilema moral los sujetos se enfrentan a conflictos entre dos valores morales o dos requerimientos de conducta que entran en oposición moral. Además, se hizo uso subsidiario de un experimento cuyo fin era explorar el valor emocional de cada dilema para los cincuenta y dos estudiantes que tomaron parte en el estudio como grupo independiente, con lo cual era posible —según Oullier— encontrar una correlación entre el nivel emocional de cada dilema y la probabilidad de la respuesta. Se identificó, supuestamente, también el nivel de conflicto generado por cada dilema,

usando la misma metodología. El estudio trató de sondear la consecuencia de una actividad disruptiva del córtex prefrontal dorsolateral en el contexto de la evaluación de dilemas morales. La evaluación moral se puso a prueba en dos condiciones diferentes: un juicio que afirma la aceptabilidad objetiva de dicha evaluación y otro que concierne al respaldo que en términos subjetivos merece la misma. Según Oullier, ninguna de estas condiciones puede considerarse como algo que implica un proceso de toma de decisiones con consecuencias directas efectivas para el sujeto, tal y como ocurre en la toma de decisiones económicas, pero ambas condiciones conllevan un modo de estimación del valor de dos opciones y de identificación de la más aceptable con el fin de llegar a tomar una decisión social compleja.

En las tareas de juicio objetivo, la actividad disruptiva de esta parte del cerebro afectó a la conducta de los sujetos incrementando la probabilidad de respuestas utilitarias, es decir, que son el resultado de una ponderación razonada de las consecuencias de las decisiones. Según estos investigadores, esto confirmaría que el córtex prefrontal dorsolateral desempeña algún papel en el juicio moral, confirmación que estaría en línea con lo hallado por otros investigadores, según los cuales allí se produciría la integración de varios tipos de *inputs.* El estudio se muestra revelador en la influencia que esta parte del cerebro tendría en la calibración del daño que nuestras decisiones pueden hacer sobre el bienestar de otros. Lo que ya no está tan claro es qué procesos en concreto están relacionados directamente con la reducción del impulso emocional en la evaluación objetiva de los dilemas morales. Según Oullier, esta región cerebral guarda relación con emociones secundarias pero necesarias para implementar las conductas que se apoyan en la orientación externa y en reglas abstractas. Esto explicaría la activación de esta área durante la emisión de juicios que implican una referencia a normas sociales sofisticadas y su implicación en el procesamiento de normas de justicia, de rectitud (*fairness*).



Área del cerebro estudiada por Oullier y su equipo en relación con la toma de decisiones morales. Estas cuestiones son controvertidas y complejas. Pensemos que en procesos mucho más sencillos como la percepción están implicadas varias áreas cerebrales y que el funcionamiento de ciertas capas profundas del cerebro no es bien conocido aún. Por lo tanto, debemos ser prudentes con estas correlaciones.

En las tareas de juicio subjetivo, la activación de esta área guarda relación con una tendencia o sesgo en la respuesta hacia el cálculo de utilidades solo en el caso de los dilemas de alto conflicto moral. Quizá esta área puede ser parte de un sistema neuronal responsable del control racional sobre la respuesta afectiva predominante en este tipo de tareas. De ser así, el conflicto no sería generado por una competencia entre la razón y la emoción, sino más bien por una interacción entre dos subprocesos emocionales: una integración efectuada por el área de emociones sociales secundarias compitiendo con otras de orden más primario e intuitivo sería una explicación más plausible que suponer que se trata del resultado de una anulación de las reacciones emocionales por parte de la razón. Esto queda ilustrado en el caso del dilema del bebé que llora, donde una madre ha de elegir entre matar a su propia criatura para salvar a muchas personas o rehusar hacerlo y ser responsable de las muertes de todas esas personas. La reacción emocional visceral que

enraíza del acto de imaginarse a una misma ejecutando a su bebé entraría en competición con las emociones secundarias sobrevenidas de la planificación de las consecuencias futuras de la opción de abstenerse de hacerlo de modo que el papel de la razón se limitaría a echar las cuentas. Cuanto más activa está el área cerebral a la que nos venimos refiriendo, más competirían con las reacciones emocionales intuitivas (primarias) aquellas emociones secundarias resultantes de la evaluación general contextual objetiva inclinando las respuestas hacia una decisión más basada en las consecuencias (más utilitaria: el mayor beneficio para el mayor número). En dilemas menos conflictivos, los dos tipos de emociones inclinan las respuestas de modo similar hacia un menor utilitarismo. Cuando se da una actividad disruptiva en el área se da un incremento de las respuestas de tipo utilitarista solamente en dilemas de alta conflictividad (como el del bebé que llora).

En conclusión, en lo relativo a decisiones morales, según el trabajo de Oullier y sus colaboradores, son tres los procesos que interactúan durante la toma de decisiones: un cómputo racional, reacciones emocionales intuitivas (primarias) y reacciones secundarias (también emocionales). El desequilibrio entre los procesos y su influencia coordinada respectiva sobre la toma de decisiones morales dependería del contexto en el que el dilema sucede, es decir, si se trata de dar un juicio de valor o de una elección comportamental subjetiva. En el primer caso, la decisión moral recae en la interacción entre procesos puramente racionales y emociones que son generalmente sociales, de orden secundario. La influencia de estas últimas es crucial en estos casos y su supresión lleva a una evaluación que es completamente de corte utilitarista (consecuencialista). En cambio, cuando se trata de una evaluación subjetiva, la decisión moral descansa sobre la interacción entre procesos puramente racionales y emociones intuitivas, automáticas (primarias). Aquí la influencia de las emociones sociales de orden secundario es poco relevante y su supresión tiene un efecto marginal.

Según la interpretación del equipo de Oullier, su trabajo vendría a dar la razón a la intuición de Spinoza (1632-1677) de que no puede haber ética sin hacerse cargo de las emociones que brotan de la razón. «Cada cual gobierna todo según su afecto», escribió el sabio holandés del XVII. Asimismo, en clave evolucionista, Oullier y sus colaboradores consideran que es lógica la coexistencia de estos tres subsistemas decisorios tras la toma de la decisión

moral en conciencia: habría un subsistema más primitivo que favorecería el interés propio; otro automático que favorece el interés de los miembros del grupo y uno tercero que nos hace pensar en términos más generales y que es posterior evolutivamente. La influencia de los marcos de referencia (objetivo/subjetivo) y de los tipos de contexto (situaciones de baja conflictividad/situaciones de alta conflictividad) sobre el frágil equilibrio entre los tres procesos es, para Oullier y los suyos, una de las claves que permitirían elucidar la gramática de la moral.

71

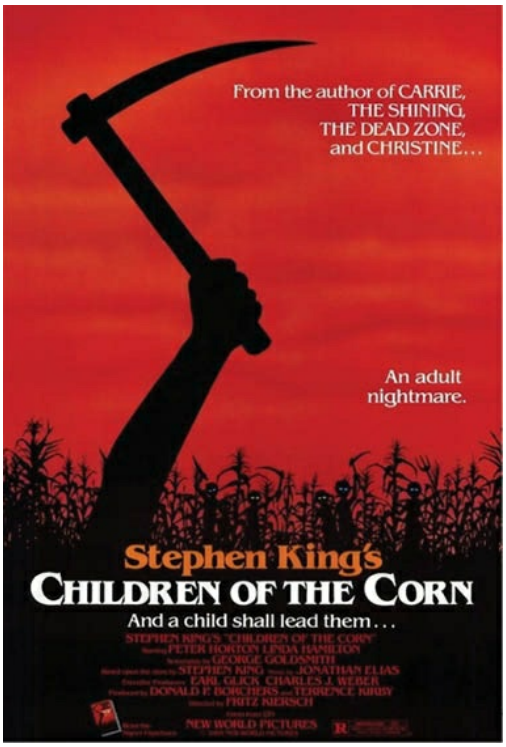
¿SE PORTARÁ BIEN ALGUNA VEZ?

Es posible que alguna vez nos hayamos topado con algún niño o alguna niña extremadamente desafiante y de voluntad fuerte. Como es sabido, complican las cosas en casa, interrumpen las clases y lo hacen pasar francamente mal a sus progenitores y familiares en los lugares públicos. Se trata de un desorden de conducta que muestra, además, un patrón ininterrumpido de falta de cooperación. Esta conducta puede ir acompañada de un bajo rendimiento académico y de una conducta antisocial, aunque no necesariamente.

¿Qué hacer? Lo primero que habría que descartar, no obstante, es que no haya otro problema subyacente: hiperactividad, ciclotimia (alteración brusca del estado de ánimo) o problemas de aprendizaje. Una vez descartado cualquier otro problema, en segundo lugar, debe quedar claro que son los progenitores los que precisan una atención preliminar antes de tomar medidas drásticas con el infante. Los padres y los educadores son los encargados de sostener de un modo continuado en el tiempo la voluntad de modificar la conducta de sus hijos o alumnos, respectivamente. Normalmente se trata de que los progenitores —a ser posible ambos (aunque vivan separados)— se

centren en las cualidades positivas del niño o la niña. No puede haber conducta deseable que quede sin refuerzo positivo mediante un elogio. Pero también hay que permanecer inflexibles con respecto a las reglas y los límites. Tanto reglas como límites deben estar dentro de lo que es apropiado a su edad. ¿Cómo elogiar correctamente? El elogio debe contribuir a la repetición de la conducta y de otras que pueda entender como semejantes, por generalización. Por lo tanto, como es de sentido común, el elogio debe ser casi inmediato a la realización de la conducta y debe ser hecho en un tono de voz firme y sincero, con dulzura pero sin hipocresía o síntomas de fatiga que puedan envolver nuestras palabras en un aura de cinismo.

Los maestros y las maestras de escuela tienen que tener en cuenta que este alumnado suele llevar muy mal el hecho de no estar avisados con suficiente antelación de que la actividad en la que están inmersos se acaba ya y hay que pasar a otra. Necesitan ser advertidos con tiempo y, a ser posible, que quede bien claro por un medio visual al que puedan acudir cuando duden del tiempo que les queda (algo tan sencillo como poner en la pizarra, bajo el reloj, de qué hora a qué hora se va a realizar tal tarea). Con apuntar de un modo claro y secuencial en la pizarra las tareas al comienzo de la jornada o de la clase será más que suficiente. Además, es conveniente que haya una esquina en el aula donde enviar temporalmente al alumno o la alumna que se comporte de un modo desafiante y disruptivo. Debe entenderse desde el comienzo del curso que es imposible mejorar todas las conductas, de modo que hay que elegir las dos o tres peores y trabajar sobre ellas. En una cartilla de conducta realizada a base de cuadrículas se irán marcando las veces que se lleva a cabo una conducta positiva (contraria a la que se quiere extinguir) y al llegar a un número determinado de veces (esto depende de la conducta y de la edad) se le premia con algo que le guste mucho de la vida escolar. Estos premios tienen que poder ser disfrutados por los otros pequeños y pequeñas puesto que podemos crear problemas donde no los hay a causa de agravios comparativos indeseables.



En 1984 se estrenó la película *Los chicos del maíz*, basada en un aterrador relato de Stephen King en el que niños y adolescentes son los únicos habitantes de un apartado pueblo de Nebraska. El miedo a los niños que no son como debieran ha sido explotado por el cine en varias ocasiones (una de ellas sería el caso de *La profecía*, de 1974, protagonizada por Gregory Peck y Lee Remick).

Los progenitores son el modelo fundamental que tienen los infantes a la hora de asumir roles. Es por esto por lo que, aunque conlleve un gran esfuerzo, debemos predicar con el ejemplo. Esto implica mantener la calma todo lo que se pueda y hacer esfuerzos para evitar una conducta físicamente agresiva. La convivencia con este tipo de infantes es aún más agotadora de lo que ya lo es con niños y niñas que no presentan este desarreglo en la conducta. Por eso es necesario que cada progenitor pueda tener un poco de tiempo para sí, dedicarlo a alguna afición que le resulte muy satisfactoria y que le ayude a cargar pilas y a olvidar por un tiempo considerable las cargas familiares. El sistema de cartilla de conducta puede aplicarse también en el ámbito del hogar. El éxito dependerá de la constancia.

72

¿VIVIR PARA SIEMPRE CON UNA PERSONA DIFÍCIL Y NO MORIR EN EL INTENTO?

¿Qué diferencia a un maltratador psicológico de una persona difícil? Quizá la clave está en que la violencia doméstica no es el resultado de la ira, sino que se trata de una estrategia, más o menos consciente, cuyo fin es mantener el poder en una relación.

La ira es una emoción caracterizada por una amargura, un resentimiento y, en ocasiones, por el odio a alguien o hacia una situación a la que consideramos como la causante de nuestro disgusto. La ira no es en sí misma ni mala ni buena, ni en un sentido ético ni en el psicológico (moralmente, desde el punto de vista de las costumbres sociales occidentales, no tiene buena prensa, con puntuales excepciones). Desde el punto de vista ético la ira puede estar absolutamente justificada. Desde el psicológico, que es el que aquí nos concierne, la ira, cuando no es desmedida y no acaba en violencia contra las personas, puede ser la válvula de escape que ponga de manifiesto que un problema debe ser resuelto y, muchas veces, para esa resolución es imprescindible la ayuda de nuestra pareja. No obstante, la ira, cuando se da en ataques repetitivos y no alcanzamos a controlarla, además de los desajustes fisiológicos que conlleva, puede acabar con la comunicación con nuestra pareja y los miembros de nuestra familia.

Hay diferencia entre ser una persona con una ira mejor o peor controlada y el perfil del maltratador. La primera tiene que enfrentarse a un pensamiento distorsionado y una carencia de habilidad para manejar las situaciones que le enfurruñan, pero es capaz de reconocer la responsabilidad de sus acciones y aceptar las consecuencias que eso puede traer. El sujeto maltratador culpa a otros o a las circunstancias. Su conducta siempre está justificada. Si el individuo maltratador muestra un fuerte sesgo psicótico —y más aún si se trata de un caso de psicopatía— le será más fácil justificar lo que hace puesto que las emociones de los demás le son indiferentes, no resuenan en él o ella. Los demás son sus pertenencias (sus hijos son como mascotas y su pareja, un

objeto sexual). Un medio para diferenciar a la persona difícil del maltratador o maltratadora es contrastar si sus ataques de ira se dan solamente en el ámbito doméstico o también fuera. La persona difícil muestra su ira contra Dios, contra su mala suerte, contra situaciones que siempre le son adversas, contra otras personas que no forman parte del seno familiar…



La preocupación de nuestras sociedades por la cuestión del maltrato y, en especial, por la violencia machista está por todas partes. La visibilidad de este drama ha aumentado y son muchas las campañas que proliferan por todas partes. Sin embargo, al margen de la muestra de solidaridad, caben motivos para la duda sobre el éxito de las mismas.

El maltrato psicológico tiene un ciclo (explicitado por Leonore Walker) que consta de tres pasos y que se repite sin fin. En primer lugar, se da una acumulación de tensión cuyo objeto es socavar la autoestima de la víctima —lo cual la lleva a una gran incertidumbre, pues no sabe a qué atenerse para complacer o, al menos, aplacar la ira del agresor— y que consigue que esta tenga que disimular lo que siente para no agravar la situación. De repente, una palabra amable por parte del maltratador o el mero hecho de que la ira se aplaque sirven como refuerzo positivo. Pero como lo que vale hoy ya no vale mañana y el ensayo-error no conduce a la obtención de los mismos refuerzos, la conducta de la víctima puede llegar a tener un componente supersticioso.

La segunda fase es la explosión agresora por la cual se pretende dar una lección a la víctima. A veces la agresión puede ser indirecta, como, por ejemplo, teniendo relaciones sexuales con otra persona y haciendo que la pareja lo sepa o abandonando por un tiempo el hogar común. Finalmente viene la tercera etapa: la luna de miel. Se pide perdón, se jura, se vuelve a ser la persona de la que la víctima se enamoró. El ciclo se repite y se va acelerando porque la etapa primera y la última se van acortando. Cuando el sujeto maltratador tiene un perfil narcisista el ciclo es el mismo, pero tiene unas connotaciones propias: la tensión que se acumula está relacionada con un sentimiento de sentirse amenazado y en la fase de luna de miel predomina el victimismo.



El maltrato emocional también es maltrato. Lamentablemente, debido a cierta idiosincrasia que se está poniendo de moda a través de las letras propaladas por ciertos estilos musicales así como de algunos mitos sobre el amor romántico que no sucumben nunca, sino que florecen de nuevo a través de novelas y películas juveniles, el maltrato no parece ser algo que se supere,sino que cada vez se manifiesta antes.

Uno de los indicios de que una persona con la que estamos comenzando una relación puede acabar sometiéndonos a este ciclo es el control, pidiendo que rindamos cuenta de dónde y con quién estamos en cada momento. En los adolescentes, quienes hacen un uso intensivo del móvil, esto se hace a través de la petición de la ubicación en tiempo real de la pareja mediante aplicaciones de chat, en combinación con la fiscalización periódica de la galería fotográfica y de los mensajes. Si es usted madre o padre de una adolescente y constata que su hija rinde cuentas a su novio o «amigo» en todo momento de lo que hace y de dónde se encuentra quizá sea el momento de tener una conversación.

73

¿PIENSAN YA LAS MÁQUINAS?

No. Las máquinas resuelven problemas muy complejos que nosotros, humanos, resolvemos pensando. La cuestión es, más bien, si podrían pensar como nosotros. ¿A qué máquinas concretamente nos estamos refiriendo? No, desde luego, a la computación tradicional, sino a las que emulan las redes neuronales. Como escriben Paul y Patricia Churchland:

> El procesamiento en paralelo no resulta ideal para todos los tipos de computación. En aquellas tareas que solamente requieren un pequeño vector de entrada, sobre el que han de efectuarse muchos millones de cómputos recursivos rápidamente iterados, el cerebro tiene muy mal rendimiento; el de las máquinas clásicas de manipulación simbólica, en cambio, es excelente. La clase de cómputos pertenecientes a esta categoría es muy grande e importante, por lo que las máquinas clásicas serán siempre útiles; más aún: vitales. Existe, empero, una clase no menos amplia de cómputos para los cuales la arquitectura cerebral constituye una tecnología, con mucho, superior. Son estos los cómputos que típicamente han de afrontar los seres vivos: reconocer el perfil de un depredador en un ambiente ruidoso; recordar instantáneamente cómo ocultarse de su mirada, huir ante su aproximación o esquivar su ataque.

Claramente, las únicas máquinas que podrían ofrecer una esperanza para el sueño de las máquinas pensantes son las redes neuronales artificiales implantadas en artefactos robóticos androides o humanoides. El debate está en si tales redes neuronales con brazos, manos, piernas y pies alcanzarían lo que Searle denomina propiedades de los estados de conciencia: intencionalidad, subjetividad y semanticidad.

Intencionalidad. Del mismo modo que con las palabras no solo representamos la realidad sino que hacemos cosas con ellas, la conciencia no es un espejo (más o menos deformante) del mundo que nos rodea y del estado de nuestro propio cuerpo, sino que la conciencia consiste en un hacer; según dice Asunción Álvarez Rodríguez:

> Los estados mentales intencionales tienen tanto un «modo psicológico» como un contenido intencional (o representativo). El modo psicológico puede ser el modo de creencia, deseo, esperanza, miedo, etc., mientras que el contenido intencional concierne a lo que se cree, desea, espera, teme, etc. Sin embargo, el contenido de un estado mental […] no debiera confundirse con el objeto de este pensamiento. El contenido forma parte del estado mental.

Subjetividad. Una máquina que piense debería tener vivencias subjetivas. Esto no debe entenderse como subjetivismo, es decir, como incapacidad para referirse objetivamente a los asuntos, sino que nos estaríamos refiriendo a que la perspectiva en primera persona de la realidad es imprescindible para considerar que un ingenio tecnológico piensa como un humano:

> La tesis básica que defiendo, tesis que difiere de lo que en el momento actual se considera estándar y ortodoxo en la ciencia cognitiva, puede formularse como sigue. Supongamos que tuviéramos una ciencia física, química y biológica completa. En ese caso, acabaría por establecerse que determinados rasgos del mundo real son reales, independientes del observador, o intrínsecos. La gravitación y el electromagnetismo, por ejemplo, serían dos ejemplos de este tipo de rasgos en el campo de la física. En la biología incluirían, por ejemplo, la mitosis, la meiosis y la fotosíntesis. Lo que yo sostengo es que también incluirían la consciencia y la intencionalidad. La consciencia y la intencionalidad, aunque sean rasgos de la mente, son independientes del observador en el sentido en que si estoy consciente o tengo un estado intencional como la sed la existencia de tales rasgos no depende de lo que piense nadie externo a mí.

Mente, lenguaje y sociedad. La filosofía en el mundo real

John Searle

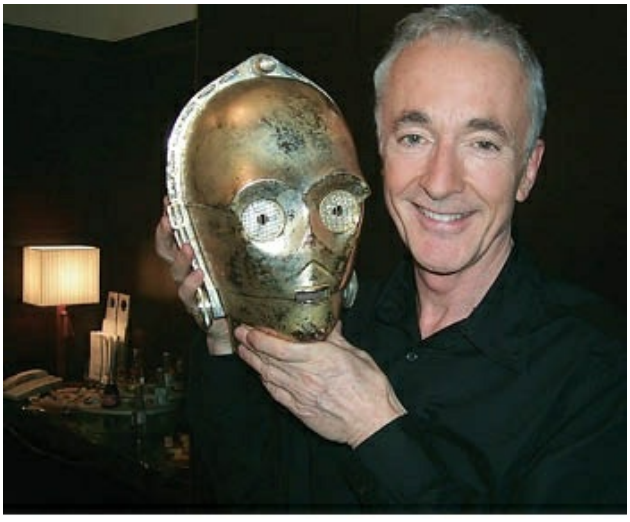
Semanticidad. Cuando se usa el término *semántica* en inteligencia artificial se está aludiendo a este en contraste con *sintaxis*. Es decir, mientras que la manipulación de símbolos de las máquinas de inteligencia artificial clásicas es estrictamente sintáctica, la manipulación que haríamos los humanos es, además de sintáctica, semántica: hay una relación entre símbolos y significados y no solo una relación entre símbolos y símbolos:

> Tan crucial es este punto que vale la pena explicarlo con mayor detalle. Para procesar información, un ordenador digital empieza por codificarla en el simbolismo utilizado por el ordenador: a continuación, manipula los símbolos mediante un conjunto de reglas enunciadas precisa e inequívocamente. Dichas reglas constituyen el programa. Por ejemplo, en la primitiva teoría de Turing, los símbolos eran sencillamente ceros y unos, y las reglas del programa establecían cosas como: «Imprime un 0 en la cinta, desplázate un cuadro hacia la izquierda y borra un 1».

¿Es la mente un programa informático?

John Searle





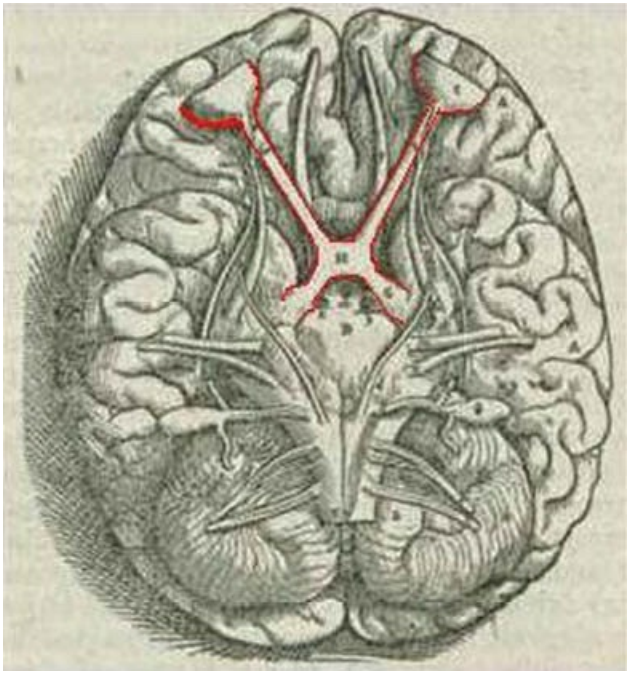
A mediados de los años ochenta la discusión acerca de las posibilidades de la inteligencia artificial vivió un momento de euforia del que el debate, en el ámbito de la Universidad de California, entre Searle y los Churchland es solo una parte. Películas como *D.A.R.Y.L.* o *Cortocircuito* (izquierda) son una buena muestra de esto. Hasta ese momento aún se situaba la presencia de androides pensantes en el futuro o en una galaxia muy lejana: *Blade Runner, 2001: Una odisea del espacio* o la primera de la saga de *Star Wars* (derecha).

¿Pueden o podrán pensar las máquinas? Ramón López de Mántaras (CSIC) considera que el gran desafío de la inteligencia artificial es dotar de sentido común a las máquinas. Se ha podido humanizarlas hasta el punto de hacerlas creativas, al menos, aparentemente creativas, con capacidad para aprender de la experiencia y para la interacción con el entorno. Humanoides aprenden a asociar las posiciones de los dedos de su mano con notas musicales en el Instituto de Investigación en Inteligencia Artificial del CSIC. La cuestión, para López de Mántaras, es la evaluación que la propia máquina debiera hacer acerca de la relevancia que tiene aquello que ejecuta. Carentes de motivación y de deseos, no hay trasfondo intencional en su conducta. Con respecto a la creatividad, López de Mántaras tiene claro, a la luz del trabajo realizado hasta el momento, que esta se circunscribe a un estilo o patrón pero que no pueden estos androides romper la regla en ningún momento. Podemos tener un androide que pinte como Velázquez o escriba como Cervantes, pero no tendremos un androide que dé lugar a un movimiento rompedor en pintura o literatura, que sea un Picasso o un Joyce. No obstante, son capaces, siguiendo algoritmos o sistemas de inferencia basados en reglas, de improvisar dentro del estilo, pero de un modo más pobre que los humanos. Los patrones de actividad cerebral del seguimiento de una partitura o de un modelo son muy diferentes a los de la improvisación y su emulación mediante redes neuronales artificiales es muy compleja, dado lo tosco de estas en comparación con el cerebro.

74

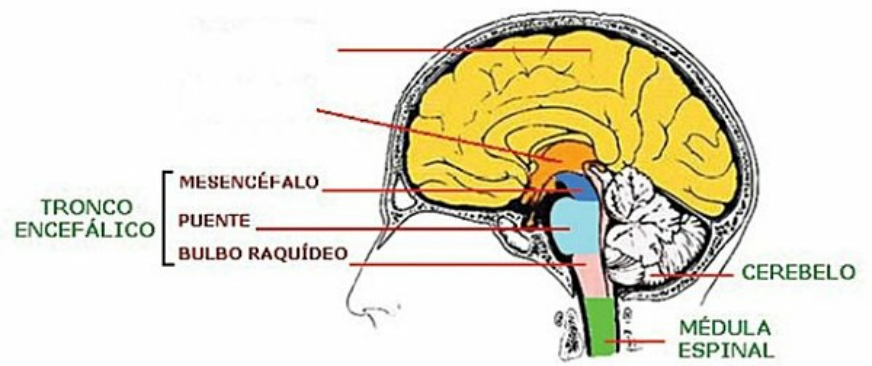
¿SON MIS HEMISFERIOS CEREBRALES DOS «PERSONAS» DIFERENTES?

En 1964, Roger Sperry observó que los dos hemisferios parecen funcionar independientemente si se corta el cuerpo calloso. Partiremos del análisis de su artículo «Split-Brain Approach to Learning Problems» («Aproximación del cerebro seccionado a los problemas de aprendizaje»), de 1967, para exponer los hallazgos relativos a este asunto.



Quiasma óptico. El entrecruzamiento de las fibras axónicas de los nervios ópticos es parcial: la mitad de las fibras pasan del nervio óptico izquierdo a la cintilla óptica derecha y al revés. Se trata de una estructura en la base del cerebro, de forma ovalada, que mide doce milímetros de ancho, ocho de largo y cuatro de alto. Aunque el cristalino del ojo haya invertido la imagen y un mismo punto del campo visual se proyecte sobre distintas regiones en cada una de las retinas, gracias al quiasma la información que llega al cerebro está unificada.

El cerebro de los vertebrados es un órgano simétrico bilateral y los dos hemisferios de los mamíferos se encuentran anatómicamente separados en su estado natural excepto por unas fibras conectoras dispuestas a modo de puentes que cruzan de uno a otro. Estas comisuras pueden ser seccionadas total o parcialmente mediante cirugía sin peligro para la vida del individuo. La completa sección da lugar a algo así como dos medios cerebros, separados pero funcionales, que muestran, en principio, solvencia para casi todas las actividades que normalmente hace un cerebro completo. Las ventajas experimentales, según Sperry, que se encuentran en el hecho de trabajar con cerebros seccionados son múltiples. Una de ellas es que cuando se produce la eliminación de centros seleccionados o de áreas corticales de cierta extensión en uno solo de los dos hemisferios pueden dejarse intactos los propios del hemisferio contrario, realizando funciones en segundo plano. La sección del cuerpo calloso en su totalidad más la de la comisura anterior elimina la comunicación entre ambas partes del neocórtex, fundamental en los primates (auténtico hecho diferencial del sistema nervioso de estas especies).



Tronco encefálico (Puente de Varolio y cerebelo). El puente de Varolio nos mantiene vivos y una mínima lesión en el mismo nos induciría a un coma o nos llevaría a la muerte. El tronco del encéfalo rige y mantiene el funcionamiento de mecanismos vitales. Son fundamentales los fajos de axones que comunican verticalmente cerebro y médula espinal.

En los experimentos relativos a la visión se secciona también el quiasma óptico —estructura en forma de equis formada por el cruce de los nervios ópticos— de modo que se impida que la entrada visual de un ojo llegue al hemisferio del mismo ojo, lo cual supone la pérdida de la visión

esteroscópica. Los síntomas más marcados que se han podido observar tras una bisección cerebral se producen cuando se desciende en profundidad hacia el puente de Varolio y el cerebelo. Cuando se ha practicado con monos estos han quedado temblorosos e inestables durante meses, en función de lo simétrica y central que haya sido la sección.

En relación con el aprendizaje y la memoria uno de los efectos más chocantes que relata Sperry es el establecimiento de dos dominios mentales dentro del mismo cráneo. Lo que se experimenta, lo que se aprende y lo que se recuerda por parte de un hemisferio permanece casi desconocido para el otro. La experiencia de aprendizaje de uno resulta inaccesible (e inconsciente con respecto a la misma) para el otro hemisferio, casi como si se tratase de dos cerebros en dos cráneos distintos. Se trata de dos reinos de la conciencia, dos facultades de sentir-percibir, de pensar y dos sistemas de recordar. Cuando el individuo normal ve algo a la izquierda de su nariz y un poco después percibe el mismo objeto en la mitad opuesta del campo visual, este objeto es reconocido como el mismo que se acaba de ver, cosa que no ocurre con la persona a la que se le ha seccionado el cerebro ni tampoco en los gatos o monos con los que se ha practicado la bisección. Se trata de dos cosas distintas para el mismo sujeto. Sabiendo que la visión a la izquierda de la línea vertical que separa en dos mitades el campo visual está mediada por el hemisferio derecho y que toda visión a la derecha de dicha línea está mediada por el izquierdo, lo normal es que ambas mitades del campo visual se integren como un todo en el cerebro, pero tras la sección de las comisuras se comprueba que, efectivamente, son dos cerebros distintos. El cerebro seccionado tiene dos mundos visuales distintos. Si se le muestra la imagen de un objeto cotidiano a la izquierda del campo visual, el sujeto no podrá reconocerlo o identificarlo como lo ya visto cuando se le muestra a la derecha. Sin embargo, el recuerdo y el reconocimiento son normales si no hay cambio de lado. Como tampoco puede sorprender, puesto que es físicamente muy improbable que sea de otra manera, las huellas mnémicas de un hemisferio quedan confinadas en el mismo. No obstante, puede pasar por vías indirectas. También sucede algo semejante en relación con la identificación de cosas por el tacto mediante las extremidades. Como es sabido, las extremidades derechas de un mamífero guardan relación con el hemisferio izquierdo y las izquierdas con el derecho. En las personas diestras

el hemisferio derecho suele ser menor o está subordinado al izquierdo. Tras la bisección cada hemisferio deja de recibir señales de las extremidades del lado opuesto, aunque sigue acusando recibo de las de su mismo lado. Cuando un objeto ya identificado manipulativamente mediante el uso de una mano es, posteriormente, situado entre otros objetos en una bolsa que está fuera de la vista del sujeto y se le pide a este que lo identifique, en condiciones normales, dicho sujeto no tiene ningún problema en reconocerlo y sacarlo con éxito de la bolsa. Sin embargo, tras la sección es imposible reconocer con la mano izquierda lo que antes se ha tenido en la mano derecha y al revés. Los comisurotomizados solo son capaces de hacer esto si usan la misma mano que han utilizado para reconocer el objeto mediante el tacto. También presentan dificultades cuando se trata del reconocimiento mediante la vista de algo que han conocido por el tacto. Pueden hacerlo si lo que se ha tocado con la mano izquierda le es presentado mediante una imagen en el lado izquierdo del campo visual (o si lo que se ha conocido con la mano derecha le es presentado mediante imagen en el lado derecho del mismo).

Con respecto al lenguaje también se dan efectos muy chocantes. Los sujetos diestros no pueden describir mediante el habla ni la escritura algo presentado al lado izquierdo del campo visual o al tacto de las extremidades izquierdas. Los sujetos recuperan la capacidad de escribir con la mano contraria en los seis meses siguientes a la cirugía. Pero esta zurdera sobrevenida resulta extraña, vinculada a movimientos del hombro y el antebrazo, como reflejando el control que el área cortical correspondiente al mismo lado (recordemos que usualmente ese lado controlaba la escritura con la mano derecha) ejerce forzosamente.

75

¿PUEDO RESULTAR IRRESISTIBLE?

En los años treinta del pasado siglo XX, Havelock Ellis publicó una obra —ensalzada por el matemático, filósofo y activista Bertrand Russell— titulada *Psychology of sex*. Allí el autor dedica una parte importante a la cuestión del sentido del olfato en relación con la atracción y repulsión sexuales. El olfato está cercano al tacto en la vaguedad de los mensajes que proporciona, pero las asociaciones que produce con los recuerdos y otras sensaciones son emocionalmente muy intensas. Es el sentido de la capacidad de evocar imágenes, con un poder de sugestión y de rememoración que no tiene ningún otro (es capaz de transportarnos a la infancia casi como si la estuviéramos viviendo por un instante o de traernos la presencia de una persona de un modo casi fantasmal). Los olores, por lo tanto, pueden controlar nuestra vida emocional hasta un cierto punto y hacer, en un momento puntual, sus siervas a las voluntades débiles.

Los olores son estimulantes muy poderosos para todo el sistema nervioso que, en caso de exposición prolongada a ellos cuando son muy intensos, pueden provocar fatiga nerviosa. Los aceites aromáticos que tienen efectos anestésicos y antiespasmódicos producen cuadros depresivos en dosis grandes. Toda mujer y todo varón tienen su fragancia particular. Ya Hipócrates —seguimos a Ellis en su argumentación— habría señalado que hasta la pubertad el olor no empieza a ser característicamente adulto. Y es que la infancia, la edad adulta, la madurez y vejez tienen su propio tipo de olor y pueden incluso delatar la verdadera edad de una persona que está muy bien conservada. El olor corporal es un rasgo o característica sexual de orden secundario. Esto es indudable. Si bien es cierto que por muy agradable que sea el olor corporal de una persona este no es lo bastante poderoso como para convertirse en un atractor sexual, también es verdad que los olores naturales procedentes de las personas que por sentido común cualquiera —dentro, al menos, del mismo entorno cultural— consideraría a la vista saludables y sexualmente deseables son, igualmente, agradables.

Ya en época de Ellis se postulaba como inequívoca la relación entre los receptores olfativos y el aparato genital, mostrando una relación automática y recíproca (simpatética) por la cual la estimulación de los genitales también afectaría a la recepción olfativa. Algunos sujetos son especialmente sensibles, formando un grupo propio y distinguible de aquellos que son sensibles a la vista, al oído y a los estímulos psicomotores. Estos individuos sí son

sexualmente excitables a través de ciertos olores peculiares (tales como, para algunas mujeres, la mezcla del olor de un varón que les atrae con un olor suave a tabaco o a cuero). En nuestros días la cuestión del olor y la atracción o repulsión social está vinculada al estudio de las feromonas. Se produciría una comunicación en un nivel por debajo de la conciencia, a través de señales químicas. Las feromonas son producidas por bacterias, plantas y animales y actúan como detonadores de varias reacciones en los miembros de la misma especie, reacciones que no son necesariamente de orden sexual todas ellas. A veces son competitivas, colaborativas, etc. El nombre del término data de finales de los años cincuenta cuando se identificó un potente afrodisíaco secretado por polillas de la seda (hembras) y con capacidad para actuar a kilómetros de distancia, atrayendo con unas pocas moléculas a los machos. La palabra griega *pherein* (‘llevar’, ‘transportar’) y la palabra también griega *hormón* (participio presente de *horman*, ‘provocar’, ‘excitar’) dan lugar a este neologismo biológico. En los humanos se está constatando que las mujeres que conviven juntas en espacios pequeños (dormitorios de colegios mayores, etc.) acaban sincronizando sus ciclos menstruales y que el sudor, tanto de varones como de mujeres, cuando está muy cerca del labio superior de la mujer puede modificar el tiempo del ciclo.

Aunque la discusión sobre el papel que tienen las feromonas en la atracción sexual sigue abierta, se abre ahora otra línea de investigación relativa a un conjunto de genes del sistema inmunológico el cual, mediante una particular variación en cada uno de nosotros, imprime a cada persona un olor corporal único, como una huella olfativa, tan individualizadora como una huella dactilar. Solo los gemelos idénticos tendrían el mismo olor. Parece ser, según las investigaciones llevadas a cabo por Charles Wysocki, neurocientífico especializado en la actividad olfativa, que la unión de conjuntos dispares de genes del sistema inmunológico daría lugar a sistemas inmunológicos más robustos en la descendencia. Experimentos realizados con mujeres oliendo camisetas sudadas revelan que estas prefieren aquellas cuyos dueños, en efecto, portan un conjunto de genes que aumentaría la probabilidad de una descendencia más fuerte ante las futuribles amenazas del medio. Estos olores no portan en sentido estricto feromonas sino que, en la

línea de lo escrito por Ellis en los años treinta, son señales odoríferas, pistas de la validez para nosotros de la otra persona como pareja sexual de cara a una posible saludable descendencia.

76

¿DESEO SECRETAMENTE UNA PALMADITA MÁS QUE UNA SUBIDA DE SUELDO?

Esto es lo que defiende —a partir de ciertos umbrales de satisfacción salarial — la escuela humanista de Abraham Maslow en sus investigaciones sobre el *management* y la psicología de las organizaciones. Maslow tiene la peculiaridad de haber elaborado una teoría a partir del estudio de personas equilibradas y creativas y no desde casos clínicos. Lo hizo con personas vivas a quienes conoció personalmente y con otras a las cuales solo pudo acceder, por razones obvias, a través de su legado escrito en forma epistolar, publicaciones y otros documentos. La conclusión esencial extraída por Maslow es que este tipo de individuos mostraban una correlación entre la actualización de su *yo* (en el sentido aristotélico: lo que está en potencia pasa a estar en acto) y un liderazgo natural (en el sentido de que no es impostado, sino espontáneo; no quiso decir que fuese de nacimiento). ¿Qué caracteriza a estos sujetos? Estos sujetos tienen percepciones más eficaces de la realidad y se encuentran más cómodos con ella (lo cual no significa en absoluto que la acepten pasivamente); se aceptan a sí mismos con sus defectos sin esfuerzo; son personas sencillas y naturales, poco artificiales, no son barrocos en el sentido de que no buscan el efecto mediante una teatralidad sutil; sus pensamientos suelen estar enfocados hacia problemas que quedan fuera de ellos, de la problemática de su vida cotidiana, interesándose por las cuestiones eternas de orden filosófico, tanto de orden material como

espiritual; tienden a ser desapegados y les gusta pasar tiempo viviendo su privacidad; no son muy reactivos al ambiente, no se dejan vencer por el calor, el frío, las críticas o cuchicheos, la moral convencional, etc.; en lugar de dar por hecho lo bueno de la vida, lo aprecian constantemente, valorando su carácter efímero; aunque sean retraídos buena parte de su tiempo sienten a la humanidad como comunidad a la que pertenecen; tienen una ética fuertemente definida y creen en la igualdad entre personas a pesar de las grandes diferencias que perciben entre ellas y ellos mismos; su sentido del humor no es ofensivo sino filosófico, gustan del humor absurdo pero inofensivo; son originales e inventivos; se adaptan bien a la sociedad que les toca pero actúan realmente según sus reglas morales; son tan vulnerables a la imperfección, al vicio y a los malos sentimientos como los demás, aunque pueden tener un mayor nivel de conciencia sobre todo ello.



Abraham Maslow consideró que la búsqueda de la satisfacción de las necesidades humanas de orden superior no puede interpretarse, como pretendía hacer el psicoanálisis ortodoxo, como la sustitución o desplazamiento de la conducta relativa a la satisfacción de impulsos primarios.

Maslow no compartía las tesis expuestas por Freud en *El malestar en la cultura*.

> La mayoría de las teorías de orientación psicoanalítica se enfocan en lo que puede fallar durante los años del desarrollo. Hacen hincapié en la posibilidad de enfermedad, no en la probabilidad de éxito. El enfoque de Maslow es diferente, ya que él busca y considera primordialmente el lado sano de la naturaleza humana. Freud veía a la gente como individuos que trataban de vencer sus instintos animales, bastante malos; como seres que trataban de escapar de las trampas representadas por su pasado. Maslow reconoce la fuerza de nuestros instintos fisiológicos, pero lo considera como necesidades básicas, fácilmente satisfechas en la mayoría de las civilizaciones. Pero aun nuestros impulsos en busca de alimentos y sexo son parte de un impulso más poderoso, una «activa voluntad hacia la consecución de la salud». Este es el meollo o núcleo del proceso de autoactualización del ser humano.
>
> *Psicología*
>
> James V. McConnell

Nos vamos acercando a la respuesta a la pregunta. Como es sabido, Maslow distingue entre necesidades primarias o básicas y necesidades secundarias o metanecesidades. Efectivamente, con Freud, entre las primeras tiene un papel fundamental el impulso sexual pero siempre que se dé por hecho —algo muy propio de una conciencia burguesa bien asentada— que el hambre y la sed no son ya más un problema. Para la conciencia burguesa de la época victoriana (como para la actual) en la que escribió Freud, el hambre y la sed no parecen siquiera necesidades como no lo parece el respirar para quien no ha sido estrangulado nunca o para quien no se ha hundido en el agua sin saber nadar. Con esto queremos decir que si Freud no se hubiera empeñado en extrapolar a una supuesta naturaleza humana en general lo que encontró —o creyó encontrar, más bien— en su clínica y se hubiera molestado en conocer cómo vivían la insatisfacción traumática de los deseos tanto la clase proletaria como el campesinado más humilde quizá habría cuestionado el pansexualismo que se convirtió finalmente en el dogma de su ortodoxia. Sea como fuere, siguiendo el razonamiento de Maslow, la satisfacción de las necesidades básicas es *conditio sine qua non* para que puedan satisfacerse las metanecesidades:

> Estas metanecesidades incluyen la belleza, el orden, la unidad, la justicia y la bondad. Maslow las denomina «necesidades del crecimiento», porque para satisfacerlas, el individuo debe crecer o elevarse sobre el nivel puramente animal de la existencia. Una persona cuyas necesidades básicas estén satisfechas, pero que no pueda satisfacer sus

> metanecesidades llega a trastornos psicológicos y a caer en estados negativos tales como la desesperación, la angustia, la apatía, la alienación, o aun un rechazo *cínico* de todo cuanto sea esencialmente humano.
>
> *Psicología*
>
> James V. McConnell

Respondemos, por fin, a la pregunta. Desde Maslow, la palmadita en la espalda por parte de nuestros superiores o de aquellos que se benefician de nuestro trabajo en un sentido o en otro puede llegar a ser indispensable y, en un momento dado, más importante que una cierta subida salarial. Hay subidas salariales que aun siendo importantes en términos absolutos (con respecto a la base desde la que se calcula el porcentaje), en un sentido relativo no dan para modificar nuestra vida sustancialmente. La autorrealización en el trabajo se da al desarrollar una profesión para una organización donde encontremos la intersección entre la misión (creemos que el mundo necesita lo que la organización ofrece), la vocación (lo que a uno realmente le apasiona hacer) y la profesión (lo que uno sabe hacer mejor que otros). Entonces la vida laboral es vivida como algo con un propósito. Siguiendo la famosa pirámide de Maslow, una vez que no tememos por la pérdida del empleo (este temor es significativo en ciertos casos, no en todos), tenemos cubiertos los gastos corrientes de nuestra vida, podemos hacer frente a las contingencias que son razonablemente esperables y no somos víctimas del acoso ni de la hostilidad priorizamos la confianza, el respeto y, a ser posible, el reconocimiento sobre todo lo demás. De hecho, se aceptan ciertas retribuciones en especie —como coches lujosos de empresa, etc.— no porque signifiquen para nosotros el valor económico que tienen, sino porque son señal de un estatus dentro de la organización que se proyecta exteriormente al resto de la sociedad. Se conseguirá mucho más de la plantilla atendiendo a este orden de las motivaciones que mediante el recurso al miedo al despido o al amor por el dinero. En conclusión, como exponíamos en otro lugar:

> Desde luego, el alcance de la crítica al *management* al uso perpetrada por Maslow no llega a las cuestiones de estructura económica —alienación, sociedad de clases, etc.— pero supone un intento visionario que ha valido la edición reciente de sus escritos al respecto, en los tiempos actuales donde hay que «buscar el queso» como sea y donde sea, haciéndose necesario mediante el constante reciclaje, el «dinamismo» y la

cooperación.

Psicoeconomía: estudio gnoseológico y ontología del presente

77

¿OTROS PUEDEN HACERME VER LO QUE NO HAY?

Expondremos aquí el famoso experimento de Salomon Asch, a comienzos de los años cincuenta. La situación era la siguiente: el sujeto experimental, en una habitación de no grandes dimensiones, se sentaba en una mesa junto a otros cuantos (supuestos) sujetos experimentales. Todos ellos —debe decirse — varones blancos de la misma edad aproximadamente. Estos otros sujetos son realmente cómplices del experimentador y siguen un guion perfectamente planificado de antemano. El único sujeto experimental real va a ser puesto al límite por los demás —a los que él considera sujetos de un experimento acerca de otro ámbito de la psicología— hasta el punto de que acabará dudando de sí mismo. El experimentador explica a los presentes que van a participar en un experimento acerca de los juicios visuales de las personas. Pone dos imágenes frente al sujeto experimental, en la primera hay una línea vertical y en la segunda, dispuesta a la derecha de la anterior, hay tres líneas verticales de diferentes longitudes. El experimentador pide a todos que elijan aquella línea de la imagen de la derecha que concuerda con la de la imagen de la izquierda. La tarea se repite varias veces con diferentes imágenes. En algunas ocasiones los otros supuestos sujetos experimentales eligen de modo unánime la línea obviamente equivocada. Finalmente, el único auténtico sujeto experimental acabará por afirmar lo mismo que el grupo. En promedio, tras repetir y ampliar el experimento, un tercio acababa por afirmar lo mismo

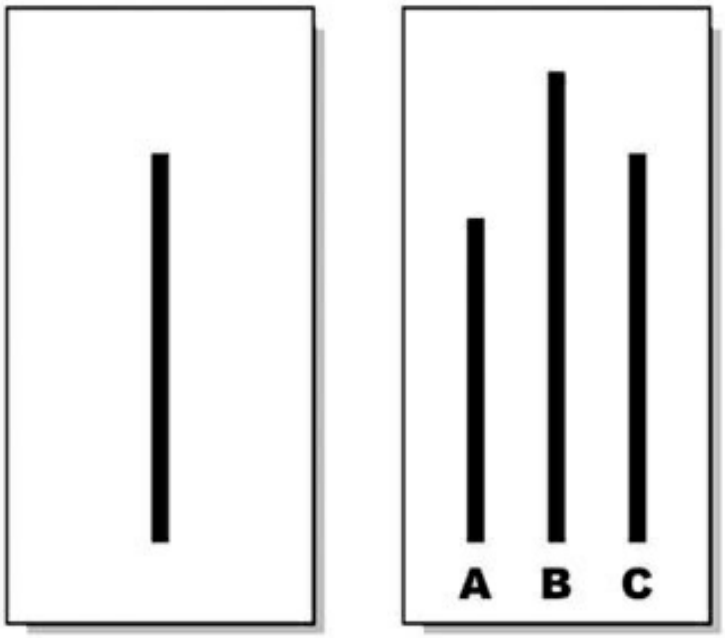
que erróneamente sostenían los demás siempre; ese porcentaje llega al setenta y cinco por ciento si incluimos a quienes no lo hicieron siempre pero sí, al menos, una vez y una cuarta parte no sucumbió en ningún caso.

En las entrevistas posteriores al experimento los participantes reconocieron que no pensaban distinto que al comienzo pero que buscaban evitar ser ridiculizados o ser tenidos como raros. Pero algún participante llegó a reconocer que efectivamente les pareció que las respuestas del grupo eran correctas. En apariencia la conformidad se daría por querer encajar en el grupo o porque se llega a pensar que la información del grupo es de mayor calidad que la que uno tiene, aunque le parezca una verdad fehaciente.

Nos cabe la duda razonable de si este nivel de conformidad descubierto por Asch puede generalizarse a través del género, la raza, las edades y las generaciones. ¿Sería igual si el varón blanco estuviera rodeado de hombres negros, de mujeres, de niños o ancianos diciendo lo que obviamente no es más que un disparate? Incluso, aunque así fuera, ¿seguirá pasando más allá de esos Estados Unidos de los años cincuenta? Los más críticos con la validez de este experimento resaltan la importancia que para la sociedad estadounidense tuvo el macartismo (la caza de brujas de McCarthy), una sociedad en la que la conformidad era un valor muy por encima de muchos otros. De hecho, a partir de los años setenta y ochenta del pasado siglo XX las tasas de conformidad descendieron notablemente. Aún más descienden, hasta la casi desaparición, cuando los participantes son estudiantes universitarios de ciencias.

Sea como fuere, Asch descubrió que el tamaño del grupo influye. Cuanto mayor es el grupo más sujetos mostrarán conformidad, pero con ciertos límites: tres cómplices dan el mejor de los resultados (ese tercio de sujetos conformes al que nos hemos referido antes). A partir de tres, el porcentaje no aumenta. Otra cuestión interesante, en relación directa con lo anterior, es que la unanimidad es más importante que el tamaño del grupo. Si se hacen experimentos donde se rompe la unanimidad introduciendo un cómplice del experimentador que disiente, diciendo la verdad, se reduce la conformidad hasta el ochenta por ciento, lo que equivale a pasar del tercio que consiente en los diseños originales de Asch hasta el 5 %, incluso cuando caben dudas razonables de las facultades perceptivas de quien disiente (gafas gruesas que nos hacen dudar de que vea correctamente). Es decir, con un solo aliado la

necesidad de aprobación social del grupo desciende drásticamente. También lo hace, como es natural, cuando se les permite contestar en privado. Aumenta cuando es menos obvia la equivocación de los demás (por ejemplo, si las tres líneas verticales son más semejantes entre sí y, por tanto, con la primera línea que se les muestra a los sujetos) de modo que puede decirse que a mayor complejidad de la tarea, mayor es la conformidad.



Láminas usadas por Asch para su experimento. Aunque parezca increíble, muchas personas son capaces de negar lo evidente si eso supone tener al grupo en contra. Sin embargo, basta una sola voz que se una a la nuestra para sentirnos más fuertes.

78

¿SABÍAS QUE LOS PSICÓLOGOS NOS PUEDEN IMPLANTAR FALSOS RECUERDOS?

Como se vio anteriormente (respuesta a la pregunta 69), a mediados de la década de los noventa Elizabeth Loftus publicó una serie de trabajos demoledores en relación con el psicoanálisis y los supuestos recuerdos reprimidos. Pero su labor no se redujo a esto. También presentó conclusiones según las cuales la creación de falsos recuerdos no solo es algo que hacemos nosotros mismos de un modo inconsciente por ciertas razones sino que, además, puede hacerse por los demás (de un modo intencionado, como es el caso de la psicología experimental, o espontáneo, como sucede en las reuniones de amigos y familiares). ¿Cómo y por qué es esto posible?

Siguiendo a Loftus, la información que viene a nosotros con posterioridad al suceso o evento en el que el recuerdo quiere focalizarse queda incorporada a este. Consideremos a unas personas a las que vamos a someter a una implantación de falsos recuerdos. Personas que son testigos de un hecho complejo, como un crimen violento (simulado) o de un accidente de coche (simulado). La mitad de los participantes reciben información nueva y tergiversada sobre el suceso, mientras que la otra mitad no la recibe. Finalmente, todos los participantes intentan recordar el suceso original. Aquellos que no han recibido la información distorsionadora tuvieron recuerdos más precisos. Las distorsiones de memoria más notables han sido encontradas en cientos de estudios que implican una amplia variedad de objetos. Hay gente que recuerda de estos sucesos cristales rotos, que una persona afeitada llevaba bigote, el pelo liso como rizado e incluso un granero en un paisaje bucólico donde no había ningún edificio. Lo interesante es que el modo en que se produce la distorsión de memoria es, incluso, predecible. De una manera más o menos formal esto lo sabrían profesionales de la abogacía, líderes políticos, encuestadores y, por supuesto, ciertos psicólogos. Loftus relata el caso de un muchacho de catorce años al que su hermano mayor le había hecho creer que cuando tenía cinco años se había perdido en un centro comercial y que había sido rescatado por una persona mayor. A partir de aquí surgió un estudio formal, experimental, de gran interés.

Se les pidió a veinticuatro personas que recordaran sucesos que fueron proporcionados por un pariente cercano. Tres de los sucesos eran verdaderos y uno era un hecho falso, confeccionado para la investigación, acerca de perderse en un centro comercial, almacén u otro lugar de esta índole. Los sujetos experimentales, quienes tenían una edad comprendida entre los

dieciocho y los cincuenta y tres años, pensaban que estaban formando parte de un experimento acerca de los recuerdos infantiles. En la primera fase, completaron un libreto que contenía cuatro pequeñas historias acerca de sucesos de sus infancia proporcionadas por un padre, hermano u otro familiar de mayor edad. Tres sucesos habían, en efecto, ocurrido y un cuarto, presentado siempre en tercer lugar, era falso. Estos sucesos se describieron en un solo párrafo. El hecho falso se construyó a partir de la información suministrada por el familiar, quien les dijo dónde compraba la familia cuando el sujeto experimental contaba con cinco años, qué miembros de la familia normalmente iban juntos a comprar, qué tipo de comercios habrían atraído el interés del sujeto y, finalmente, la verificación de que, lógicamente, el sujeto nunca se perdió a la edad de cinco años en un centro comercial. El relato iba aderezado con los siguientes detalles: el tiempo durante el que estuvo extraviado el sujeto fue largo; lloró; fue encontrado y socorrido por una mujer mayor y, finalmente, se reencontró con su familia. Los sujetos experimentales leyeron lo que su pariente había contado acerca del suceso y después escribieron lo que recordaban acerca del mismo. Se les dijo que en el caso de que no lo recordaran lo expresaran claramente por escrito. Después de haber escrito esto, se les llamó y citó para dos entrevistas al cabo de una o dos semanas. Se les dijo que el interés era saber con cuánto detalle eran capaces de recordar y comparar su capacidad para recordar con la de su pariente. No se usó lo que habían escrito para releerlo totalmente, sino que se extrajeron de ahí apuntes, indicaciones. Cuando el sujeto había recordado tanto como le fue posible, se les pidió que calificaran la claridad del recuerdo en una escala del uno al diez. Para todos los casos, fueron presentados setenta y dos hechos reales de los cuales recordaron en torno a cuarenta y nueve (un 68 %). Esta cifra no cambió en las entrevistas posteriores. El falso recuerdo fue «recordado» solo por siete de los veinticuatro sujetos experimentales (bien de modo completo o parcial) en la libreta inicial que tuvieron que cumplimentar, pero en las siguientes entrevistas solo seis decían recordarlo. Se daban ciertas diferencias entre los verdaderos recuerdos y los falsos como que, por ejemplo, los sujetos usaban más palabras para describir los primeros y que la valoración de la claridad del recuerdo era mayor también para estos. Hasta aquí, nada extraño. Sin embargo, se presentó una tendencia a valorar con mayor índice de claridad los falsos recuerdos en el paso de la primera a la segunda entrevista.

El resultado de experimentos como este y otros más que se han realizado (también con infantes) es que los individuos tienden a recordar falsamente experiencias de la infancia en respuesta a información distorsionadora y a las demandas sociales inherentes que se dan en repetidas entrevistas. Parece como si dependiera, en parte, del acceso a alguna información relevante que sirviera de soporte (*background*). Es una suerte de reconstrucción a partir de un esquema en el que los falsos detalles cuadran con un conocimiento esquemático de modo que cuando, después, intentan recordar el falso suceso, traen al habla la información falsa y el esquema subyacente (el cual proporciona escenas genéricas). Por supuesto, la imaginación es fundamental. En un estudio sobre imaginación y memoria, se les pidió a los sujetos experimentales que comentaran hechos relacionados con una larga lista de posibles sucesos acaecidos en la infancia (romper una ventana con la mano, etc.) y estos tenían que decir con qué probabilidad algo así les podía haber ocurrido efectivamente. Dos semanas después, se les solicitó que imaginaran que alguno de esos sucesos les había ocurrido de un modo efectivo. Y, finalmente, ellos responderían una segunda vez acerca de la probabilidad de que en esa larga lista de posibles sucesos hubiera alguno o varios que les hubiera ocurrido. Se les dijo: «Imagina que has salido del colegio y estás jugando en tu casa. Escuchas un extraño ruido fuera de modo que corres hacia la ventana para ver qué sucede y, a la que vas corriendo, tus pies se enganchan con algo y te caes». Se interrumpe el ejercicio imaginativo con alguna cuestión. Y se prosigue: «A la que te estás cayendo haces por agarrarte a algo y tu mano atraviesa la ventana, esta se rompe y te haces un corte con sangre». Contestan a una serie de preguntas del tipo «¿cómo te sentiste?». Tras este ejercicio imaginativo el 24 % de los sujetos aumentó su confianza subjetiva en que algo así les había ocurrido efectivamente. En aquellos a los que no se les hizo imaginar el suceso el incremento fue de la mitad (12 %).

Loftus nos hace pensar en que esto no es meramente un entretenimiento de psicólogos experimentales:

> En un proyecto en los EE. UU., se recopiló información acerca de 300 inocentes, 300 acusados condenados por crímenes que no cometieron. Personas que pasaron diez, veinte, treinta años en prisión por estos crímenes, y después las pruebas de ADN demostraron que en realidad eran inocentes. Cuando se analizaron, tres cuartas partes

ocurrieron por fallos de memoria, recuerdos imperfectos de los testigos [...]. La memoria funciona más como una página de Wikipedia, puedes ir y cambiarla, y también pueden hacerlo otros.

«The fiction of memory», en *TED Talks*

79

¿Fue el psicoanálisis una ocurrencia de Freud para no quedarse sin trabajo?

Hasta cierto punto, puede decirse que sí. Freud descubrió que en el mundo en el que se movían sus pacientes estaban sucediendo cosas terribles. Abusos sobre familiares políticos menores e incluso incestos en algunos casos. Como explica Marino Pérez (*Ciudad, individuo y Psicología. Freud, detective privado*), Freud descubrió el género negro de la sociedad burguesa al constatar que las experiencias traumáticas de sus pacientes respondían a situaciones reales acontecidas en el seno de la intimidad familiar y que, por eso mismo, eran tan complejas de asimilar por las víctimas (mujeres jóvenes en la mayoría de los casos):

Pues, en efecto, según parece que acaban por testimoniar y reconocer los analizados, a raíz de la resolución de la situación de transferencia, estos en su infancia, o sea cuando aún carecían de todo formato moral, fueron sometidos a abusos sexuales (genitales) por parte de algún mayor de su entorno familiar, o sea por parte de una figura que forma parte de la estructura moral básica en cuanto que familiar que llegará a formatear moralmente al individuo que en su infancia fue objeto de abuso, viviendo ellos en ese momento con intensa satisfacción sexual inocente dicha experiencia. Pero será con el despuntar de la pubertad fisiológica, cuando reverdecen los impulsos sexuales, y asimismo en el momento de la adolescencia biográfica, cuando se supone que el individuo comienza a esbozar su personalidad moral, y con ocasión de las primeras aproximaciones eróticas socialmente normalizadas de su entorno, será ahora cuando el individuo tendrá ocasión de evocar aquella escena adormecida de su

infancia.

La impostura freudiana

Juan Bautista Fuentes

La cuestión es que la artimaña psicoanalítica para no tener que enfrentar directamente este espinoso asunto pasa por la construcción de todo un artefacto teórico en el que, a la postre, la escena de seducción originaria pasará de ser considerada como real (algo acontecido en el pasado biográfico de la paciente) a ser pensada como el resultado de un deseo imaginado con una enorme fuerza y automáticamente enterrado en el inconsciente por el rechazo que tal deseo suscita en la conciencia moral del sujeto. De este modo, nos encontramos con un crimen sin criminal, pero el precio moral que se paga es altísimo, pues hay que sacrificar la inocencia infantil de entre las certezas del sentido común.

> El deseo humano está sometido a un formato normativo previo por el cual el infante se ve necesariamente llevado a fantasear desiderativamente no ya con cualesquiera cuerpos vivientes de su entorno, sino precisamente con alguno de aquellos que forma parte de la estructura familiar que deberá edificar en él la forma de la norma moral básica, en cuanto que familiar, que acabará constituyéndole.

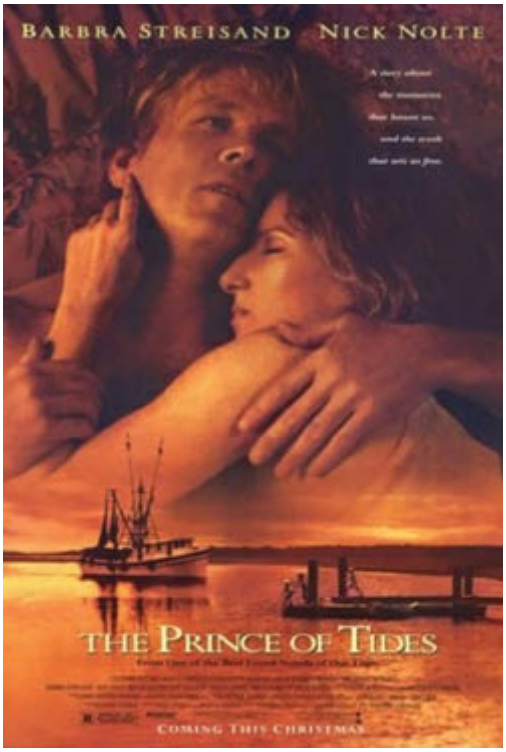
La impostura freudiana

Juan Bautista Fuentes

Dicho rápidamente, el infante desea al adulto de sexo contrario a cuyo cargo su crianza está. Lo desea sexualmente, aunque desde un sexo aún sin sexualidad, por decirlo así. Del mismo modo que la boca busca el pecho de la madre no solo por su suavidad amable y por el necesario alimento que le sustenta, el infante, antes de que aparezca la moral en forma de voz de la conciencia, soñará con ser poseído amorosamente, fantaseando.

> Las etapas freudianas del desarrollo psicosexual han calado en la composición de lugar que nos hacemos acerca de nosotros mismos. Es muy sugestiva la idea de que nuestro prójimo codicioso y falto de escrúpulos no hace más que desahogar a través de su comportamiento una fijación oral. Y tremendamente plausible que el pequeño burgués meticuloso, reprimido, maníaco del orden, en realidad está luchando por contener sus impulsos anales.

Pero cuando estas fantasías sean pseudorecuerdos borrosos de la infancia y reaparezcan en la adolescencia provocarán un olvido traumático de los mismos, como mecanismo de defensa, a decir de Freud. De algún modo, así se asegura el psicoanálisis la universalidad de su terapia: todos somos víctimas de la escena originaria (originaria de la neurosis universal cuya sintomatología aparece en mayor medida en unos que en otros). Y también conseguía así esquivar el problema moral al que tenía que enfrentarse: reconocer como un hecho el abuso infantil perpetrado en la sociedad de la que el psicoanálisis quería ser la nueva guía, con un discurso aparentemente transgresor pero, a la postre, conservador (nada cambia en la vida burguesa de los psicoanalizados) y halagador, pues descargaba de responsabilidad moral a los pacientes-clientes.



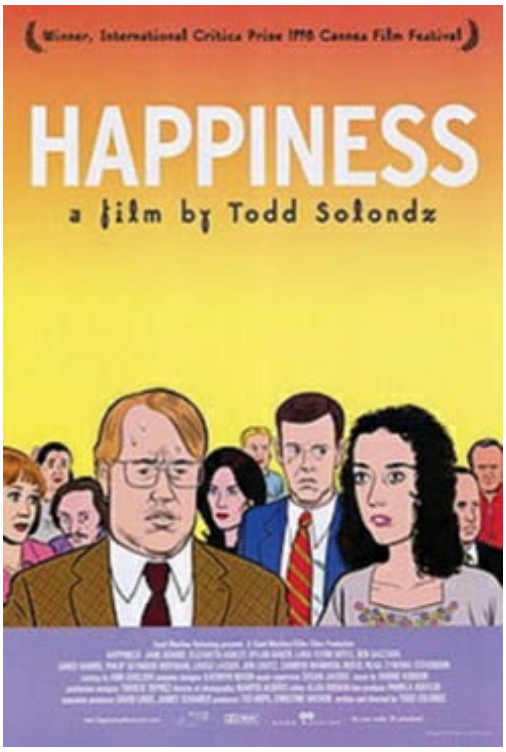
En la película *El príncipe de las mareas* se nos muestra que la escena originaria bien puede ser una escena real que tuvo lugar en la infancia, como consideró Freud al comienzo. Sin

embargo, no queda claro en la película que el problema que tiene el paciente se deba tanto a la represión como a la negación de dicha escena.

80

¿DEVOLVEREMOS LA INOCENCIA A LOS NIÑOS?

Si nuestras lectoras y nuestros lectores han visto la película *Happiness*, de Todd Solondz, se pueden dar cuenta de la pesadilla psicoanalítica en la que puede quedar envuelta la burguesía acomodada y libre de preocupaciones que se toma realmente en serio el psicoanálisis. Como siempre, las víctimas son las niñas y los niños. El pederasta doctor Bill Maplewood es la clave de todo en la película. No solo se escapa a sus fantasías mientras escucha a sus pacientes, sino que no puede evitar hacer reales sus deseos en una escena de la película donde la «escena originaria de la seducción», desde luego, no está solo en la mente de la criatura inocente a la que este desalmado desahucia, sino que —en la ficción de la película, claro está— es bien real. Como bien reales fueron los casos con los que topó el psicoanálisis en sus comienzos. Sin embargo, en lugar de partir una lanza por la infancia, Freud convirtió a esta en sospechosa, cuestionando gratuitamente los pocos restos de inocencia que iban quedando en un mundo moralmente decadente como lo fue el de finales del siglo XIX y principios del XX:



Cartel oficial de la película *Happiness*. Es una película desasosegante sobre el fracaso de una sociedad hipócrita, muy bien valorada por la crítica (una joya del cine independiente). Todo tipo de perversiones, sueños masoquistas, narcisismo, adicción a los fármacos y al alcohol se esconden bajo una apariencia de vida cómoda y feliz.

> Pero si Freud ha carecido siempre de razones de orden teorético para haber puesto en juego sus concepciones de la escena, dado que tan solo ha dispuesto para ello del tipo de razones prácticas a las que nos venimos refiriendo, debemos entonces preguntarnos […] por la manera como Freud ha podido hacer valer en la práctica de la terapia, de modo que sus pacientes puedan asumirlas, dichas concepciones que carecen de toda justificación teorética […]. Ni el paciente puede recordar dicha escena como tal ni por lo mismo puede acceder, al menos por sí mismo, a su significado. […] Freud no parece haber dejado enteramente cerrada la puerta a la posibilidad de que haya sido él mismo quien hubiera podido sugerir el contenido de dicha escena a sus pacientes.
>
> *La impostura freudiana*
>
> Juan Bautista Fuentes

Una de las formas de intentar salvar lo poco creíble de la escena originaria de la seducción como fantasía universal de todos los infantes es retrotraerla a algo realmente acaecido en la vida de la mayoría de ellos pero de lo que, obviamente, no pueden acordarse: la fase oral (la lactancia materna). El infante que ve amamantar crearía ese fantasma imaginativo que le perseguirá de por vida: la escena originaria. Lo creará a partir de los trazos que, supuestamente, su experiencia como lactante dejó en su inconsciente (recomendamos el visionado de la película de Bigas Luna *La teta y la luna*). Como escribe la psicoanalista Jacqueline Lanouzière en un artículo para *Alter. Revista de psicoanálisi*s:

> La observación de la lactancia por el niño, la percepción visual de la conjunción del pecho de la madre y la boca de un lactante, también aporta al niño índices que, tal como el acoplamiento de los padres o el de los animales, servirán a la construcción de ese fantasma de una escena originaria.
>
> La percepción visual de una escena de lactancia aporta esos índices al niño en razón de la reactivación y la reorganización de los trazos mnémicos dejados por la *situación* de lactancia, en cuyo curso se despertó la sexualidad del niño en el contacto con el cuerpo materno, él mismo erotizado por el del bebé y por el contacto con su psique, habitada por una fantasmática reavivada por esta situación.
>
> «La lactancia como seducción originaria y como escena originaria de seducción»

Llegados a este punto, extraiga usted sus propias conclusiones. Rolf Degen, desde luego, lo tiene claro:

> La fuerza de la psicología clásica estaba en su tendencia a plantearse preguntas, por ejemplo, acerca del origen de las neurosis. Pero la psicoterapia no tardó en comprender que las preguntas no rentan, que lo que renta es ofrecer soluciones. Y como soluciones no las tenemos, lo que se ofrece a la gente es un cocido indigesto de frases hechas y de mitos.
>
> *Falacias de la psicología*

81

¿HIPNÓTICO TEATRO O TEATRO HIPNOTIZADO?

La cuestión de la hipnosis ha dado mucho que escribir a los psicólogos críticos con el reconocimiento de la existencia de este supuesto trance. Entre ellos destaca Theodore Sarbin (1911-2005) que, desde su teoría de los roles, intentó explicar lo que ocurre en las situaciones en las que se produciría, hipotéticamente, un trance hipnótico. Sarbin alcanzó notoriedad pública más allá del mundo académico por su informe, a demanda del Pentágono estadounidense, a favor del fin de la discriminación de homosexuales (hombres y mujeres) en el ejército, a finales de los años ochenta del pasado siglo. Las conclusiones de este informe descansan sobre su teoría del rol y su psicología narrativa, ambas implicadas, igualmente, en su explicación del fenómeno de la hipnosis y en el desmantelamiento de otro mito: la existencia del tipo criminal.

Centrándonos en lo que aquí nos concierne querríamos, antes de exponer el planteamiento de Sarbin sobre el teatro hipnótico, dar la definición estándar de lo que es la hipnosis. Se entiende por hipnosis el estado de conciencia alterado y transitorio, similar al estado de sueño pero que afecta a un sujeto despierto y cuyas características particulares son: la ausencia de reacción a los estímulos ambientales; la ausencia de iniciativa comportamental; extrema sugestibilidad y, finalmente, el olvido de lo sucedido en dicho estado a la vuelta al estado no alterado de conciencia. Es una condición indispensable la cooperación del sujeto. La única aplicación clínica que se le ha podido encontrar a la hipnosis entra dentro del ya muy cuestionado campo de la psicoterapia que pretende la curación por la palabra; así pues, la hipnosis constaría de un especialista que dirige una acción psicoterapéutica sobre el paciente mediante técnicas fundamentalmente verbales, mientras que este colabora con el primero en tal propósito prestándose a ingresar en un estado (supuestamente) peculiar psicofisiológicamente. Un estado en el que se encuentra particularmente receptivo a órdenes y sugerencias del hipnotizador. En la hipnosis como

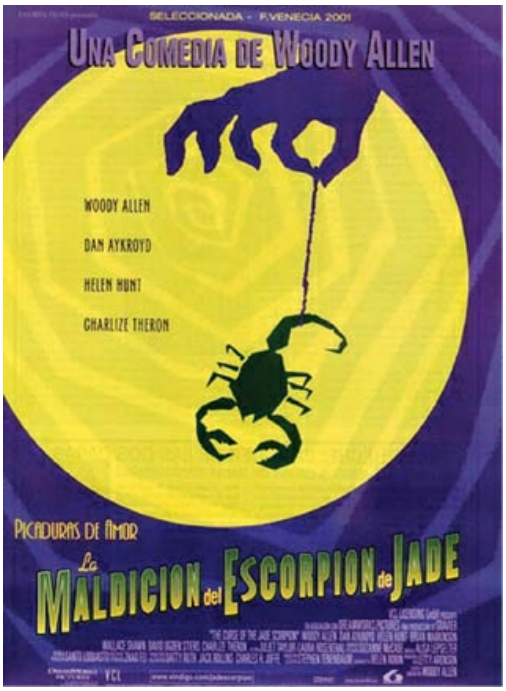
práctica psicoanalítica la base es la sugestión. Se entiende que la sugestión consiste en convencer al paciente a través de elementos afectivos, mediante la identificación o la proyección de un ideal de uno mismo (conocido como superyó en psicoanálisis). El primer tratado serio sobre la hipnosis se lo debemos a Hull, quien en 1933 publicó *Hipnosis y sugestión*. El concepto propuesto por Hull para explicar la hipnosis fue la acción ideo-motora o tendencia de los contenidos imaginativos sobre los propios actos en transformarse en esos actos, cuando relajamos el control de la censura. Pensamos en doblar el dedo índice en un estado de relajación, sin controlar que nada ocurra en un sentido o en otro al respecto y, cuando queramos darnos cuenta, estaremos doblándolo. Hull explica que sin necesidad de hipnosis esta se comunica con cierta facilidad, mediante el contacto físico. Un experimento informal previo realizado por Hull consistió en pedir a una estudiante que escondiera un anillo en una estancia —sin que él pudiera saber el lugar donde este se ocultaba— y que lo cogiera a él mismo de la mano después, fuertemente, mientras ella concentraba su pensamiento en el lugar donde el anillo se ocultaba. Según relata Hull, las sensaciones que le transmitía la mano de la estudiante le condujeron al anillo. Esto le llevó a pensar que quizá algo similar ocurría en el (supuesto) trance hipnótico: el hipnotizador, como su estudiante, conduce al hipnotizado, como a él mismo, a donde su pensamiento le lleva. Solo hay que dejar fluir relajadamente la conciencia… Hull dejó bien claro que la hipnosis no tenía nada que ver con el sueño porque mientras dormimos no podemos establecer condicionamientos ni resolver problemas, algo que en el trance hipnótico sí es posible. Por otro lado Hull también desmonta la definición de hipnosis por sus «síntomas» puesto que todos los elementos que se dan en el (supuesto) trance se encuentran también en el estado de conciencia no alterado: amnesia, anestesia, recuperación de recuerdos, la sintonía emocional con el terapeuta, etc.

Entre Hull y Sarbin, encontramos la contribución de White al asunto de la hipnosis. En los años cuarenta, Robert White, sin negar la existencia del estado de trance (algo que acabará por hacer Sarbin), postuló que la conducta hipnótica está determinada por las expectativas implícitas de los sujetos y guiada por el deseo de presentarse tal y como consideran que el hipnotizador espera que lo hagan. Cuantas más sesiones hipnóticas, más se afina en el

ajuste a la imagen propia de lo que se espera de un hipnotizado, especialmente en lo concerniente a eso en común que supuestamente comparten el hipnotizador y el hipnotizado.

Ahora estamos en condiciones de entender las sospechas de Sarbin respecto a la hipnosis y su enfoque conocido como teoría del rol o teoría de la adopción de roles (*role-taking theory*). Según Sarbin, la teoría del rol intentaría conceptualizar la conducta humana de modo interdisciplinar, mediante estudios de la cultura, la sociedad y la personalidad. Las unidades conceptuales más amplias de la teoría son el rol, como unidad de la cultura, la posición como unidad de la sociedad y el *sí mismo* como unidad de la personalidad. Para Sarbin, la similitud entre la adopción de roles (psico)dramáticos y el trance hipnótico se hace patente cuando al hacer estudios comparativos constatamos que en ambos casos depende de una motivación favorable, una percepción del rol y la aptitud para adoptarlo. En el caso de la hipnosis, la motivación favorable se puede definir como la congruencia entre el autoconcepto y el rol del sujeto hipnotizado. La percepción del rol se deriva de la interacción de los individuos con varios medios de comunicación. Sarbin no quiere decir, no obstante, que quien participa en una sesión hipnótica sea un mero simulador. El concepto de rol debe entenderse en un sentido más amplio que el de papel teatral; como explican Steven Jay Linn e Irving Kirsch en un artículo publicado en castellano por la revista especializada *Papeles del psicólogo*:

> La Teoría del Rol de Sarbin (1950), con frecuencia se malinterpreta y se describe incorrectamente en términos de «desempeño de roles», lo que implica que el sujeto hipnotizado está meramente simulando. Aunque a primera vista esto pueda parecer una diferencia muy sutil, es algo realmente crucial. Nosotros representamos muchos roles sociales a lo largo de nuestras vidas. Estos incluyen el rol de padre, hijo, estudiante, profesor, amigo, colega, supervisor, supervisado, etc. Esos roles moldean profundamente nuestra conducta. El comportamiento de un profesor en una clase es muy diferente al de un estudiante, y la conducta de un terapeuta es diferente a la del cliente. Decir que estamos representando el rol de padre no implica que estemos simplemente fingiendo ser padre. De igual modo, cuando las personas toman el rol social de persona hipnotizada, no están simplemente fingiendo estar hipnotizados. Como recalcó Sarbin, el sujeto hipnótico cree en las imaginaciones que conforman la base de la experiencia hipnótica.
>
> «Teoría de hipnosis»



En *La maldición del escorpión de Jade*, Woody Allen toca el tema de la hipnosis y el trance hipnótico en clave de humor. La acción se sitúa en los años cuarenta. Los protagonistas se ven involucrados en una extraña situación a partir de haber participado en un espectáculo de magia en el que se someten a una sesión hipnótica.

Para Sarbin son fundamentales las variables contextuales a la hora de comunicar las demandas sociales que dan forma a las expectativas que los sujetos tienen del rol hipnótico. De este modo los sujetos se ven activamente envueltos en la generación tanto de conductas como de experiencias subjetivas; la hipnosis no es un estado de trance inducido sobre alguien, sino que es un rol asumido activa y conscientemente por ese alguien a partir de la información que proporciona el contexto. Después de su primera formulación teórica en los años cincuenta, otros investigadores intentaron probar de un modo empírico la teoría de Sarbin. En el caso de Barber, por un lado, se demostró la importancia de las actitudes, las expectativas y la motivación con respecto a la hipnosis en la respuesta que tuvieron a la misma y, por otro, se proporcionaron repetidas pruebas del hecho de que sujetos no hipnotizados,

una vez se les había dado unas breves instrucciones para aplicarse al máximo, mostraron un incremento tan grande en su capacidad de respuesta a la sugestión como el que se da en los procedimientos hipnóticos.

En la actualidad el descrédito que sufre la hipnosis es tan grande que los que usan algo semejante a ella con fines clínicos o terapéuticos prefieren hablar de sofrología. La sofrología (etimológicamente: 'ciencia de la mente serena') fue en primer lugar una praxis médica que se fue abriendo a los profanos en los años ochenta y está emparentada con la meditación. Supuestamente estudia los cambios de estados de conciencia en los humanos, distinguiendo entre estados y niveles de conciencia. Habría estados patológicos de conciencia, estados normales y estados diferentes (objeto de estudio de la sofrología). Los niveles de la conciencia serían la vigilia atenta, la vigilia, el nivel sofroliminal, el sueño, el sueño profundo, el coma y la muerte. Se trata de buscar el nivel sofroliminal que permita evitar estados patológicos y propiciar una sanación. Raymond Abrezol retrata perfectamente la actitud *new age* que hay detrás de esta huida hacia adelante en la que se embarcan quienes, como él, no quieren aceptar la tesis de Sarbin de que el estado de trance no existe:

> Una vez llegados a este punto, ya deberíamos ser capaces de comprender la finalidad profunda de la sofrología, que es la de obtener y mantener el equilibrio perfecto, la armonía entre el espíritu, el cuerpo y la mente. En la mayor parte de los casos, un síntoma que se siente en algún lugar del cuerpo puede tener su origen tanto en la mente como en el espíritu.
>
> La medicina moderna, que solamente se ocupa de nuestro cuerpo físico, de sus síntomas (y no de las causas), es absolutamente incompleta y superficial. Tratar un síntoma puede ser útil pero, generalmente, es insuficiente como terapia de cura.
>
> *Vencer con la sofrología*

¿HABRÍA CLÍNICAS PSICOLÓGICAS SIN MUJERES SOCIALMENTE ANULADAS?

La psicología clínica comenzó con el psicoanálisis si bien hoy muchos especialistas clínicos se sitúan a gran distancia del mismo. Y, según el propio Freud, el hecho fundacional del psicoanálisis fue el caso clínico de la paciente de Joseph Breuer, su mentor, conocida como Anna O. A este caso seguirán el de muchas mujeres sensibles y cultas, anuladas por la sociedad burguesa en la que les tocó vivir. Anna O. es el paradigma, tanto en el sentido más común de la palabra (en el sentido de que es un caso ejemplar) como en el sentido del sociólogo y filósofo de la ciencia Thomas S. Kuhn (modo nuevo o creativo de atacar problemáticas enquistadas para las cuales no se encuentra solución dentro de un cierto saber; decimos saber puesto que aquí encontramos imposible decir que nos referimos a una ciencia). Seguiremos aquí la revisión crítica que sobre el asunto publicó, en 2006, R. Skues con el título *Sigmund Freud and the History of Anna O.: Reopening a Closed Case* (*Sigmund Freud y la historia de Anna O.: reabriendo un caso cerrado*). Según la historia que se transmitió de boca en boca dentro de la escuela psicoanalítica y que se ha convertido ya en una leyenda fundacional, el doctor Breuer había decidido cortar la relación médico-paciente con Anna dado que la gran demanda de su presencia por esta había llevado a la esposa del médico a un estado de celos e infelicidad considerable. La paciente había mejorado considerablemente y Breuer podía tener la conciencia tranquila. Horas después del anuncio del fin de la relación Breuer fue solicitado porque Anna había sufrido una recaída y se sentía muy nerviosa, presa de las contracciones de un parto histérico (sufría de un embarazo psicológico que se había producido a lo largo del tratamiento con el médico). Su mujer estaba realmente embarazada y al día siguiente de todo este suceso Breuer marchó con ella a Venecia.

Pero ¿cómo empezó esta historia? Bertha Pappenheim —verdadero nombre de Anna— necesitó de un médico a finales de 1880 a causa de lo que pensaban que se trataba de un cuadro de tuberculosis que se manifestaba con el síntoma de una tos que no remitía. Bertha había estado cuidando de su padre enfermo de un modo absorbente, aparecieron las toses y después

anestesias locales, parálisis puntuales hasta que tuvo meterse en cama. Encamada, sufría de alucinaciones, sus músculos se contracturaban, su habla respondía cada vez peor a las reglas gramático-sintácticas hasta desaparecer finalmente. Al doctor se le ocurrió forzarla a hablar y ella acabará haciéndolo usando una lengua extranjera. En primavera se nota una importante recuperación. Pero con el fallecimiento de su padre Bertha volvió a empeorar, dejó supuestamente de ver y de reconocer a las personas. Solo toleraba tomar alimento del doctor. Sufría de alucinaciones por la mañana, estaba adormilada por las tardes y por la noche decía que estaba en las nubes. Según la leyenda, Breuer se dio cuenta felizmente de que Bertha mejoraba al día siguiente si por la noche hablaba de lo que pasaba por su cabeza en dicho estado que él interpretaba como hipnótico. De hecho, algunas mañanas estaba de auténtico buen humor. Pero volvió a empeorar y sería trasladada al campo, cerca de un sanatorio. No dormiría ni comería. En el estado (supuestamente) hipnótico realizaba una serie de escenas que trufaba con palabras apenas inteligibles por su pronunciación. La repetición de dichas palabras la conducía a inventar cuentos fantásticos a partir de ellas. Las fantasías se tornaban terroríficas y solo parecía mejorar cuando era capaz de hablar, contando las propias historias para lo cual Breuer le proporcionaba la entradilla. Según la tradición psicoanalítica, la mejora de Bertha siguió a la rememoración de los recuerdos de experiencias desagradables subyacentes a los síntomas que habían ido apareciendo. Breuer quiso acelerar el proceso y evitar tener que velar a Bertha (esperando sus ocurrencias nocturnas) mediante la hipnosis. Bertha fue sanando y fue el interés de Freud por copiar el método de Breuer pero prescindiendo de la hipnosis, para la que no estaría bien dotado, lo que llevó la *talking cure* (nombre que le dio la misma Bertha a lo que hacía Breuer con ella) al psicoanálisis y con ello al paso decisivo desde la neurología a la clínica psicológica/psiquiátrica.

Pero esta historia es una leyenda que contiene tanta falsedad, al menos, como verdad. Bertha Pappenheim acabó siendo adicta a la morfina y muchos de sus síntomas no se fueron. Las investigaciones de Ellenbergen han sido decisivas, como pone de manfiesto Skues:

> Nunca hubo un sanatorio en Gross Enzersdorf si bien es probable que hubiera habido una confusión con un sanatorio de Inzersdorf. Sin embargo, Ellenberger no encontró rastro de historia clínica de Bertha Pappenheim en sus archivos. De ahí que concluya

que la versión de Jones, publicada más de setenta años después de los hechos, está basada en habladurías y debería ser tratada con cautela.

Dos años después, sin embargo, Ellenberger transformó el estudio del caso de modo bastante drástico cuando publicó una nueva revisión del mismo, la cual se beneficiaba de una cantidad significativa de nuevos datos. Ellenberger pudo tener la certeza al caer en su poder una fotografía de Bertha en posesión de uno de sus biógrafos de que la imagen había sido tomada en la ciudad alemana de Constanza en 1882, y de ahí pudo seguir la pista que le condujo, en el sanatorio Bellevue en los alrededores de la ciudad suiza de Kreuzlingen, a una transcripción de un informe original sobre ella, escrito por Breuer y que databa de la estancia de Bertha allí entre el 12 de julio y el 29 de octubre de 1882, poco después de que el tratamiento con ella hubiera acabado. Ellenberger resume tanto el informe de Breuer como un informe suplementario escrito por uno de los doctores del sanatorio, el cual cubre el período completo de la estancia de Bertha allí.

La conclusión general de Ellenberger extraída sobre la base de estas nuevas pruebas es la que sigue: «Los documentos recientemente descubiertos confirman lo que Freud, en consonancia con Jung, le había dicho: la paciente no había sido curada. De hecho, el famoso prototipo de cura catártica no era ni cura ni catarsis […]. La versión de Jones del falso embarazo y las contracciones de parto histérico no pueden confirmarse y no encajan dentro de la cronología del caso». Con este decisivo resumen muchas de las piezas de lo que hasta el momento había sido la imagen estándar del caso entre los comentadores históricamente duchos en el tema acerca de los orígenes del psicoanálisis fueron puestas en su lugar.

Sigmund Freud and the History of Anna O.:
Reopening a Closed Case

Como expone Rolf Degen en su obra *Falacias de la psicología*, se ha dado por hecho con demasiada ligereza que la psicoterapia carece de efectos secundarios indeseables. Esto no es resultado solo de una visión benévola hacia la misma —en absoluto es así siempre—, sino que muchas veces es el fruto de un desdén tan profundo por la misma que la consideran irrelevante a todos los efectos. Por eso, subraya Degen, ni siquiera suele entrar dentro del campo de examen de las inspecciones de calidad propias de cualquier prestación profesional homologada. Es muy habitual que los pacientes tengan la idea de que tanto el éxito como el fracaso de su terapia dependen enteramente de ellos. Y esto no es exclusivo del psicoanálisis. Este es el caso, en efecto, de la terapia dialógica, la terapia Gestalt, la terapia de conducta y

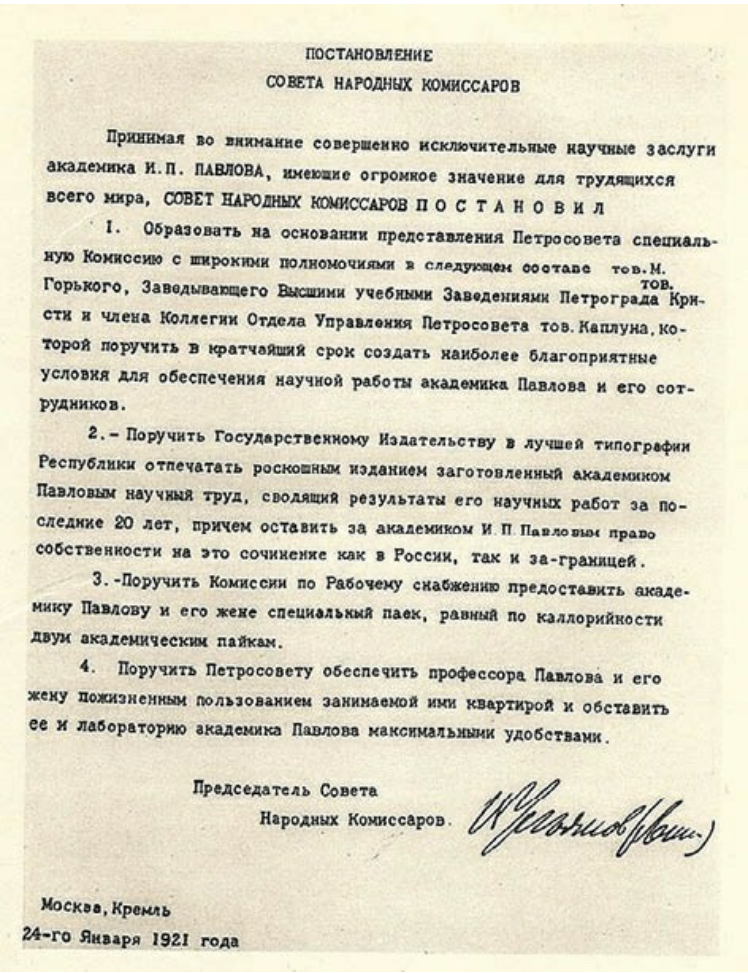
las psicoterapias humanistas y, en suma, todas aquellas que procuran una relación que no solo pretende dejar de ser paternalista (lo cual, quizá, es beneficioso en todos los campos, también en la medicina), sino que quiere dejar de ser una relación médico-paciente en todos los sentidos. La cuestión es que el victimismo, una actitud muy arraigada en una sociedad de seres demandantes, hace creerse al paciente un ser irresponsable ante el mundo de la vida pero, a la vez, le hace totalmente culpable del fracaso de su terapia; Degen, en la obra citada: «En ocasiones, se sumerge durante años en cavilaciones rencorosas y resentidas, mientras el terapeuta adopta el papel de arqueólogo de la psiquis y se dedica a buscar tragedias enterradas, por más que esa excavación del pasado se revele finalmente estéril». En 2011 se hizo popular —gracias a la película *Un método peligroso*, de David Cronenberg— un caso menos conocido que el de Anna O.: el de Sabina Spielrein (interpretada por Keira Knightley) con Carl Gustav Jung, el discípulo de Freud (con el cual el maestro romperá posteriormente). La película se basa en unas cartas de la propia Spielrein que no salieron a la luz hasta 1977.

> Para Freud, que como lo prueban las cartas halladas siguió con preocupación el asunto, la conducta de Jung resultaba inadmisible, pero reflejaba un problema que no era nuevo. Ya en 1880 el análisis de otra joven de veintiún años, Berta Pappenheim (Anna O.), erráticamente conducido por Joseph Breuer, y luego en 1889 el de Fanny Moser (Emmy von N.), lo habían puesto sobre la pista. El amor de transferencia, esencial en un tratamiento, era todavía mal comprendido por los analistas, generando en ellos reacciones de huída o atracción, ambas incompatibles con la cura de los pacientes. Varios de sus discípulos incurrieron en este desliz. Desde formas involuntarias, como las reacciones de Breuer o las expresiones con las que Ferenzi describía a su paciente, la baronesa Anna von Lieben (Cecile M.) —inteligente, sensible, *primadonna*—, hasta extremos de involucración abierta, como la de Jung con Sabina Spielrein o la del propio Ferenzi con Gizella y Elma Palos. Una vez más Jung con Antonia Wolff, Groddeck con Emmy von Voigt, Wilheim Stekel con distintas pacientes, Victor Tausk, Wilheim Reich, Otto Rank…
>
> «Un método peligroso. La transferencia amorosa, un siglo después», *Ética y Cine Journal*
>
> Juan J. Michel Fariña, Eduardo Laso *et al*

83

¿FUE CASUALIDAD APRENDER A ADIESTRAR A LAS MASCOTAS?

Adelantamos la temática de la presente cuestión y expusimos el condicionamiento clásico (pavloviano) en la respuesta a la pregunta 33, donde se explicó también lo especialmente relevante que fue el hallazgo por parte de un estudiante de Pavlov acerca de la posibilidad de la modificación de la generalización/discriminación del estímulo. Allí se expuso cómo Ivan Pavlov fue un fisiólogo que se encontró, no obstante, con un problema psicológico en los animales que trataba de estudiar. Sin Pavlov y sin Watson difícilmente puede concebirse que hubiera llegado a desarrollarse una investigación fructífera sobre la otra forma de condicionamiento (operante o skinneriano) y, sobre todo, acerca de la aplicación combinada a la modificación de la conducta animal. Tal modificación o adiestramiento requiere de un manejo controlado de la generalización y la discriminación y no solo de la administración de refuerzos positivos y negativos. En cualquier caso, como ambas formas de condicionamiento son la piedra angular sobre la que cualquier adiestramiento animal puede cimentarse, habremos de decir que hubo una cierta serendipia en el origen de estas técnicas, debido a lo que sucedió en el laboratorio de fisiología de Pavlov.



ПОСТАНОВЛЕНИЕ
СОВЕТА НАРОДНЫХ КОМИССАРОВ

Принимая во внимание совершенно исключительные научные заслуги академика И.П. ПАВЛОВА, имеющие огромное значение для трудящихся всего мира, СОВЕТ НАРОДНЫХ КОМИССАРОВ П О С Т А Н О В И Л

1. Образовать на основании представления Петросовета специальную Комиссию с широкими полномочиями в следующем составе тов.М. Горького, Заведывающего Высшими учебными Заведениями Петрограда тов. Кристи и члена Коллегии Отдела Управления Петросовета тов. Каплуна, которой поручить в кратчайший срок создать наиболее благоприятные условия для обеспечения научной работы академика Павлова и его сотрудников.

2.- Поручить Государственному Издательству в лучшей типографии Республики отпечатать роскошным изданием заготовленный академиком Павловым научный труд, сводящий результаты его научных работ за последние 20 лет, причем оставить за академиком И.П. Павловым право собственности на это сочинение как в России, так и за-границей.

3.-Поручить Комиссии по Рабочему снабжению предоставить академику Павлову и его жене специальный паек, равный по каллорийности двум академическим пайкам.

4. Поручить Петросовету обеспечить профессора Павлова и его жену пожизненным пользованием занимаемой ими квартирой и обставить ее и лабораторию академика Павлова максимальными удобствами.

Председатель Совета
Народных Комиссаров. В. Ульянов (Ленин)

Москва, Кремль
24-го Января 1921 года

Carta de Lenin a Pavlov (24 de enero de 1921), elogiando su trabajo y expresando su decisión de proporcionarle los medios que necesite para continuar sus investigaciones. Desgraciadamente para el materialismo dialéctico de Engels y Marx, la interpretación de Sechenov (psiquismo como producto exclusivo de la actividad del sistema nervioso) sería la predominante en la investigación en ciencias naturales de la antigua Unión Soviética, como fue el caso de Pavlov y Bechterev. La ciencia soviética se pasaba así del pluralismo y el origen social de la conciencia al monismo biologicista.

Lo que Pavlov se encontró fue —evocamos de aquí en adelante las enseñanzas extraídas de las clases del profesor Juan B. Fuentes (UCM)— que, por un lado, no parecía tener ningún sentido científico separar las conductas animales como términos específicos de un campo científico distinto a la fisiología y la anatomía animales pero, por otro, tampoco podían

reducirse los problemas que se encontró en el laboratorio al ámbito propio de la biología *sensu stricto.* A medida que se desarrollan tanto la anatomía como la fisiología, cabalgándose mutuamente en el tiempo histórico de los dos últimos siglos, afloran las cuestiones psicológicas. La fisiología se da de bruces con la idea de función, misteriosa y estimulante, casi metafísica (nuevamente la causa final o «para-qué», expulsada de la física por Galileo y Newton vuelve a la ciencia a través de la fisiología). Los fisiólogos dan forma científica a esta vaga idea mediante el concepto metodológico de correlación funcional entre una variable dependiente y otra independiente: *Vd. = f(Vi).* ¿Qué le paso a Pavlov cuando quiso quitarse el problema psicológico de encima? Como es sabido el perro de Pavlov segregaba saliva y jugos gástricos antes de comer e incluso antes de visualizar la comida. Pavlov diseñó una estrategia experimental que consistió en aislar el reflejo psicológico del fisiológico, separando aquel. Cuando Pavlov, yendo al grano del problema, introdujo la comida directamente en el estómago del perro mediante una cánula, la respuesta fisiológica fue de menor rango que la que producía, en ese mismo animal, la simulación de la alimentación (poniendo la comida en la boca del animal y provocando su caída por una fístula colocada en su tráquea). La respuesta óptima se daba cuando el perro saboreaba, ingería y digería como es natural. Así que, buscando y encontrando —mediante el método— la relación entre relato y correlato en el sistema endocrino, Pavlov se da cuenta de que, muy a su pesar, no podrá esquivar la cuestión psicológica que entorpece su investigación como fisiólogo.

En «Respuesta de un fisiólogo a un psicólogo» (de su obra *Actividad nerviosa superior*), Pavlov da a entender que el lenguaje psicológico es un lenguaje ordinario y familiar, pero que las realidades que con él se mientan son, en esencia, de naturaleza neurológica (en esto coinciden actualmente los Churchland y su materialismo eliminativo, de acuerdo con el cual la mayor parte de la psicología es *folk psychology* que podrá ir siendo eliminada como pseudoexplicación y sustituida por un discurso neurocientífico «serio»). Su apuesta por un materialismo grosero le llevó a no darse cuenta de que una cosa es reconocer el funcionamiento neurofisiológico como ingrediente material necesario de la percepción y otra muy distinta es reducir formalmente esta a aquel.

84

¿ES LA INTELIGENCIA UN MICROPROCESADOR HECHO CON CÉLULAS?

Las ciencias cognitivas tienen como campo de estudio la cognición, el procesamiento de información, el conocimiento, la mente humana, la inteligencia artificial… La cognición entendida en sentido amplio, como procesamiento de información, es compartida de alguna manera (analógica) por el ser humano, el resto de los animales y las máquinas. Estas ciencias cognitivas involucran a varias disciplinas: filosofía, psicología, antropología, lingüística, etología, inteligencia artificial y neurociencias. Entre estas disciplinas, especialmente debido al auge de las neurociencias, se producen ciertos híbridos. Ese es el caso de la neuropsicología.



Aleksandr Románovich Lúriya, transcrito en Occidente como Alexander Luria, fue discípulo de Vygotski. Investigó casos de heridas cerebrales durante la Segunda Guerra

Mundial. Sus obras más importantes son *La afasia traumática* y *Las funciones corticales superiores del hombre*.

Para la neuropsicología todos los procesos mentales de carácter cognitivo o afectivo, conscientes o inconscientes, son propiedades de procesos cerebrales. Los procesos mentales serían la consecuencia de tales procesos y se darían sobre la base de sistemas, redes, módulos cerebrales de un organismo en un medio ambiente determinado. En el caso del ser humano, para que se desarrollen los procesos de carácter superior, se requiere el medio sociocultural.

Según la neuropsicología, una explicación cabal de la estructura y dinamismo de los procesos intelectivos requiere, como es lógico, de un estudio de los vínculos entre el cerebro y el comportamiento o, en palabras de Luria, la neuropsicología investiga los procesos mentales complejos en función de los sistemas cerebrales. Cuando se centra en la inteligencia estaríamos en el terreno de una parte de la neuropsicología conocida como neurociencia cognitiva (cuyo fundador fue el mismo Luria). Todo sistema está compuesto de componentes interconectados, presenta una estructura determinada y posee propiedades emergentes, irreductibles a cada uno de los componentes aislados. En la naturaleza nos encontramos desde gusanos que apenas tienen seis neuronas hasta los seres humanos con unos cien mil millones de ellas. El interés fundamental de los estudios neuropsicológicos es hallar sistemas de neuronas que presenten propiedades estructurales y funcionales distintas e irreductibles a las propiedades de los componentes subcelulares. Es decir, constituir su campo científico propio al margen de la biología.

El cerebro presenta tres dimensiones funcionales: superior-inferior, anterior-posterior e izquierdo-derecho. No son dimensiones independientes ni antagónicas sino que, muy al contrario, un rasgo notable de la organización cerebral que da lugar al procesamiento característico de las facultades intelectivas superiores es la estrecha interacción entre sus partes y zonas. No obstante, las tres dimensiones apuntan a un aspecto distinto de la función cerebral. La superior-inferior es la división fundamental del cerebro pues diferencia la corteza cerebral (donde se producen los procesos específicos de

nuestra especie) del resto de las estructuras subcorticales (las cuales desempeñan funciones vegetativas comunes a los animales). La anterior-posterior corresponde al cerebro superior. El surco central o fisura de Rolando separa la parte anterior o lóbulo frontal de la parte posterior con los lóbulos parietal, temporal y occipital. Se sabe que el lóbulo frontal está implicado en el mantenimiento de la atención, la planificación y supervisión de las operaciones del sujeto. La izquierda-derecha fue la última dimensión en evolucionar, con toda probabilidad. En personas diestras el hemisferio izquierdo parece tener una mayor implicación en las actividades secuenciales (como el lenguaje) mientras que las áreas del hemisferio derecho estarían especializadas en los procesos que ocurren en paralelo, tales como la representación espacial.

La estructura y funcionamiento cerebral vendrían dados por múltiples subsistemas o módulos con independencia relativa, actuando en paralelo y ajenos en muchas ocasiones a la experiencia consciente. Habría sistemas modulares que originan comportamientos y estados de ánimo de los que el sistema consciente no tiene noticia, si bien en un momento posterior el módulo intérprete tendrá que darles sentido intencional. Aquí está la clave del problema para quienes quieren interpretar la inteligencia consciente humana como una forma de procesamiento de la información: como la filosofía fenomenológica y cierta filosofía analítica anglosajona han puesto de manifiesto, la intencionalidad es el rasgo mediante el cual nuestros procesos mentales se dirigen hacia (o tratan sobre) estados de cosas del mundo distintos de sí mismos y este rasgo no puede ser emulado mediante los sistemas artificiales de procesamiento de la información.

85

¿SON LOS TIRANOS UN MAL NECESARIO?

La personalidad autoritaria fue publicada en 1950 y redactada por encargo del Comité Judío Norteamericano, el cual quería prevenir, detectando a tiempo un posible germen de totalitarismo, que en Estados Unidos pasase algo similar a lo que brotó dos décadas antes en la culta Alemania. Desde luego, como señaló Hannah Arendt, esto no era en absoluto impensable:

> Los acontecimientos políticos, sociales y económicos en todas partes se hallan en tácita conspiración con los instrumentos totalitarios concebidos para hacer a los hombres superfluos. […] Las soluciones totalitarias pueden muy bien sobrevivir a la caída de los regímenes totalitarios bajo la forma de fuertes tentaciones, que surgirán allí donde parezca imposible aliviar la miseria política, social o económica en una forma valiosa para el hombre.
>
> *Los orígenes del totalitarismo*

La personalidad autoritaria está comprendida dentro de una serie de estudios sobre el prejuicio. Esta obra trató de medir las tendencias ideológicas, hallar la personalidad a través de las entrevistas clínicas y material proyectivo, manejar estudios cualitativos sobre ideología y atender al análisis de individuos y grupos especiales (aquellos cuya puntuación en las escalas es anormalmente baja o alta así como a presos y pacientes psiquiátricos). Las escalas de actitud fueron antisemitismo, etnocentrismo, conservadurismo político-económico y fascismo. Los factores en los que se agrupaban los ítems de la escala *fascismo* fueron: a) sumisión autoritaria ante puestos de autoridad idealizados; b) agresión autoritaria o tendencia al rechazo a personas no convencionales; c) oposición a lo imaginativo (antisubjetividad); d) superstición y estereotipo; e) conducta ruda y culto al poder; f) desprecio al género humano (cinismo y desconfianza); g) catastrofismo; h) morbosidad y obsesión sexual.

Con una extraña perspectiva que viene a combinar el planteamiento psicoanalítico centroeuropeo con la psicología social al estilo estadounidense, Adorno elabora una clasificación de síndromes asociados a las puntuaciones anormalmente altas y bajas en las escalas. En el caso del fascismo, como sintetiza José E. Rodríguez Ibáñez en *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, nos encontramos con:

> Los que puntúan alto serían personalidades dominadas por alguno de los siguientes

«síndromes»:

• «Resentimiento» (actitudes extremas fruto de la proyección contra los demás de las frustraciones personales).

• «Convencionalismo» (seguimiento de pautas no democráticas en un contexto que no se caracteriza por su proclividad democrática).

• «Autoritarismo» (coherencia entre la personalidad y la cultura autoritarias).

• «Rebelión» (agresividad, eventualmente psicopática, contra un liberalismo que actuaría como moral social mayoritaria).

• «Tendencia maniática» (*crank* en inglés) (rigidez y compulsividad en los hábitos con resultado de intolerancia).

• «Manipulación» (simplificación deliberada de la realidad con objeto de sacar adelante posturas protodictatoriales).

En lo referente a los que puntúan bajo, los «síndromes» serían:

• «Rigidez» (adopción de pautas no autoritarias, no por convicción, sino por acatamiento de una ortodoxia liberal percibida como deber de conducta).

• «Protesta» (apoyo en los valores liberales como contraste crítico con una realidad que se sabe desigual e injusta).

• «Tendencia impulsiva» (proselitismo, propagandismo de ideales, en este caso democráticos).

• «Conformismo» (*easy going*) (versión liberal del convencionalismo de quienes puntúan alto).

• «Liberalismo auténtico» (convicciones democráticas meditadas y practicadas por propia iniciativa y sentido de la responsabilidad).

Presentación de *La personalidad autoritaria*

Lo que Adorno y sus colaboradores constataron es que hay una relación entre el modo de conducirse en distintos ambientes (familia, pareja, comunidad religiosa, etc.) y lo que cabe esperar bajo ciertas circunstancias ambientales (cuando aumenta la presión a causa, por ejemplo, de los infortunios económicos y los conflictos sociales que suelen acompañarlos). Intentando contestar a la pregunta que nos hemos hecho, lo cual no es fácil puesto que nadie conoce el futuro y porque la psicología de la personalidad

ha estado después de la obra de Adorno en constante revisión de sus conceptos, podemos decir que los tiranos no son un mal necesario en absoluto pero que el totalitarismo —que no es lo mismo (véase la obra de Arendt antes citada)— es una tentación (véase también *La tentación totalitaria*, de J. F. Revel) que no puede erradicarse:

> No podemos esperar que los argumentos racionales tengan efectos profundos o duraderos sobre un fenómeno que es esencialmente irracional. Apelar a la compasión cuando se trata de personas que experimentan un gran temor a ser identificados con la debilidad o el sufrimiento puede ser tan perjudicial como beneficioso. Estrechar lazos con miembros de grupos minoritarios difícilmente influirá en personas que se caracterizan en gran parte por su incapacidad para asumir experiencias; y promover la simpatía por grupos o individuos concretos resulta muy difícil para gente a la que realmente no les gusta nadie. Y si conseguimos desviar la hostilidad sobre una minoría, deberemos ser muy cautos con nuestra satisfacción, pues sabemos que es muy probable que dirijan su hostilidad hacia algún otro grupo.
>
> *La personalidad autoritaria*

86

¿SABÍAS QUE PARA EL PSICOANÁLISIS LOS MITOS ANTIGUOS NO SON HISTORIAS INVENTADAS, SINO LO MÁS VERDADERO DE NOSOTROS MISMOS?

Si bien el psicoanálisis ha estado siempre especialmente interesado en la literatura y en el arte, la cuestión de su relación con la mitología no puede ponerse al mismo nivel sino a uno superior. Aquí no se trata de una (supuesta) aplicación interpretativa del psicoanálisis, sino de la esencia misma de este. Dicho de otro modo: cuando el psicoanálisis se afana en hacer una hermenéutica de la obra artística y de la figura que la ha traído al mundo, estamos en el terreno de la psicología, pero cuando el psicoanálisis hace uso

de los mitos dentro de su propio discurso nos encontramos ya en la metapsicología. La justificación que los psicoanalistas han dado ha sido siempre la misma: los mitos expresan algo universal porque el inconsciente es universal en su funcionamiento y en sus contenidos primordiales: los anhelos, la furia y los miedos (otro asunto, objeto de discusión, es considerar si existe un inconsciente colectivo o no).

Los mitos griegos tratan con asuntos genuinamente psicoanalíticos: la castración, el parricidio, el incesto y otros, menos evidentes, pero que también están (como la relación vista por los psicoanalistas entre la cabeza de Medusa y los genitales femeninos). Otro asunto muy distinto —y este fue el error de los primeros seguidores de Freud— es considerar que el mito se agota en la interpretación psicoanalítica, la cual lo desvelaría por completo. Algo que hoy se considera falso y que ya constató Carl Gustav Jung. La oportunidad perdida de los freudianos ortodoxos —recuérdese que Jung fue expulsado de la comunidad de fieles a Freud— fue, para Jung, no darse cuenta de que sin atender a la historia de las civilizaciones y la mitología seriamente (sin usarla meramente como una forma de ilustrar el terreno ya conocido y cómodo del psicoanálisis ortodoxo) no podían resolverse los secretos de la neurosis y la psicosis. Jung quiso poner la relación jerárquica psicoanálisis-mitología boca abajo; el psicoanálisis, para Jung, había de ser la rama más joven de un saber preexistente, los mitos. El saber de los mitos es el saber acerca de las imágenes arquetípicas de la humanidad, expresiones metafóricas primordiales de contenidos de un inconsciente colectivo. Por lo tanto, el psicoanálisis no era el metalenguaje de la mitología (el psicoanálisis no hacía metapsicología al hablar directamente de los mitos sin usarlos), sino que era la última (pero no definitiva) forma de interpretación de lo oculto en la psique humana. Algo que vendría avalado por la semejanza de los mitos a través de las culturas, culturas que jamás pudieron tener contacto entre ellas. Los arquetipos solo pueden ser descifrados en un código metafórico familiar a una época y una sociedad concretas, pero no existe la clave que lo agote *sub specie aeternitatis* en un lenguaje científico, neutro y aséptico. Cuando nos acercamos a los mitos no podemos escapar a la alegoría. Otro asunto es que la alegoría a la que traducimos el mito nos suene más familiar se nos incorpore a un horizonte de sentido que es el nuestro.

Ya en la segunda mitad del siglo XX, Lacan construyó su teoría —con base en el estructuralismo— sobre la tesis de que un lenguaje imperfecto (que no capta lo real mismo) construye eso que solemos llamar realidad y nuestro yo separándolos la una del otro. El sujeto alberga una ruptura estructural que no puede ser reparada aunque tampoco conlleve un desfallecimiento del yo, una esquizofrenia o abulia irremediables. ¿Qué tienen que ver los mitos con todo esto?

> Mientras que Freud y Jung figuran en casi todas las introducciones generales a la teoría del mito, Lacan apenas si es mencionado. No obstante, mostró igualmente un gran interés en el asunto: constantemente se refiere a la mitología griega para ilustrar sus teorías y conceptos. Pero lo que es más importante: las teorías psicoanalíticas de Lacan fueron fundamentalmente inspiradas y forjadas por la teoría estructuralista del mito de Claude Lévi-Strauss, un hecho que es concienzudamente documentado por Marcos Zafiropoulos. El propio Lévi-Strauss compara en su artículo «La eficacia simbólica» (1949), frecuentemente citado por Lacan, el método de curación mítico de los chamanes con los oficios despachados por el psicoanálisis. La curiosa efectividad de las narrativas míticas de los chamanes ha llevado a Lévi-Strauss a la conclusión de que la enfermedad es de la misma naturaleza simbólica que la cura. […] Lacan ve la semejanza con las historias de los neuróticos: como el mito, sus historias dan vueltas alrededor de una contradicción inicial que no puede resolverse […] porque es el sujeto mismo. Pero tal y como ocurre en el mito según Lévi-Strauss, una cierta «mediación» del problema puede alcanzarse contando la historia una y otra vez, recolocando y reorganizando sus elementos.
>
> «Myth, Mind and Metaphor: On the Relation of Mythology and Psychoanalysis»
>
> Nadia Sels

87

¿CHANTAJE EMOCIONAL O ACOSO MORAL?

No son lo mismo aunque, obviamente, tienen mucho en común. Susan Forward, psicóloga, constató a finales de los noventa —en su obra *Chantaje emocional*— que muchos pacientes al hablar de un problema mientras se comunican con otros no pueden evitar ser influidos por las emociones de estos, quedan confundidos y con la impresión de estar siendo manipulados o chantajeados. Posteriormente se ha estudiado la relación entre el chantaje emocional, los entornos (el laboral es uno de los más relevantes) y el bienestar del individuo. En lo sucesivo, seguiremos los trabajos de Chung-Chu Liu y de Shiou-Yu Chen, publicados en *Procedia Social and Behavioral Sciences* (2010). El chantaje emocional se define como la situación en la que una persona pide a otra que haga algo usando el lenguaje verbal o corporal con el fin de conseguir sus objetivos de tal forma que la conducta de la primera persona conduce a la otra a tener sentimientos desagradables. Habría varios tipos de chantaje emocional: amenazante, dispensador de etiquetas negativas, dirigirse a gritos y buscando conflicto abiertamente, buscando dar lástima, lenguaje sarcástico o ignorando al otro. En resumen, el chantaje emocional se basa en la amenaza y el provocar remordimiento o el producir sentimiento de culpa. En su artículo «The relationship between employees' perception of emotional blackmail and their well-being» («La relación entre la percepción del chantaje emocional de los empleados y su bienestar»), Liu recalca que si las empresas hacen a sus empleados sentir un intenso chantaje emocional su moral cae en picado. Chen pone el énfasis en la necesidad de entender bien la incidencia de este fenómeno en la era de la economía emocional, en la que todo Occidente vive ya inmerso. En efecto, según este investigador y tal y como lo expone en su artículo «Relations of Machiavellianism with emotional blackmail orientation of salespeople» («Relación del maquiavelismo con la orientación al chantaje emocional de los vendedores») y —siguiendo también a Susan Forward— el chantaje emocional es una forma de manipulación que se enmascara a sí misma con tal habilidad que incluso personas capaces e inteligentes en un momento dado no pueden ver claramente lo que está pasando con ellas. Sigue un ciclo en seis etapas: petición, resistencia, presión, amenaza, asentimiento, repetición. Dice Chen que este mismo proceso se produce en la negociación propia del mundo de la empresa. Las emociones se van moviendo con fluidez de persona a persona a través de la expresión facial, la vocalización, los cambios sutiles o drásticos y llamativos en la postura y estas transmisiones de emociones

acaban por influir la toma de decisiones. El chantaje emocional está ocurriendo cada día en todas partes y, aunque desde un punto de vista clínico es tratado a veces como una forma de abuso emocional, si nos fijamos en cómo se da en el ámbito de la negociación y en el arte de las ventas nos daremos cuenta de que no es exactamente un mero abuso de confianza.

El acoso moral es una figura que se produce en el ámbito de las relaciones laborales y que se ha popularizado durante los últimos años con el término *mobbing*. El acosador recibe el nombre de asesino moral y tiene un perfil muy determinado (seguimos aquí a Iñaki Piñuel en su obra *Mobbing: cómo sobrevivir al acoso psicológico en el trabajo*) tanto por sus características como por las técnicas que usa. Las características son: capacidad de simulación, falsa seducción, mentira compulsiva, capacidad de manipulación y distorsión, envidia y celos profesionales, ausencia de modales y educación, doble personalidad, dificultad para tolerar la ambigüedad, ausencia de empatía, incapacidad para afrontar el fracaso, oportunismo y conveniencia, falta de criterio personal, ausencia de dinamismo, autoritarismo, ausencia de sentido de culpa o remordimientos, trivialización de lo importante, egoísmo, falta de juicio o ecuanimidad, ausencia de capacidad de escucha, rigidez, indecisión, mediocridad profesional, personalidad controladora, inconsistencia, falta de transparencia, interferencia en el trabajo de otros, arrogancia, imposición, hechos consumados, paternalismo, necesidad de quedar por encima, actitud sabelotodo, incapacidad para cooperar, «paranoia», incapacidad para comunicar, lenguaje rudo e insultante, evasión, incapacidad para el trabajo en equipo, ausencia del sentido del humor. El *modus operandi* presenta estos rasgos: procedimientos sancionadores, hacer pensar al acosado que el enemigo es otro, monitorizar de forma perversa las bajas laborales, la convocatoria de reuniones sorpresa, la denegación de apoyo legal o representación, simulación de ser el mejor amigo del acosado, implantar y poner en funcionamiento sistemas internos de delación, proponer de modo tramposo promociones con el fin de tener cautivo al acosado, la práctica del multiacoso y del acoso aleatorio, etc. Las víctimas suelen ser personas empáticas y afectivas, sensibles, honradas y dignas de confianza, pendientes de los demás y dispuestas a ayudar, orientadas a las personas y muy comprensivas con el que recibe sus atenciones (sensibles a sus clientes/alumnos/pacientes, etc.) para,

normalmente, disgusto del acosador. Suele ser una persona popular y generosa, con buen humor y conversadora, que perdona fácilmente, con un alto sentido de la justicia. Sus debilidades son la ingenuidad, la verborrea (respuestas largas a preguntas cortas), la necesidad de sentirse valorado y la lentitud a la hora de tomar decisiones. Estas debilidades son aprovechadas por el asesino moral para destruirlo.

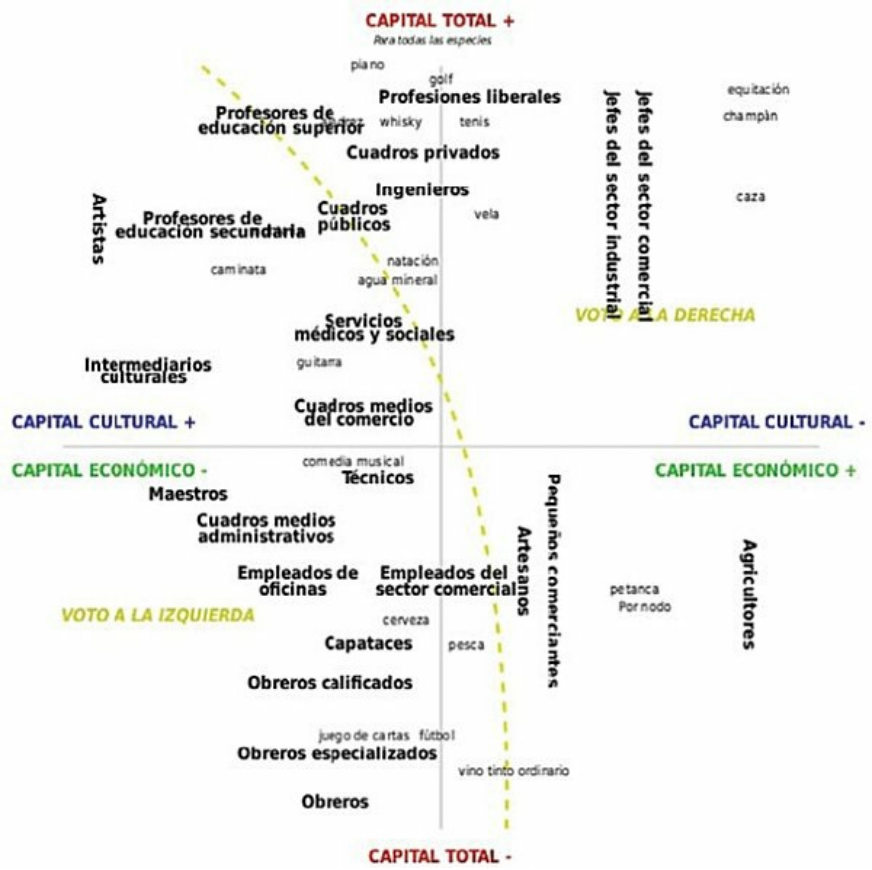
En resumen, la diferencia entre el chantaje emocional es que este último puede o no formar parte del acoso moral. El chantaje pretende conseguir algún beneficio o provecho extrínseco del otro. El acoso no tiene por qué (el sufrimiento de la víctima basta como recompensa). Aunque en ambos fenómenos las emociones son fundamentales, en el primero prima el cálculo de utilidades mientras que en el segundo estaríamos hablando de una forma de sadismo. Ambos fenómenos pueden darse en varias facetas de la vida aunque se han vuelto especialmente notables y preocupantes en el mundo laboral. Sin embargo, nadie duda de que el maltrato entre los cónyuges o en las relaciones parentales comprende chantaje emocional y acoso moral. Finalmente diremos que el *bullying* en adolescentes (acoso escolar) también tiene un componente de chantaje emocional que debe ser analizado dentro de la importancia que el grupo de iguales tiene en esta época de la vida.

88

¿FELIZ O CONFORMISTA?

De la mano de A. Furnham («Work and Leisure Satisfaction»), exploraremos qué factores están implicados en la satisfacción que nos producen nuestro puesto de trabajo y el modo en que pasamos nuestro tiempo de ocio. Según este investigador, el puesto de trabajo —en lo que podríamos llamar, sociológicamente, cuadros medios y empleados cualificados— viene a ser

una fuente clave de la identidad, del respeto por uno mismo y del estatus, la actividad central de la vida, con más importancia real (aunque el sujeto no lo admita) que el tiempo de ocio o las actividades de esparcimiento intercaladas en momentos del día. El puesto de trabajo es, desde una perspectiva psicológica —al margen de consideraciones relativas a la realidad económica de cada país y de cada sector— un elemento de seguridad vital en la existencia propia de los trabajadores cualificados y empleados públicos o privados de los cuadros medios. En la medida en que permite hacer uso de ciertas habilidades del individuo y en que —en la mayor parte de los casos— proporciona oportunidades de contacto entre personas, es uno de los contextos de socialización más importantes de la vida adulta.



Representación del espacio social, según Bourdieu. Los tópicos son de hace varias décadas (aunque algunos siguen vigentes) y están extraídos de la sociedad francesa (pero son reconocibles en otras). En esta representación no figura el capital social (las relaciones clientelares e influencia). La felicidad y el conformismo no pueden distinguirse

analizándolas desde el vacío pues necesitamos tener a los sujetos inscritos en sus coordenadas sociológicas (capital económico, cultural y social).

No obstante debe distinguirse, para saber si somos razonablemente felices o más bien conformistas, entre buen y mal trabajo desde el punto de vista de la dicha o estado razonablemente duradero de satisfacción que nos produce. Influyen nueve elementos, fundamentalmente: el dinero en total (no solo el salario bruto, sino todo tipo de complementos, incluidas las aportaciones a planes de pensiones, etc.); la variedad de las tareas; objetivos reales y reconocibles; capacidad de decisión; uso de las habilidades que se tienen y posibilidad de desarrollo de otras nuevas; un entorno libre de temores y de acoso; seguridad física, laboral y jurídica; contacto interpersonal y, finalmente, posición social valorada asociada al puesto de trabajo.

Un factor que también nos permite evaluar si estamos instalados en el conformismo o si realmente tenemos motivos para sentirnos relativamente dichosos es el tipo de relación establecida entre el trabajo y el esparcimiento. Se dan tres tipos de relaciones: a) extensión: el esparcimiento es una extensión del trabajo, entendido este como interés central del sujeto, quien lo considera similar a aquel; b) oposición: el esparcimiento se opone al trabajo y se prefiere aquel a este; c) neutralidad: una indiferencia apática, en el peor de los casos o una conformidad dichosa, en el mejor de ellos.

La última cuestión, en relación con el conformismo, sería analizar la diferencia entre una sabia reducción de nuestras aspiraciones (en un sentido estoico) y una deserción tras la cual se hallan temores que debieran ser superados. Como expone la socióloga Ruut Venhoven («Questions on happiness: classical topics, modern answers, blind spots»), el ajuste de las aspiraciones es crucial para ser felices, como muestran los numerosos casos de infelicidad entre ganadores de la lotería y el modo en que las personas que se han visto en una silla de ruedas acaban por aceptar su destino; Rojas Marcos, en *Nuestra felicidad*:

> Nuestra satisfacción con la vida depende menos de las cosas que tenemos que de nuestra actitud hacia ellas. Más importante que el sueldo concreto es la satisfacción que sentimos con la compensación personal y profesional que percibimos por nuestra contribución en el trabajo. La respuesta preferida a la pregunta «¿qué aspecto del trabajo considera más importante?» no es un salario elevado, sino «que sea un trabajo

interesante y que tenga significado o impacto».

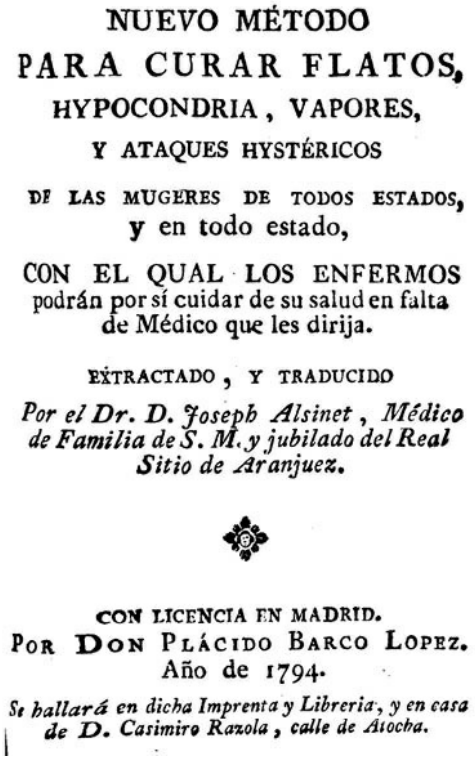
Sin embargo, hay unos umbrales absolutos, incluso para el estoicismo más auténtico. Dejando a un lado la obviedad de que hay que cubrir las necesidades básicas, diremos que la injusticia sufrida y sistemáticamente ignorada así como la soledad total no son compatibles con la felicidad. No podríamos decir que quien haya de conformarse con eso pueda ser feliz.

89

¿ES LA ENFERMEDAD PSICOSOMÁTICA REALMENTE SOMATOPSÍQUICA?

Lo que equivale a plantearse si somatización e hipocondría son lo mismo. Ambos, desorden por somatización e hipocondría, son considerados desórdenes somatomorfos. En un artículo de 2016 publicado en *Anatolian Journal of Psychiatry,* el doctor en psiquiatría Ismet Kirpinar y su equipo defienden dicha identidad. En el estudio se trató de investigar las diferencias entre la hipocondría y la somatización en función de propiedades psicométricas y demográficas. No se encontraron diferencias entre los dos grupos en relación con las características demográficas (nivel educativo, género, estado civil, situación laboral, tipo familiar, estatus socioeconómico, lugar de residencia y edad) exceptuando en lo relativo al género. Los pacientes que acusan trastorno de somatización son predominantemente mujeres (este trastorno recibió durante tiempo el nombre de histeria crónica y es también conocido como síndrome de Briquet) mientras que la hipocondría parece repartirse por igual entre hombres y mujeres. Entre los factores que se consideran para explicar esta diferencia están los clásicos factores biológicos (ciclos hormonales femeninos) y otros socioculturales (procesos socializadores que favorecen la aparición del trastorno) así como relativos a

la personalidad (mayor propensión a la ansiedad). Los diagnósticos de los trastornos somatomorfos descansan sobre el concepto de somatización el cual vendría a referirse a un proceso por el que el sujeto experimenta su angustia o abatimiento mediante síntomas físicos. La somatización es multicausal e intervienen en ella no solo la genética,sino el trasfondo familiar, las experiencias infantiles, sucesos estresantes de la vida, características de la personalidad y se asocia a factores psicológicos como la ansiedad, la depresión, la amplificación sensitiva… Supuestamente, el no reconocimiento de los problemas psíquicos aumentaría la intensidad de las somatizaciones. Muy especialmente en ansiosos y depresivos. La hipocondría se asocia también a síntomas obsesivo-compulsivos. La cuestión —y por aquí va el sentido de la pregunta que nos hacemos— es que no está demasiado claro el significado de la asociación entre los desórdenes somatomorfos y los desórdenes depresivos o ansiosos.



NUEVO MÉTODO
PARA CURAR FLATOS,
HYPOCONDRIA, VAPORES,
Y ATAQUES HYSTÉRICOS
DE LAS MUGERES DE TODOS ESTADOS,
y en todo estado,
CON EL QUAL LOS ENFERMOS
podrán por sí cuidar de su salud en falta
de Médico que les dirija.
EXTRACTADO, Y TRADUCIDO
Por el Dr. D. Joseph Alsinet, Médico de Familia de S. M. y jubilado del Real Sitio de Aranjuez.
CON LICENCIA EN MADRID.
POR DON PLÁCIDO BARCO LOPEZ.
Año de 1794.
Se hallará en dicha Imprenta y Libreria, y en casa de D. Casimiro Razola, calle de Atocha.

La hipocondría se ha asociado con otros males psíquicos desde tiempo atrás. En la imagen, un manual para tratar esta afección, junto a los ataques de histeria, destinado a las mujeres y fechado en el año 1794. Todos los trastornos que aparecen en esta página del manual están relacionados con la ansiedad en una u otra medida.

Los pacientes hipocondríacos puntúan más alto en los cuestionarios para medir la ansiedad ante problemas de salud. La ansiedad ante los problemas de salud se define como una condición consistente bien en una preocupación con el hecho de tener (sin diagnosticar) una enfermedad seria, bien con el miedo de llegar a desarrollarla en el futuro. Se da en ausencia de patologías orgánicas, en una interpretación equivocada de sensaciones corporales que produce esa peculiar ansiedad. La cuestión es que los pacientes con trastorno de somatización también acusan miedo a la enfermedad a causa de síntomas médicos no explicados que son vividos intensamente. Suele decirse que la diferencia crucial está en que quienes sufren trastorno de somatización se quejan con intensidad del malestar físico que padecen, mientras que en la hipocondría lo relevante es la importancia injustificada que se da a cualquier molestia, por muy poco intensa que sea, en cuanto supuesto síntoma de algo terrible.



Es complicado que reconozcamos adecuadamente los problemas que la alexitimia acarrea. No poder etiquetar correctamente lo que nos sucede impide diferenciar con claridad ciertas percepciones del estado de nuestro propio cuerpo de otras vinculadas a lo que generalmente se nos manifiesta como una reacción emocional.

Los estudios más relevantes al respecto establecen una relación entre el trastorno de somatización y la alexitimia. La alexitimia se caracteriza por la dificultad para la verbalización de emociones (esto es lo que significa literalmente el término: apartar el ánimo) con un empobrecimiento de la fantasía y del pensamiento simbólico. La alexitimia contribuiría, tanto en la hipocondría como en el trastorno de somatización, a la amplificación de las sensaciones corporales asociadas con la excitación emocional, sensaciones que no se saben adjudicar a las emociones y que son entendidas como señales de otro tipo, es decir, como síntomas de una enfermedad.

> La literatura científica no aporta evidencias empíricas sobre la posible existencia de déficits en el reconocimiento de emociones en pacientes con trastorno por somatización. Sin embargo, se conoce la existencia de relaciones entre somatización y alexitimia dada la alta prevalencia de trastornos somatomorfos en sujetos con altos niveles de alexitimia. […] La alexitimia, entendida como una alteración del procesamiento emocional, ha sido ampliamente validada como constructo. Así, se ha demostrado que los sujetos con altos niveles de alexitimia muestran dificultades para procesar información afectiva de carácter no lingüístico, para discriminar entre distintos estados emocionales, presentan dificultades en la propiocepción visceral de las manifestaciones fisiológicas asociadas a la activación emocional, muestran patrones atencionales particulares ante estímulos emocionales y presentan patrones específicos de activación en respuesta a estímulos afectivos.
>
> «Alexitimia y reconocimiento de emociones inducidas experimentalmente en personas con somatizaciones»,
>
> *Psicothema*
>
> Manuel Sánchez-García y sus colaboradores

¿SABÍAS QUE EL DÉFICIT DE ATENCIÓN Y LA HIPERACTIVIDAD PODRÍAN SER UN (MAL) NEGOCIO?

No se conoce con seguridad el origen de este trastorno, aunque se le suponen orígenes biológicos (incluso genéticos) y, por supuesto, psicosociales. Se asocia el trastorno por déficit de atención e hiperactividad a un funcionamiento anómalo de la dopamina y la noradrenalina, neurotransmisores que afectarían a áreas cerebrales de las que se conoce relación con el autocontrol y la inhibición. La vida familiar se resiente muchas veces a causa de este trastorno y el fracaso escolar acaba siendo tónica dominante. Manifiestan, a veces, cierta conducta desafiante (o que es percibida como tal por los adultos). El problema diagnóstico con el TDAH es que se confunde con otros trastornos. El tratamiento que recibe es multimodal: farmacológico, atención psicológica y psicopedagógica. Suele manifestarse antes de los siete años y en más de un ambiente (normalmente en casa y en la escuela). Los problemas siguen en la adolescencia para ocho de cada diez niños con TDAH y probablemente la mitad siga acusándolos en la época adulta. No existen pruebas de laboratorio y el diagnóstico se hace mediante la clínica.

Cuando los niños pequeños son controlables en casa muchos padres niegan que su hijo o hija (suele ser mucho más abundante el diagnóstico de varones que de mujeres) tenga un problema cuando se les hace ver por parte de los docentes. Esta negación del problema tiene que ver con la dificultad para imaginar la conducta que se les describe y también con el temor al rechazo. Los padres y las madres se vuelcan muchas veces en hacer ver a los hijos que con un poco de esfuerzo por su parte podría evitarse el problema en el futuro. Afloran sentimientos de culpa e incluso reproches entre los progenitores por no haber hecho las cosas debidamente en los primeros años de vida del infante o, incluso, durante la gestación. Se miran a sí mismos considerando si ellos acaso han sufrido el mismo trastorno y nunca fueron diagnosticados. Después de la etapa negadora y del miedo algunos progenitores no pueden evitar sentir un cierto desdén por el infante. «Nuestro hijo no podrá cumplir nuestras expectativas», tendemos a suponer (lo cual puede ser una gran equivocación casi tan grande como considerar que todo el

sistema sanitario y educativo está contra estos «pobres incomprendidos»). La descarga de la responsabilidad que el diagnóstico otorga a los progenitores supone muchas veces causa de alivio para ellos. El problema es resignar enteramente la carga del tratamiento de este trastorno a la farmacología.

> Los clínicos se agrupan en dos tendencias terapéuticas diferentes: los que piensan y trabajan mediante la aplicación de medidas biológicas (hoy capitaneadas por el uso crónico de estimulantes del sistema nervioso central [SNC]: los consabidos metilfenidato, dextroanfetamina y diversas sales de anfetamina) y los que consideran que hay que aplicar fundamentalmente medidas psicológicas en el ámbito del niño, de la familia o de ambos. Las guías clínicas disponibles plantean alternativas diferenciadas, que se podrían clasificar en cuatro grandes grupos:
>
> A. Tratamiento farmacológico único de entrada para la mayoría de estos niños.
>
> B. Tratamiento multimodal ya inicialmente: combinación de medidas farmacológicas, psicológicas y psicosociales.
>
> C. Soporte psicopedagógico y psicosocial (familiar o individual) y tratamiento farmacológico en segunda instancia.
>
> D. Intervenciones psicológicas, psicopedagógicas y psicosociales (individuales y familiares) recurriendo a los estimulantes del SNC solo en excepciones extremas.
>
> La mayoría de los estudios empíricos publicados hoy día apoyan los modelos A y B de guías clínicas. En la práctica, al menos en la asistencia en los países del primer mundo, esto significa cada vez más, como en el caso de muchas supuestas «depresiones», un tratamiento farmacológico exclusivo o casi exclusivo (guía real tipo A).
>
> «El niño hiperactivo y su “síndrome”: ¿mito, realidad, medicación?»
>
> *Formación médica continuada en atención primaria*
>
> José Luis Tizón-García

Es fundamental para los progenitores mantener una actitud positiva y formarse en el nuevo modo de relación con el infante. La escucha, el prestar atención al niño pero también a la propia conducta, suprimiendo en la medida de lo posible las reacciones que empeoran la vida en el hogar. Hay que ser realista y práctico: el infante no es un genio incomprendido ni un tarado desahuciado para la vida social normal. Todos queremos pensar que los suspensos en matemáticas son *einsteins* no detectados por un sistema

educativo anquilosado y lleno de prejuicios de una época pasada, pero que esto último sea verdadero en muchas ocasiones no hace verdadero a lo primero. Probablemente el infante no es un einstein, un talento creativo por descubrir ni nada por el estilo. Tampoco esa ristra de suspensos representa su capacidad intelectual, claro que no. Ser realista, tomar distancia, es fundamental. Ambos progenitores tienen que hacerse responsables de las tareas escolares, de dar los apoyos necesarios sugeridos por los especialistas, saber manejar los refuerzos positivos en forma de muestras de cariño, que perciba que es respetado, que sepa antes que el TDAH no le vale de excusa para obrar de mala fe cuando lo haga y, sobre todo, los padres no pueden excusar después a su hijo (o hija; insistimos en que son muchos menos los casos) de asumir sus responsabilidades por aquello que, siendo incorrecto, ellos saben perfectamente que habría hecho igual aunque no hubiera padecido este trastorno. Es fundamental mantener una actitud crítica y vigilante —sin desconfiar de entrada de los especialistas pero sí mostrando una actitud no pasiva— hacia el tratamiento farmacológico; Tizón-García:

> La introducción en el niño de un fármaco que altere sus reacciones puede que le mejore sintomáticamente, pero no favorece que dichas pautas se aclaren, entren en conflicto y evolucionen. Y el resultado puede ser la no infrecuente aparición de cuadros complejos (trastornos de conducta, trastornos psicóticos o trastornos adictivos, entre otros) en adolescentes cuya sintomatología y reacciones habían estado en la infancia «tamponados» por el uso crónico de estimulantes del SNC tras un supuesto diagnóstico de TDAH.
>
> [...] ¿Quién está financiando o va a financiar estudios alternativos sobre el TDAH? ¿En qué servicios y con qué fondos se van a financiar esos estudios? El resultado es evidente. Brillan por su ausencia estudios fiables e independientes sobre el tema: con un seguimiento de 5 o más años, con indicadores biológicos, psicológicos y sociales, o con un equipo investigador interparadigmático. Por último, ¿quién publica e interpreta los datos? Es sabida la renuncia a la que se han visto abocados los directivos de varias revistas médicas internacionalmente prestigiosas. Lo han dicho alto y claro. Como lo dice alto y claro Feinstein, catedrático de psiquiatría de la *Stanford University*, tras su jubilación, desgraciadamente: la mayoría de los últimos catedráticos de psiquiatría infantil en Estados Unidos han recibido decisivas y directas ayudas de la industria para confeccionar su carrera de publicaciones y progreso académico.

91

¿PSIQUIATRAS A MUERTE CONTRA PSICÓLOGOS Y FILÓSOFOS?

Los movimientos que caen dentro de la antipsiquiatría se encuadran dentro de los grandes movimientos contraculturales surgidos durante los años sesenta y principios de los setenta del pasado siglo XX. El término *antipsiquiatría* se debe a David Cooper, el autor de *La muerte de la familia*, entre otras obras polémicas y contraculturales. Sin embargo, aunque Cooper le puso un nombre común a una actitud, no puede decirse que la antipsiquiatría sea un único discurso homogéneo. Pero lo cierto es que suscitó reacciones por parte del *establishment* psiquiátrico. La antipsiquiatría de psicólogos, filósofos y de ciertos psiquiatras antiinstitucionales, tomó fuerza a partir de mayo del 68, una vez que la izquierda no socialdemócrata dejó de estar monopolizada por los partidos comunistas:

> Las investigaciones de Goffman y Foucault sobre las dos grandes instituciones cerradas, el manicomio y la cárcel, además de las influencias del Mayo francés, fueron también divulgadas por el movimiento de la psiquiatría anti-institucional. En concreto, *Internados* se publicó en Italia por los Basaglia (padre e hija) y en Francia por Robert Castel, mientras que la traducción inglesa de *Madness and Civilization* se editó en la colección dirigida por Ronald Laing, con prólogo de David Cooper. Próximo a la problemática antipsiquiátrica, Michel Foucault impartió en el Colegio de Francia los seminarios «El poder psiquiátrico» y «Los anormales», y colaboró en la publicación conjunta *Los crímenes de la paz*, con el artículo «La casa de la locura». Estos textos coincidieron, desde la perspectiva antinormativa, en denunciar la violencia institucional, en tanto que no habían recibido el suficiente impulso social y político: el problema de los controles sociales —al cual estaban ligadas todas las cuestiones relativas a la locura, la medicina, la psiquiatría— no apareció en el gran forum más que después de Mayo del 68.
>
> La revuelta estudiantil selló un encuentro sin precedentes entre la *Historia de la locura* que nadie leyó hasta 1968, incluidos los médicos psiquiatras, y *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, obra de Gilles Deleuze y del psiquiatra en ruptura con el psicoanálisis, Félix Guattari.
>
> «La recepción extracadémica de Michel Foucault en la cultura de la Transición española: la antipsiquiatría y

la Historia de la locura en los psiquiatras progresistas»,
Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría
Valentín Galván

Lo que se puso en cuestión fue la existencia misma del concepto de enfermedad mental. Al fin y al cabo, psiquiatría y neurología no son lo mismo. Cuando algunos psiquiatras se hacen las víctimas con asertos como el que citamos a continuación están cometiendo un error categorial, dado que se confunde (¿deliberadamente?) el órgano con la (supuesta) función: «¿Qué otra especialidad médica ve tan cuestionada la validez científica de su disciplina? Tenemos el dudoso honor de ser la única especialidad médica con un movimiento anti. Hay un movimiento contra la psiquiatría. Ustedes nunca oirán hablar de un movimiento anticardiología o de un movimiento antidermatología». (Miguel Gutiérrez Fraile: «Psiquiatría sí, naturalmente», en *El País*.)

Por supuesto que no hay anticardiología ni antidermatología ni, tampoco, antineurología. Pero la cosa es que la psiquiatría juega en otra división diferente a aquella en la que lo hacen todas estas especialidades médicas; como explica Vásquez Rocca:

> En 1961, Thomas Szasz, médico psiquiatra, psicoanalista y actualmente Profesor Emérito de la Universidad del Estado de New York, publicó *El mito de la enfermedad mental*, que inició un debate mundial sobre los denominados trastornos mentales. Szasz anota que la mente no es un órgano anatómico como el corazón o el hígado; por lo tanto, no puede haber, literalmente hablando, enfermedad mental. […] Desde luego, las personas pueden cambiar de comportamiento, y si el cambio va en la dirección aprobada por la sociedad es llamado cura o recuperación. Así pues, lo que la gente llama enfermedad mental como tal, no existe. Lo que hay son conductas, conductas anormales. Enfermedades son cosas como el cáncer y la hipertensión, por ejemplo. En la mayoría de las así llamadas enfermedades mentales, no hay un correlato orgánico, una lesión neurológica, un trastorno químico, no hay un gen de la locura; salvo en situaciones excepcionales como la depresión endógena, donde hay un problema a nivel de neurotransmisores (serotonina), pero si es una enfermedad es una como cualquier otra, no constituye una categoría aparte, ella —como cualquier otra— puede ser medicada, lo que es distinto a ser sedada, esto es mantener al paciente en un estado de semi-inconsciencia.
>
> «Antipsiquiatría. Deconstrucción del concepto de enfermedad mental y crítica de la razón psiquiátrica», en

Los manicomios han sido cajones de sastre donde cabían, sentados en las mismas salas y durmiendo en los mismos barracones, todo tipo de anormalidades catalogadas de trastornos, enfermedades y condiciones. Esquizofrenia, depresión profunda, brotes psicóticos, retrasos mentales, neurosis obsesivo-compulsivas agudas, etc. No se trata de personas peligrosas, de hecho el porcentaje de agresividad es el mismo entre estos sujetos que entre la población considerada sana. Es más, los crímenes espantosos que se vinculan con la enfermedad mental la mayor parte de las veces no tienen nada que ver directamente con ella sino con la pertenencia a sectas o fenómenos similares que pueden afectar a toda la población aunque, evidentemente, encuentran en el desasosiego y la desesperación existenciales de estos individuos un caladero mayor donde pescar a sus víctimas. Pero, en su día, los manicomios eran lugares donde se aplicaba a personas generalmente tranquilas —aunque a veces imprevisibles e inquietantes— *electroshocks* (que, por supuesto, eran muchas veces observados por los siguientes por tomar el tratamiento) y se les sometía a otros horrores. Pero quizá no sea eso lo peor, sino que su única motivación fuera escuchar la radio, ver la televisión, sentarse en sillones y sentir la vida pasar consumiendo un cigarrillo detrás de otro. Se hacía necesaria, al margen de la radicalidad con la que se suscribiera la antipsiquiatría, una reforma psiquiátrica; sin embargo no puede caerse en la ingenuidad de considerar que puede integrarse a los enfermos (antes recluidos) en sus familias y en la sociedad en general mediante el único recurso al uso de psicofármacos. Manuel Desviat, en contestación al artículo, citado anteriormente, «Psiquiatría sí, naturalmente»:

> La reforma psiquiátrica surge ante la situación de desatención a los enfermos mentales, ante una demanda ética —la vulneración de los derechos humanos en las instituciones mentales— y técnica —la ineficacia de la psiquiatría en la atención a la cronicidad—. […] Un conocido psiquiatra de tendencia claramente biológica, ante la falta de especificidad de los psicofármacos, reconoció, en una mesa redonda hace unos años, que el uso de los fármacos era como matar moscas a cañonazos. Ningún trastorno psiquiátrico ha sido vinculado a una alteración bioquímica concreta. Ni la teoría de la dopamina en la esquizofrenia ni la serotonina asociada a la depresión. La psiquiatría hoy hegemónica intenta demostrar su cientificidad y, sobre todo su

posición dominante, mediante la equiparación de los trastornos mentales, del sufrimiento psíquico, con anomalías bioquímicas del cerebro.

«Psiquiatría sí, pero otra», en *El País*

Ciertamente hubo una relación entre la aparición de los primeros medicamentos de aplicación psiquiátrica a mediados del siglo XX y la mayor disposición a externalizar a los pacientes. Eso no se puede negar. Tanto los avances en estos medicamentos como la psiquiatría comunitaria aparecen casi al mismo tiempo en Reino Unido y Gran Bretaña. En un informe de la Organización Mundial de la Salud, de 1953, se utiliza el término *comunitario* para referirse a los establecimientos hospitalarios en los que se realizan no solamente ingresos, sino que también se desarrollan servicios ambulatorios. Destacó en este movimiento excepcionalmente la figura de Gerald Caplan, quien dirigió el Programa de Salud Mental Comunitaria en la Universidad de Harvard desde 1964, año en el que publicó sus *Principios de psiquiatría preventiva.* Este trabajo pasó a ser considerado una suerte de Biblia para todos aquellos que, sean especialistas de la medicina o de la enfermería, trabajen en salud mental. En sus *Principios* Caplan expone su teoría de la crisis, siguiendo la cual intervenir en una crisis significa introducirse de manera activa en la situación vital de la persona que la experimenta con la finalidad de aminorar el impacto y ayudar a que el sujeto movilice sus propios recursos logrando su estabilidad, fomentando la expresión de sus sentimientos y el reconocimiento de los propios temores, ayudándola a clarificar el modo en el que percibe la situación.

Los pacientes de los psiquiátricos salen ahora a las calles, muchos de ellos han pasado a vivir en pisos (con supervisión), gracias a las sucesivas reformas que los movimientos antipsiquiátricos más moderados han motivado (los movimientos más radicales cifran únicamente en la desaparición del capitalismo la desaparición real de las ficticias enfermedades mentales, las cuales no serían más que inadaptación extrema al sistema). Tratar al sujeto como una persona que tiene un problema con el que debe aprender a vivir y a aceptarse. Ese es el enfoque en el trato entre especialistas y paciente. Enfoque que no se discute —excepto por la antipsiquiatría más radical— si bien sí hay un movimiento actual, muy beligerante, contra el

efecto paradójico que tienen los medicamentos psiquiátricos. En *Psicofármacos que matan y denegación organizada* (2016), el médico Peter C. Gøtzsche expone con claridad su tesis al respecto. La resumimos con un extracto de lo dicho en una entrevista a *Eldiario.es*:

> El cuento sobre los supuestos desequilibrios químicos fue inventado por un médico hace 61 años y la industria farmacéutica lo abrazó de inmediato. No he encontrado ninguna investigación que acredite científicamente que un desequilibrio químico es la causa de problemas psiquiátricos. Es más: los psiquiatras más relevantes son conscientes de que esto es una mentira y sin embargo muchos de ellos, tal vez la mayoría, siguen utilizándola a fin de persuadir a sus pacientes a continuar con su medicación.
>
> El sueño de una solución rápida nunca desaparece, pero no hay soluciones rápidas en psiquiatría y los fármacos son muy raras veces la solución a los problemas de la gente. La profunda ironía es que quizás no haya un desequilibrio químico implicado salvo el que crean los propios psicofármacos, que en muchos casos funcionan como drogas adictivas.

Podría citarse a Galeno (130-210 d. C.), en sus *Tratados filosóficos y autobiográficos*: «Que los médicos precisan de la filosofía para hacer un uso conveniente de su arte creo que no necesita ningún tipo de demostración, después de haber visto en muchas ocasiones que son preparadores de medicamentos, y no médicos, los codiciosos que aplican su arte para el fin contrario al que está destinado por naturaleza».

92

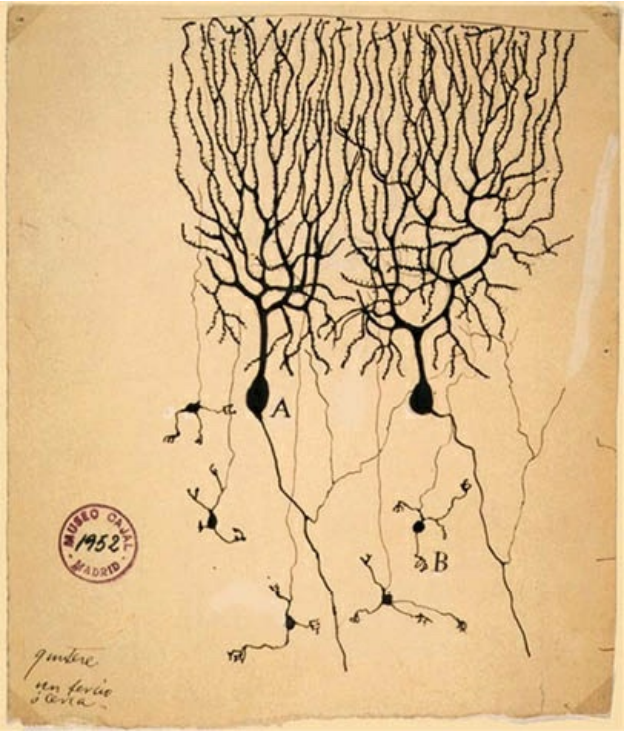
¿ES UNA METÁFORA DECIR QUE HAY TRANSMISIÓN CEREBRAL?

El cerebro puede entenderse como un conjunto de circuitos que forman una inmensa red de conexiones entre neuronas; estas neuronas transmitirían señales a través de impulsos eléctricos mediante un sistema que consiste en la

recepción de una suerte de suma ponderada de entradas la cual, superado un cierto umbral, da lugar a una salida. Las conexiones sinápticas son la forma sustancial, la esencia, del cerebro como órgano, es decir, como instrumento al servicio de una función primordial para el organismo del que forma parte. Sin embargo, como expone Craig A. Lindley en «Neurobiological Computation and Synthetic Intelligence»:

> Una de las cuestiones que debemos considerar en esta [inteligencia sintética que emula redes neuronales] es el grado en el cual nuestra comprensión de la neurobiología está condicionado por metáforas situadas históricamente y tecnologías actuales, tal como da cuenta la construcción metafórica de la Inteligencia Artificial en términos de inteligencia como computación y de la robótica como la reinvención de la forma (típicamente) humana en los medios de las tecnologías ingenieriles de la electromecánica del siglo veinte. […] Una metáfora puede definirse como una figura retórica en la cual una palabra o frase se aplica a un objeto o acción al que no denota literalmente con el fin de implicar una semejanza. En nuestro discurso de neurobiología es a menudo muy poco claro cuándo los términos de la descripción son metafóricos y cuando literales.

Entre los ejemplos que se citan muy oportunamente en el artículo destaca la afirmación de que el cerebro es un computador o procesador. Obviamente todo el mundo da por hecho el carácter metafórico del aserto, pero lo que subraya la autora de este artículo es que la metáfora puede llevar a la construcción de modelos que fallen estrepitosamente. La enorme red neuronal de la que consta el cerebro la forma la unión mediante axones y dendritas de unas neuronas con otras, las cuales transmiten señales eléctricas de unas a otras de un modo particular: una suma ponderada de entradas —con diferente fuerza— a una neurona mediante sus dendritas supera un determinado umbral y esto conlleva que se dispare por parte de dicha neurona una salida. La membrana incorpora canales iónicos de modo que cuando se da una diferencia potencial entre la superficie exterior y la interior de la membrana esta se abre y permite el movimiento de iones entre ambas superficies. Una vez producido esto se restaura el equilibrio. La velocidad de transmisión del potencial de acción en las células más rápidas que dispone el cerebro es dos millones de veces más lenta que una señal eléctrica; Lindley:



Santiago Ramón y Cajal hizo este dibujo de las neuronas del cerebelo de una paloma en 1899. «En las aves (gallina, pato, paloma, etc.), ciertos elementos aparecen más claramente y algunas disposiciones que sería dificilísimo apreciar en el hombre se exageran y modifican de un modo notable», escribió don Santiago.

> La metáfora de la transmisión neuronal como una señal eléctrica es altamente engañosa a este respecto; un potencial de acción es una medida y un propagador de un flujo en cascada de partículas con carga, un proceso de difusión electroquímica. […] Los neurotransmisores se mueven a través de la hendidura sináptica hacia receptores situados sobre las dendritas en el costado post-sináptico. De ahí que los potenciales de acción como tales no se transmiten directamente de una neurona a otra (en la mayor parte de los casos), siendo la conexión interneuronal mediada por neurotransmisores que pasan a través de la hendidura sináptica y hacia proteínas receptoras en la membrana post-sináptica.

A todo lo anterior habría que añadir —como ya expusimos en el artículo, publicado por *Paideia*, «Redes, lógicas no clásicas y neuronas...»— que el modelo binario de *input* (1/0) y *output* (1/0) para comprender el funcionamiento neuronal choca con el funcionamiento completamente analógico de todo aquello que ocurre entre la membrana y el núcleo de la

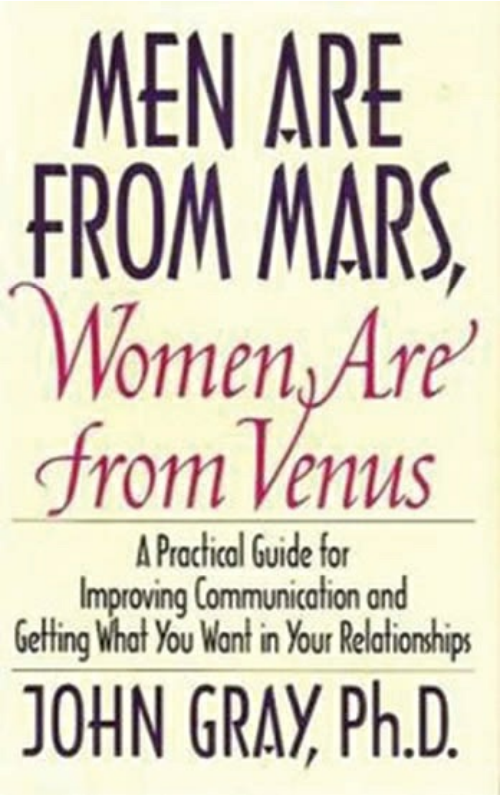
célula neuronal. Las neuronas no son, además, iguales ni siquiera en la propia membrana, la cual podría responder discriminando las frecuencias y no solo en función de si la suma ponderada de las entradas supera un umbral determinado.

¿Qué entendemos, al fin y al cabo, por transmitir? Desde luego, en el sentido de comunicar, la metáfora no funciona muy bien. Si tomamos el sentido de trasladar o transferir, podría ser. Pero ahora la cuestión es: ¿qué trasladan esos impulsos nerviosos? Y otra vez nos vemos conducidos a reconsiderar filosóficamente el asunto.

93

¿TIENE SEXO EL CEREBRO?

Las diferencias entre sexos son una cuestión controvertida, siempre polémica, pues tiene lecturas políticas y no querríamos aquí, bajo ningún concepto, contribuir a la confusión y al desacuerdo. Por eso, nos vamos a limitar a tratar algunas cuestiones neurofisiológicas y neuroanatómicas de cierto interés y, citando autoridades a las que las lectoras y los lectores puedan acudir por su cuenta, ver cómo estos datos impactantes que nos ofrecen las actuales técnicas de exploración por imagen del cerebro podrían decir algo con un mínimo fundamento acerca de diferencias comportamentales entre mujeres y varones; diferencias que no pudieran reducirse, entonces, a las construcciones sociales y culturales de los géneros.



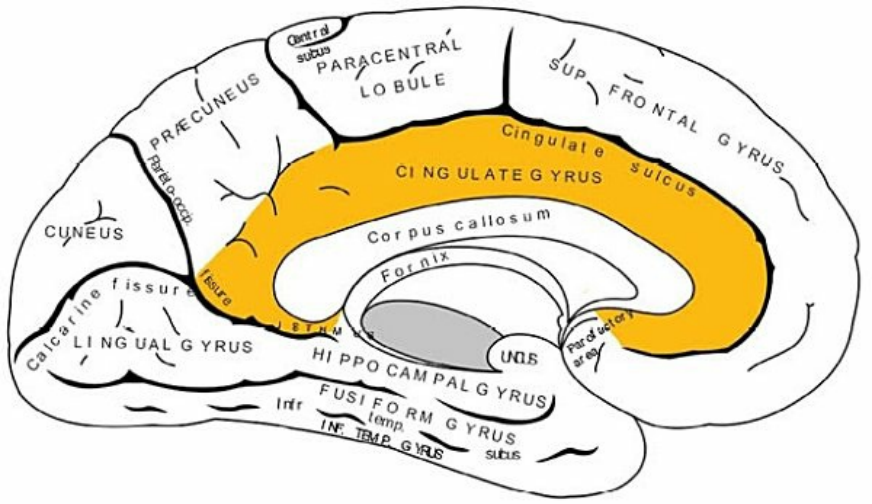
En las dos últimas décadas ha habido una serie de libros divulgativos acerca de lo que la psicología, la psiquiatría, el psicoanálisis, la programación neurolingüística y, por supuesto, las neurociencias aportan acerca de la diferencia entre los sexos. Suelen ser libros escritos en clave amable y muy divertidos (repletos de clichés inofensivos). Sin embargo, este interés por las diferencias cerebrales está dando lugar a una literatura a favor de la educación diferenciada que ya no suscita risa, sino una amarga controversia.

En efecto, con respecto al plano anatómico-fisiológico, los varones muestran cráneos más grandes —proporcionales al tamaño, también más grande, de su cuerpo— y un porcentaje más alto de materia blanca, la cual contiene axones recubiertos de mielina, así como de fluido cerebroespinal. Por su parte, las mujeres tienen un porcentaje más alto de materia gris. Aquellos axones facilitan la conducción distante de la señal. Si nos centramos en analizar las conexiones neuronales, pareciera que los cerebros masculinos están estructurados para facilitar la conectividad cortical intra-hemisférica (observándose lo opuesto en el cerebelo) y a través de los lóbulos. Estas diferencias aparecen pronto, en la adolescencia y la etapa de jóvenes adultos.

A partir de estos y otros muchos datos más, Madhura Ingalhalikar y otros sostienen la hipótesis de que en cada uno de los niveles del cerebro (global, lobular y regional) una proporción más alta de las fibras con mielina dentro de los hemisferios en los varones, comparada con un volumen igual o mayor de materia blanca en el cuerpo calloso, sugiere que los cerebros masculinos están óptimamente dispuestos para la comunicación intrahemisférica mientras que los cerebros femeninos lo estarían para la comunicación entre ambos hemisferios (véase el artículo «Sex differences in the structural connectome of the human brain», en *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 2013). Los cerebros masculinos presentan redes neuronales transitivas, modulares y discretas (separadas, encapsuladas distributivamente), mientras que los cerebros femeninos tienen una conectividad entre hemisferios mayor, lo cual, según estos investigadores, parece marcar una diferencia entre un cerebro que vincula la percepción a la acción a la par que el cerebelo, sin distinción lateral, media en la acción motora. Se trataría de un sistema eficiente para la acción coordinada. En el caso del cerebro femenino la conectividad entre hemisferios facilitaría la integración de modos de razonamiento analítico y secuencial con el modo de razonamiento sincrónico, espacial e intuitivo (atribuidos tradicionalmente al hemisferio izquierdo, con toda seguridad, en las personas diestras). Las mujeres —en los estudios de comportamiento realizados a la par que el análisis e interpretación de lo que proporcionan las técnicas de neuroimagen — superan muy notablemente a los varones en las pruebas de atención, recuerdo de palabras y rostros así como de conocimiento social a la par que los varones lo hacen mejor en memoria espacial y en todo aquello que vincula el movimiento, el espacio y la velocidad. Tales diferencias ya pueden observarse a partir de los doce años de edad.

También, como han señalado Amber N. V. Ruigrok y otros —«A meta-analysis of sex differences in human brain structure», en *Neuroscience & Biobehavioral Reviews* (2014)— encontramos una asimetría lateral potencial. El aumento del volumen en los varones se da, en su mayor parte, en las áreas límbicas y en el giro cingulado posterior izquierdo mientras que las mayores densidades se limitan al lado izquierdo del sistema límbico. En las mujeres, los volúmenes más grandes se encuentran en áreas del hemisferio derecho relacionadas con el lenguaje y en algunas estructuras límbicas tales como el

córtex insular derecho y el giro cingulado anterior. Estos patrones de lateralización, si bien muy diferenciados anatómicamente, no pueden ser vinculados con garantías a diferencias en patrones comportamentales observables. Lo mismo sucede con las diferencias notables en tamaño y forma del hipocampo, la amígdala y el cuerpo calloso. El crecimiento de los tejidos, estudiado en su devenir a lo largo del desarrollo de los sujetos, muestra que hay diferencias anatómicas durante la maduración y envejecimiento del cerebro, pero no hay correlaciones fiables con la conducta de los sujetos diferenciada por su sexo.



El giro cingulado forma parte del sistema límbico, junto la pituitaria, el tálamo, el hipotálamo, la amígdala, el fórnix, la glándula pineal (que tanto preocupó a Descartes), el cuerpo mamilar y el hipocampo. La imagen ofrece la perspectiva del corte sagital del cerebro.

94

¿OBSESO O DESADAPTADO?

En una interesante obra (*The Adoring Audience: Fan Culture and Popular Media*), editada por Lisa Lewis, Joli Jenson investigó el fenómeno fan y la percepción social que se tenía del mismo a principios de los años noventa:

> El fan es caracterizado como (al menos, potencialmente) un obseso solitario, que sufre de aislamiento patológico o un frenético miembro de una multitud, sufriendo de una enfermedad de contagio. En cada uno de los casos, el fan es visto como irracional, fuera de control y presa de un número de fuerzas exteriores. La influencia de los medios, una sociedad narcisista, hipnótica música rock y el contagio de la multitud son traídos a colación para explicar cómo los fans se convierten en víctimas de su condición y, por ende, actúan de forma desviada y destructiva.

La crítica al fenómeno fan fue una consecuencia psicológica de la crítica sociológica de la sociedad de masas previa a la irrupción total de internet en nuestras vidas. El enfoque consistía en ver este fenómeno como la consecuencia de una carencia que se intentaba cubrir mediante la búsqueda de la identidad, la conexión y el significado a través de las celebridades o de las lealtades hacia los equipos, en el caso del deporte. Se suponía que el fan es una persona con baja autoestima, con relaciones sociales escasas o inexistentes con una vida gris. Gracias a los medios de comunicación de masas esas personas encontrarían una alternativa a esa planicie solitaria que es su vida. Sin embargo, esta imagen ya no se sostiene en la medida en que, desde que internet anega nuestras vidas, no es tan fácil distinguir entre lo culto y lo popular, y el friquismo está dando el relevo al fenómeno fan, mezclándose con él pero sin confundirse:

> El fenómeno de los fans es bastante minoritario, pero es importante diferenciarlo de lo que se denomina friquismo, aunque con frecuencia tengan algunos puntos de contacto y, ciertamente, en sus inicios podían confundirse. El friqui —del inglés *freaky* como extravagante o estrafalario— es una persona interesada e incluso obsesionada con un tema, afición o hobby. El friqui es un personaje anónimo que destaca por su singularidad y extravagancia. Se trata muchas veces de un ser solitario, alguien que destaca por sus gustos o aficiones que se alejan por completo de las preferencias de la mayoría. Los fans, en contraste, tienen un carácter más gregario.
>
> «El fenómeno de los fans e ídolos mediáticos: evolución conceptual y génesis histórica», *Revista de estudios de juventud*
>
> Jordi Busquet Durán,sociólogo de la Universidad Ramón Llull

Conviene matizar que la diferencia entre lo raro y lo popular —y aún más entre lo exquisito y lo popular— todavía funciona hasta un cierto punto cuando se trata de buscar una distinción social. Lo que muy inteligentemente discute la obra editada por Lisa Lewis —y, a nuestro juicio sigue teniendo validez un cuarto de siglo después— es la base por la cual se discrimina entre fans y aficionados. Hay dos aspectos claros: los objetos de deseo y las formas de actuar. En el primer caso, se trata de algo relacionado con la alta cultura (si el objeto del deseo está al alcance de la clase media-baja y es de fácil acceso pasa a ser objeto de fan o de *hobby*). Se considera que los fans viven obsesionados con sus objetos, enamorados de las figuras célebres o estarían dispuestos a morir por su equipo. Es decir, su actividad está en el exceso, alejada de la virtud: histerismo en los conciertos, actitud *hooligan* en los partidos, insistencia insoportable en la búsqueda de autógrafos, etc. Distinciones de estatus (y también de clase) que provienen del siglo XIX y que están construidas sobre la dicotomía clásica entre razón y emoción (en *The Adoring Audience: Fan Culture and Popular Media*):

> La dicotomía razón-emoción tiene muchos aspectos. Describe una diferencia, dada por hecho, entre los educados y los no educados, así como entre las clases altas y las bajas. Es una oposición de raíces profundas […] El académico dedicado a la obra de Joyce y el fan de Barry Manilow [cantante de pop estadounidense], el coleccionista de antigüedades y el coleccionista de latas de cerveza, el entusiasta de la ópera y el fan del *heavy metal* se diferencian no solo sobre la base del estatus o del objeto del deseo, sino también por la supuesta naturaleza de su fijación. La obsesión del fan se considera emocional (de clase baja, no educada) y, por lo tanto, peligrosa, mientras que la obsesión del aficionado es racional (de clase alta, educada) y por lo tanto benigna, valiosa incluso.



Bono, cantante de U2, rodeado de fans. El fenómeno de los seguidores de grupos de rock o de los perseguidores de celebridades del cine o de la televisión es visto, muchas veces, como una conducta propia de una condición social inferior o, al menos, como una conducta infanto-juvenil que debe ser superada. Sin embargo, no hay tanta diferencia entre estas conductas y ciertas formas más «sibaritas» de dar culto a nuestras aficiones.

Estas categorías culturalmente cargadas entroncan con las ideas originadas en la Ilustración basadas en la racionalidad. La razón está asociada con la aprehensión objetiva de la realidad mientras que la emoción se asocia con lo subjetivo, lo imaginativo y lo irracional. […] La investigación social puede y debería ser una forma de compromiso respetuosa. Puede y debería iluminar las experiencias de los otros en sus propios términos, porque estos «otros» somos nosotros, y las experiencias humanas importan intrínsecamente. Reducir constantemente lo que otra gente hace a disfuncionalidad, a la posición de clase, a necesidades psíquicas o al estatus socio-económico es reducir a los otros a peones sin interés en un juego de fuerzas externas y glorificarnos a nosotros mismos como algo que se ubicaría fuera del campo de juego, observando y describiendo lo que está pasando.

95

¿DEBÍ QUEDARME EN EL PASADO?

Hemos dado somera cuenta de la diferencia entre esas formas no patológicas —aunque a veces preocupantes para quienes las sufren de cerca— de conducta obsesiva y desadaptada que son el fenómeno fan-aficionado, por un lado, y el friquismo, por otro. Pero ¿qué sucede con esas personas que parecen de otra época (como si no hubieran superado la infancia, por su actitud, y como si viviesen en la retención del pasado, por los objetos que les obsesionan)? Nos referimos, claro está, al coleccionismo. En el coleccionismo se da —además de un rasgo neurótico que no es enfermizo si no se lleva al extremo y que es el orden y la clasificación minuciosa (cuando no responden a una auténtica necesidad objetiva)— una tendencia a la acumulación que merece ser atendida, al menos en unas breves líneas.



Persona sin hogar con síndrome de Diógenes. No es necesario disponer de un espacio habitacional para sufrir este trastorno, aunque en el caso del síndrome de Diógenes que acumula trastos y basura en el hogar tenemos un problema de convivencia que se añade al desorden de la conducta, con todas las dificultades que esto acarrea.

El coleccionismo, en efecto, es la única de las conductas acumuladoras considerada sana, pero tiene algo en común con otras conductas acumuladoras patológicas. Estas conductas acumuladoras son: la conducta acumuladora pasiva (dificultad para desprenderse de los objetos por razones objetivas); el síndrome de Diógenes (aislamiento social, acumulación de objetos inservibles y, a veces, de basura orgánica por parte de ancianos); conducta acumuladora compulsiva (relacionada con pensamientos mágicos que les hace temer un supuesto infortunio derivado del desprendimiento de ciertos objetos); compra compulsiva (fruto de un trastorno obsesivo-compulsivo, como vía de escape ante la depresión, como resultado de la incapacidad para controlar un impulso o, simplemente, como fruto de una adicción); conducta ritualista o coleccionismo forzoso (aparece en pacientes neurológicos) y, por último, síndrome de Noé (síndrome de Diógenes orientado a animales, acumulándolos en el hogar y no poniendo los medios para evitar su reproducción, acompañado de la acumulación de objetos relativos a su manutención).

96

¿CONVIVO CON UN VERDADERO PSICÓPATA?

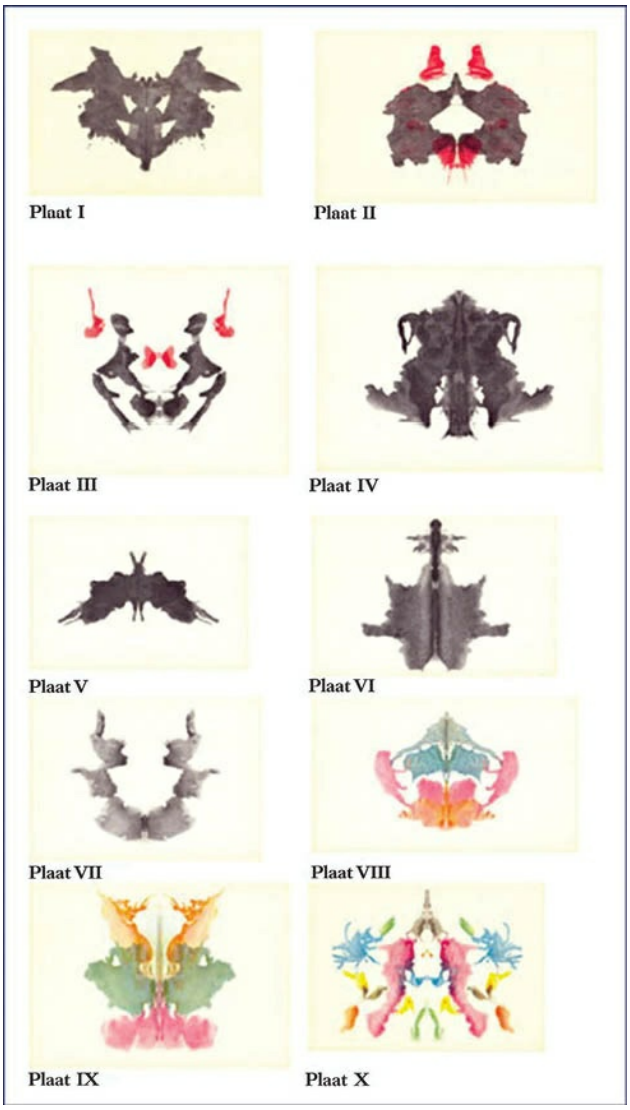
Los psicópatas —alrededor de un 1 % de la población no reclusa— muestran una profunda carencia emocional y una orientación completamente egoísta. Es como si no tuvieran conciencia moral o escrúpulos en el sentido de lo que

los emotivistas morales y los filósofos empiristas llamaban sentimiento moral (esto no significa que no puedan adoptar un código ético y ser consecuentes con el mismo). Neurocientíficos como Oliveria-Souza y Raine han indicado que puede haber una relación entre esto y ciertas anormalidades funcionales y estructurales del cerebro del psicópata, tales como una materia gris más reducida en las áreas frontal y temporal así como anomalías en el córtex prefrontal, el cuerpo calloso y el hipocampo. Sin embargo, no hay déficit intelectual en ellos, son unos conversadores muy hábiles, especialmente para mentir, resultar encantadores, hacerse perdonar (lo cual les da igual: solo les importa que el ser perdonados conlleve que el otro ceda nuevamente a sus deseos) y, en definitivas cuentas, para usar a otros en su provecho (y conseguir sexo, dinero, drogas, posición de poder, etc.).

No es fácil encontrar pruebas de psicopatía en la conducta de una persona allegada. No obstante, algunos trabajos de investigación han encontrado algunas diferencias interesantes en el modo en el que usan el lenguaje, en las decisiones que toman en situaciones que comprometen a los demás y en la dificultad para reconocer los gestos faciales que expresan ciertas emociones.

A pesar de la habilidad para la conversación, ciertos estudios revelan que el lenguaje de estos sujetos es menos coherente y resulta más tangencial que el de sujetos no psicópatas. Las narraciones psicopáticas tienen menos elementos cohesivos y son más pobres en detalles. Cuando los criminales tenidos por los peritos forenses como psicópatas describen sus crímenes encontramos, en primer lugar, que su visión del mundo en general y de las relaciones personales en particular es enteramente instrumental (más del 90 % de los crímenes tienen como motivación un objetivo externo a la persona contra la que se ejercieron). Tomando como referencia a Maslow, diríamos que los psicópatas están centrados en las necesidades básicas o materiales y que para ellos tienen poca importancia la creación, consolidación y permanencia de relaciones significativas, la trascendencia y la espiritualidad (en un sentido amplio, no necesariamente religioso), etc. En los test proyectivos de Rorschach los psicópatas muestran escasa necesidad de interactuar con otros, que solo aparecen cuando se trata de algo que potencia su narcisismo o de una agresión. Usando un análisis estadístico, Hancock, Woodworth y Porter hallaron que las narraciones de estos sujetos incluyen un nivel más alto de instrumentalidad, se centran en la autopreservación y en las

necesidades corporales y no acusan una intensidad emocional diferente aun tratándose de la historia de sus propios crímenes. En cambio, usan conjunciones subordinantes de alto nivel, construyendo más oraciones indicativas de relaciones causa-efecto.

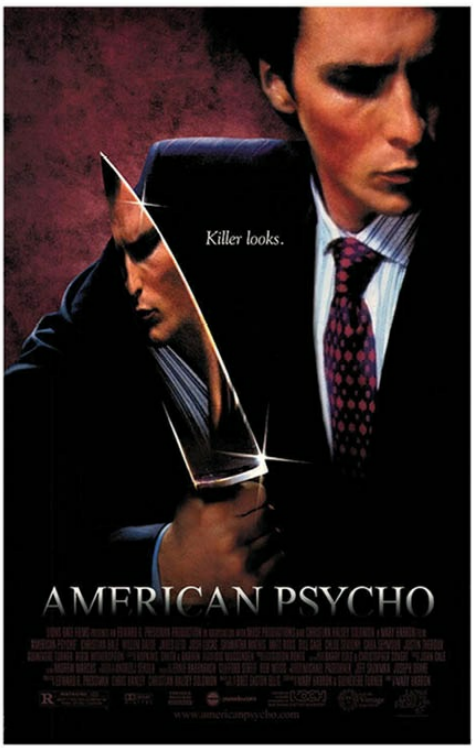


Diez láminas del test de Rorschach. La finalidad de este test es evaluar la personalidad a través de la interpretación de estas diez láminas y fue ideado por el psicoanalista suizo Hermann Rorschach y propuesto en 1921. Aparecen unas figuras indefinidas sobre las cuales el sujeto proyecta inconscientemente sus traumas y deseos.

Cuando se les pone a prueba en un escenario de toma de decisiones comprometedoras como el del dilema del prisionero, demuestran claramente su propensión a explotar a otros y su falta absoluta de disposición a la cooperación. El dilema del prisionero es un modelo de conflictos que fue formalizado por primera vez en los años cincuenta del pasado siglo, aunque podemos encontrar innumerables situaciones en la historia universal (y alguna que otra en la historia personal de cada cual) que se asemejan mucho a este dilema. Dos delincuentes son detenidos y encerrados en celdas de aislamiento de forma que no pueden comunicarse entre ellos. Ambos son sospechosos de haber participado en el mismo crimen, cuya pena es de diez años de cárcel, pero se necesita un testimonio que proporcione pruebas concluyentes para la condena. Sí hay pruebas para acusarlos de tenencia ilícita de armas (delito penado con dos años de cárcel). Se les ofrece a cada uno por separado y sin que el otro lo sepa el siguiente trato: si dicen dónde están las pruebas que inculpan al otro, la condena del que hable será reducida a la mitad. Caben la lealtad y la traición. Si los dos son leales mutuamente, ambos irán dos años a la cárcel (lo segundo preferible para ambos). Si uno es leal y el otro traiciona, el primero irá diez años y el segundo un año solamente (lo último preferible para el primero y lo primero preferible para el segundo). Si los dos se traicionan ambos estarán cinco años cada uno en la cárcel (lo tercero preferible para ambos). La mejor solución para los dos es subóptima: los dos no pueden disfrutar de lo que prefieren por delante de todo. Este diseño puede adaptarse a otro tipo de situaciones, como hicieron Mokros, Menner y otros en hospitales psiquiátricos de alta seguridad mediante un sistema de simulación por ordenador. En los experimentos basados en el dilema del prisionero realizados por estos investigadores se vio que la probabilidad de elegir de modo egoísta en lugar de elegir la cooperación está significativamente ligada al grado de disconformidad rebelde y egocentrismo maquiavélico.

Los psicópatas tienen una relación peculiar con sus hijos que no es fácilmente detectable. Ven a sus hijos como sus posesiones, no alimentan las fantasías infantiles tradicionales, sino que procuran, incluso, mantenerlos (si les es socialmente posible) al margen de las mismas (les parecen estupideces irracionales), de modo que les hablan con total sinceridad de asuntos que en la mayoría de los casos son abordados de otro modo distinto hasta una edad

más avanzada (suelen hacerlo retirados, en privado, pues saben que no es algo bien visto por los demás y por eso adiestran al infante en buscar esa intimidad para hablar con él de según qué cosas) y, lo que es quizá más revelador, si esos hijos dan motivo de orgullo o satisfacción para el progenitor (aumentando su encanto personal), este sentimiento egoísta será el que confundan con el amor por los hijos, pues lo que sienten por otros siempre lo hacen en función de algo que repercute en ellos y al ser los hijos un modo de realización personal esto quedará en evidencia.



Cartel de la película *American Psycho*, adaptación de la novela homónima cuyo autor es Bret Easton Ellis. El libro, a diferencia de la película, no tiene comienzo ni fin ni un hilo definido, intentando así describir cómo es el flujo de conciencia tal y como discurre en la mente psicopática del protagonista.

Finalmente, con respecto a la expresión facial de los psicópatas, Kosson, Suchy, Mayer y Libby —en un artículo publicado en *Emotion*— pusieron de manifiesto algo extremadamente curioso tras una serie de experimentos en los

que sujetos psicópatas y no psicópatas tenían que indicar con una mano u otra a qué emoción correspondía una expresión facial determinada:

> Los psicópatas pueden ser relativamente mejor que los no psicópatas detectando la ira […]. Aunque este resultado no fue predicho y podría ser un descubrimiento espurio, permite intrigantes especulaciones en lo que concierne a algunas anomalías en la interpretación que los psicópatas dan a la polaridad de los significados emocionales. […] El hecho de que los psicópatas fueran superiores a los no psicópatas detectando la ira durante la respuesta realizada con la mano derecha es consistente con la posibilidad de que sus clasificaciones de la ira estén asociadas con una mayor implicación de recursos del hemisferio izquierdo que los que son usuales en los no psicópatas y esto encaja con los vínculos entre la ira y la activación del hemisferio izquierdo. En contraste, la ventaja con la mano izquierda mostrada por los no psicópatas sugiere la posibilidad de que su procesamiento de las expresiones de ira dependa más de mecanismos del hemisferio derecho.
>
> […] La posibilidad de una superioridad para decodificar la ira es también consistente con al menos un descubrimiento reciente. Doninger y Kosson documentaron que los psicópatas son más propensos que los no psicópatas a considerar la dimensión agresividad/no-agresividad a la hora de evaluar la conducta interpersonal de otros pero no son más proclives a evaluar a otros como agresivos *per se*.
>
> «Facial Affect Recognition in Criminal Psychopaths»

Nos parece importante añadir algo sobre la posible psicopatía infantil. En este caso es preferible hablar de rasgos psicopáticos porque hasta la edad adulta no puede certificarse la psicopatía. De hecho, es fácil confundir a un niño con síndrome de emperador con un niño que parece apuntar a ser un futuro psicópata. La infancia de estos sujetos se caracteriza por ser muy problemática, son más traviesos de lo normal, desafían las normas y a las personas que tienen autoridad sobre ellos. Son mentirosos patológicos, crueles con los animales y con otros niños a los que ven más débiles, resultando ser felices solitarios. No les funciona a ninguna edad eso de «Ponte en el lugar de...» o aquello de «¿Te gustaría que a ti te hiciesen lo mismo?». Sus sentimientos de culpa son fingidos y su manifestación responde al objetivo de recuperar lo que se les ha quitado y es de su interés o evitar el cumplimiento de la amenaza de los progenitores, profesores o monitores.

97

¿PSICÓTICOS O PSICÓPATAS?

Expondremos la tesis de que el rasgo de la personalidad conocido como psicoticismo y la condición clínica de la psicopatía son constructos psicológico-psiquiátricos relacionados y que son distintos momentos de un mismo continuo. Así lo vio Eysenck y las investigaciones posteriores más recientes se han centrado en la identificación de aquellas deficiencias que a modo de núcleo duro compartido acusan tanto psicoticismo como psicopatía. La tesis de Eysenck en los años noventa asocia el psicoticismo con una inhibición disminuida de los impulsos neuronales resultante de una producción excesiva de dopamina por parte del sistema nervioso, lo cual tendría relación con la creatividad. Los individuos que puntúan alto en psicoticismo estarían en un estado hiperdopaminérgico y acusan ciertos problemas atencionales específicos. El psicoticismo puede estar asociado bien con una atención selectiva fuerte o con una débil, en función de las características de la tarea en la que hay que poner la atención. La escasa inhibición parece dar a los individuos que puntúan alto en psicoticismo una cierta ventaja, por ejemplo, en tareas en las cuales es mejor una menor sensibilidad a la regularidad en la presentación de estímulos. Los sujetos psicóticos son superiores cuando no es necesario un control esforzado para realizar la tarea. Sin embargo, muestran peor rendimiento que los no psicóticos (dicho con rigor, que los que puntúan bajo en psicoticismo) cuando el control atencional necesita ser sostenido con el fin de mejorar la efectividad de lo que tienen que hacer. Los psicóticos presentan dificultades cuando se les pide manejar diferentes fuentes de información a la vez.

La caracterización clínica de la psicopatía en los años cuarenta del pasado siglo trató de ver detrás de la máscara de encanto superficial y una inteligencia más que adecuada en la mayor parte de los casos. Estos rasgos coexisten con características de escaso ajuste al entorno (desvío comportamental) y disfunciones subyacentes, incluyendo deficiencias comportamentales (comportamiento caprichoso), déficit emocional e

interpersonal (emociones planas, falta de empatía, de remordimiento y de sentido de la vergüenza, así como una insinceridad naturalizada), déficit motivacional que le lleva a una conducta antisocial y un cierto egocentrismo. Tienen un problema para aprender y beneficiarse de la experiencia, en especial de las malas experiencias. Como dijimos, los psicópatas son uno de cada cien en las poblaciones de los países occidentales, pero el porcentaje de psicópatas en prisión asciende a más del 20 %. La probabilidad de que reincidan es mucho más alta en ellos que en los delincuentes no psicópatas. La psicopatía se diferencia en tipo primario y secundario. Los psicópatas primarios (del tipo instrumental) poseen un temperamento temerario que no permite una socialización normal, mientras que el tipo secundario (o tipo reactivo) tiene una conciencia moral desarrollada y la capacidad para empatizar, pero se comporta temerariamente debido a una hiperactividad en lo relativo a la consecución de recompensas sensibles.

¿Qué hace considerar a los neuropsicólogos actuales, con Eysenck, que personas que puntúan alto en psicoticismo están en el mismo continuo que la psicopatía clínica?

> Es esperable la diferenciación de la psicopatía en diferentes subtipos, como debería serlo también un tipo mixto, más infrecuente, que contenga características de la psicopatía primaria y secundaria. El mismo razonamiento se puede aplicar al psicoticismo, en el cual, de modo semejante, puede diferenciarse en tipo primario y secundario […]. La psicopatía «hecha y derecha» puede distinguirse de un psicoticismo alto por la adición de características mórbidas (como, por ejemplo, la falta de franqueza con uno mismo, el egocentrismo, el delirio de grandeza, la ideación esquizotípica, la paranoia, la agresión acosadora).
>
> «The psychoticism–psychopathy continuum: A neuropsychological model of core deficits», *Personality and Individual Differences*
>
> Philip J. Corr

Es importante también distinguir la sociopatía de la psicopatía. La clave en la distinción es la empatía y la forma de manipulación de los otros. Un sociópata sí es consciente de las emociones de otros y los utiliza instrumentalmente en el sentido de que suele pretender que estos cumplan sus objetivos por él o ella (a diferencia del psicópata, el cual manipula para

conseguir él mismo sus objetivos). Los psicópatas suelen ser victimistas desde la infancia —buscando meramente evitar el castigo—, pero el sociópata no se ve normalmente en tal necesidad porque es a otra persona a la que ha involucrado a la que acabarán reprendiendo.

98

¿SE PREOCUPA POR LOS DEMÁS O LOS ATOSIGA?

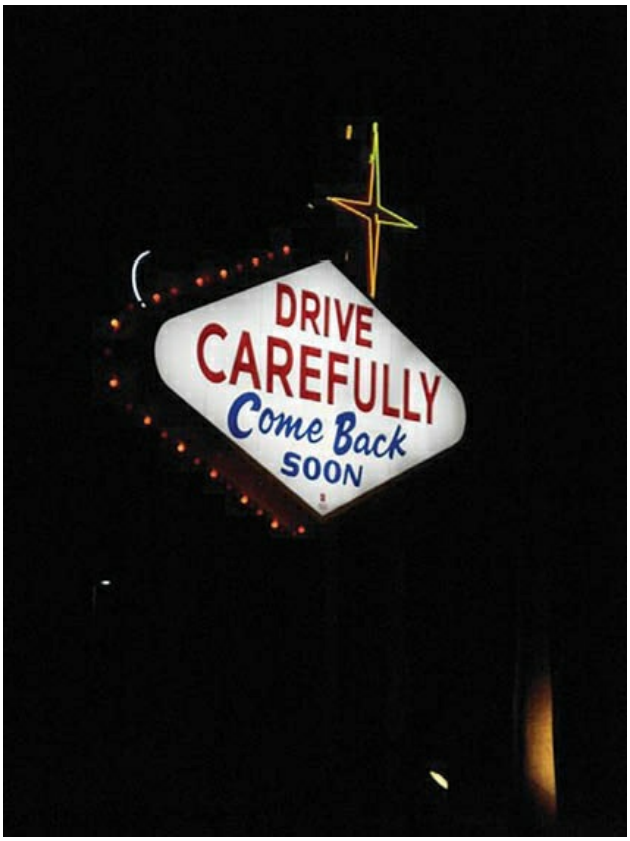
Vamos a hablar de la codependencia. Todos hemos conocido a alguna persona que en sus relaciones con otras siempre es quien lo da todo o a alguna otra persona que se obsesiona con ayudar a los necesitados hasta extremos que pueden parecernos poco sanos, inconvenientes o fuera de contexto; quizá también hayamos topado con alguien que es capaz de tolerar casi cualquier cosa y de hacer lo que sea para salvar una relación que, salta a la vista, no vale la pena. Hay gente que tiene auténtico terror a que la abandonen. Se trata de una forma de relación que no se fundamenta tanto en el amor y el respeto como en el control y la necesidad del otro.

En la codependencia hay siempre dos roles. El rol de quien controla consiguiendo el afecto, la atención, la aprobación e incluso sexo de otros mediante la ira, la culpa, la crítica, la violencia, el psicodrama o una verborrea incansable. Por otro lado está el rol del cuidador o la cuidadora, quien deja sus propios deseos y necesidades a un lado para satisfacer los del controlador. Viven por, para y a través de otros, desviviéndose.

La cuestión es que se habitúan hasta tal punto a esta forma de vivir que no pueden evitar ser de otro modo cuando la relación con el controlador (o controladora) desaparece. De ahí que puedan presentar un servilismo agobiante que resulta doblemente molesto cuando posteriormente nos atizan con el resentimiento por una gratitud que no obtuvieron y que esperaban a

cambio de algo que nadie les pidió que hicieran. Por eso el codependiente puede incluso tener nostalgia de la relación con su (antaño) controlador o controladora. La incapacidad para decir que no a la gente los hace sentirse (y ser, en efecto, muchas veces) víctimas de relaciones abusivas en un sentido físico y emocional. Una familia disfuncional, que no reconoce que existe un problema y lo ignora, evitando hablar de él, puede contribuir a que aparezca en el futuro el síndrome de codependencia, pues supone un aprendizaje acerca de cómo reprimir las emociones y desconsiderar las propias necesidades.

Las características de una persona codependiente suelen ser: a) un sentido de la responsabilidad exagerado por las acciones de otros; b) una tendencia a confundir el amor con la compasión (e, incluso, la lástima) con la inclinación a amar a las personas que ellos pueden compadecer y rescatar; c) la tendencia a hacer más de lo que les corresponde, todo el tiempo; d) la tendencia a sentirse dolido cuando los demás no reconocen sus esfuerzos; e) una insana dependencia en las relaciones; f) una necesidad muy acusada de aprobación y reconocimiento; g) un sentimiento de culpa cuando han de autoafirmarse; h) una necesidad compulsiva de controlar a los demás; i) ausencia de confianza en sí mismo y en los demás; j) miedo a estar solo; k) dificultad para identificar sentimientos; l) dificultad para ajustarse a los cambios; m) problemas para vivir la intimidad con otros; n) ira crónica; o) propensión a no hablar francamente sobre lo que sucede; p) escasa comunicación; q) dificultad con la toma de decisiones. Se considera la codependencia como una forma muy viciosa y potente de síndrome de estrés tardío, ya que tiene su origen en la vivencia traumática de no habernos sentido seguros y queridos en nuestro propio hogar, algo que nos puede hacer muy difícil el sentirnos seguros en cualquier otro lugar. Además, el haber sentido una falta de amor por parte de los padres hace complicado que nos creamos merecedores del amor de otros. Los codependientes viven en guerra consigo mismos, negando parte de su ser (sus deseos y aspiraciones propias) y haciendo difícil el conocimiento de sí mismos.



En la película *Leaving Las Vegas* es patente la relación de codependencia de los protagonistas. La prostituta y el guionista sin trabajo que decide marchar a Las Vegas para morir bebiendo son seres frágiles, necesitados de compasión y que también compadecen y que se autocompadecen. La interpretación de la pareja protagonista es inolvidable. La película se inspira en una novela de John O'Brien.

La sanación de un codependiente se ha planteado en términos similares al de la terapia de grupo para alcohólicos, siguiendo los doce pasos, adaptados, de *Alcohólicos anónimos:* Admitimos que nos sentíamos impotentes con los demás y que habíamos perdido el control de nuestras vidas. Llegamos a la conclusión de que un Poder Superior a nosotros mismos podía devolvernos al sano juicio. Decidimos poner nuestra voluntad y nuestras vidas en manos de Dios o nuestro Poder Superior, tal como cada uno de nosotros lo concibe. Hicimos una búsqueda y un minucioso inventario moral de nosotros mismos sin miedo. Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros errores. Estuvimos enteramente

dispuestos a dejar que Dios nos liberase de nuestros defectos. Humildemente le pedimos a nuestro Poder Superior que nos liberase de nuestros defectos. Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos herido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les habíamos causado. Reparamos directamente el daño causado a los demás, siempre que nos fue posible, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otras personas. Continuamos haciendo un inventario personal y cuando nos equivocamos, lo admitimos inmediatamente. Buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestra relación con Dios, tal como nosotros lo concebimos, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla. Al lograr un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar el mensaje a otros codependientes y de practicar estos principios en todas las áreas de nuestra vida.

99

¿ES EL CRECIMIENTO PERSONAL UNA MERCANCÍA MÁS?

A partir de los años ochenta ha habido una proliferación notable de eso que llaman crecimiento personal o desarrollo personal. Junto a un gran entusiasmo se ha dado también una actitud escéptica e, incluso, burlona al respecto (no exenta de cierto patetismo en algunos casos: véase la película *Little Miss Sunshine*). El crecimiento personal pone el énfasis en el aprendizaje permanente, la visión optimista ante los fracasos, la comunicación fluida y, cuando está orientado a la educación o a la empresa, la productividad. Durante los años noventa el interés por lo *new age* y lo oriental entra en la combinación. Se trata, en cualquier caso, de transformar la propia vida gracias a una comunicación específica, a habilidades vitales y un cierto entrenamiento filosófico. Se publicitan objetivos tan grandes como

vagos, se promete la recuperación de un dominio de sí mismo para un sujeto que habría, supuestamente, perdido parte de su libertad por no tener conciencia plena de su propia vida. El crecimiento personal afectaría todos los planos de la existencia: la familia, la comunidad, el negocio, las instituciones… Escucha activa, toma comprometida de la palabra, empoderamiento, creatividad..., todo ello es propio de la senda del crecimiento personal.

Cuenta el periodista mexicano Juan Pablo Proal que cuando se le pregunta a los libreros quién compra libros de crecimiento personal la respuesta es: las personas con mucho, mucho dinero o los bastante (o muy) pobres. Decía Aldous Huxley, el autor de *Un mundo feliz*, que no hay mayor negocio que venderle a gente desesperada la solución a su desesperación. La autoayuda es, pues, una contradicción:

> Más allá de la opinión que tengamos al respecto, la autoayuda es un movimiento psicológico cargado de buenas intenciones. Sin embargo, alberga una contradicción en sí misma. 'Autoayuda' quiere decir 'ayudarse a uno mismo'. Si bien los demás pueden escucharnos, apoyarnos y compartir con nosotros lo que han aprendido de sí mismos, nadie más puede resolver nuestros problemas y conflictos existenciales. Cada uno de nosotros está llamado a recorrer su propio camino.
>
> Borja Vilaseca. *El País.* 26 de octubre de 2011

La clave para responder a esta penúltima cuestión la vamos a tomar de un revelador artículo publicado a comienzos, precisamente, de los años noventa en *Journal of Personality and Social Psychology:* «A Dark Side of the American Dream: Correlates of Financial Success as a Central Life Aspiration» («El lado oscuro del sueño americano: correlatos del éxito económico como aspiración central en la vida»). Según los autores del artículo (Tim Kasser y Richard Ryan), ya teóricos como Rogers, Maslow y Fromm advirtieron que, cuando son las recompensas externas que dependen de contingencias tales como la aprobación de otros lo que nos lleva a considerar los objetivos que nos marcamos, puede darse con más probabilidad una pérdida de bienestar y el ser presas del abatimiento. La autorrealización personal acaba siendo alienada por una excesiva atención sobre el tener y el consumir. La lucha por el poder y las tareas vitales que están sometidas a una evaluación intensa en sus resultados tienen en común

el hecho de que se centran sobre recompensas extrínsecas y reacciones contingentes de los demás. Los individuos que aspiran a la riqueza pueden ser más propensos a centrarse en satisfacciones superficiales que apenas tienen relación con las necesidades más auténticamente humanas (afecto, pertenencia, etc.). La relación con otros, el examen de conciencia (si se nos permite esta expresión anticuada) o la inversión de tiempo en preocupaciones sociales acaban siendo suplantados por ocupaciones poco gratificantes aunque puedan suponer una marca de prestigio social en la vida del sujeto. Los individuos propensos al neuroticismo o aquellos con poca seguridad en sí mismos y bajo nivel de bienestar son más susceptibles a ver el dinero como el medio de potenciarse y ponerse en valor como personas. Esto los conduce a un círculo vicioso por el que el sinsentido se apodera de sus vidas, especialmente en el entorno laboral propio de ciertas organizaciones donde la acción propia puede llegar a parecer absolutamente falta de propósito. Este es el material humano, en la era de la crisis de las religiones tradicionales en Occidente, con el que trabajan los gurús del crecimiento personal. Estos tienen, en efecto, su mayor caladero en el mundo de los negocios, con los fracasos emocionales y problemas de autoestima que en él abundan.



Erich Fromm practicó un psicoanálisis muy cercano a posiciones humanistas. Practicó, además, el análisis de la sociedad, poniendo el énfasis en la influencia de esta y de la cultura en el individuo. Es célebre su frase: «El ser humano siempre muere antes de haber

nacido por completo», la cual toma sentido completo mediante esta otra: «Morir se tiñe de una amargura conmovedora, pero la idea de tener que morir sin haber vivido es insoportable».

En 2006, Vicente Verdú publicó *Yo y tú, objetos de lujo. El personismo, la primera revolución cultural del siglo* XXI, donde sostiene que vivimos en sociedades en las cuales se crean «clientes como niños, fabricando innumerables mercancías que actúan como golosinas». El sujeto es a la par objeto para otros en el gran escaparate de las redes, con el fin de «lograr la atención y emoción de los otros, puesto que no obtiene identidad sin la otra mirada, no cristaliza como ser real, sino a través de fundirse como objeto en la contemplación de los demás, y viceversa». No puede extrañarnos que el crecimiento personal en tiempos del personismo requiera de una nueva vuelta de tuerca: el *coaching.*

100

¿*COACHING* O *COUNSELING*, ESTAFA O PSICOLOGÍA EXPRÉS?

Como expone Yossi Ives en su artículo «What is 'Coaching'? An Exploration of Conflicting Paradigms» (*International Journal of Evidence Based Coaching and Mentoring*, 2008), como muchas disciplinas nuevas que han ido surgiendo en las últimas décadas, el *coaching* tiene problemas de definición muy serios. La falta de claridad parece deberse a que el *coaching* referiría a una forma de mentorización (*mentoring*), como sucede en el *coaching* deportivo, el aplicado a la educación y a los entornos de trabajo, llevándonos a la confusión acerca de su auténtico significado. No obstante, parece que ahora quiere distinguirse el *coaching* de la mentorización diciendo que el primero no es dirigista, mientras que el segundo tiene un carácter

instruccional. De hecho, no todas las escuelas de *coaching* disuaden de dar consejos, sino más bien lo contrario, presentan al *coach* como un guía. La cuestión es que si bien el *coaching* comenzó como una forma de alcanzar objetivos en plazos no muy largos de tiempo, se está dando una «terapeutización» del mismo en clave de técnica de crecimiento y desarrollo personal que lo está sumiendo en profundidades y duraciones en el tiempo que lo aproximan al psicoanálisis clásico. Al igual que este parece que sufre un desfondamiento en el sentido de que no parece saberse muy bien sobre qué bases teóricas se apoya y con qué propósitos concretos se ofrece. La filosofía base del *coaching* era muy sencilla en un comienzo: teorías acerca de tomar el control de uno mismo para alcanzar objetivos. Sin embargo, ciertos enfoques del *coaching*, como el *coaching* ontológico, han sufrido críticas severas, de la que nos hicimos cargo en la obra *La filosofía en 100 preguntas*:

> Según el Dr. Rober Lifton hay varios criterios para saber cuándo una práctica supuestamente profesional es una aplicación de técnicas de lavado de cerebro: eliminar posibilidades de tiempo libre para la reflexión personal; misticismo de la vida cotidiana: se crean atmósferas que aparecen como resultado de la espontaneidad pero que responden a experiencias prefabricadas y efectistas; redefinición del lenguaje, con palabras fetiche y tabú: *cambio* es la palabra fetiche del *coaching* y *No* es la palabra tabú; dogmas, que en el coaching suelen ser del tipo *Eres lo que…* (los puntos suspensivos se rellenan con aquello que sea el monotema del *coach* en cuestión: lo que comes, lo que piensas, lo que haces, etc.; se suele dar algún tipo de confesión de los fallos o errores cometidos; búsqueda de una perfección inalcanzable con la consiguiente culpabilización del que no la consigue; finalmente, se suele seguir como consecuencia lógica una regla del derecho a la existencia digna: los pobres lo son porque se lo merecen, los parados y los despedidos de la empresa a causa del asesoramiento del coach lo son porque son tóxicos, porque no han sabido adaptarse al cambio y los perdedores (*losers*) lo son porque fracasan en su autoconciencia y autocontrol, etcétera.

Por otro lado, el *counseling* es una forma de *talk cure* (cura mediante el habla) sobre la que también se producen muchos malentendidos especialmente en dos frentes: uno, el puramente semántico, pues lo que primero se piensa es que se trata de dar consejos cuando en muchos casos está contraindicado; otro, es el pragmático, por decirlo así, pues no es fácil captar las diferencias entre el *counseling* en sí mismo y las destrezas o habilidades en las que consiste su puesta en práctica. A diferencia del

coaching cuya filosofía subyacente (por llamar de algún modo a su sustrato teórico) es muy básica y teoría y praxis se confunden, al menos en su versión original, en el *counseling* late una visión de las relaciones humanas. El *counseling*, desde luego, no consiste ni en dar consejos ni información, no consiste en persuadir ni en disciplinar. Se trata del uso conforme a principios y mediante destrezas de las relaciones con el fin de desarrollar el conocimiento de uno mismo, la aceptación de las propias emociones, el crecimiento y los recursos que cada cual tiene como persona. Se trata de ayudar a vivir de modo completo y satisfactorio siendo consciente de que no pueden violentarse los valores de la persona a la que se asiste y de que esta tiene una cierta capacidad, la suya, de autodeterminar su conducta. El *counseling* no es psicoanálisis (no se da la asociación libre ni se produce el fenómeno de la transferencia). Como el *coaching* originario —de tradición estadounidense— el *counseling* (un producto británico) es cortoplacista y resultadista. La cuestión que más daño hace a la credibilidad del *counseling* es la influencia que en la actividad del *counselor* tienen sus propios prejuicios y visiones sesgadas. En su obra de 2012, *Counseling the culturally diverse: theory and practice*, Derald Wing Sue y David Sue exponen lo siguiente:

> Un cierto número de estudios de investigación revelan que la tendenciosidad continúa existiendo entre los profesionales de la salud mental. En un estudio, noventa y siete *counselors* leyeron un informe ficticio acerca de una mujer bisexual que buscaba asesoramiento, sin indicar que el problema tuviera relación con su orientación sexual. Los problemas de los que se trataba estaban en relación con la elección de carrera, asuntos con los padres acerca de su independencia, el fin de una relación de dos años con otra mujer y problemas con su novio. Los *counselors* con una actitud más negativa en lo concerniente a la bisexualidad creyeron que sus problemas venían de su orientación sexual y la calificaron más bajo en el ítem de funcionamiento psicosocial.
>
> Otros estudios han mostrado que no es poco común para los terapeutas involucrarse en prácticas inapropiadas y sesgadas o mantener creencias que afectan a la alianza terapéutica con clientes del colectivo LGBT, por ejemplo:
>
> 1. Asumir que un cliente es heterosexual, por lo cual se le hace más complejo traer a colación asuntos relativos a la orientación sexual.
>
> 2. Creer que la orientación hacia el mismo sexo es pecaminosa o una forma de enfermedad mental.
>
> 3. Errar al comprender que el problema del cliente, tal como la depresión o la baja autoestima, puede ser el resultado de experiencias relativas a la discriminación o la

internalización de la visión social de la homosexualidad.

4. Focalizar su visión sobre la orientación sexual cuando no es relevante. Los problemas muchas veces pueden carecer de toda relación con la orientación sexual, pero algunos terapeutas continúan centrándose en este asunto.

5. Intentar que los clientes renuncien a o cambien su orientación sexual. Por ejemplo, una mujer lesbiana que fue conminada por su terapeuta a tener citas con hombres.

6. Trivializar o degradar la homosexualidad. Un terapeuta respondió a una mujer lesbiana, que comentó que le gustaban las mujeres, que a él no le importaba, que tenía un cliente al que le gustaban los perros.

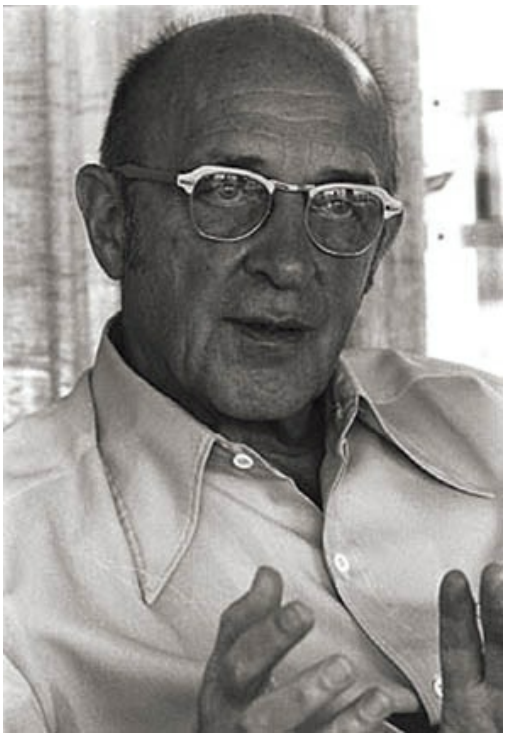
7. Carecer de la comprensión del desarrollo de la identidad de las mujeres lesbianas y de los hombres gais, o ver la homosexualidad como una mera actividad sexual.

A nuestro juicio, ni el *coaching* ni el *counseling* son estafas ni tampoco formas de la psicología aplicada (exceptuando quizá la terapéutica de la escuela de Carl Rogers). Siguiendo a Gustavo Bueno, podríamos calificar al *coaching* y al *counseling* de heterías soteriológicas. Una suerte de relevos de un psicoanálisis exhausto tras tanto fracaso y tanta crítica implacable tras un siglo de existencia (de ahí que no deba extrañarnos que ahora algunos psicoanalistas intenten entroncar con la filosofía política, con el fin de buscar la diferencia con respecto a estos jóvenes competidores de la nueva era). Se entiende por hetería soteriológica (el término viene del griego) una institución colegiada (oficialmente o no) de individuos relacionados entre sí que asumen como propia la misión de salvar a los individuos (a quienes se supone extraviados, a escala precisamente antropológica, de personalidad) de su entorno (un entorno que se da precisamente como indefinido, respecto de los límites políticos y, desde luego, familiares, en función de los cuales se define).

Dentro del marco de una institución como pueda serlo una hetería implantada en el seno de una sociedad de mercado, la percepción de honorarios implica relaciones plenas de significado funcional (pragmático). Ante todo, que el cliente de la hetería es un individuo dotado de voluntad (de subjetividad, de individualidad): no es alguien que debe ser internado en un hospital psiquiátrico.

«Psicoanalistas y epicúreos. Ensayo de introducción
del concepto antropológico de ‘heterías soteriológicas’»

Gustavo Bueno



Carl Rogers es, junto a Maslow, uno de los grandes de la psicología humanista y una inspiración para el mundo del *counseling.* Expresó pensamientos hermosos tales como: «Ser empático es ver el mundo a través de los ojos del otro y no ver nuestro mundo reflejado en sus ojos» o «Hay dirección pero no hay destino».

Cuando Gustavo Bueno escribió este artículo a comienzo de los años ochenta del pasado siglo XX, la hetería soteriológica contemporánea era el psicoanálisis y su objeto fundamental la neurosis. Como hemos intentado mostrar en otro lugar —*Psicoeconomía: estudio gnoseológico y ontología del presente*— y contra la afirmación de Žižek de que la normalidad es una neurosis, nos parece percibir en las dos últimas décadas el predominio cada vez mayor de un sesgo que podemos denominar psicoticismo de baja intensidad. Y si estamos en lo cierto en nuestra tesis —a saber: el sujeto desarraigado de clase, nación y profesión estable en la que reconocerse, con una débil afiliación con respecto a sus raíces familiares y adoleciendo de una escasa identificación con las instituciones es un tipo psicótico más que neurótico— y la flotación por la vida es la situación normalizada, «entonces

el psicoticismo será la tónica general y solo podrá ser distinguido como trastorno desde una perspectiva antropológico-filosófica, aunque, en efecto, sea paliado sintomatológicamente desde la psicología y la psiquiatría».

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

Ordenada por orden alfabético de autoría y por orden de aparición de las ediciones, cuando hay más de una obra del mismo autor. Los años que figuran son los de la publicación del ejemplar manejado por el autor (no los correspondientes a su primera edición). Quedan excluidos de esta recomendación los clásicos manuales al uso, aunque puede encontrarse alguno en la bibliografía consultada y en temas tratados en este libro.

BRAVO, M. *Psicofarmacología para psicólogos*. Madrid: Síntesis, 2002.

Como expone al comienzo de la obra su autora, el trabajo actual en psicología clínica y en salud mental comunitaria hace imprescindible el conocimiento de las diferentes herramientas que los profesionales de las distintas disciplinas que forman parte de los equipos utilizan en su quehacer diario. En este sentido la psicofarmacología, que constituye una de las herramientas básicas utilizadas por los psiquiatras, y que tiene una gran influencia en el estado clínico del paciente y puede presentar interacciones con las otras técnicas terapéuticas, es una de esas materias sobre la que todos los profesionales deben tener unas nociones básicas.

FREUD, S. *El malestar en la cultura*. Madrid: Akal, 2017.

En esta obra Sigmund Freud expone cómo a su juicio la cultura es el resultado del mecanismo de defensa psíquico más potente que existe: la represión. De este modo, la cultura surge como algo necesario pero perturbador, pues pone límites a la satisfacción de los deseos mientras que, a la par, asegura que la vida de los seres humanos no será, como diría Hobbes, brutal y corta necesariamente. La cultura hace imperar el principio de realidad sobre el principio de placer pero, obviamente, no puede cancelar

definitivamente los impulsos de posesión erótica y de destrucción mortífera que anidan en lo profundo del psiquismo humano, según el padre del psicoanálisis.

CABALLERO DE LA TORRE, Vicente. *La Filosofía en 100 preguntas*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2018

Esta obra, *La Filosofía en 100 preguntas*, es una obra con un enfoque multidisciplinar en el que la psicología tiene un papel relevante. Por esta razón recomendamos su consulta, pues permite fundamentar en algún caso y ampliar en otros algunas de las afirmaciones que aquí se sostienen en relación a cuestiones que están a medio camino entre los campos de la psicología y la filosofía.

GARDNER, H. *Inteligencias múltiples*. Barcelona: Paidós, 1998.

Esta obra es un clásico posmoderno. De ella beben posturas como la de Ken Robinson, el célebre divulgador sobre temas de educación. Gardner incide en algo que quizá es de sentido común hoy pero que, no obstante, se recita más que se practica: el respeto a otras formas de manifestación del intelecto humano que no sean la lingüística o la lógica-matemática. No obstante le falta hacer lo que Kant llamaría una deducción seria (trascendental) de las inteligencias múltiples, pues la panoplia que presenta más bien parece extraída del horario de materias de un escolar al uso y confunde incluso la inteligencia aficionada a la naturaleza con la propia de la investigación científico-natural de la física y la biología (lo cual poco tiene que ver).

GOLEMAN, D. *Inteligencia emocional*. Barcelona: Kairós, 2012.

Otra obra fundamental para entender los fundamentos de ese cambio del que habla todo el mundo, especialmente en el seno de las empresas. En el mundo del *coach* y de la gestión de equipos ya se está de vuelta de la inteligencia emocional, en cualquier caso. Sugerimos a nuestros lectores un interesante experimento cultural: que lean la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles después de a Goleman.

LEAHEY, T. *Historia de la psicología*. Madrid: Pearson, 2005.

Esta obra proporciona una historia narrativa de la disciplina. Comienza buscando el rastro del origen de la misma desde el desarrollo de una cierta psicología popular en la lucha por adaptarse al medio de las primeras poblaciones humanas para continuar por todas las épocas históricas hasta el presente. Se hace cargo de la psicología profesional, aplicada y teórica. Sin hacer un criticismo demoledor o disolvente, la obra se centra en mostrar cómo el desarrollo de la psicología se ha ido conformando en función de fuerzas que le son externas (económicas, sociales y políticas) para, posteriormente, ser la psicología la que ha ido dando forma en parte a la sociedad (en el siglo XX y en la actualidad).

NOË, A. *Out of our heads: Why you are not your brain, and other lessons from the biology of consciousness*. Londres: Macmillan, 2009.

Libro que supuso un auténtico revulsivo para aquellos que necesitaban argumentos contra la moda neurocientífica y que procedieran, dichos argumentos, de la propia ciencia biológica.

POPPER, K. y ECCLES, J. *El yo y su cerebro*. Barcelona: Labor, 1985.

El problema de la relación entre mente y cuerpo pasa por la comprensión de las estructuras y procesos cerebrales y sus vínculos con las disposiciones y los eventos mentales (vida psíquica). La solución completa al problema se declara imposible en su totalidad, pero no se lo considera exento de algunas soluciones a cuestiones parciales. Es ciertamente interesante la hipótesis de los tres mundos. Se recomienda leer después, de Daniel Dennett, *La conciencia explicada*: *una teoría interdisciplinar*, publicado por Paidós en 1995.

ROBLES, F. J. *Para aprehender la Psicología*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1996.

Magistral exposición sobre los problemas internos de la psicología como disciplina. Esta obra, en lugar de compilar por mera suma o

adición los tópicos propios de cualquier manual de psicología, es capaz de confrontar las escuelas psicológicas haciendo ver la forma en la que unas escuelas son capaces de dar cuenta mejor de los fenómenos psíquicos (sin confusiones, sin ambigüedades) que otras.

RYLE, G. *El concepto de lo mental*. Barcelona: Planeta, 2005.

Obra maestra de la filosofía analítica anglosajona en la que se acomete una crítica insuperable sobre el mal uso de los términos relacionados con eso que llamamos mente. La palabra *mente* produce más malentendidos que problemas soluciona, si bien es verdad que aparece siempre que queremos atajar en la explicación de algún proceso que, sin duda, siempre tiene una respuesta más compleja. Los lectores deben tener en cuenta la diferencia semántica entre *mind* y mente, siendo aquel término más amplio semánticamente que el castellano.

SARTRE, J-P. *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

Sartre desmitifica las emociones, a las que no considera tanto un motor de la conducta humana como una suerte de configuradoras de la percepción misma de las situaciones, de modo que, muchas veces, nos llevan a una conducta indeseable.

SEARLE, J. *Intencionalidad. Un ensayo en la filosofía de la mente*. Madrid: Tecnos, 1992.

Searle expone sus argumentos contra la tesis que identifica mente y cerebro así como contra aquellos que consideran que la vida mental es replicable artificialmente, en potencia, por la tecnología de la que disponemos actualmente.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Ordenada por orden alfabético de autoría y por orden de aparición de las ediciones, cuando hay más de una obra de la misma autora o autor. Los años que figuran son los de la publicación del ejemplar manejado (no los correspondientes a su primera edición). No están todas las obras citadas sino aquellas que se considera que pueden servir de fuente para ampliar extensamente los aspectos abordados en el contenido de la presente obra.

ÁLVAREZ, A. «Propiedades nucleares de los fenómenos mentales según Searle: intencionalidad, subjetividad, semanticidad». En *Revista de filosofía*, 2002; n. º 27(2).

ARONS, B. «A review of the cocktail party effect». En *Journal of the American Voice I/O Society*, 1992; n.º 12(7).

ASCH, S. y GUETZKOW, H. «Effects of group pressure upon the modification and distortion of judgments». En *Groups, leadership, and men*, 1951; 222-236.

BEAUVOIR, S. de. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XX, 1949.

BONGIORNO, P. *Holistic solutions for anxiety & depression in therapy: Combining natural remedies with conventional care*. Nueva York: W. W. Norton & Company, 2015.

BUTLER-BOWDON, T. *50 Psychology classics: Who we are, how we think, what we do: Insight and Inspiration from 50 key books*. London & Boston: Nicholas Brealey, 2017.

CABALLERO, V. *Psicoeconomía: estudio gnoseológico y ontología del presente*. Universidad Complutense de Madrid: Servicio de Publicaciones, 2010.

DAMASIO, A. *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona: Crítica, 2005.

—, *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Crítica, 2006.

DEGEN, R. *Falacias de la psicología*. Barcelona: Robinbook, 2001.

EYSENCK, H. «The case of Sir Cyril Burt: On Fraud and Prejudice in a scientific controversy». En *Encounter*, 1977; n. º 48(1).

FREEMAN, J. *Gifted children grown up*. Abingdon: Routledge, 2001.

FUENTES, J. «El carácter equívoco de la institución psicológica». En *Psicothema*, 2002; n.º *14*(3).

GALE, B. *Love in Vienna: The Sigmund Freud–Minna Bernays Affair: The Sigmund Freud-Minna Bernays Affair*. Santa Bárbara: ABC-CLIO, 2015.

HORNEY, K. *The neurotic personality of our time*. Nueva York: W.W. Norton & Company, 1937.

IVES, Y. «What is 'coaching'? An exploration of conflicting paradigms». En *International Journal of Evidence Based Coaching and Mentoring*, 2008; n.º 6(2).

JORDÁ, J. y VILLAZÁN, N. *Monos como Becky*. Barcelona: Els Quatre Gats, 1999.

LILIENFELD, S., LYNN, S., RUSCIO, J. y BEYERSTEIN, B. L. *50 great myths of popular psychology: Shattering widespread misconceptions about human behavior.* Oxford: John Wiley & Sons, 2011.

LINDLEY, C. «Neurobiological computation and synthetic intelligence». En *Computing Nature*. Berlin & Heidelberg: Springer, 2013.

NASH, M. y BARNIER, A. (eds.) *The Oxford handbook of hypnosis: Theory, research, and practice*. Oxford University Press, 2012.

LOFTUS, E. y PALMER, J. «Eyewitness testimony». En *Introducing Psychological Research*. Londres: Macmillan Education, 1996.

LOFTUS, E. y KETCHAM, K. *The myth of repressed memory: False memories and allegations of sexual abuse*. Londres: Macmillan Education, 1996.

NOË, A. *Out of our heads: Why you are not your brain, and other lessons from the biology of consciousness*. Londres: Macmillan, 2009.

PÉREZ, M. *Ciudad, individuo y psicología: Freud, detective privado*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1992.

PICARD, R. W. *Los ordenadores emocionales*. Barcelona: Ariel, 1998.

PINILLOS, J. L. *Principios de psicología*. Madrid: Alianza, 1977.

ROBLES, F. *Para aprehender la Psicología: un análisis histórico-epistemológico del campo psicológico*. Madrid: Siglo xxi de España Editores, 1996.

SCHACTER, D. *Los siete pecados de la memoria: cómo olvida y recuerda la mente*. Barcelona: Planeta, 2012

SEARLE, J. «¿Es la mente un programa informático?». En *Investigación y ciencia*, 1990; n.º 162.

—, *Intencionalidad. Un ensayo en la filosofía de la mente*. Madrid: Tecnos, 1992.

—, *Mente, lenguaje y sociedad*. Madrid: Alianza, 2001.

SIMONTON, D. *Genius, creativity, and leadership: Historiometric inquiries*. Bloomington: iUniverse, 1999.

SNOECK, A. y GARRIDO, J. *Confesión y psicoanálisis*. Madrid: Fax, 1959.

STRAUS, J. «Idiots Savants, Retarded Savants, Talented Aments, Mono-Savants, Autistic Savants, Just Plain Savants, People with Savant Syndrome, and Autistic People Who Are Good at Things: A View from Disability Studies». En *Disability Studies Quarterly*, 2014; n.º 34(3).

TASSY, S., OULLIER, O., DUCLOS, Y. et al. «Disrupting the right prefrontal cortex alters moral judgement». En *Social cognitive and affective neuroscience*, 2011; n.º 7(3).

TIZARD, B. «Theories of brain localization from Flourens to Lashley». En *Medical history*, 1959; 3(2), 132.

VEENHOVEN, R. «Questions on happiness: Classical topics, modern answers, blind spots». En *Subjective well-being: An interdisciplinary perspective*, 1991; n.º 2.

Las imágenes se insertan con fines educativos.
Se han hecho todos los esfuerzos posibles para contactar con los titulares del copyright.
En el caso de errores u omisiones inadvertidas, contactar por favor con el editor.

PREGUNTAS 100 ESENCIALES

nowtilus saber

Las claves fundamentales de la PSICOLOGÍA explicadas con agudeza e inteligencia

VICENTE CABALLERO DE LA TORRE









Las respuestas de la ciencia de la mente y la conducta a los aspectos clave de la experiencia humana. La historia y símbolos de la psicología, las sensaciones, la percepción subliminal y las ilusiones ópticas, los límites de la memoria, el aprendizaje, la inteligencia emocional y las inteligencias múltiples, la motivación y la personalidad y la importancia de la Psicología en la vida laboral, salud, familia y en las relaciones de pareja.

- ¿Cuál es el auténtico sexto sentido?
- ¿Inteligencias múltiples o múltiples talentos?
- ¿Tengo que estudiar técnicas de estudio?
- ¿Por qué Woody Allen se siente culpable por todo y el Dr. House por nada?
- ¿Sería la misma persona si hubiera nacido con el sexo contrario?
- ¿Piensan ya las máquinas?
- ¿Son mis hemisferios cerebrales dos «personas» diferentes?
- ¿*Coaching* o *counseling*, estafa o psicología exprés?

100 PREGUNTAS ESENCIALES: Rigor y amenidad reunidos en una colección de «alta divulgación». Libros rigurosos pero de fácil lectura, que podrá disfrutar incluso cuando sólo disponga de unos momentos. Un recorrido completo y seductor por los grandes temas del conocimiento humano. Un viaje maravilloso al mundo de la ciencia y la cultura.

Escanee para leer un fragmento

www.100Preguntas.com